
VERÓNICA MENGUAL
LAS NORMAS DE LA REGENCIA 1
NO
SUBESTIMARÁS
A UNA
SOLTERONA

© VERÓNICA MENGUAL

No subestimarás a una solterona

ASIN: B0FSGHR848

Sello: Independently published

Safe Creative: 2509042979018

Primera edición, octubre de 2025.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

No subestimarás a una solterona

Las normas de la Regencia 1

Verónica Mengual

Les he tomado el gusto a los hombres de moralidad gris.
En la vida real nada es blanco o negro,
todo depende del prisma con el que se mire.
Eso sí.
El corazón siempre mandará sobre cada acción.
Confío en que disfrutéis de esta nueva serie.
Os amo con toda mi alma.
Lo sabéis, ¿verdad?

Sinopsis

Una dama serena y muy observadora.

Un highlander bruto y leal hasta la médula.

La **señorita Constance Ainsworth**, a sus treinta y dos años, está considerada una solterona, aunque no es lo único que la define. Se ha ganado una reputación irreprochable con la que mantiene a raya a Londres sin alzar la voz. No ha sido fácil ser un ejemplo a imitar; tuvo que superar un rumor venenoso que involucraba a un duque, así que no está dispuesta a salirse de un redil al que tanto le ha costado entrar. La rectitud es su mayor virtud.

Ewan MacCrae, **laird de Dunrath**, llega a Londres desde Inverness para ayudar a un amigo a escoger esposa… y descubre que necesita una guía de salones más que un mapa. Tiene acento de granito, modales sin pulir y una virtud poco práctica en Mayfair: honradez.

Entre lecciones de vals y estrategias discretas, una pareja está a punto de descubrir que la cercanía y complicidad pueden poner a prueba incluso las voluntades más férreas.

Arranca la primera novela de la serie *Las Normas de la Regencia* de Verónica Mengual, en la que ¿dará la amistad paso a algo más?

¡Los conflictos están servidos!

Índice

Prefacio
Todo tiene un principio
Capítulo 1
Un buen escocés y una gran dama
Capítulo 2
El incorrecto caballero
Capítulo 3
El precio de la locura
Capítulo 4
Un encuentro esperado
Capítulo 5
Una cercanía esperada
Capítulo 6
Una visita incómoda
Capítulo 7
Imprevistos increíbles

Capítulo 8
Lo que la obligación impone
Capítulo 9
Una trampa perfecta
Capítulo 10
Una guerra deliciosa
Capítulo 11
El sueño más dulce
Capítulo 12
La ferocidad del *highlander*
Epílogo
La tierra prometida
No te pierdas la **siguiente** historia
«No tentarás a un seductor»
Aclaración sobre la historia
Todos los títulos por orden
Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

Kent, Wynthorpe Manor, 1801.

La calesa de alquiler se detuvo frente al pórtico de columnas como si la casa misma hubiese levantado la mano para ordenarle que se parase. Constance Ainsworth bajó sin esperar la ayuda del lacayo. El cabello, de tono rojizo, lo tenía recogido pero muy revuelto porque en la última posada donde se detuvieron había sido complicado arreglárselo mejor. El vestido que llevaba, de luto, pedía una plancha a gritos.

Su tía asomó la cabeza por la portezuela.

—Recuerda lo que te he dicho. Sé lista, Connie.

Constance le sostuvo la mirada. Había pasado la noche escuchándola decir que no volvería

con ella; que pasara lo que pasase tras la entrevista que iba a tener lugar en breve no podía hacerse cargo de ella.

—Lo recordaré, tía.

La joven Connie, quien iba a cumplir los dieciocho años en una semana, cerró los ojos. Recordar a su difunta madre, a Rosaline, le dolía en el alma. La hermana de la mujer que la había alumbrado se parecía muy poco a ella. Su tía no brillaba; parecía un cuervo gris. Su madre, en cambio, era tan bonita que deslumbraba a todos los que la rodeaban. Rosaline, con el cabello rubio y los ojos azules, era perfecta, tal vez se le podría atribuir el defecto de un hoyuelo que aparecía cuando se reía. Era muy alegre y demasiado despreocupada, tal y como le había recordado su tía desde que fue a recogerla tres días atrás. Rosaline y Connie no habían nadado en la opulencia. Tenían una casa pequeña, pero limpia, en el campo. No les faltó de nada. Y menos que nada, amor para sostenerse. Rosaline solía abrir las contraventanas canturreando, dejaba las flores en un vaso cualquiera y convertía la mesa del desayuno en una pequeña fiesta con nada más que pan, mermelada y buen humor. Constance sabía que aquella alegría creaba un hogar mejor que los muros, y recordaba cómo su madre la había enseñado a no llorar, por lo que utilizaba bien la paciencia. La enfermedad, lenta y puntillosa, había ido quitándole primero el paso ligero, luego la voz y por último la risa; cuando se la llevó, la luz de las habitaciones pareció bajar un tono, como si también necesitara guardar luto por una buena mujer.

Rosaline fue feliz y una madre formidable. Eso era lo que importaba.

El sonido de la portezuela cerrándose devolvió a Connie al presente. Se quedó de pie, observando cómo la calesa, con su tía dentro, iniciaba la marcha, giraba y se perdía entre los árboles monumentales para acabar desapareciendo. Constance tomó una larga bocanada de aire y le sobrevino el olor a hierba húmeda. Echaba de menos la risa de su madre, porque si hubiese podido escucharla reír una vez más, su miedo se habría esfumado de inmediato.

Era muy consciente de que estaba sola y que debía seguir el consejo de su tía: ser inteligente. Levantó el mentón y se dispuso a subir las escaleras de la fachada principal. Llamó a la puerta con la aldaba. Un mayordomo alto, impecable, salió a recibirla y la condujo por un corredor de retratos. Ella habría preferido caminar más despacio para leer los nombres bajo cada óleo, pero aquel paso medido la empujaba hacia la biblioteca.

El duque de Wynthorpe estaba de pie junto a una mesa que tenía sobre la superficie algunos libros. No vestía con ostentación; parecía un hombre al que la ropa solo le imprimía una elegancia sobria llena de poder. Era alto, de complexión media y hombros rectos; llevaba en las sienes un principio de canas que no restaba firmeza a sus rasgos. La mirada, gris y atenta, pesaba más que cualquier joya que pudiese llevar.

Al verla, dejó la pluma sobre el papel y la observó de arriba abajo, como si le estuviese haciendo alguna prueba. Constance se sostuvo recta. Había rehecho su determinación en cada tramo del corredor. Incluso llegó a decirse a sí misma que en esa casa, aunque se necesitasen risas, era mejor guardar la seriedad.

—Señorita Ainsworth —dijo al fin el duque —. Bienvenida.

La voz no sonó fría ni amable, sino aristocrática. El mayordomo cerró la puerta, cuando salió. Connie y el duque se quedaron solos en esa gran y solitaria biblioteca. La joven lo observaba con cierta preocupación.

—Excelencia —lo saludó ella al tiempo que le hacía una reverencia. Su madre la había enseñado a tratar de modo impecable a la nobleza.

No era que la formación de la joven hubiese sido excesivamente refinada, pero su madre la instruyó en asuntos que creyó que le serían beneficiosos.

Él señaló una silla. Constance no se sentó hasta que lo hizo el duque, por educación más que por timidez. Wynthorpe apoyó los dedos en los brazos del sillón y permitió que el silencio hiciese su trabajo. La estaba evaluando y ella lo sabía. Su madre le habría aconsejado no hablar ante un hombre importante a no ser que él lo hiciese primero, de tal modo que se limitó a mirarse las manos mientras aguardaba.

—Su madre ha muerto —sentenció como si no fuese nada importante.

—Así es, excelencia. Mi tía es quien me ha traído a su casa.

—Sí, sí. Así debía ser. ¿Qué espera de la vida, señorita Ainsworth?

La pregunta le sorprendió.

—Ruego a Dios que los días pasen rápido y el tiempo cure una herida que jamás cicatrizará.

—¿Un caballero le ha roto el corazón?

Una chispa cruzó los ojos azulados de la joven. Se contuvo a tiempo para no dejar salir su temperamento. Rosaline no querría que disgustase a un duque.

—En absoluto. Mi madre ha fallecido —le indicó, con un susurro lleno de respeto.

—Cierto. Lamento la confusión. ¿Estaba muy unida a su madre?

—La amaba tanto como ella a mí.

—Muy loable, aunque nada productivo. Le aconsejo que se olvide desde este mismo instante de ese tonto sentimiento. La vida no es un camino de rosas. Pronto lo comprobará, aunque aquí no le

faltará comida ni una cama caliente. ¿Tiene diecisiete años?

—Cumpliré los dieciocho muy pronto, excelencia.

—Y está de luto.

—Desde hace una semana —precisó.

El duque asintió, no por cortesía, sino porque la información encajaba en un plan que aún no le había confesado.

—¿Sabe por qué está aquí?

—Mi tía me dijo que tenía el encargo de traerme a su casa porque no tenía medios para ayudarme —respondió ella—. Entiendo que se trata de… un acuerdo.

El duque se inclinó un poco hacia delante. No era necesario que le dijese a la chica que le había dado un buen puñado de monedas a esa arpía arisca para que la llevase a su casa.

—Como parece que vas a estar aquí bastante tiempo, te trataré con más familiaridad. Bien. Hay distintos tipos de acuerdos. Unos exigen obediencia. Otros, inteligencia. En todos, la discreción pesa más que la belleza. ¿Cuál crees que es mejor?

—Con el debido respeto, excelencia, considero que todo depende de las circunstancias.

—Una respuesta ambigua. Seré más directo: ¿quién eres, señorita Ainsworth? ¿Cómo eres en realidad?

Constance se mantuvo firme. Había oído a su madre decir que en Londres, con una sola mirada, todo se podía echar a perder. Le daba en la nariz que si no hablaba con inteligencia la situación se convertiría en insostenible. Rosaline también le indicó que la verdad salvaba muchas situaciones difíciles. Decidió mezclar ambos consejos.

—No soy dócil —admitió—. Inteligente, a veces. Discreta… cuando la causa lo merece. Mi madre me educó lo mejor que pudo y supo. Ella era una gran dama.

—Sí. Sí que lo era —estuvo de acuerdo el duque, para luego reprimir una sonrisa que intentó nacer—. Ahora dime, muchacha, ¿qué causa merecería la discreción?

—Todas excepto unas cuantas, excelencia.

—¿Cómo dices?

—La justicia no debería entender de discreción. Y la gratitud —dijo tras pensarlo un poco más—. Aunque también creo que la protección hacia quien no puede defenderse tampoco debería ser un asunto sobre el que andarse por las ramas. Y por último, la verdad cuando sea dicha sin malicia.

El silencio se volvió distinto al del inicio. A Constance le pareció que la estancia se había ensanchado. No. Se hacía pequeña con cada segundo que pasaba mientras el duque no decía nada. ¿Se habría excedido?

Wynthorpe la estaba examinando con una atención que casi rayaba la insolencia; más que sus rasgos, parecía estar valorando su temple. Por descontado que un duque podía permitirse eso y mucho más.

—Tu honestidad no será apreciada por gran parte de la sociedad.

—Mi madre también lo creía, pero me animó a no perder mi fuerza.

—Un mal consejo para una joven que ya no tiene nada y debe ocultar la fortaleza de su carácter. La verdad sin malicia es rara en Londres —murmuró —. Se paga cara y no se escucha. ¿Sabes bailar?

—Sé contar bien —respondió de inmediato a su pregunta, dejando pasar por alto el principio de la reflexión—. Al compás me adapto.

—¿Lees francés?

—Lo suficiente como para poder mantener una conversación. Mi madre lo exigía.

—¿Y música?

—Me gusta escucharla, no tocarla.

El duque dejó escapar una ligera risa, seca y breve, como si le hubiesen aflojado una tuerca que llevaba años muy apretada.

—Eres demasiado franca, Constance. —Se permitió el lujo de usar su nombre de pila porque no necesitaba el permiso de nadie para hacerlo.

—A usted parece agradarle.

—¿En qué basas tu suposición?

—En que sigo sentada en su hermosa, aunque gótica, biblioteca —resolvió sin pararse a pensar en su respuesta.

—¿Gótica? —No comprendía bien ese término.

—Es muy oscura, vieja y tiene demasiado polvo acumulado. Sería un excelente escenario para desarrollar una historia de misterio. La señora Radcliffe coincidiría conmigo.

—¿Quién es esa señora de la que me hablas?

—Una escritora muy famosa.

—¿Escribes? —El duque entendió la alusión entonces.

—Leo, que es más agradable y exige menos esfuerzo.

—¿No te gusta esforzarte? —Hubo un deje de censura ahí.

—No me importa hacerlo cuando sé que el esfuerzo lo vale. ¿Quién leería un texto hecho por alguien como yo, excelencia?

—Escribir no es la utilidad que la sociedad le daría a una muchacha como tú. Debes aprender más de lo que te ha enseñado Rosaline si quieres sobrevivir a lo que te depara el futuro, Constance.

Ella se mantuvo callada. No entendía el motivo de la entrevista ni lo que se suponía que hacía en esa gran casa campestre. Aun así, se permitió una confesión.

—Aprendo rápido, excelencia. Dígame lo que desea que haga para que me quede, y le aseguro que no tendrá queja alguna sobre mí.

—Veo que así es —dijo él, con aprobación —. Tienes que elegir las batallas que luchas. Una joven sola tiene que aprender su lugar. ¿Estás dispuesta a aceptar quién eres y lo que se espera de ti?

—Mi tía, antes de marcharse a toda prisa, me ha aconsejado ser lista. Soy consciente de que usted es mi único recurso.

—Yo fui el tercer hijo de un segundo hijo de un duque, Constance. La muerte es lo único que puede escribirse en piedra. Para prosperar es necesario aprender. Y tu tía, aunque no lo creas, te ha dado el mejor de los consejos.

Constance no apartó la vista. Esa frase había sonado sincera, sin asomo de sermón. Él no estaba humillándola; estaba dándole una herramienta.

—¿Qué desea de mí, excelencia?

—Debes ser impecable —apuntó con sencillez.

—¿Impecable como sinónimo de obediencia? —preguntó.

—Tan impecable como lo es la precisión —repuso él—. Mi título me da la potestad para tratar a quienes desee como me plazca; no obstante, mi educación y mis modales son lo que hacen que los someta sin parecer que lo hago. Es importante, recalco una vez más, que domines las reglas, porque cuando se las domina, se las dobla sin que nadie advierta que han sido dobladas. Tú no tienes ningún título, pero tienes fuerza y con mi ayuda podrás manejar Londres a tu antojo. Debes hacerlo, porque solo con lo que yo puedo ofrecerte lograrás sortear los obstáculos que se te presentarán.

Constance pensó en su tía, en los cuchicheos que habían murmurado sobre Rosaline, lo

cual evidenciaba la facilidad con la que una mujer podía quedar convertida en una mala historia contada a media voz. Pensó también en que ese hombre de aspecto severo la estaba tratando como si ella tuviese derecho a estar en su presencia. No todos lo hacían o lo harían. Era un duque dándole audiencia a una simple señorita desconocida para él.

—Entonces enséñeme, excelencia. Quiero dominar esas reglas y que Londres me rinda tributo.

El duque dejó que esa decisión reposara entre ambos. Al fin, se levantó y fue hasta la mesa donde figuraban los mapas. No necesitaba consultarlos; quizá le ayudaban a ordenar ideas. Volvió con una campanilla y la hizo sonar.

El mayordomo apareció casi de inmediato.

—Lodsworth —habló el duque—, la señorita Ainsworth ha venido para quedarse. Dispóngalo todo para que su llegada sea lo más confortable posible. Preséntele también al resto. Haga que venga una modista de la ciudad lo antes posible; no importa el coste. Mañana a primera hora comenzarán las lecciones con la señorita Blackstone.

—Sí, excelencia —afirmó el aludido.

La mirada de él dejó la de su sirviente para volver a centrarse en Connie.

—Pronto comprobaremos de qué material estás hecha, muchacha. Prepárate para olvidar todo

lo que has aprendido y convertirte en una dama. Debes tratar de ser como el hierro: dura, fría y letal. Así tendrás lo que desees de la sociedad. Yo te apoyaré.

Constance respiró aliviada. Aceptación y un hogar nuevo. Por el momento no podía más que sentir gratitud.

—Gracias, excelencia.

El mayordomo no pestañeó.

—Puede retirarse, Lodsworth —lo despachó el duque.

Se quedaron solos de nuevo. Él le sostuvo la mirada con una franqueza que no esperaba de un hombre de su rango.

—No voy a prometerte facilidad, señorita Ainsworth. En esta finca y en la ciudad que vendrá, se te mirará con lupa. Llegarás a odiar la exactitud. También llegarás a agradecerla.

—Puedo con eso —expuso la joven con convicción.

Wynthorpe sonrió de veras por primera vez. Fue una sonrisa breve que se apagó pronto, como si se hubiese sorprendido a sí mismo.

—Tienes chispa, señorita Ainsworth. Esperemos que eso sea algo bueno.

—Y usted habla claro. Lo agradezco, excelencia.

El duque se levantó. Constance hizo un ademán de imitarle, pero él la detuvo con un gesto.

—Una última cosa —añadió—. No creas que con tu fortaleza te bastará. Es un buen punto de partida, sí, pero deberás trabajar, ganarte el puesto que te ofrezco en mi casa.

—Lo haré —prometió ella.

—Bien, solo queda que el tiempo pase y comprobar si lo que he pagado por ti es un beneficio o una pérdida. Vete ahora, Constance. Tengo cosas importantes que atender.

No esperó ni alegó nada más. Salió al pasillo con paso ligero. Cuando la puerta se cerró tras su espalda, tuvo que apoyarse en la madera maciza.

Fue entonces, y solo entonces, cuando lo comprendió: su tía la había vendido a un duque.

¿Habría en el mundo algo más humillante que eso?

Capítulo 1
Un buen escocés y una gran dama

Castillo de Dunrath, Escocia, 1816.

El viento arrastraba una llovizna fría por el patio interior de Dunrath y hacía crujir las losas como si el castillo recordara en voz baja todos los crudos inviernos vividos. En la sala grande, el fuego de turba prendía con paciencia y dejaba un olor terroso que se pegaba a la lana. Ewan MacCrae tenía apoyado el antebrazo en el alféizar mientras contemplaba el cielo de estaño que se recostaba sobre las colinas. 1816 llevaba semanas empeñado en parecer noviembre y ni las ovejas ni la cebada lo agradecían.

Sostenía una carta. El lacre rojo tenía la impronta de un león rampante que había visto demasiadas sobremesas en Londres.

—Es de Simon —dijo, sin volverse, al tiempo que alzaba la misiva—. Dice que el cuarto de la

pandilla ha decidido casarse esta temporada y que pretende arrastrarnos a su felicidad. Me pide que vaya o se volverá loco si tiene que soportar a Rafe y a Azrael él solo.

—Nunca estuve contenta con la decisión de tu padre, que Dios lo tenga en su gloria, de enviarte a esa fina escuela… ¿Cómo se llamaba? —habló la mujer que estaba al cargo de la familia a su espalda.

—Eton, abuela.

—Eso. Pero tengo que decir que encontraste a buenos amigos allí y te serán útiles para el futuro del castillo.

—No todo es interés en la vida —la regañó con suavidad.

—Sí, sé bien lo que opináis tu hermana Cat y tú sobre las alianzas y obligaciones. No hacéis nada si no os nace del corazón. Es poco práctico, si quieres saber mi opinión, muchacho. Tu hermana ya se habría casado cinco veces si hubiese utilizado la cabeza y no otra cosa.

Ewan suspiró. Era necesario volver al punto de partida de la conversación o la abuela Morna lo haría girar todo en torno a la soltería de Catriona.

—Simon me exige ir en su ayuda. No sé si debo dejaros a Cat y a ti solas.

—¿Dos escocesas con tanto carácter solas? Sí, muchacho, sí. Tal vez tengas razón y deberías quedarte para que Cat y yo no invadamos al clan vecino. La tierra de los Robertson ya sería nuestra si tu hermana hubiese aceptado la proposición del jefe, y sin derramar ni un poco de sangre. —La anciana se quedó pensativa un instante—. La virginidad de tu hermana sería la única sangre que se hubiese vertido, pero no es un pecado si se hace en el lecho nupcial. Cat tendría ya a dos pequeños montañeses, tres si el jefe de los Robertson es tan vigoroso como parece.

—Abuela… estamos hablando sobre si tengo que ir a Londres o no. ¿Recuerdas lo que te he dicho sobre Simon y que me ordena ir?

—Ese amigo tuyo en concreto siempre ha tenido inclinación a mandar. Demasiado dominante. Tráelo pronto, haremos buenas migas él y yo —apuntó Morna MacCrae desde su sillón bajo, arrimado al fuego—. Lee la carta.

Ewan obedeció. La voz le salía con esa gravedad que la sala exigía cuando alguien invocaba Londres en Escocia. Simon Beresford, vizconde Trowbridge, había escrito con su ironía de costumbre, líneas apretadas que ordenaban paciencia y amistad a partes iguales:

«Ven, te lo exijo. No me dejes solo. Ya conoces a Rafe, y si no estás para frenarlo, arrasará la ciudad tratando de seducirlas a todas antes de casarse con una. Sobra decirte lo que ocurrirá si estoy con mi primo Azrael y no te tengo como escudo, serías responsable de que yo acabase en la

horca. Eres mi único aliado. ¿Por qué acabamos tú y yo siendo amigos de esos dos? Es una pregunta que me hago cada noche. Eres mi mejor amigo, haz honor a dicho título y ven a Londres. Y acude rápido».

Ewan dejó el papel sobre la mesa y se pasó la mano por la nuca.

—*Aye*, me gusta ese amigo tuyo. Tal vez podrías convencerlo para que se casase con Catriona. La muchacha necesita un *highlander*, pero ya ha mandado al infierno a cuatro de los nuestros. Tal vez necesite un inglés duro como ese al que llamas Simon. ¿Le has presentado a Cat a alguno de esos muchachos?

—¿Puedes dejar de intentar casar a mi hermana un instante, abuela? —preguntó tratando de contener su temperamento.

—Ve a Londres y llévatela. Eso es lo que tienes que hacer, Ewan.

—Sabes tan bien como yo que Cat no encajaría en un lugar como ese. Además, en Londres no pinto nada. Soy un bruto de las Tierras Altas. Hablo demasiado claro, prefiero la lana al terciopelo y me faltan dedos para contarlos cuando veo tantos cubiertos.

Morna levantó la mirada. Tenía el pelo blanco recogido en una red sencilla y los ojos tan

negros como cuando enseñaba a un niño a montar sin caerse.

—Todo eso es cierto —admitió—. Y, sin embargo, vas a ir.

—Catriona no querrá venir.

—Lo sé. Ve de todos modos; ella se quedará aquí conmigo. He tenido una visión, Ewan. La tierra explotó y el invierno seguirá durante un tiempo. Necesitas dinero para poder mantenernos. Hay que comprar más ovejas para sobrevivir.

—Si tan mal están las cosas como te dice tu don, sería mejor que yo me…

—No. Ve a Londres —le ordenó.

—¿Por qué?

—Porque a los amigos hay que responderles.

Ewan, quien seguía admirando el paisaje por la ventana, se tomó un momento para pensar en lo que sería ir a la ciudad. ¿Un escocés torpe en un mundo lleno de refinamiento?

—¿Solo por eso debería ir? ¿Por lealtad, abuela?

—Por eso y porque te viene bien el viaje. El años se ha echado a perder, ya te lo he dicho. Si

Londres quiere presumir de terciopelos mientras aquí nos calamos los mantos, que pague por nuestra lana al precio del oro. Llevarás muestras. Hablarás con comerciantes, con armeros si hace falta y traerás contratos que nos hagan sobrevivir. Dunrath no se alimenta solo de orgullo.

Ewan soltó una risa corta.

—Orgullo y avena, según el año.

—Este año, la avena es escasa —repuso ella, sin humor—. Además, no te vendrá mal aprender a caminar por un salón sin parecer que cruzas un brezal en enero. Si tienes tiempo, conquista a una dama inglesa.

Ewan se giró por fin. La miró con esa mezcla de respeto y confianza que tanto lo caracterizaba.

—Acepto lo de los negocios —dijo—. Pero en los salones… Simon sabe manejarse; yo me quedaré en un rincón observando.

—¿Así conquistarás a una *sassenach*?

—Dudo mucho que le permitieses la entrada en nuestra casa a una inglesa. No creas que no me di cuenta de que te estabas burlando de mí al sugerir que regresase con una novia que no fuese escocesa. Tu corazón no lo soportaría y no pienso ser el que te cause la muerte, abuela. Eso se lo dejo a Cat —bromeó.

—Mmmmm —gruñó la anciana—. Te crees muy gracioso. No, muchacho. Si vas a Londres, esas frágiles doncellas te verán y te codiciarán. Si tiene que entrar en este castillo una *sassenach*, que venga con los bolsillos llenos. De otro modo no la traigas, ¿entendido?

Ewan suspiró. Un rudo montañés como él solo las espantaría incluso aunque dejase el *kilt* en casa y se pusiese una casaca de paño y un pantalón. Estaba más que claro que su abuela lo veía con los ojos llenos de amor y no bajo el prisma de la realidad. En cuanto las damiselas lo viesen se desmayarían.

Ya podía ver a las matronas sacando las sales cuando él entrase en esos salones de baile. El *laird* de Dunrath destacaba por su gran estatura y sus anchos hombros, sin olvidar su amplio torso y las piernas de caminante de colinas que parecían más hechas para la turba húmeda que para las alfombras. Su tamaño era más que considerable. Su piel era clara, aunque se le tostaba por la intemperie, tenía ese rasgo delator de los tímidos: la nuca y las orejas se le encendían en cuanto notaba las miradas sobre su persona. Los ojos, de gris azulado, miraban de frente; al evaluar una situación se le afinaban bajo unas pestañas oscuras que desmentían su aspereza. Llevaba el cabello castaño muy oscuro, ondulado y más corto de lo habitual; en los días fríos agradecía su barba, en especial porque le endurecía la mandíbula cuadrada. La nariz recta guardaba el recuerdo de una antigua rotura, y una fina cicatriz le partía la ceja izquierda con una insolencia mínima.

Tenía manos grandes, de callo limpio y uñas cuidadas; dedos sorprendentemente delicados para vendar, abrochar o reparar con cuidado. Su voz era grave y baja, con un arrastre escocés que rozaba la madera. Y, muy de cuando en cuando, aparecía esa sonrisa —perfecta como un eclipse— que dejaba a su paso consecuencias difíciles de catalogar.

Sí. Decididamente Londres no estaba hecho para un escocés como él. Destacaría demasiado entre todos esos delicados lores y esas exigentes damas que lo mirarían con cautela.

—¿Me estás escuchando, muchacho?

—*Aye*, lo hago, abuela. Siempre.

—Mentiroso.

—No puedo ir a Londres, sería como si una vaca peluda entrase a pastar entre los cisnes.

—Los cisnes no pastan, bailan o nadan o lo que sea que hagan sobre el agua. No me estabas escuchando, Ewan, porque de otro modo sabrías que te estaba mandando al sitio indicado.

—¿Al infierno?

—¡No blasfemes, muchacho! —gritó la abuela—. Puede que tengas treinta y dos años, pero todavía puedo darte unos azotes.

—Lo siento —se disculpó, porque era mejor no enfadar a Morna.

—Te decía que necesitas ayuda. No porque seas torpe, sino porque te niegas a fingir, y Londres es como un teatro. Hace años que mantengo correspondencia con una muchacha de allí. Lista, serena y con buen ojo para las personas. Si te presentas con mi carta, te enseñará a no dar la espalda cuando no debes, a sonreír cuando es menester, a interpretar las palabras que ni siquiera se han dicho.

Ewan arqueó una ceja.

—¿Una muchacha? ¿Pretendes hacer de casamentera desde aquí, abuela?

—La que quiero que se case es Cat. Eso es más urgente que arreglarte un matrimonio a ti —respondió.

Él volvió a la ventana. La lluvia había decidido quedarse de modo permanente. Le gustaba su tierra incluso así, con las nubes metidas en los corrales y la hierba rendida. Allí todo era claro: un muro sostenía o no sostenía, un hombre cumplía o no cumplía. Londres, en cambio, parecía vivir de las medias tintas.

—La sociedad me limará las esquinas hasta dejarme irreconocible —gruñó—. Y, para colmo, tendré que callar. Me mandas con una niñera, abuela. No sé si puedo soportarlo.

—No es ninguna niñera. Es una mujer que puede ayudarte a manejarte entre los de su clase para que no te sientas tan diferente —lo corrigió la anciana—. Aprenderás a elegir cuándo hablar. Las esquinas no se liman; se moldean. Si no lo haces tú, lo harán contigo. Prefiero que lo hagas con alguien que no va a venderte por un cumplido. Tus amigos son ingleses; ellos no pueden entenderte y no creo que quieras que uno de ellos te dé lecciones sobre…

—No quiero que nadie me aleccione, abuela.

—¿No irás entonces, *a rùin*?

—No me llames tesoro; solo usas palabras gaélicas tiernas cuando quieres hacerme cumplir tu voluntad.

—Mmmmm. Tan terco como una oveja que no se deja esquilar porque no quiere desprenderse de su lana a pesar de que lo necesita con urgencia. Ya te esquilarás, ya. ¡Haz lo que quieras, Ewan! —exclamó gruñona.

Él recogió la carta. Había algo en ese papel, en la broma cansada de Simon, que le tiraba del deber. Habían compartido inviernos, puños y deudas. También sabía que el amigo que pensaba casarse necesitaría ver a alguien con los pies en la tierra mientras la ciudad le ofrecía espejos.

Eran cuatro solteros muy dispares. Ewan siempre había hecho mejores migas con Simon,

porque aunque era muy dominante, tal y como había mencionado Morna, era silencioso y sabía diferenciar lo correcto de lo incorrecto con un simple vistazo, aunque no siempre obraba de la mejor manera. Luego estaba Rafe, quien pretendía casarse, seguramente porque estaba necesitado de fondos; a no ser que hubiese descubierto el poder del amor o algo semejante. Rafe, de alguna manera, era una especie de némesis para Ewan. Eran demasiado diferentes. No solo porque fuese de la alta aristocracia, sino porque era un seductor encantador que con una sola sonrisa podía hacer que una mujer se despojase de toda su ropa. Usaba palabras dulces y hacía promesas que rompía con gran facilidad. Y luego estaba el primo de Simon, Azrael. En realidad no se llamaba como el mismo ángel de la muerte, pero era el apodo que alguien le había puesto y a partir de ahí todos lo llamaron así. Azrael y Simon eran como el agua y el aceite.

Ese grupo de amigos era peculiar porque convivían en una balanza sólida que permitía la paz. Si dejaba a sus tres amigos solos, la guerra de Napoleón sería una anécdota para lo que podría empezar en Londres.

—Bien —cedió—. Iré. Llevaré lana y dos ovejas con mejor planta que la mayoría de esos lores que solo saben sonreír y hablar del tiempo.

La abuela sonrió con los ojos.

—Y llevarás mi carta para ella.

—¿Quién es esa *sassenach* a la que parece que aprecias tanto, abuela?

—La mujer que te instruirá para que regreses con una rica esposa.

—Ya estamos… —susurró por lo bajo.

—Le escribiré hoy mismo.

—¿Y si no me acepta? —preguntó el *laird*.

—Con mi carta, lo hará —aseguró ella—. Te conoce por mis historias. Sabe que eres leal y que no te escondes detrás de las palabras. Te respetará por eso, si te dejas guiar. Aunque sabrá que tiene mucho trabajo por hacer contigo. Confiemos en que no le tenga miedo a los retos.

—El señor de un castillo relegado a un reto…

—No masculles, Ewan. En Londres lo detestan.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que mejor hace un escocés y ellos censuran todo lo que es nuestro.

—Gran alegato, Morna.

—Lo sé.

Ewan guardó silencio un instante. Había aprendido a desconfiar de las soluciones fáciles. Esta no lo era. Una inglesa dándole lecciones a un montañés… ¿Adónde llegaría el mundo? Viajaría en un año sin verano, con los caminos enfangados y la ciudad entera fingiendo que el cielo seguía azul. Tendría que vigilar su temperamento, el *whisky* de las sobremesas y ese impulso de decir la verdad a destiempo. Esa mujer de la que su abuela se negaba a darle ni su nombre lo despacharía después de cinco minutos conversando con él.

Ewan se acercó al fuego y tendió las manos. La turba crepitaba despacio. Recordó la primera vez que bajó a Edimburgo, los pasos midiendo mal los peldaños de piedra, la sensación de estar siempre un compás detrás de la música. Había sido joven, altivo y poco inclinado a ceder. Siendo un muchacho tenía más disposición y paciencia para dar nuevas oportunidades, de ahí que se hubiese hecho tan amigo de tres ingleses que, de haberlos conocido en otro contexto, los habría evitado como la peste. El destino le había dado unos interesantes compañeros de viaje.

—Haré lo que dices —concluyó—. Y volveré antes de la siega, si es que hay algo que segar.

—Volverás cuando hayas cumplido con tus amigos y con Dunrath —dijo la abuela, sin levantar la voz—. Y regresarás un poco más sabio. No te vendrá mal.

Él asintió. Guardaría la carta de Simon, prepararía otra para responder y le encargaría a

Hamish, su capataz, que eligiese las mejores piezas de lana para enseñar en la ciudad.

—Abuela —añadió desde la puerta—. Dile en tu carta a esa muchacha que me niego a bailar.

La anciana no dijo nada más. Lo miró como si hubiese dicho un sacrilegio, pero no murmuró ni una sola palabra o gruñido.

Ewan sonrió de medio lado. El *laird* de Dunrath había tomado una decisión. Londres lo esperaría con sus lámparas encendidas y la sociedad preparada para catalogarlo como una gran molestia incivilizada. Él se presentaría con las botas limpias, un traje decente y la determinación de no pelearse con Rafe bajo ningún concepto. Con un poco de suerte, también se toparía con una guía comprensiva que no lo haría desentonar en exceso en las grandes fiestas.

¿Qué sería lo peor que podría pasar si Ewan se codease con la aristocrática sociedad? Nada.

En cambio, si permitía estar sin supervisión a Simon, Rafe y Azrael… Apostaría su *kilt* a que Arthur Wellesley, actual duque de Wellington, no desearía tener que dejar de lado su acomodada vida para volver a participar en otra batalla de Waterloo, aunque esa pelea tuviese lugar en la propia ciudad.

***

En Londres, la casa de la señorita Constance Ainsworth era un hogar, donde una mujer que acababa de cumplir los treinta y dos años trataba de educar a su joven pupila de diecisiete.

Aquella mañana, la lluvia había dejado un vaho frío en los cristales y el carbón ardía a regañadientes en la chimenea. Constance Ainsworth —conocida como Connie para sus más allegados— cerró el libro de cuentas y alisó, con la yema del dedo, una gota de té que se había posado en la cubierta. Lydia ensayaba la reverencia ante el espejo del salón delantero; el ruedo de la falda dibujaba un semicírculo prudente sobre la moqueta. Estaba ansiosa por cumplir los dieciocho años y convertirse en una debutante. Le hacía muchísima ilusión ser presentada ante la reina, un privilegio que tenía por ser hija de un par del reino como lo fue Wynthorpe.

—Quédate un poco más agachada. Cuenta hasta dos —le recomendó Constance—. Luego subes despacio y alzas los ojos. Eres la hija de un duque y debes mirar de frente a todo aquel que tengas delante.

El golpe de la aldaba recorrió la casa. Connie suspiró y se preparó para una visita que, como siempre, sería tensa. El hermano de Lydia las había convocado en la ciudad porque iba a dar una cena para ofrecer una fiesta formal y deseaba que su familia lo acompañase. El actual duque de Wynthorpe, llamado Henry, estaba casado con una dama que sugirió que tanto Connie como Lydia estarían más cómodas teniendo su propia morada, tanto en la ciudad como en la finca campestre. Henry

no discutió; se limitó a aplicar lo que la duquesa le sugirió y, en honor a la verdad, ella estuvo tentada de darle las gracias por tener semejante idea.

Las cosas entre Connie y Henry habían sido tensas desde que ambos se encontraron por primera vez en casa del anterior duque. Cualquiera hubiese podido pensar que, al tener la misma edad, podrían llevarse mejor. En absoluto. Por suerte, la situación se había normalizado, en cierta medida, a raíz del matrimonio de Henry con la hija de un conde, llamada Ava. Así que la formalidad excesiva entre él y Connie estaba a la orden del día. Eso, al parecer, también incluía a la hermana del actual duque, porque Henry trataba a Lydia con una distancia algo extraña a pesar de que la joven era de su propia sangre. En realidad, siempre lo había visto tratar a Lydia del mismo modo.

—Señorita Ainsworth; *milady*; el duque de Wynthorpe desea ser recibido —llegó el mayordomo para anunciar al invitado.

Lydia enderezó la espalda. Constance se puso en pie con calma. Henry entró de un modo muy ceremonioso, impecablemente vestido con su traje en tonos tierra y las botas ligeramente salpicadas de barro.

—Señorita Ainsworth. *Lady* Lydia. —Inclinó apenas la cabeza, primero hacia Connie, luego hacia su hermana.

—Excelencia —respondió Constance con una reverencia medida

—Hermano —lo saludó la joven, haciendo una perfecta reverencia que hizo que Connie sonriese. Un gesto que fue de absoluta aprobación.

—¿Qué es tan gracioso? —intervino el duque. La censura estaba implícita. Connie se puso seria de inmediato y Lydia no osó hablar.

—Su hermana, excelencia, ha estado practicando para lograr hacer una reverencia impecable. Quiere destacar cuando sea presentada formalmente en sociedad.

—Para eso quedan todavía cuatro años.

—Uno, hermano —lo corrigió con suavidad.

—¿Solo uno?

—Así es —corroboró la señorita Ainsworth.

—Supongo que eres demasiado baja y por eso…

—¿Pido el té? —lo interrumpió la anfitriona, pues no quería que Lydia se irritase por la otra reprobación que sospechaba que le seguiría a esa primera que el duque le había ofrecido.

—Gracias, no es necesario. No las molestaré demasiado. —Echó un vistazo a la habitación y luego se fijó en Connie de nuevo—: Estoy aquí para traerle esto. —Extendió un sobre con el sello de Wynthorpe —. Cartas del administrador de Surrey y un apunte de

los arrendamientos. Quisiera que los revisase, señorita Ainsworth.

Constance cogió el sobre. No se sorprendió por la petición. Mientras el anterior duque había vivido, y tras ver el talento que ella tenía con los números, era común que revisase algunos asuntos relacionados con las cuentas. Gracias a ella detectaron que uno de los administradores había estado apropiándose de lo que no le correspondía. Sorpresivamente, Henry confiaba en ella para seguir ayudándolo con la revisión de gastos en las fincas.

La señorita Ainsworth dejó los documentos sobre la mesa más próxima.

—Será revisado de inmediato y quedará respondido por la noche. —Alzó la vista—. *Lady* Lydia progresa. Francés por las mañanas; música tres veces por semana. Y la señorita Fairchild está satisfecha con ella. —Era una especie de institutriz que el duque había contratado para que la ayudase con la educación de la joven.

—La señorita Fairchild es difícil de satisfacer —observó Henry, sin sonreír ni detenerse a mirar a su hermana—. Lo tendré en cuenta.

Lydia se colocó frente a su hermano con una expectación que no intentó disimular.

—¿Quieres volver a ver mi reverencia, Henry?

—¿Ese es modo de referirse a un duque, *milady*? —la amonestó—. La señorita Fairchild no estaría satisfecha.

—Lo siento, excelencia —se rectificó ella de inmediato. A veces era complicado recordar que solo podía tener complicidad con la mujer que se preocupaba por ella, pero no con su propio hermano.

—El duque ya ha visto tu reverencia, Lydia —murmuró Constance, con suavidad.

—No importa, quiero volver a verla —consintió él—. Después de todo, solo queda un año para que la sociedad examine con lupa lo que hará la hermana del duque de Wynthorpe. —En efecto, hablar de él en tercera persona era algo muy habitual en Henry. Connie se contuvo de responderle; después de tantos años, había aprendido a hacer lo que se esperaba de ella con suma facilidad. Sin replicar.

El hermano de Lydia posó la mano en el respaldo de una silla, preparado para revisar y juzgar la acción. No se había sentado.

—Permítame, excelencia —le dijo a su hermano con absoluta firmeza y formalidad.

La muchacha ejecutó el movimiento y contó hasta dos antes de levantarse y alzar los ojos, tal y como Connie le había recomendado. El duque asintió.

—Correcta, aunque tu mirada es demasiado directa —observó él.

—Me temo que eso es culpa mía, excelencia —intervino Connie—. Había considerado que la hija de un duque tiene la potestad de no mostrarse débil frente a quien la observa. Ella ofrece respeto con su reverencia, pero cuando levanta la mirada, también lo está exigiendo, pues es su derecho de nacimiento.

—*Lady* Lydia es una mujer; tiene que aprender a controlar la mirada según quien esté delante. Aprobaré su recomendación, señorita Ainsworth, siempre y cuando mi hermana esté frente a un marqués, un conde, un vizconde y demás, no cuando esté ante un duque o el príncipe Regente.

—¿Conoceré al Regente, hermano?

—Lydia… —la llamó al orden Connie, con un leve susurro.

—Lo siento —se disculpó la joven debido a su impulsividad.

—Seguiremos trabajando, excelencia. Le aseguro que cuando llegue el momento, *lady* Lydia será un parangón —añadió Constance—. En sociedad, la corrección protege y lo impecable manda. Su hermana será formidable.

Él aceptó la sentencia con un ligero gesto de asentimiento.

—Hablaremos de su presentación cuando llegue. Aunque si no está preparada, habrá que retrasarla —dijo—. No conviene precipitar las cosas.

—La mirada recorrió el salón de nuevo—. Espero que no les falte nada en la casa. Mi padre fue muy generoso cuando repartió sus bienes.

Connie sabía bien que él había estado furioso cuando el anterior duque le legó una buena suma y la casa en la que se alojaba con Lydia. Del mismo modo, el anterior Wynthorpe dejó por escrito que las dos no debían separarse hasta que Lydia contrajera matrimonio, pues se dio cuenta de inmediato de que ambas se apreciaban con sinceridad. Se podría decir que Constance era como una madre para Lydia, cosa que a Henry no le agradaba en absoluto.

—Su padre fue un ángel para mí, excelencia. No puedo negarlo. Y no, a su hermana y a mí no nos falta de nada. Agradezco su preocupación —repuso Constance.

Se produjo un silencio breve. Fuera pasó un carruaje; el chapoteo contra las losas subió como una nota discordante. Henry miró hacia la ventana, quizá para huir de aquello que no quería discutir.

—Me alegra oírlo. Mi deber es asegurar que usted y mi hermana disponen de lo que precisan. Mi padre dejó establecido que ambas no debían separarse y trato de cumplir su voluntad; no obstante, *lady* Lydia sigue siendo mi hermana. Es mi deber ocuparme de su educación y bienestar —puntualizó.

Constance le sostuvo la mirada un instante. Había en él cansancio y orden, y esa cautela que no

era desconfianza, sino respeto por las formas. Era correcto en exceso y por eso ella se mantenía a salvo de su ira.

—Agradezco su diligencia, excelencia. —Se permitió un matiz de sinceridad, pues Henry tenía muchos defectos, pero era honorable—. También su visita.

—No quisiera incomodar —dijo él, con una cortesía que no decaía nunca—. Londres se ha vuelto más codicioso. La sociedad tiene hambre de rumores y no deseo que la reputación de quienes están bajo mi amparo se empañe.

—Puede estar tranquilo, excelencia —observó Connie—. Su padre fue un mentor excelente.

—¿Lo fue?

—Así es. Siempre estaré agradecida de que se tomase la molestia de instruirme.

—Sí… es del todo natural —observó él. A Connie no se le escapó el tono que el hermano de Lydia había empleado. Fue un reproche absoluto.

Lydia, que seguía de pie con las manos unidas, dejó escapar un suspiro casi inaudible. Como el duque no se había sentado, ellas permanecían a su altura también.

—¿Vendrá la duquesa mañana? —preguntó —. Pensaba enviarle flores.

—Se lo haré saber —dijo Henry, un poco más blando al sacar a relucir a su esposa—. A Ava le agradará que se las envíes.

A Constance no le pasó desapercibido que él cambiaba cuando se refería a su esposa. Incluso había sonreído levemente. Le agradaba seguir comprobando que Henry era feliz. Aunque la relación entre ambos era fría, ella quería que la familia del hombre que la apoyó y ayudó no sufriese mal alguno.

—Le remitiré un resumen de gastos y las lecciones planificadas de su hermana. También quisiera pedir permiso para que Lydia acompañe a la duquesa en sus visitas de caridad.

—Supongo que eso sería bueno para que la joven mostrase piedad. Muy bien —consideró él, al ver los beneficios de la idea—. Irá con escolta y usted la acompañará también.

—Por supuesto —afirmó Connie.

El mayordomo apareció con una bandeja nueva de té, aunque nadie la había solicitado. El duque negó con la cabeza. El carbón, que había languidecido, soltó una chispa y las llamas se reavivaron con un chasquido. La luz, gris y pareja, hacía que el salón pareciera más severo.

—Señorita Ainsworth, valoro su criterio —dijo—. Confío en que continúe ejerciéndolo… sin dar margen a interpretaciones. *Milady* —miró a Lydia—,

continúe progresando; ser la hermana de un duque exigirá que sea perfecta. Yo así lo espero.

El aviso, claro, no admitía réplicas. Ni para una ni para la otra.

—Se hará como usted señala, excelencia —aseguró Constance.

El duque asintió.

—Las veré esta noche, será una cena pequeña, muy formal. Buenas tardes.

—Buenas tardes, hermano.

—Buenas tardes, excelencia.

Todos se despidieron según el protocolo que tanto veneraba el duque.

Cuando Henry salió y los pasos se perdieron en el pasillo, Lydia se dejó caer en el sofá con un suspiro que habría hecho fruncir el ceño a la señorita Fairchild.

—No sé si me quiere o solo se limita a vigilarme —dijo en voz baja.

Constance volvió a su libro de cuentas, aunque no lo había abierto todavía.

—Puede que sea ambas cosas —indicó—. Tiene muchas obligaciones y ha encontrado tiempo para venir a visitarte.

—¿Estás enfadada con él?

—No. —Constance sonrió apenas—. De todas formas es tu hermano; no debe importarte lo que hagan o digan los demás.

Lydia jugueteó con una de las cintas de su vestido.

—Quiero hacerlo bien; quiero que esté orgulloso de mí, pero creo que jamás me felicitará por alguna de mis acciones.

—Tu hermano te quiere, Lydia. —Constance se acercó a la ventana; el vidrio estaba empañado—. Es un duque y tiene muchísimas obligaciones —reiteró.

—A Ava sí le gusto.

—Tú le agradas a todo el mundo.

—Supongo que es cierto —admitió con la boca pequeña.

El carbón crujió otra vez. La casa parecía encogerse frente al paisaje gris del exterior. En el interior, dos mujeres se disponían a seguir con su rutina.

Capítulo 2
El incorrecto caballero

El salón brillaba con un exceso deliberado: arañas de cristal, dorados recién pulidos y un mar de sedas que iba y venía al compás de la orquesta. El *laird* de Dunrath percibió que el aire olía a cera caliente y perfume empalagoso. No le agradaba. Notó las miradas de los invitados sobre él como alfileres: algunas curiosas, otras con ese gesto de censura que reservaban para los hombres demasiado grandes.

—No tengo la culpa de que sean todos unos enclenques… —masculló por lo bajo el escocés. Él provenía de un linaje de fuertes guerreros, así que era lógico que destacase entre esos ingleses tan refinados y diminutos.

—No es tu tamaño. Ya te lo dije —murmuró su amigo Simon, sin mover apenas los labios—. Un barbero de Bond Street te habría ahorrado media

docena de cuchicheos. Y si tuvieses un ayuda de cámara te hubiese dejado bien a punto.

—Antes me afeitaría la cabeza —replicó Ewan—. La barba se queda. Es una cuestión de principios.

—Principios… —Simon dejó caer la palabra como si la sopesara en toda su extensión—. Muy bien. Pues sostenlos con una copa en la mano; sin copa pareces a punto de pedir un duelo.

—¿Un duelo? Eso es demasiado civilizado para mí.

—Lo sé. He sido cortés porque pareces a punto de masacrar a todos los invitados de la sala. ¿Podrías sonreír un poco?

Ewan miró a su mejor amigo con toda la seriedad del mundo, como si estuviese participando en un entierro. Simon suspiró. Un lacayo apareció como invocado y el vizconde Trowbridge le puso la copa en la mano a Ewan casi sin mirarlo.

—Bebe y mira al frente. Trata de fingir que no te observan y que no quieres ver sus vísceras esparcidas por el suelo y todo irá bien.

—Sabía desde el principio que me estaban mirando. Y tú lo has negado siete veces.

—Si lo sabías desde que entramos en el salón, ¿por qué me lo has preguntado siete veces?

—Para ver lo mentiroso que podías llegar a ser —replicó el fornido escocés—. De todos modos, no solo se fijan en mí. Me están tomando la medida. Y ya han decidido que no encajo.

—No encajas porque no has querido hacerme caso. Por amor de Dios, no has querido ni conocer a mi sastre.

—¿Qué ocurre con mi ropa? Es igual que la tuya. Llevo pantalones de gala, aunque estoy mucho más cómodo con unos *trews* de tartán.

—Estás lejos de vestir igual que yo. Solo el chaleco que llevo vale más que el ganado del que tan orgulloso estás. Y luego está todo eso que llevas en la cara…

—No vuelvas a hablar de mi barba. Estoy muy orgulloso de ella —lo frenó Ewan.

—No importa. Estamos aquí por Rafe. No tienes por qué gustarles a los ingleses. —Simon se giró para mirar a su amigo de arriba abajo y negó con la cabeza—. Por más que lo intentases no lo conseguirías.

—Eres muy desagradable, Simon.

—Lo sé —se mostró orgulloso el vizconde.

—Hablemos de Rafe. —Ewan recorrió el salón con la mirada—. ¿Dónde demonios está? He

cruzado medio país para someterme a la reprobación en los salones y el interesado, ¿me elude?

—Le ha salido una cita de la que no podía escapar.

—¿Con quién? ¿Otra dama casada que necesitaba salir de su tedioso matrimonio? —Ese otro amigo era demasiado pícaro para el gusto del escocés. ¿Para qué necesitaba un hombre tantas mujeres? Con una bastaba y sobraba.

—Con su abuela —informó Simon, con una compasión muy inglesa—. Sermón a puerta cerrada. Si lo suelta pronto, vendrá medio domado a Londres por la oreja. Aparecerá brillante y peligrosamente obediente. Al menos será decente durante un par de semanas, un mes si la duquesa lo acompaña para buscar esposa.

Ewan bufó por lo bajo.

—Si su abuela es como la mía; lo compadezco. Lo que no llego a entender es ese brillante plan para arrastrarme a Londres si la duquesa puede ayudarlo.

—Tu plan era no venir. Atraerte hasta aquí fue el mío. Si tengo que soportar la presencia de mi primo Azrael, tú tendrás que tragarte a Rafe.

—Ya sabía yo que me querías solo para no estar solo en tu calvario. Odio los bailes. ¿Por qué estamos aquí si Rafe no está ni siquiera en la ciudad?

—Agradece que no te haya llevado a Almack’s la primera noche.

—¿Qué es eso?

—Un campo de entrenamiento para modales, regido por generales expertos en muselina. Sobrevivirás luego, si sobrevives antes a esto, pues sospecho que la abuela de Rafe querrá sacar a la esposa de su nieto de allí dentro, lo cual se traduce en que tendrás que estar a la altura cuando visitemos el club.

Ewan sonrió de medio lado, lo justo para no asustar a la pareja que pasaba por delante de ambos.

—¿Y la mujer de la que te hablé? —preguntó, bajando la voz—. La guía que, según mi abuela necesito y no vende indulgencias.

—Está aquí —dijo Simon, inclinando apenas la cabeza hacia el extremo del salón—. Vestido azul oscuro, postura impecable. Me sorprende que tu abuela te haya remitido a una mujer como esa. La espantarás nada más saludarla. Y más atónito me deja que deseches mis consejos como si fuesen basura y optes por aceptar los de una dama a la que no conoces.

—No pienso pedirle ayuda a esa mujer, solo sentía curiosidad porque mi abuela me habló de ella. Y créeme, la madre de mi padre no hace nunca nada de lo que no saque provecho. Todavía no logro explicarme cómo una escocesa temperamental puede

haber conocido a una *sassenach*. —No mentía; quería saber lo que las unía a ambas.

Ewan siguió la indicación. Vio a la señorita Constance Ainsworth junto a una muchacha de rostro fresco; estaba escuchando a una matrona, pero en realidad parecía estar mirando el salón como si fuese su propio campo de batalla.

Se tomó su tiempo para examinarla. No le pareció nada del otro mundo. Común.

—¿Y bien? —preguntó Simon al ver que el escocés la recorría con la mirada.

—Demasiado pulida para mí —murmuró.

—Hablas como si estuvieses valorando la posibilidad de…

—De nada —trató de frenarlo Ewan.

—… de que te traduzca —zanjó Simon.

—Traduce esto: me aprieta el cuello y me pican los puños —dijo Ewan, tirando del almidón—. Si alguno más me mira la barba como si escondiera cuchillos en ella, me llevo un candelabro de recuerdo. Entonces seré un ladrón, no un bruto escocés.

—No lo hagas. Pesan —Simon apuró su copa—. Y da igual de mala prensa ser un bruto escocés que un ladrón. Aguanta tres piezas y la abordaremos cuando cambie la música.

—¿Cómo sabes que quiero conocerla? —preguntó, al tiempo que fruncía el ceño.

Simon alzó una ceja.

—¿No quieres? —El escocés ladró algo ininteligible y Simon continuó—: Buscaremos a la anfitriona para que nos la presente. Sé discreto y no muerdas.

—Morder no, pero gruñir es instintivo, más cuando estás cerca de mí.

—Gruñe en gaélico. Aquí suena exótico —le aconsejó Simon.

Ewan dejó escapar una risa breve. La orquesta cambió a un vals; el brillo de la sala se inclinó en oleadas.

—Si le gruño en el idioma en que sea, ella se desmayará, estoy seguro. Rafe debería estar aquí —dijo, tercamente—. Si quiere casarse, que empiece por presentarse.

—Llegará. Nadie escapa a su abuela ni a su propia vanidad —Simon ladeó la cabeza—. Mientras tanto, aprende a ser visto sin convertirte en un espectáculo. Si te hubieses rasurado la cara…

—Ya estamos otra vez —se quejó el escocés.

—Y, por favor, no amenaces a los tocados del cabello de las damas con esos hombros.

—Esto es mi tamaño natural.

—Y este que te aconsejo es tu tamaño social esta noche —Simon le ajustó, con descaro, la caída de la levita—. Media sonrisa. Mirada tranquila. Respira como si el chaleco no te estrechara el pecho.

—Me estrecha el alma, no el pecho.

—Lo sé. Pero nadie lo descubrirá si haces lo que te digo.

Ewan tragó saliva, obediente por una vez, y volvió a mirar a la dichosa señorita Ainsworth. Ella había levantado la vista un instante y, sin alterarse, lo estaba mirando. Catalogándolo más bien. Apostaría su mejor rebaño de ovejas a que la matrona con la que hablaba se había referido a él y por eso la dama lo estaba examinando. No hubo ningún gesto por parte de ella. Si lo aprobaba o lo censuraba, él no podía saberlo.

—De acuerdo —concedió—. Tres piezas. Averiguaré lo que la une con mi abuela y luego nos iremos a una taberna.

—¿Podrías reconsiderar lo de la barba cuando vayamos a Almack’s con Rafe?

—Antes moriría que quedarme sin mi barba; podrían confundirme con uno de esos lores del

Parlamento.

—Asustas a todo Londres y sospecho que lo estás disfrutando. —El vizconde le sonrió.

—Me conoces bien. —Ewan le devolvió la sonrisa.

La orquesta cambió de pieza y el salón pareció relajarse. El *laird* ladeó la cabeza hacia el extremo opuesto y la volvió a observar. No era la más hermosa de la sala; aun así, sobresalía con una facilidad que irritaría a cualquiera que necesitase adornos para llamar la atención. Tal vez era la sobriedad del vestido —azul sin brillos—, tal vez el porte sereno, o la manera en que escuchaba como si valorase las palabras antes de concederles valor. Aquellos rasgos femeninos le resultaron extrañamente familiares, como una melodía oída en otra parte.

—¿No sabes nada de ella, Simon? —preguntó, sin disimular la dirección de su mirada.

Su mejor amigo volvió a sonreírle.

—Parece haberte impresionado mucho, Ewan. ¡Quién lo diría!, el *laird* de Dunrath interesado en una inglesa.

—¿Sabes o no algo acerca de ella? —insistió.

—No es ninguna muchacha recién salida del cascarón, eso es evidente. Por el aire que lleva, diría que es una solterona con vocación de corregir a todo el mundo.

—No parece amarga. Severa sí, pero no amargada —observó más para sí mismo que para Simon.

—No diré más si ese es el tipo de mujer que te agrada, amigo mío.

Ewan no alegó nada al respecto. Se había quedado con la sensación de haberla visto sin verla ya la primera vez que le echó un ojo. Dio un paso; luego otro. Era necesario verla más de cerca, hablar con ella. La distancia, que al principio parecía razonable, se convirtió en un mar de seda con muchos obstáculos. Quiso bordear a un lacayo que portaba una bandeja de copas, pero el cruce fue torpe: el borde de su levita rozó el codo del criado, el cristal tintineó y la bandeja perdió el equilibrio.

El estallido de las copas contra el mármol cortó la música un segundo demasiado largo. El silencio siguiente fue más molesto que el ruido. Decenas de miradas llenas de reprobación se clavaron en él. Ewan sintió cómo se le calentaban la nuca y las orejas; odiaba notar la sangre subiendo cuando el centro de atención viraba hacia él. Bueno, al menos no lo estaban juzgando debido a su barba, solo por su torpeza.

—Disculpe —le dijo al criado, agachándose a medias—. Ha sido culpa mía.

—No se preocupe, milord —balbuceó el muchacho, ya encorvado, mientras otro lacayo acudía para recoger el estropicio.

Simon se colocó a su lado en dos pasos, con esa eficacia que se aprendía en internados caros y salones peores.

—Arriba el mentón y sigue andando —susurró—. El primer minuto es para el espectáculo; el segundo, para olvidar lo ocurrido. Por cierto, creí haberte dicho que esperásemos un poco antes de abordarla. ¿Acaso te has enamorado repentinamente de ella y no has podido contenerte? —bromeó.

Ewan MacCrae enderezó los hombros, tomó aire y buscó a la mujer del vestido azul. La encontró de inmediato. Lo miraba con los ojos muy abiertos, no tanto por el desastre como por la posibilidad de que fuera a mayores. El horror fue nítido, breve; un gesto como una puerta que se cerraba. Al instante una joven le tocó el brazo a la dama; ella se volvió hacia su interlocutora y, con un asentimiento casi imperceptible, dio media vuelta. Ya no estaba disponible para una presentación.

—Bien —dictaminó Simon, en voz baja—. La mitad de la sala piensa que has intentado declarar la guerra al cristal de Bohemia, mientras que la otra parte no se ha sorprendido al ver que has sido tú, el escocés fornido y rudo, quien ha causado un pequeño escándalo.

—No olvides «barbudo» —le recordó Ewan.

—Me alegra ver que no has perdido el sentido del humor.

—Podría haber sido peor —murmuró Ewan.

—Lo dudo mucho.

—Podría haberme caído yo y eso sí que hubiese sido humillante.

—Eso me hubiese gustado verlo. No hubiera podido contener la risa.

—No eres un caballero de risa fácil. Y no, no eres un buen amigo, Simon.

—¿Sigues con la intención de conocerla?

Ewan volvió a mirar el hueco que había dejado el vestido azul. Notó la nuca aún encendida.

—No; si la persigo, podría acabar en la prisión de Newgate. Ya he dado bastante que hablar por una noche.

—Sensato —concedió Simon—. Será mejor que nos marchemos. Mañana probaremos con menos vidrio de por medio.

La música reanudó su ritmo y el salón, agradecido, fingió que nada había pasado. Aun así, mientras el vals recogía a los bailarines, él no dejó de buscar, por puro instinto, el color sobrio de un vestido sencillo por todo el salón. No la vio. Se preguntó el

motivo por el que la dama lo había impresionado tanto. No. Impresionado no. Era otra cosa. Ewan MacCrae no estaba en Londres para que ninguna solterona lo dejase con la boca abierta. Toda una gran suerte, porque el ridículo que acababa de hacer…

***

Aquella mañana, la correcta y severa señorita Constance Ainsworth había decidido salir a dar un paseo por Hyde Park, junto al Serpentine, en compañía de Lydia. La hermana del duque no comprendía que, como todavía no había sido presentada en sociedad, no podía acompañarla a ciertas fiestas. Y si por Connie fuese, no iría a ninguna que no fuese estrictamente necesaria. La noche anterior había estado en la velada de la condesa Hollen simplemente porque el hermano de Lydia le ordenó acompañar a su esposa Ava. Así era Wynthorpe; decretaba una orden y ella tenía que seguirla al pie de la letra. No sería sensato hacerlo enfadar.

Connie miró al cielo. La mañana había salido pálida y húmeda; el agua olía a hierro y las cañas se inclinaban con desgana. Lydia, encapuchada, arrojaba migas a los patos, que chapoteaban con libertad.

Constance figuraba sentada en un banco, con el parasol cerrado apoyado en las rodillas. Oyó el crujido de la gravilla antes de verlo. El hombre que causó un gran altercado en la fiesta de *lady* Hollen —alto, ancho de hombros y levita oscura— se detuvo a una distancia correcta y se quitó el sombrero.

—Buenos días, señorita —dijo con acento del norte suavizado—. No pretendo molestar.

—Entonces no lo haga —replicó ella sin alzar del todo la mirada—. Londres es grande y Hyde Park, generoso con los paseos. —No quería ser descortés, solo era que necesitaba esos minutos de paz para ella sola.

Él aceptó el toque de atención con una media sonrisa que no llegó a convertirse en insolencia.

—Anoche me miró usted dos veces —observó—. He pensado que eso valdría para mantener un par de palabras.

—En Londres no vale —contestó Constance, tranquila—. Un caballero que no ha sido presentado a una dama no inicia conversación con ella. Ni aunque la dama, por desgracia, haya visto cómo se declaraba la guerra al cristal de Bohemia.

Un destello de humor le cruzó la mirada a él.

—Me alegra que no haya negado que me miró en dos ocasiones. Y no fue una guerra; fue un armisticio mal negociado con una bandeja.

—Peor aún. Los armisticios requieren testigos.

—Tiene razón. —Se inclinó apenas, sin acercarse—. Permítame corregir el desliz: me llamo Ewan MacCrae. Si prefiere, puedo hablar con los patos y fingir que la conversación es con ellos.

—Los patos no necesitan presentaciones; yo sí —dijo Constance—. Y, por si fuera poco, están ocupados.

Lydia lanzó otra tanda de migas y se rio sin contención. La acción hizo que el escocés se fijase en la muchacha. Calculó que no tendría más de dieciséis años. Tal vez algo más. Regresó la mirada hacia Connie.

—¿Es por la barba? —preguntó él.

La extraña cuestión obligó a Constance alzar por fin los ojos. Una barba, incluso arreglada, seguía siendo una provocación en Mayfair; en ese rostro era un desafío deliberado.

—No me compete juzgar absolutamente nada sobre su persona, milord.

Él suspiró.

—¿Acaso parezco un conde o algo por el estilo?

—¿Disculpe?

—Anoche un lacayo se refirió a mí de ese modo, y ahora usted. Voy a empezar a pensar que, incluso con la barba que tanto le disgusta a un buen amigo mío que es vizconde…

—¿Está presumiendo de contactos? —lo interrumpió.

El escocés dejó que la mano izquierda siguiese sosteniendo el sombrero mientras que con la derecha se rascaba la nuca.

—En absoluto. Solo estoy un poco sorprendido porque me consideren un caballero distinguido. No tengo ningún título. Al menos ninguno al que una dama inglesa diese valor.

—Es el señor de algún castillo escocés. —No fue una pregunta.

—Sí. *Laird* de Dunrath —expuso con orgullo.

—¿Qué es lo que quiere de mí, *laird* de Dunrath? —le preguntó sin mostrar su impaciencia para librarse de él. No sería conveniente que el hermano de Lydia supiera que ella entablaba conversaciones con un tipo tan… tan… tan… ¡tan escocés! No se le ocurría nada más que no fuese su procedencia para denominarlo. Era un hombre

inmenso. Tanto que le sería muy fácil abrir una mano y rodearle el cuello. Si él tuviese tanta fuerza como parecía, seguro que la dejaría sin respiración en poco menos de diez segundos. ¿De dónde diantres había salido semejante espécimen? ¡Era aterrador!

—¿Y bien, señorita? —La pregunta de él la devolvió a la conversación.

—Y bien, ¿qué?

—La barba. Le preguntaba por mi barba.

—¿Cómo dice?

—¿La censura?

—Insisto en que no me corresponde…

—Deme el capricho. Ese vizconde del que le hablaba antes… Bueno, como no quiero presumir de contactos, lo llamaremos Simon… Pues Simon sostiene que parezco un perro pulgoso con tanto pelo en el rostro. ¿Piensa como él?

—Si le doy una respuesta a su extraña pregunta, ¿se marchará?

—Inténtelo —le sonrió.

—Sí, estoy de acuerdo con su amigo. Debería usted parecer más… civilizado.

—Veo que es usted bastante diplomática. Sospecho que de todas las palabras que pudo haber empleado ha elegido la menos ofensiva.

—Ya he respondido a la cuestión.

—¿Me despacha? Supongo que además de mi aspecto bárbaro, mi conversación debe resultarle tediosa.

—¿No ve lo impropio de toda esta situación?

—Le haré una pregunta y entonces la dejaré en paz.

—Creí que ese había sido nuestro primer trato.

—No. Solo insinué que no perdería nada por darme su opinión sobre la barba. —Se pasó los dedos sobre el vello espeso—. Estoy bastante orgulloso de ella.

—Haga su pregunta, la responderé y seguirá su camino, ¿de acuerdo?

—Trato hecho. Dígame qué relación tiene con Morna MacCrae.

Connie frunció el ceño.

—¿Qué relación tiene usted con esa mujer de la que me habla?

—Yo he preguntado primero. Recuerde que cuanto antes me responda, antes podrá seguir aferrada a su soledad. Dígame, señorita Ainsworth, ¿es…?

—¿Cómo sabe quién soy? —inquirió mientras lo miraba con cierto recelo.

—Es un poco tarde para temerme.

—Yo no le tengo miedo.

—¿Sabe que cuando no es franca le late el párpado derecho?

Connie se llevó una mano hacia el lugar señalado.

—Si planea algo descabellado, debe saber que…

—Pese a mi aspecto incivilizado, señorita Ainsworth, le aseguro que no tiene nada que temer. Si hubiese querido cargármela al hombro para salir al trote con usted en dirección a Escocia, ya estaríamos en ruta.

Ella abrió los ojos con sorpresa.

—Un caballero no le habla de ese modo a una dama, sea él un poderoso *laird* o un noble duque.

—¿Se ríe alguna vez, señorita, o eso tampoco está permitido en su círculo social? —Ewan negó con la cabeza—. No; seguro que hace más de cuarenta años que no sonríe.

Los ojos de ella se abrieron de golpe.

—¿Me acaba de ofender?

—No, por Dios. Solo trataba de probar su temple. Se ríe poco, pero se altera con rapidez.

Ella se levantó del banco y, cuando lo hizo, se dio cuenta de que había cometido un error. Solo le llegaba a ese hombre inmenso por la mitad del brazo. Así no podía intimidarlo con su mirada severa, esa que tantas veces le había servido para que Lydia no rechistase.

—No tengo cuarenta años, señor MacCrae.

—Puesto que ya conocía su nombre y usted por fin ha utilizado el mío, creo que podríamos considerarnos formalmente presentados. ¿Seguimos con nuestra conversación dando un paseo por Hyde Park o prefiere seguir sentada vigilando a su…? ¿Es su hermana? —Se giró para mirar a la joven a la que la dama no le había quitado el ojo de encima.

—¿Me ha estado espiando? —preguntó, con cierto nerviosismo. Era la primera vez en su vida que vivía una situación tan extraña.

—Observando con atención.

—¿Por qué querría un hombre observar con atención a una dama de cuarenta años, señor MacCrae?

—Sé que no tiene cuarenta años. Treinta y nueve como mucho. —Le dedicó una fantástica sonrisa que haría que cualquier muchacha escocesa se pusiera de rodillas. No. Con esa mujer no funcionó. Parecía estar dispuesta a atizarle en la cabeza con ese cachivache que sostenía—. ¿Por qué ha salido a caminar con el paraguas esta mañana, si el sol calienta con fuerza?

—Es una sombrilla —le explicó con los dientes apretados.

—¿Una qué?

—No conozco a ninguna Morna MacCrae, así que puede seguir su camino. —Levantó la mano enguantada y le señaló el lugar por el que se podía marchar.

—Es la primera vez que no me funciona mi encanto escocés. Me ha herido de muerte, señorita Ainsworth. Puedo parecer un bruto incivilizado por esta bendita barba que tanto le disgusta a todo el mundo y que jamás me afeitaré, pero le prometo por la sagrada tumba de mi padre que poseo un corazón que sufre cuando me desprecian.

Ella lo miró a los ojos. Se le veía muy sincero, así que se le apretó el corazón.

—Lo siento, señor MacCrae —se disculpó de inmediato.

—¡Vamos, señorita Ainsworth! No se crea todo lo que le dicen. ¿Cómo iba a tener un hombre de mi tamaño la piel tan fina como para que pudiesen herirme las ganas que tiene de librarse de mí? —preguntó, al tiempo que le ofrecía una nueva sonrisa. —Ella emitió un sonido un tanto peculiar. Ewan frunció el ceño—. ¿Acaba de gruñir?

La aludida lo miró con tranquilidad.

—Por supuesto que no. Las damas no hacen nada semejante. Creo que ni los perros civilizados osarían hacerlo en presencia de una mujer.

—¿Soy yo un perro incivilizado?

—Resulta tedioso, señor MacCrae.

—¡Oh! —El escocés se llevó una de las manos al corazón y suspiró con gran teatralidad—. ¡Me ha vuelto a herir, sin compasión!

El gesto, tan franco y fresco, hizo que ella sonriese.

—¿Son todos los escoceses como usted, señor MacCrae?

—*Nay*, señorita Ainsworth. Soy único; mi abuela se lo juraría sobre la tumba de su padre si hiciese falta.

—Una gran suerte que solo haya uno como usted, pues —musitó ella.

—Ah, un cumplido al fin. Después de tantas afiladas palabras por fin logro arrancarle uno. Incluso la he hecho gruñir y sonreír.

—No he gruñido. Eso sería del todo impropio —se apresuró ella a negar.

—Pero sí ha sonreído y eso, aunque la conozco poco, creo que ha sido una gran hazaña digna de un conquistador.

—Por amor del cielo, deje ya de actuar de ese modo.

—¿Por qué? ¿Acaso podría matarla de risa, señorita Ainsworth?

—Ahí está de nuevo… No es usted tan gracioso como se cree.

—¡Deténgase!, se lo ruego. Soy bastante sensible en lo que se refiere a mi bufonería y la barba. Si cuestiona alguna de esas dos cosas, le prometo que me herirá de muerte. Piense en ello un momento, ¿quiere? ¿Qué haría si un escocés de casi dos metros de altura se cayese a sus pies? Uhm… Creo que se desmayaría y podría acabar tumbada sobre mí. ¡Eso sería un gran escándalo peor que el que se produjo ayer con las copas! —exclamó lleno de jovialidad.

Ella volvió a sonreír.

—Está bien, señor MacCrae. Sí resulta divertido. Aunque esto último que ha dicho es todavía más inaceptable que lo anterior, le concederé que me ha sonsacado una sonrisa.

—Dos, señorita Ainsworth —la interrumpió porque recordarle eso era importante.

—Está bien, una y media.

—Me conformo con su admisión —le concedió él.

—No. No soy una persona dada a dejarse llevar por la alegría, lo admito. La vida es demasiado seria como para permitir distracciones que no aportan nada. Así que de acuerdo, se ha ganado que le preste la debida atención durante cinco minutos. ¿Qué quiere saber?

Él se mostró satisfecho.

—Morna MacCrae.

—¿Es su abuela? —supuso ella.

—Sí.

—¿Por qué le interesa la relación que pueda tener con ella?

—Porque cuando le dije a mi abuela que tenía que transitar por los salones de Londres, me dijo que los ingleses no estarían preparados para confraternizar con un tipo como yo, así que me dijo que la buscase a usted con la finalidad de recibir instrucción —le explicó con franqueza.

—Estoy lejos de ser considerada una institutriz, señor MacCrae. Además, no soy tan buena como para lograr que no arrase con la cristalería de los anfitriones en una fiesta.

La alegación hizo que Ewan soltase una gran carcajada.

—Tiene sentido del humor. Me gusta eso. No es usted tan estirada como parece. Solo es necesario saber qué teclas hay que tocar.

—Se equivoca de nuevo, *laird*. Tampoco soy un piano.

Eso hizo que él volviese a reírse sin contención. Ella miró a los lados. Varias parejas que paseaban con sus respectivas carabinas los miraban con curiosidad.

—Graciosa y de lengua afilada. ¿Está segura de que no es escocesa? —La respuesta de ella fue alzar una ceja de modo sardónico—. Ya. Supongo que es una inglesa de los pies a la cabeza.

—Pues queda todo aclarado, *laird*. Ahora me despediré para…

—No, señorita Ainsworth —le dijo, al tiempo que le agarraba la muñeca justo cuando ella dio un paso para irse. Como la mirada de Connie bajó hasta el punto en el que él la sostenía, los ojos del escocés hicieron lo mismo—. Esto supone otra infracción, ¿verdad? —Ella afirmó con la cabeza. Él suspiró y continuó hablando—: Por supuesto que sí. Si un caballero no puede hablar con una dama a la que no le han presentado, mucho menos tendrá derecho a tocarla aunque les separen los guantes.

—Así es —estuvo ella de acuerdo—. ¿Va a soltarme, *laird*? —preguntó al ver que él seguía agarrándola.

—No, creo que no. Si lo hago se marchará y todavía no hemos terminado de conversar.

—¿Conversar? No. Usted me ha impuesto su presencia y ahora me retiene contra mi voluntad.

—No la veo luchar para lograr su libertad, señorita Ainsworth —le dijo con suavidad y mostrándole una sonrisa preciosa.

—A diferencia de usted, no puedo permitirme ningún desliz. Pelear solo causaría más expectación.

—¿Está preocupada por su reputación? Mi abuela me dijo que aquí en Londres una mancha, por pequeña que sea, puede hacer que una dama sea repudiada con facilidad.

—Le seré clara, señor MacCrae…

—Me gusta más cuando me llama *laird* —la interrumpió. Ella suspiró con fuerza.

—Le seré clara, señor MacCrae —insistió para que viese que no estaba dispuesta a contentarlo de ningún modo, a lo que él se mostró resignado—: no sería su institutriz ni aunque usted se convirtiese en mi campeón y derrotase a un ejército de soldados y dragones. Ahora haga el favor de soltarme. Ya me ha causado suficientes problemas.

—¿Problemas por estar hablando conmigo?

—Más de los que se imagina. Por favor, déjeme ir. —Connie le dio un pequeño tirón y él le permitió la libertad.

Un grito cortó el aire como una cuerda tensa.

Constance giró la cabeza y vio a Lydia resbalar en la orilla embarrada, los brazos buscaban un equilibrio imposible, y después el agua gris le cubría el sombrerito. Se le helaron las manos en torno a la sombrilla; el corazón, también. No acertó a moverse. Oyó, en cambio, el golpe seco de unas botas contra la gravilla y el carraspeo del Serpentine cuando un cuerpo grande lo hendía sin ceremonia.

Ewan MacCrae ya había corrido hacia el peligro. Se lanzó sin quitarse la levita, con la determinación de un guerrero que no consultaba a

nadie para hacer lo correcto. La lámina helada lo recibió con un latigazo; nadó dos brazadas y alcanzó a Lydia, que pataleaba más por miedo que por fuerza. La sujetó por la cintura con una sola mano y, con la otra, buscó la orilla. Un jardinero y dos paseantes acudieron; entre todos, tiraron de ellos. El escocés salió primero, arrastrando a la muchacha contra su pecho como si fuese parte de su propio abrigo. El agua les caía a cántaros, la lana chorreaba y el frío parecía morder.

—Ly…dia —acertó a decir Constance cuando la tuvo delante; le temblaba la voz más que a la muchacha.

—Estoy… estoy bien —tiritó la joven, aferrada al cuello de Ewan como a un poste firme.

Él la sostuvo un segundo más, hasta que Constance pudo recibirla y envolverla con el chal. El *laird* respiraba hondo, el cabello le goteaba sobre las cejas; aun así, encontró la sonrisa.

—No ha habido soldados ni dragones —dijo, con aquel humor tan suyo—, pero no negará que ha sido una hazaña digna de recompensa, señorita Ainsworth.

Constance alzó la vista. Aún sentía las piernas flojas, el miedo le ardía por dentro como si también se hubiese caído al agua. Había visto correr a un hombre sin calcular el riesgo, sin pedir permiso, sin preocuparse por el barro ni por las miradas. En esos instantes supo que le debía un gran favor a

aquel bruto escocés. Y que no sería fácil saldar esa deuda.

Capítulo 3
El precio de la locura

Aquella mañana, Connie sostenía la taza con ambas manos y, mientras el té desprendía un aroma tenue a familiaridad y seguridad, su mente regresaba una y otra vez a aquel fatídico instante en que creyó que Lydia se ahogaría o acabaría muerta de frío.

La señorita Ainsworth recordaba el carruaje empañado por dentro, el traqueteo torpe en los adoquines y el olor a lago prendido en la lana. Vio de nuevo a ese extraño escocés salido de la nada, empapado de pies a cabeza, pegado a ellas vigilándolas sin descanso; no había soltado a Lydia ni cuando el mayordomo abrió de par en par la puerta principal, y la muchacha, helada pero radiante, se aferraba a su cuello con una alegría que desmentía el susto. El vestíbulo, reducido por la penumbra y por el rastro de agua, parecía haberse estrechado para contenerlos; sobre la alfombra quedaron huellas

oscuras, las lámparas mostraron el goteo desde el zaguán a la escalera, y Lydia, entre mantas, se veía pálida y pletórica a la vez.

Connie se vio a sí misma ordenándolo todo con una calma aprendida: fuego inmediato en el salón pequeño, franelas, ladrillos calientes, la colcha de damasco para envolver a la joven. Recordó la figura del *laird* de pie, inmóvil como un mastín obediente, más pendiente de la respiración de Lydia que de su propia incomodidad. Volvió a sentir la resolución con que dispuso una habitación de invitados y un baño humeante para ese *laird* tan pintoresco; le vino a la mente la ceja alzada del mayordomo y, pese a ello, todo el servicio doméstico se puso en marcha: la cocinera al caldo de cebada, el carbonero avivando el tiro, la casa entera entrando en ese olor limpio de jabón, ceniza y lavanda. También había enviado a un lacayo a la casa del escocés para recoger una muda.

Él restaba importancia al frío con una naturalidad que sonaba a costumbre; decía —sin decir— que no era necesaria tanta atención, y aun así aceptaba cada gesto con humilde gratitud. Cuando estuvo aseado pidió marcharse para no incomodar más; Connie lo vio cruzar el umbral en plena tarde, después de tomarse un plato caliente.

Se llevó la taza a los labios y, frente a Lydia ya repuesta, Connie dejó que aquel hilo de recuerdos se deshiciera despacio. La casa amanecía con ese silencio denso que seguía a los sustos: braseros que tardaban en vencer la humedad, ventanas con vaho, el rumor contenido del servicio. Aún podía seguir con

claridad el reguero de lo ocurrido, desde la primera sacudida del carruaje hasta la última inclinación del escocés en el umbral; un itinerario de agua, disciplina doméstica y deber que terminaban en ese salón templado, con el té perfumando la mesa y la certeza íntima de que lo hecho por él la víspera anterior había sido, sencillamente, lo debido.

—¿Me estás escuchando, Connie? —preguntó la joven.

—Lo siento, Lydia. Hoy no sé dónde tengo la cabeza.

—Sigues preocupada por lo que ocurrió ayer.

—Estás bien, el médico dijo que no deberías tener más que un pequeño enfriamiento. Eso es lo que importa.

—Estás nerviosa porque sabes lo que tendremos que enfrentar en breve. Mi hermano vendrá en cuanto termine de vestirse. No estará contento —dijo, mirando la puerta como si fuese a abrirse por conjuro—. El servicio le habrá dicho que un escocés empapado cruzó nuestro umbral. O los curiosos del parque, que ya me los imagino relatando la hazaña como si hubiesen estado dentro del agua, a mi lado.

—El duque preguntará, y se le responderá con tranquilidad —replicó Connie, ordenando con calma las cucharillas—. Lydia, respira. No hemos

hecho nada impropio: un caballero te sacó del Serpentine y le ofrecí un baño y ropa seca. Fin del relato.

—Constance… —la joven bajó la voz—. No me resbalé. Juraría que alguien me empujó.

—¿Quién? —inquirió Connie.

—No lo sé. Solo recuerdo que creí que me moriría. No sé nadar como tú. ¿Por qué mi hermano nunca aprobó que me enseñases?

—Tu hermano es muy estricto y debemos cumplir su voluntad. Ahora, sobre eso que has dicho de que crees que alguien te empujó… Estoy convencida de que esa mente tan fantástica que tienes ha elaborado un romántico relato con un héroe y un villano.

—¿Romántico? —Lydia se irguió, ofendida solo a medias—. Lo llamaré gratitud. Aunque, si insistes, admitiré que es un escocés formidable, heroico. No había visto unos hombros así ni en las estatuas del museo. Y la fuerza que tiene… cómo me sostuvo, como si fuese una pluma. Y el calor que desprendía… ¿Te lo he contado ya?

—Cinco veces desde que amaneció. Te lo ruego, no lo menciones delante de tu hermano.

—No lo haré, pero te lo contaré una sexta: me habló con una serenidad y atención increíbles. Y cuando sonrió, me entraron ganas de… —titubeó y

luego suspiró embelesada—. ¿Crees que podría esperar a que cumpla los dieciocho para comprometerme con él?

—Oh, Lydia… Olvídate de esas cuestiones que nos meterán en problemas si hablas más de la cuenta —zanjó Connie—. Al duque le bastará con saber que estás ilesa y que el caballero actuó con corrección. No necesitamos adornos, ¿entendido?

—No son adornos, son hechos memorables —insistió Lydia, con brillo en los ojos—. Y, aunque me mires así, sigo pensando en ese empujón. Hubo una mano. La sentí.

—Lo anotaré aquí —Connie tocó con un dedo el cuaderno mental de sus asuntos— y lo hablaremos cuando te calmes. De momento, prepara una versión sobria para tu hermano: paso en falso, susto, rescate. Nada de hombros ni sonrisas.

—Sería una crueldad omitir las sonrisas —murmuró Lydia, capitulando a medias—. ¿Y si el duque pregunta quién es él?

—Un *laird* que mostró verdadera preocupación y que ya no está en esta casa —repuso Connie—. Todo lo demás son especulaciones… que puedes guardarte para tu diario. Te lo ruego, contente cuando el duque se presente.

—¿No lo volveremos a ver?

—¿A tu hermano? —inquirió la dama con el ceño fruncido.

—Al hombre que me salvó la vida, Connie —clarificó.

—Sospecho que sí. —Estaba segura de que así sería.

Lydia dejó por fin de mover el platillo que sostenía la taza de té.

—Muy bien. Paso en falso, susto, rescate. Sin hombros. —Hizo una pausa, traviesa—. Aunque eran colosales.

Connie reprimió una sonrisa y acercó la tetera para servir un poco más de té.

—A tu hermano le interesará más tu salud y lo que estaba haciendo yo en el momento en que te caíste, que la anatomía del héroe.

—No te culpará.

—Dios te escuche. No quiero que se replantee las condiciones del testamento de tu padre.

—No lo hará —dijo la muchacha, muy segura—. ¿Connie?

—¿Sí, Lydia?

—Me temo que estoy perdida.

—¿Qué? —No la entendía.

—Me he enamorado de un *laird* —le confesó, al tiempo que volvía a suspirar embelesada.

No hubo tiempo para más conversación.

El mayordomo anunció una visita temprana y, al instante, la puerta del salón se abrió para dejar pasar a un caballero que no era un duque, tal y como Connie había pensado. Se trataba de un escocés muy particular. Traía el cabello domado hacia atrás y cuando sonrió sí que fue como ver un bello atardecer. Lydia suspiró al verlo y Connie rodó los ojos. Las ensoñaciones de su pupila estaban comenzando a hacerle mella. Ese escocés no era tan espectacular como para que ella no supiera ni qué decirle para recibirlo.

—Señorita Ainsworth —saludó él con una inclinación breve de la cabeza—. Vengo a saber si *lady* Lydia se halla completamente restablecida.

Tampoco se la habían presentado formalmente, pero tanto había escuchado mencionar su título y nombre que le pareció correcto hablar de la joven como si la conociese bien. De todos modos, ya había traspasado todas las barreras sociales, así que por una más, nada malo podría ocurrir, ¿cierto?

—Señor MacCrae, es un placer verle —respondió Connie, al tiempo que le señalaba una

butaca—. Tome asiento. Lydia, ¿quieres tranquilizar al caballero?

—Me encuentro de maravilla —intervino la joven, radiante—. Nunca había tomado un té tan delicioso como el de esta mañana, y sospecho que es porque sigo viva para contarlo. Gracias a usted.

—No fue mérito mío, *milady* —replicó él—. El agua no estaba tan fría como parecía.

—Eso dice porque es usted de piedra —coqueteó la joven, mientras se llevaba una mano al pecho—. Si no fuese impropio, le pediría que no se alejara nunca de una orilla cuando yo pasee. Adoro el agua, pero no he aprendido a nadar.

—Bastará con que no se acerque demasiado al borde y, si me lo permite, le diré que todavía está a tiempo de aprender.

—Oh, no. Si por Connie fuese, habría aprendido cuando no era más que una niña, pero mi hermano se opone, pues dice que hay cosas que una mujer no debería hacer.

—¿Su hermano? —se interesó él. Esa información no la tenía.

—El duque de Wynthorpe —le informó Lydia con gran satisfacción.

—Ah. Así que he tenido la gran fortuna de salvar a la hermana de un duque.

Ella se rio con frescura.

—Eso hizo, señor MacCrae —intervino Connie—. Le ruego que acepte una taza. Es lo mínimo.

—No deseo importunarlas.

—No importuna a nadie —dijo Lydia con presteza—. Al contrario, ha convertido una mañana espantosa en… bueno, en una historia que recordaré siempre.

Él aceptó la taza que le tendía la señorita Ainsworth.

—¿Durmió bien? ¿Se resfrió? —preguntó, volviendo la atención a la joven.

—Dormí como una reina y no estoy enferma ni tengo planes para estarlo —contestó—. Supongo que el cansancio y la felicidad hacen buena pareja.

—No solo he venido para comprobar que la hermana del duque de Wynthorpe está perfectamente —terció él, para gran deleite de la joven—. Era menester también agradecer la hospitalidad que me mostró ayer, señorita Ainsworth.

—Fue lo debido —opinó Connie—. Y lo seguirá siendo mientras necesite algo que esté en nuestra mano.

—No necesito nada, salvo la tranquilidad de verla sonreír —coqueteó con ella sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Nuestra Connie no es dada a ofrecer sonrisas. Se lo digo yo que llevo años tratando de verla hacerlo.

—¿Ah, no? —preguntó con gran disimulo el escocés. Supuso que el apelativo que acababa de utilizar Lydia vendría de Constance. Tomó buena nota para pedirle a Simon que averiguase más cosas sobre ella.

—No —le aseguró la joven con suma convicción.

—Uhm… Imagino que el caballero que logre arrancarle alguna vez una sonrisa, señorita Ainsworth, merecerá el cielo. Y si por un casual logra que sonría una vez y media, ya será suya para siempre —volvió a coquetear con la aludida, quien frunció los labios de inmediato.

—Connie… ¿sonreírle a un caballero? ¡Se ha vuelto loco, señor MacCrae! —exclamó con inocencia la joven, sin comprender el juego que él se traía entre manos.

—No hablemos más de mí —zanjó la señorita Ainsworth.

—Oh, lo siento, Connie, no quería incomodarte. Lo que ocurre es que resulta muy

sencillo hablar con nuestro invitado y he olvidado mis modales —se disculpó Lydia.

—No hay nada que perdonar, querida —le dijo ella con afabilidad.

—Pero sí que lo hay para agradecer —sostuvo la joven—. ¿Le he dado ya las gracias por salvarme? No, claro que no lo he hecho.

—Acepto la gratitud —dijo él—. Y me daré por satisfecho si promete que, en adelante, llevará siempre a alguien de confianza del brazo cuando esté cerca del agua.

—Prometo llevar a alguien de confianza —repitió Lydia—. Y si ese alguien mide tanto como usted y tiene los hombros como los suyos, mejor que mejor.

Connie carraspeó con elegancia.

—Mi pupila es franca, señor. Le ruego que no se lo tenga en cuenta.

—La franqueza es un lujo escaso en Londres —respondió él—. La agradezco.

—¿Volverá a pasar mañana? —preguntó Lydia, adelantándose a cualquier despedida—. Para que certifique que sigo perfectamente, digo.

—Si no es inconveniente, me presentaré a esta misma hora.

—Ningún inconveniente —afirmó Connie—. El servicio ya está avisado de que vendrá cuando quiera.

—Sí, ya me lo imaginaba. —Él supuso que no tendría que volver a recordarle que había salvado a la joven. Si bien no lo había hecho para recibir nada a cambio, le pareció bien forzar a la dama. Quería saber la relación que tenía su abuela con esa extraña mujer. ¿Serían todas las inglesas tan correctas y severas como ella?

—¿Cuándo quiera? —preguntó exultante Lydia.

—Así es. Nuestra amiga Connie —se permitió el lujo de tratarla con suma informalidad— ha aceptado impartirme algunas clases sobre modales y comportamiento. Como bien se habrá dado cuenta, *milady*, soy un extranjero en su tierra y necesito una experta guía.

—Usted no necesita saber comportarse, es un caballero, señor MacCrae. ¡Un héroe! ¡Mi héroe!

Él soltó una carcajada franca.

—La primera lección que recibirá —intervino Connie— será aprender a no referirse a una dama de ese modo tan familiar.

—¿Acaso está prohibido mostrar cercanía en Inglaterra?

—Le haré una lista de las prohibiciones. Verá que hay muchas.

—*Aye*, ya lo sospechaba.

—¿*Aye*? —tomó la palabra Lydia.

—Eso significa «sí» en gaélico —le indicó él.

—¿Me enseñará a hablar en esa lengua?

—Lydia —la llamó al orden.

—Lo siento —dijo la joven de inmediato.

—No es necesario que te disculpes —le dijo con suavidad Connie—. Creo que tu instructora de francés te estará esperando. Ve, por favor.

—¿Y mi hermano?

—Te avisaré cuando llegue.

—De acuerdo. —La joven se levantó y le ofreció una soberbia reverencia, tan perfecta que el duque de Wynthorpe habría llorado.

Así fue como el escocés y ella se quedaron a solas tomando el té.

—*Lady* Lydia es una joven muy jovial.

—Lo es. Demasiado a veces.

—Debería usted tomar ejemplo de su pupila, señorita Ainsworth. No le vendría nada mal emocionarse alguna vez.

—Segunda lección, señor MacCrae: jamás le diga a nadie lo que debe o no hacer.

—Creo que nuestras clases van a estar llenas de censura. Tal vez no haya sido buena idea pedirle ayuda.

Ella lo miró con seriedad.

—Está a tiempo de retirarse, si es lo que desea.

—Ni siquiera usted puede ser tan inocente como para creer que me daré por vencido a la primera oportunidad. Estaba probando su temple.

—¿Para qué quiere mi guía? Si está en Londres para buscar esposa…

—¿Se está ofreciendo, señorita Ainsworth?

Ella lo miró con cara de horror. Él se tragó una carcajada.

—Tercera lección: piense antes de hablar. Mejor todavía, evite decir lo primero que le pase por la cabeza.

El escocés suspiró.

—¿Me contará la relación que tiene con mi abuela?

—¿Me explicará el motivo por el que parece haberme estado espiando? —contraatacó ella.

—No la he espiado —se reafirmó él—. Lo que ocurre es que cuando mi abuela la mencionó… Digamos que no logro comprender cómo una mujer como ella puede conocer a una mujer como usted.

—Creo que hay un insulto velado en esa última aseveración, y como doy por supuesto que usted adora a su abuela…

—La adoro, sí —le aseguró de inmediato.

—Entonces es a mí a quien reprueba.

—No, reprobarla no. Es solo que usted es lo opuesto a ella.

—Vaya… dos insultos seguidos. Creo que haberle salvado la vida a Lydia no vale tanto como para tolerar su presencia, señor MacCrae.

—Eso es lo que tiene que corregir en mí. Soy demasiado sincero.

—La sinceridad no es mala.

—No ha dejado de sentirse mortificada desde que nos cruzamos, señorita Ainsworth. Para usted debo ser el diablo —le recordó con suavidad.

—Es complicado navegar entre la sociedad sin perderse en las profundas aguas, señor MacCrae.

—¿Eso fue lo que le ocurrió? ¿Se perdió mientras trataba de encajar? —conjeturó.

—¿Encajar? —preguntó frunciendo el ceño.

—Si mi abuela la conoce… es más, si Morna la considera lo suficientemente confiable como para mandar a su nieto predilecto hasta usted, eso solo puede significar que impresionó a mi abuela al menos una vez. La mujer que tengo delante no habría podido lograrlo ni aunque hubiese matado a un dragón.

—¿Su franqueza es siempre hiriente?

—Me temo que lo hago sin afán de ofender. Lo lamento.

—No podré refinar esa parte de usted. Dudo mucho que se limite a asentir y sonreír mientras escucha banalidades en una fiesta.

—Usted haga que no acabe en Newgate por decir algo impropio y todo irá bien.

—Me concede demasiado crédito.

—No lo creo. Es usted impresionante, señorita Ainsworth.

—¿Impresionante? —preguntó sorprendida —. Lo dice como si hubiese matado un dragón en verdad. Aunque después de compararme con su abuela y determinar que no me aprobaría…

—No he dicho eso. Solo estoy tratando de tomarle la medida, por decirlo de alguna manera.

—¿Por qué? —cuestionó de modo muy directo.

—No lo sé. De verdad que no entiendo el motivo por el que me intriga tanto.

—Es ahora cuando debería recordarle que no he hecho nada para tratar de impresionarlo. Usted se presentó, para fortuna de Lydia, ante mí y comenzó a hablar como si estuviese al tanto de toda mi existencia.

—No de toda su vida, solo sabía su nombre y poco más. Recuerde que mi abuela fue quien me la recomendó, y con la ayuda de un amigo la encontré.

—De todos modos, resulta inquietante que un hombre con su aspecto esté presionándome para que lo ayude a ser más…

—¿Civilizado? —la ayudó él.

—Para que lo ayude a no terminar en Newgate.

—Lo ha dicho con demasiada seriedad; pruebe a reírse un poco mientras suelta esa broma y podré reírme yo también.

—Lo primero que tendrá que aprender es que uno no se ríe con libertad entre la alta sociedad. Uno solo asiente y sonríe con cautela.

—Pues sonría, señorita Ainsworth.

—No muestre tampoco tanta familiaridad con una mujer a la que apenas conoce.

—¿Por qué presiento que mis lecciones sí que han comenzado ya?

—No estoy segura de que su abuela haya estado acertada al mandarlo aquí.

—¿Soy un bruto escocés que no podrá convertirse en un civilizado caballero? ¿Sin esperanzas, señorita Ainsworth? Debería advertirle que cuando alguien cuestiona mis capacidades me lo tomo como un reto personal.

—No me ha entendido.

—La escucho, pues.

—Si decide jugar en el mundo en el que desea introducirse, se perderá.

—Estoy comprendiendo bien lo que le debió de suceder. Es la segunda vez que me da una pista

sobre cómo ha llegado a convertirse en la mujer que es hoy.

—¿Y qué soy hoy, señor MacCrae? —No pudo detener la pregunta.

—Una mujer que no ríe ni sonríe, señorita Ainsworth —respondió con sencillez.

—No comprende la alta sociedad. Un sencillo error puede costarle a una mujer todo por lo que ha luchado durante su vida.

—¿Y qué es eso por lo que ha luchado, señorita Ainsworth?

—Apunte otra lección más, *laird* de Dunrath: una mujer jamás comparte sus secretos con nadie, y menos con un desconocido.

—¿Desconocido, dice? —Ella cabeceó afirmativamente—. No, usted y yo ya somos amigos.

Ella alzó una ceja.

—Una lección más…

—No, espere —la frenó—. Déjeme adivinar… Uhm… Un caballero no puede dar por supuesto que una dama sea su amiga.

—No, señor MacCrae. Una mujer y un hombre jamás pueden ser amigos. Lo que media

entre una dama decente y un caballero es un lazo familiar.

Él se rascó la espesa barba.

—Así que nunca podré considerarla mi amiga si no tenemos un lazo.

—Como es usted franco, daré por hecho que agradecerá mi franqueza…

—Creo que no me va a gustar lo que va a decir… —musitó él.

—Voy a ayudarlo a que no se meta en problemas con tanta asiduidad como lo haría sin un par de orientaciones mías —siguió ella sin hacer caso a su observación—. Lo haré por deferencia a su abuela y porque se ha ganado el derecho a solicitar uno de mis cotizados favores.

—¿Es ahora cuando me explica la relación que guarda con Morna? —indagó él, pasando por alto las otras reflexiones de ella.

—Es una amiga —resolvió ella.

—Sí, eso ya me lo figuraba, pero quiero saber cómo ocurrió eso. Mi abuela… A ella no le gustan las damas inglesas.

—O lo que dice no es así del todo, señor MacCrae, o yo no soy una dama inglesa.

—¿Siempre es tan hábil tergiversando las palabras?

—Sospecho que tanto como usted.

Él le mostró una sonrisa.

—Es buena, lo reconozco. Está bien. Propongo unas lecciones por puntos.

—¿Disculpe?

—Cuando yo sobresalga en alguna lección, usted me premiará.

—Insisto… ¿Disculpe?

—No se muestre tan escandalizada. Sé que he logrado tenerla como mentora; tiene mi palabra de honor que me comportaré de modo inmaculado con usted.

—Confío en que lo haga, a partir de ahora, mucho mejor de lo que lo ha hecho hasta el momento, *laird* de Dunrath.

—Resulta cautivadora cuando me llama al orden.

—Me está escandalizando. Tiene que aprender con urgencia a ponerse límites en el trato con las damas, señor MacCrae.

—Es culpa suya.

—¿Mía? —indagó ella sorprendida.

—Sí, ya se lo he dicho, resulta cautivadora y me pierdo en mis pensamientos.

—¿Entiende lo inapropiadas que son sus palabras?

—Sí. Sé que lo son porque durante nuestra conversación he estado prestándole mi absoluta atención.

—¿Y, pese a saberlo, no las reprime?

—Soy un hombre, señorita Ainsworth. Un rudo escocés. No estoy acostumbrado a seguir las reglas, es más, parece que nací para romperlas todas. De todos modos, le prometo que seré un buen discípulo si usted responde a mis preguntas sobre su relación con mi abuela cuando sobresalga en mi instrucción inglesa. ¿Le parece justo?

—No estoy aquí para pactar nada con usted. Me ha pedido mi ayuda y se la ha ganado. Yo le daré indicaciones, las tomará en cuenta y de usted dependerá sacarles provecho. Más allá no haré nada. Espero que lo entienda. Puede que haya preguntado acerca de mí y considere, por ese motivo, que me conoce un poco; yo no sé nada acerca del *laird* de Dunrath.

—Por eso trataba de brindarle mi amistad, pero ya me ha comentado que no podemos ser amigos. La sociedad no lo aprobaría.

—Por amor de Dios… ¿discutirá cada indicación que le ofrezca?

—Hasta que logre volver a hacerla sonreír.

—No entiende el gran aprieto en el que va a colocarme, señor MacCrae.

—¿A qué se refiere?

La puerta principal sonó en ese momento. El mayordomo apareció en el vano con el rostro marcial de las grandes ocasiones y anunció, con voz medida, la visita de su excelencia, el duque de Wynthorpe. Constance se puso en pie de inmediato; el gesto, que en ella ya era solemne, adquirió un grado más de severidad. A su lado, el *laird* de Dunrath dejó la taza sobre el plato sin una sola vibración y se alzó también; hombros cuadrados y el mentón un punto más alto que lo estrictamente prudente para recibir a un duque.

Wynthorpe cruzó el umbral sin prisa, con el ceño de quien llegaba para exigir cuentas. Su mirada recorrió la estancia con una sola barrida: chimenea encendida, orden intachable, una segunda taza en la mesa y un hombre inmenso donde no debía haberlo. Volvió a Constance y sostuvo su mirada un instante. Ella sabía que la estaba juzgando. No se le veía contento.

—Señorita Ainsworth. —La inclinación fue leve y fría—. Vengo por mi hermana.

—Lydia está bien, excelencia. En estos instantes asiste a su lección de francés. El médico consideró que solo cabía esperar un pequeño enfriamiento.

El duque aceptó el informe con un leve movimiento de cabeza, pero sus ojos ya habían regresado al visitante. El *laird* de Dunrath sostuvo la inspección sin desviar la vista; no había insolencia en su porte, sí una firmeza que advertía de terrenos pedregosos. Por muy duque que fuese la denominada complicación que se advertía que era él para la señorita Ainsworth, Ewan no iba a amedrentarse.

—No me han presentado al caballero —dijo Wynthorpe.

—Ewan MacCrae, *laird* de Dunrath —respondió el propio interesado, con una inclinación de cabeza muy contenida—. Estoy aquí para cumplir con la cortesía de cerciorarme de que *lady* Lydia se encuentra restablecida esta mañana.

La mención del título de su hermana tensó apenas un músculo en el rostro del duque. Constance lo percibió como se percibía un cambio de presión antes de la tormenta.

—La cortesía es un bien escaso —replicó Wynthorpe—. Más aún cuando se la ejerce en casas

ajenas sin invitación expresa. —Dio por hecho que Constance no lo habría invitado.

—Salvé a su hermana del agua, aunque supongo que ya habrá recibido los informes oportunos —dijo el *laird*, sin adornos—. Me pareció que la cortesía empezaba por terminar lo que uno comienza.

El silencio que siguió no fue largo, pero sí pesado. Constance intercedió con la calma y cautela tan habituales en ella.

—La hospitalidad se impuso, excelencia. Al regresar de Hyde Park, la señorita Lydia necesitaba calor y descanso. Di las órdenes oportunas y ofrecí al *laird* un baño y ropa seca —se lo explicó a pesar de saber que él ya conocería absolutamente todos los detalles—. Esta mañana el salvador de su hermana ha venido a interesarse por su salud, y ya se retiraba cuando…

—¿Ya me retiraba? —cuestionó el escocés mirándola con ojos burlones.

—Sí, cuando yo entraba —concluyó el duque, sin apartar la vista de Ewan.

Se midieron en un duelo silencioso con la cortesía muy justa. El *laird* no retrocedió; apenas desplazó el cuerpo, y eso que figuraba un paso más cerca de Constance de lo que el protocolo habría aconsejado. No llegaba a tocarla, pero la reclamaba

con esa clase de proximidad que no necesitaba contacto.

Wynthorpe lo vio. Y lo entendió.

—Mi hermana no volverá a pasear sin escolta —dijo el duque, dictando la orden en voz baja —. Tampoco cruzará palabra con desconocidos junto al agua. Confío en que el incidente no se repetirá.

—De mí no dependerá que alguien resbale —replicó el *laird*—; sí puedo responder de que no la dejaría hundirse, si me hallara cerca.

Constance notó el filo que había entre los dos y, por instinto, intervino con suavidad.

—He tomado nota de todo, excelencia. El servicio ya ha sido instruido. —Luego, con una serenidad impecable dijo—: Ruego que acepte mis disculpas si la rapidez de decisiones le ha parecido excesiva. Había prioridades.

—Las había —concedió Wynthorpe, sin regalarle del todo el terreno—. Y hay otras. Por ejemplo, la conveniencia y el decoro.

Sus ojos descendieron a la segunda taza, subieron para fijarse en la postura del *laird*, hicieron un último alto en el rostro de Constance. Lo que no dijo vibró tanto como lo que ya había expuesto. Ella comprendió que la estaba reprobando, no solo por lo sucedido con Lydia, sino también porque estaba recibiendo a un caballero en su casa.

El *laird* de Dunrath torció apenas la boca, como si entendiese lo que él estaría pensando y se contuviera. El duque lo advirtió.

Wynthorpe le sostuvo un segundo más la mirada. El *laird* no se movió, pero no mostraba humildad. Era como si ambos estuviesen a punto de entrar en una gran batalla y a ella se le escapaba el motivo.

—Convendrá conmigo, señor MacCrae —dijo por fin Henry— en que Londres no es lugar para héroes improvisados. La ciudad paga el heroísmo con rumores. Prefiero deberle poco a ese intercambio.

—No estoy aquí para cobrar nada, solo por la compañía —aseguró el escocés, y la mirada que le lanzó a Constance hizo innecesarias más palabras.

El gesto no fue descarado, pero tampoco inocuo. Wynthorpe lo seguía observando con frialdad, y en esa frialdad había una sombra que Constance conocía demasiado bien: no solo celo de hermano, sino celos a secas, antiguos y mal enterrados. Al fin se dio cuenta de lo que le ocurría al duque.

—Señorita Ainsworth, necesitaré hablar con usted en privado más tarde. —Luego, miró al diablo escocés para decirle—: Agradezco el auxilio que le brindó a mi hermana. Considero el asunto cerrado.

Constance dio un pequeño paso, lo justo para que ambas voluntades chocaran con su aplomo y no directamente entre sí.

—Excelencia, hablaremos ahora si lo prefiere; el señor MacCrae ya se marchaba.

La réplica fue limpia, y ese mismo pulso sencillo le valió un brillo helado en la mirada del duque. Ella se ladeó para mirar a Ewan. El aludido suspiró.

—*Aye*, me marcho, pero regresaré mañana.

—Está bien, puede venir —le indicó la dama, pese a que no había pregunta alguna en la aseveración del escocés.

El duque la miró de arriba abajo como si recordase, con una mezcla temible de afecto y juicio, cuánto había confiado en ella… y cuánto le irritaba que otros hombres también la notasen. El escocés, a su vez, mantenía su mirada sobre Connie tan descaradamente que parecía estar al borde de la posesión.

—Despídase ahora, señor MacCrae —dijo Wynthorpe, sin ceder ni un milímetro.

—Señorita Ainsworth —se dispuso él, de mala gana, a dar por concluida la reunión.

—De nuevo le agradezco su ayuda, señor MacCrae. No sé lo que hubiese ocurrido en caso de no haber estado usted cerca. Fue un héroe y nunca lo olvidaré —le concedió la mujer.

Ella le ofreció una pequeña sonrisa cuando él le mostró todos los dientes. Estaba más que claro que su orgullo se había inflado por el reconocimiento que le acababa de conceder frente al otro caballero. Ewan notó incluso un tirón extraño en el corazón.

El *laird* desvió los ojos para observar al duque y su gesto se transformó por completo. Se miraban como hombres que ya se habían reconocido: uno con poder en la ciudad, otro con poder en sí mismo. Luego Ewan se apartó de ella y se retiró solo a base de fuerza de voluntad.

El silencio que se instauró fue realmente incómodo. Constance inspiró despacio. Wynthorpe no se movió de su lugar. Ahí se encontraban Constance y el duque frente a frente y sin testigos. Ella no recordaba la última vez que estuvieron de ese modo.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó sin formalidad alguna.

Ella levantó el mentón y lo miró a los ojos con fijación.

—Es la primera vez que se dirige a mí sin toda esa pompa que utiliza desde hace tantos años, y la pregunta suena sospechosamente a acusación más que a cuestión.

—Si hubiese sabido antes que te disgustaba que te tratase con el debido respeto, tal vez hubiese prescindido de las formas, Constance. Si quieres puedes dirigirte a mí de un modo más directo.

—No, excelencia, le agradezco el detalle, pero llevo tantos años aprendiendo cuál es mi lugar que prefiero no olvidarlo.

—¿Quién es ese hombre con el que estabas aquí sola?

—Creía que había quedado clara la función tan importante que desempeñó el señor MacCrae ayer.

—Me han contado suficiente —dijo Wynthorpe—. El Serpentine, vuestro regreso, tu hospitalidad… y hoy el mismo desconocido en tu salón.

—Lydia está bien —repuso Connie—. Y la hospitalidad no fue un exceso, sino un deber muy justo.

El duque no parpadeó. La miraba con rabia contenida y ella era muy consciente.

—¿Quién es él para ti? —insistió.

—¿Qué obligación tengo de hablar sobre mis asuntos con usted?

—La necesaria. Me he dado cuenta de que ese hombre se colocaba entre tú y el resto del mundo. ¿Desde cuándo le permites esa cercanía a un desconocido?

Ella se envaró.

—Desde que sacó a tu hermana del agua y vino a interesarse por su salud con decoro. —Connie sostuvo su mirada y no se dio cuenta de que había cambiado su trato en la conversación—. No voy a castigar a quien no lo merece.

Un músculo vibró en la mejilla del duque.

—No me gustó su mirada hacia ti —confesó, seco—. Ni que le hayas dado permiso para que vuelva mañana. No lo apruebo. Dejarás de verlo de inmediato.

—Con el debido respeto, e incluso tal vez sin él, Henry, ¿te has vuelto loco? —respondió ella, sin elevar la voz.

—Estás bajo mi cargo, Constance.

—No —negó de inmediato—. Los términos del testamento de tu padre fueron muy específicos. Yo me ocupo de mis asuntos.

—Tus acciones repercuten en mi hermana. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras manchas su reputación con tus actos.

—Definitivamente sí que te has vuelto loco, Henry.

—Ese escocés quiere mucho más de ti de lo que te imaginas.

Ella frunció el ceño y se quedó con la boca medio abierta.

—No sabía que los duques tenían, además de poder ilimitado, el don de la adivinación.

—Te desea —se reafirmó el duque.

—Te equivocas. Ese hombre es el nieto de una antigua amiga de mi madre. La mujer le pidió que viniese a visitarme. Nos encontramos en Hyde Park, para bendición de Lydia. —Adornó un poco la verdad, pero a grandes rasgos fue lo que sucedió—. Hoy ha venido para comprobar que tu hermana no ha tenido ningún contratiempo. ¿No es eso lo que hacen los caballeros, Henry?

—No. Los caballeros no observan a su presa mientras se relamen los labios y se miden la fuerza frente a un contrincante.

—¿Un contrincante? —No daba crédito a la conversación que estaban manteniendo.

—Sabe que soy su rival.

—No. Loco no estás; estás algo mucho peor.

—Has tenido siempre la habilidad de volverme loco, Constance. Parece que con el paso de los años eso no ha cambiado.

—Te lo prohíbo, Henry. No sacarás a colación nada irrelevante. Es más, te retractarás de

las acusaciones vertidas sobre un caballero escocés con el que te has comportado de un modo muy reprochable cuando él antepuso su seguridad y comodidad, y se lanzó al agua para socorrer a tu hermana. Has sido grosero sin necesidad.

—Ni tú puedes ser tan ingenua. Si yo no hubiese interrumpido vuestro *tête-à-tête*, probablemente estarías retozando sobre la carísima alfombra persa a estas horas. ¿Cuánto llevas sin darle placer a un hombre, Constance?

No se lo pensó dos veces. Se acercó a él sin poder contener su furia, levantó la mano y le dio una sonora bofetada.

—¿Qué clase de hombre eres, Henry? Me ofendes sin compasión. No te reconozco. Dime qué ocurrió, ¿te levantaste una mañana y decidiste ponerte una máscara de indiferencia que se te ha caído hoy?

—Hasta hoy nunca habías tenido a un hombre mirándote como si fueses su cena.

—No tienes derecho a tener celos. Estás casado —le recordó con los dientes apretados.

—La primera vez que te vi en casa del duque —dijo él, despacio—, mi padre me dijo que te tratara como si fueses de la familia. Obedecí cuando no tenía que haberlo hecho. Debería ser compasivo y advertirle a tu escocés sobre lo que le depara el futuro si se deja engatusar por ti.

—Por amor de Dios… ¿qué te ocurre? Tantos años de silencio y decides rememorar el pasado ahora.

—¿Te duele recordar lo que ocurrió entre ambos, Constance? —Cogió una larga bocanada de aire—. Te declaré lo que sentía, como correspondía a un caballero. Y me dijiste que sentías lo mismo.

—Así ocurrió. Y semanas después comunicaste tu compromiso. Jamás vi a tu padre tan pletórico. ¿Qué sacas con remover el pasado, Henry? ¿Qué placer te produce humillarme cuando sabes bien que estás exagerando lo que ha ocurrido con el señor MacCrae?

—Tres días después de que me convirtieses en un hombre feliz aceptándome —continuó él—, entré en la biblioteca y vi a mi padre sosteniéndote las manos. Llorabas antes de que él te consolase. Los dos fundidos en un amoroso abrazo…

—No nos hagas esto, Henry. Sal ahora de aquí y encontrémonos mañana como si esta conversación no hubiese tenido lugar. Ambos nos pondremos la máscara y todo será como siempre.

—¿Estás enamorada de ese hombre?

—¿Qué? —Se había perdido algo.

—El escocés. ¿Lo amas?

—¿Amarlo? No lo conozco apenas. Ese hombre no sabía ni quién era yo hasta anteayer mismo. Él no es nada para mí y desde luego que no siente absolutamente nada por mí.

—Te desea —insistió.

—No.

—Lo sé, Constance. Soy un hombre, sé bien lo que ve cuando te mira. Ha sido muy fácil leerlo en sus ojos. Por lo que una vez fuimos te hablaré con claridad. Puedo ofrecerte el mismo puesto que ocupabas en casa de mi padre. Yo comprendo que las mujeres tienen necesidades al igual que los hombres.

Hubo un momento de silencio. Ella le dio sentido a las palabras de Henry.

—No hagas que vuelva a abofetearte. Mejor todavía, recuerda quién es tu duquesa, pues soy consciente de que no te importa ensuciar mi buen nombre, así que te pediré que muestres lealtad hacia la mujer con la que te casaste.

—¿¡Y crees que no lo hago cada día, Constance!? —explotó él. No solo hubo un gran grito ahí, había rabia y angustia.

—Lo que sucedió fue bueno para los dos, Henry. Hiciste bien al unir tu destino con Ava.

Él se rio sin humor.

—Otra de las cosas que me digo cada vez que te veo. ¿Qué poder tienes, Constance? Un simple vistazo y haces que un hombre caiga postrado a tus pies, ni siendo ya una solterona evitas que los caballeros quieran meterse en tu cama.

—Hablas de mí como si fuese una falda ligera. Te exijo que me muestres la dignidad que merezco.

—Ni sabiendo que eras la amante de mi padre pude olvidarte. ¿Qué dice eso de mí? Patético, lo sé. Pero peor es que no haya logrado borrarte de mi recuerdo con el paso de los años. Duele, Constance, todavía duele recordar lo que tenía, las promesas que me hiciste.

—Vete, Henry, porque si te quedas solo harás que comience a odiarte y eso es lo último que querría. No mancilles el buen nombre de tu padre tampoco. No se lo merece.

—Te lo he dicho, yo te vi con él. ¡Cómo debiste reírte de mí! Yo te canté mi amor mientras tú visitabas su cama.

—Si piensas eso, solo significa que nunca me conociste —se lamentó.

—Lo escuchaba. Los sirvientes cuchicheaban. Mi padre se pasaba muchas horas contigo.

—Me instruía.

—Le pagó una fortuna a tu tía para tenerte a su alcance, ¿también negarás eso?

—Me salvó de vivir sin nada, mi tía no me quería y no puedo más que estar agradecida por cómo actuó. No dudes del honor de tu padre, porque no soy un hombre, Henry, y poco me importa que me calumnies y me humilles, pero no toleraré que le faltes al respeto a tu padre.

—¡Te abrazaba! Tú lo abrazabas a él, Constance. Los rumores estaban ahí, no me digas que todo fue una invención mía. Até cabos. Por lo que a mí respecta, mi hermana podría ser hija tuya. ¡Dejó a Lydia a tu cargo y no al mío cuando falleció! ¿Qué garantías tengo de que no lo es? Cuando me fui, mi madre no estaba embarazada.

—Pasaste muchos años fuera, lo sé. Pero cuando llegué a tu casa, Lydia era una niña, adorable, perfecta y estaba sola. Lloraba por la muerte de su madre todo el tiempo, casi ni hablaba. Cuando tu padre me encontró, no llegué en mejores circunstancias que tu hermana. Nos sanamos la una a la otra. Y te juro por Dios, que no te perdonaré nunca por todas las cosas malas que has pensado de mí a lo largo de todos estos años.

—¿Yo solo? No, Constance. Todavía hay ecos que te señalan como la joven que contentaba a mi padre. Me recuerdan a mí, entre susurros, como aquel joven marqués que logró escapar de tus garras.

—Lloraba por ti —dijo Connie, con el mentón todavía bien alto—. Tu padre me consolaba

porque lo nuestro no podía ser. —Se calló de pronto, al darse cuenta de que estaba hablando de más.

—Has comenzado a hablar por fin. No te detengas. Sigue con la hazaña—la azuzó con ímpetu.

—No, Henry. No abriré una herida sobre la que tú te has empeñado en hurgar porque crees que un caballero apuesto está interesado en mí.

—¡Te gusta! Él te agrada, no te atrevas a negarlo.

—¿Por qué debería negarlo? El señor MacCrae podría tener a la mujer que quisiese con tan solo chasquear los dedos.

—No hace falta que me pongas más celoso. Ya sabes que lo estoy —masculló el duque con irritación.

—No es mi intención, Henry. Solo trato de explicarte que soy una mujer capaz de tomar sus propias decisiones. Tu padre así lo creía cuando decidió no separarnos a Lydia y a mí. Me dijo que agradecerías la libertad de no tener que ocuparte de nosotras dos.

—Jugaste conmigo, Constance. Me dices que estoy equivocado al dar por supuesto muchas cuestiones sobre mi padre, pero no me aclaras el motivo por el que te volviste fría conmigo. No te importó que me comprometiese, mucho menos que me casase. Soy un hombre; no debería haberme

importado que me tratases como si no valiese nada, pero me importa. Tantos años después y aquí estoy, pidiéndote explicaciones por primera vez cuando el asunto debería estar muerto y enterrado junto a la tumba de mi padre.

—Entonces déjalo todo allí, enterrado.

—¡No puedo! Ahora que sé que ese hombre no te disgusta no podré más que… ¡Dios! Me duele. —Se llevó una mano al corazón—. Ava no se merece esto, ¿no sanará jamás la herida que me dejaste en el alma, Connie? ¿Por qué no se va? ¿Por qué no puedo permitir que otro te tenga? Soy egoísta, ahora lo sé. Si yo no te tengo, no quiero que nadie más lo haga. Me gustaría meterte en ese estante imaginario, en el que están las solteronas y del que tanto hablan, para que no fueses de nadie más. ¿Qué dice eso de mí?

—Respeté tu matrimonio —repuso Connie—. Si pudiese sanarte lo haría, pero sacar a colación secretos que no son míos solo traería más desdicha. Te he visto con tu duquesa, la amas. Te juro que tu felicidad no me causa dolor, siempre he querido tu dicha, Henry. Eso es lo que he querido siempre. Yo te amo, pero no del modo en que una mujer lo hace con un hombre. Eres mi hermano. Todo esto que sientes no se trata de celos, estoy segura. Solo es el orgullo de un hombre que no quiere perder algo que considera que debería haberle pertenecido. No me hago más joven; perdí la esperanza de poder conocer lo que tú compartes con tu esposa hace mucho tiempo. Porque aunque Dios no os haya bendecido con hijos, hay amor entre los dos. Respecto a mí, te

aseguro que nada se puede hacer ya. Me he conformado con lo que tengo. Lydia es una compañera formidable y sé que tú me protegerías aunque me odies. Piensa en lo que te he dicho, recuerda a Ava, y que Lydia, tú y yo, somos una familia. No dejes que tu rabia te ciegue. El pasado no tiene cabida en nuestro presente. Las cosas ocurrieron como debían ser.

Él se movió hasta la ventana. Se fijó en el paisaje lúgubre de una ciudad que veía poco el sol. Suspiró y se mesó el pelo. Entonces se dio la vuelta y la miró lleno de culpabilidad.

—Quisiera odiarte, Connie. Durante mucho tiempo creí que lo hacía, pero no era odio. Sí, amo a Ava, siempre lo he sabido. La encontré porque me despreciaste, ella es consciente de que alguien me hizo daño y por eso apresuré las cosas entre ambos. Mi esposa se ha ganado el derecho de considerarse la luz de mi vida. Comprendo que todo lo que te he dicho esta mañana es intolerable, en especial la mención sobre convertirte en… —carraspeó—. No lo volveré a mencionar para no faltaros a ambas al respeto y a mí mismo por haber hecho semejante insinuación. Me he vuelto loco, lo admito. Ese hombre ha debido poner a prueba mi orgullo tal y como tú has dicho. Yo… lo siento. Lo siento por mi duquesa y por ti. He estado fuera de lugar.

—Acepto tus disculpas, Henry. Olvidaremos esta conversación que no ha servido más que para abrir antiguas heridas. Ve a casa, besa a tu mujer y recuérdate a ti mismo lo feliz que eres.

Él le ofreció una sonrisa contenida.

—¿Y qué harás tú? ¿Quién te consuela, Connie?

—Tengo todo lo que necesito. No preciso de más.

—Me iré con la vergüenza de haberme comportado como un niño que se ha visto amenazado. Tú no eres un juguete y Ava merece mi respeto. He obrado y pensado mal, que Dios me perdone. Bien. Mi padre confiaba en tu criterio, tanto como para poner a Lydia a tu cargo. Creo que de verdad no quería separaros y sabía que ella estaría más cómoda contigo que conmigo. Siento muchísimo haber dicho todo lo que he dicho. No debí haber repetido rumores que no tenían ni pies ni cabeza.

—No lo recuerdes más. Mañana todo estará bien. Ya lo verás.

—No, Connie. No lo estará, porque, aunque actuemos como si esta conversación no hubiese tenido lugar, ambos sabemos lo que he dicho. Tendré que vivir con esa carga. Si solo pudiese comprender el motivo por el que… —se silenció—. No. No le daré más vueltas al pasado cuando Ava es mi presente y futuro. De ahora en adelante trataré de recordar que eres una mujer que sigue siendo deseable y que el escocés no será el único hombre que ponga sus ojos en ti. De hecho no lo ha sido, pero a los demás los hiciste a un lado con facilidad.

—No tienes nada de qué preocuparte. Es solo el nieto de una antigua amiga de mi madre —insistió.

—Ya he dicho todo lo que debería y mucho más de lo que no debería. Ten cuidado con él, Constance. No me desdeciré de la impresión que tengo acerca de él. No estás a salvo —insistió.

Y tras decir eso, Henry Wynthorpe, duque de Wynthorpe, se fue. El clic del picaporte dejó a Connie en el centro del salón, con la taza de té aún tibia sobre la mesa y el pulso galopando al trote. Se sentó despacio en el sillón más cercano.

Todas las lágrimas que había tratado de contener al fin salieron para liberar su alma. No le contaría la verdad jamás a nadie, ni siquiera al propio Henry. Nada bueno saldría de desenterrar los pecados de los demás.

Se prometió que olvidaría las palabras compartidas con Henry. Costase lo que costase, lo haría. En cuanto al escocés, no había nada en qué pensar. Ella no era deslumbrante ni excitante. Solo resultaba ser una aburrida y corriente solterona.

Capítulo 4

Un encuentro esperado

El día siguiente amaneció con esa luz mortecina que Londres venía padeciendo desde hacía demasiado: un cielo plomizo, la humedad colándose por las ventanas y el carbón dejando un olor áspero que lo teñía todo de seriedad. La casa de Constance se defendía con braseros encendidos y un orden que parecía un credo. A primera hora, el mayordomo recibió una tarjeta con orla sencilla y la entregó en bandeja.

—El *laird* de Dunrath, señorita. Le he dicho que no es cortés visitar a horas intempestivas, pero ha amenazado con echarse al suelo si no era recibido. Incluso se atrevió a desmentirme cuando le dije que usted no se había despertado aún.

Ella negó con la cabeza.

—Ese hombre es único. Confiemos en que no exista más que uno como él.

—Por el bien de todos, así debería ser, señorita.

Constance enderezó la espalda y asintió. No había rastro de la agitación de la víspera anterior en el porte de la dama; solo aquella calma suya, que no era frialdad, más bien decisión.

Ewan MacCrae entró con paso seguro. Se había quitado, además del sombrero, los guantes en el vestíbulo, permitiendo que la piel curtida de sus manos dijera lo que un londinense habría escondido. El mayordomo se retiró con una inclinación medida, y la estancia se quedó para ellos, con la chimenea ardiendo y ese silencio doméstico que siempre anunciaba conversaciones importantes.

—Señorita Ainsworth. —El escocés inclinó la cabeza con corrección deliberada.

—Señor MacCrae. —Constance se mantuvo de pie un instante más de lo habitual, como si tuviese que prepararse para una especie de batalla, y solo después le señaló la butaca—. ¿Té?

—Gracias.

El servicio apareció y desapareció con la eficacia de la que estaría orgullosa a cualquier señora de la casa. Cuando estuvieron a solas, Constance vertió el té con mano firme. Al ofrecerle la taza, Ewan

notó que olía dulce a pesar de haberle indicado que no deseaba azúcar; pero había también un aroma en el ambiente que le atribuía a ella: lilas con un toque de disciplina, aderezado con un resplandor sin adornos. Aquella mujer no era una belleza de salón; era un filo pulido.

El escocés había dormido poco. Cada vez que cerraba los ojos veía al duque de Wynthorpe plantado con ese aire de nobleza lleno de autoridad, y a Constance erguida, interpuesta entre ambos con una serenidad que podría detener una carga de caballería. No sabía qué historia compartían la dama y el duque; sí había comprendido que Wynthorpe quería algo de ella. Y eso, lejos de cohibirlo, fijaba su propósito como el martillo fijaba el clavo. Como buen escocés, bastaba con que le prohibiesen algo, o algo captase su atención, para prepararse para la lucha.

¿Qué quería él de ella? Todavía no estaba demasiado seguro; solo era consciente de que Morna no actuaba sin un plan oculto. Había previsto que su abuela quisiera emparejarlo con una inglesa de noble casta, rica, como se decía que era la señorita Constance Ainsworth, o como a él le gustaba llamarla en su fuero interno: Connie. Pero resultaba que la posible conquista hacia la que lo había encaminado su abuela no era una mujer que la escocesa aprobaría. Así fue como despertó su curiosidad por ella. Ver a un duque censurándolo por estar a solas en la misma habitación que Connie solo contribuyó a que su interés aumentase. Luego estaba su físico, por supuesto. Era toda una mujer, no una chiquilla. Aunque no fuese hermosa, era tentadora y eso era más peligroso que lo primero. Estaba también su

mente estratégica, su sangre fría social y le atribuía una generosidad feroz con los suyos. Se veía en ella que era controladora, orgullosa, y que sabía fingir indiferencia de modo magistral. Estos últimos podrían ser defectos para cualquier hombre, pero no para un escocés forjado en batallas audaces. Lo que no le gustaba de Connie era que estaba completamente seguro de que ella no sabría pedir ayuda aunque la necesitase.

—¿Me está escuchando, señor MacCrae? —le preguntó al ver que él no participaba en la conversación.

—Sí. Decía usted que no es correcto que un caballero visite tan temprano a una dama. No obstante, he venido tan pronto porque no estaba seguro de si el duque de Wynthorpe le habría ordenado mandarme al cuerno.

—Tampoco es adecuado utilizar ese vocabulario tan incivilizado.

—¿Qué relación tiene con el duque, señorita Ainsworth?

—No está permitido referirse a cuestiones personales que a uno no le atañen. Creo que sería conveniente que se siente en un escritorio y tome nota, señor MacCrae.

Él le sonrió.

—¿No me dirá que el hijo del anterior duque es como un hermano para usted? —inquirió.

—¿Por qué pregunta sobre cuestiones de las que ya tiene su respuesta?

—Que sea un bruto escocés no implica que carezca de inteligencia, señorita Ainsworth. He hecho algunas pesquisas sobre usted, pero la información no es exacta del todo.

—Creía que estaba aquí para que yo lo ayudase a transitar por los aristocráticos salones sin causar un gran estropicio.

—Sí, una cosa no excluye a la otra.

—Cíñase, pues, al ofrecimiento que se ganó con su hazaña. No es agradable saber que ha estado cuchicheando sobre mí.

—No, cuchichear no es lo que he estado haciendo.

—Esta conversación finaliza aquí —zanjó ella con severidad.

Hubo un momento de completo silencio en el que ambos se miraban el uno al otro para descifrarse.

—He venido por mis lecciones —claudicó al fin—. Y para saber si Lydia sigue igual de espléndida que ayer.

—Está mejor que nunca —contestó Constance—. La experiencia le sirve para sentirse como una princesa que fue rescatada por un bravo escocés. —Añadió, sin sonrisa—. Y las lecciones empezarán cuando me prometa que escuchará con más atención a partir de ahora.

—Prometido.

Bebieron un sorbo. Ewan sostuvo la taza con una delicadeza que no esperaba de sí mismo. Se sorprendió observando el perfil de ella —la línea de la nariz, la curva apetecible de la boca— con una atención que no le había dedicado a nadie en su vida. No estaba enamorado; el amor, para él, había tenido otros nombres y otros dolores. Lo que sentía era otra cosa: esa inquietud honda que le nacía en el estómago cuando un paisaje lo desafiaba a conocerlo sin tardanza. Constance era un terreno nuevo, elevado y sin senderos marcados, y su instinto de orientarse se estaba desplegando por completo.

—Primera lección seria —argumentó ella, repuesta ya de ese pequeño choque que acababan de tener—: en Londres, un caballero mide la distancia con precisión cuando hay una dama cerca. Tres palmos cuando hay cortesía; dos cuando hay confianza; uno cuando ha recibido permiso. Ayer estuvo a uno y medio sin pedírmelo.

—Lo sé —admitió él—. Y si hubiese pedido permiso, ¿me lo habría concedido? —expuso con cierta picardía.

—No me gusta que un hombre intente ganar terreno por mera fuerza. Hizo lo que debía junto al Serpentine; en el salón, ayer, la obligación terminó. —Sus ojos no parpadearon—. En adelante, muestre el respeto que una mujer se merece.

Ewan asintió. En sus adentros se encendió una chispa terquísima; no de desafío grosero, sino de gusto por el orden que la propia voluntad elegía acatar. Le gustaba que se lo pusiera difícil, y le gustaba más descubrir que su respeto hacia ella crecía al mismo tiempo que su deseo. ¡Dios! Eso era. La deseaba. No había otra explicación posible para haber estado desde la fiesta pensando en ella. El escocés se recompuso tras el descubrimiento y carraspeó.

—Está bien.

—Otra lección —continuó Constance—: Londres escucha y ve por las cerraduras. Evite regalarle un rumor sin fundamento. El servicio de mi casa es leal, pero el gusto por comentar cuestiones de índole personal es inevitable. No puedo estar segura de que no haya repercusiones sobre su enfrentamiento con el duque de Wynthorpe. No vuelva a cometer tal imprudencia. Uno no se enfrenta a un duque jamás, por muy bárbaro que se crea y presuma de ser.

—¿Es eso lo que ocurrió ayer? ¿Un enfrentamiento entre ambos? —se aventuró a indagar.

—¿Lo llamaría usted de otro modo?

—Si se cataloga como enfrentamiento, podría considerarse que ambos nos disponíamos a luchar. Siempre que dos hombres luchan lo hacen con un fin. Dígame, señorita Ainsworth, ¿por qué sería mi rival el duque de Wynthorpe? No creo que un hombre nacido en la esfera más alta de la sociedad quiera recibir lecciones sobre cómo comportarse en un salón.

—El duque es el hijo del hombre que me brindó su protección. Es el hermano de Lydia y lo considero de mi propia familia. No tengo padre, hermano o esposo, de modo que sobre él recae la obligación moral de velar por mí. Haga otra insinuación como la que acaba de hacer y yo misma lo cogeré por la oreja y lo sacaré de mi casa para siempre, señor MacCrae.

—Tomo nota. —Calló un momento, luego decidió arriesgarse—: He de preguntarlo, aunque me gane un nuevo reproche. ¿Al duque le preocupan los palmos que pueda haber entre usted y yo?

—El duque pretende que nada se tuerza alrededor de su hermana. —Su tono no dejó pasar ni una brizna de comentario—. Eso es todo lo que necesita saber.

No era todo, y ambos lo sabían; pero Ewan no insistió. Tenía paciencia cuando valía la pena. Se permitió, en cambio, atender a un detalle: la piel de los párpados de Constance tenía un leve matiz de cansancio. No había lágrimas; había una noche en vela. Estaba seguro de ello. Le gustó su manera de presentarse al día siguiente sin queja pese a no haber

descansado lo suficiente. Le despertó, además, ese apetito de varón que prefiere las incertidumbres.

—Una respuesta un tanto ambigua, señorita Ainsworth. Estoy seguro de que el duque le ha prohibido tener trato conmigo y que usted lo ha desafiado.

—Solo yo dicto mis movimientos. Él me protege, pero sabe que la última decisión sobre lo que me atañe la tengo yo —se apresuró a decir.

—Así que vale la pena enfrentarse a él por mí. —No había ninguna pregunta ahí.

—Las cosas serían muy diferentes en caso de no haber ayudado a Lydia, señor MacCrae. No vea en mi decisión de darle algunos consejos algo que no es.

—¿Así que no la impresiono, Connie? —preguntó con un deje de arrogancia.

—Lo que me asombra es que no use ninguna de las directrices que le doy. No le he dado permiso para usar mi nombre de pila y mucho menos para llamarme por un diminutivo que solo utilizan las personas de mi círculo de confianza.

—¿El duque la llama Connie? —siguió él con su interrogatorio.

—Le daré otro consejo que imagino que no tomará en consideración. Verá, un caballero que se

interesa tanto por las cuestiones de una dama que no le ha dado pie a nada, deja claro solo una cosa.

—Uhm… ¿Qué cosa? ¿Que ella le interesa?

—Que él es arrogante.

—No conozco a ningún escocés que no lo sea —le restó él importancia a la cuestión.

—Dijo que vendría por mis lecciones —recordó Constance, como si leyera el hilo de su pensamiento, dado que estaba convencida de que él pretendía sacarla de sus casillas—. Empezaremos con el saludo. Daré por sentado que desea cautivar a alguna muchacha. Bien. Cuando trate a una dama debe hacerlo de modo formal, evite el elogio fácil y sonría poco.

—¿Poco? ¡Si es mi mayor virtud! Mi abuela dice que mi sonrisa derretiría el hielo más grueso.

—Entonces hágalo lo suficiente como para no parecer un villano. Una sonrisa dice más de lo que usted pueda pensar. Dele una de esas sonrisas tan inapropiadas de las que tan satisfecho se siente y la madre de la dama por la mañana estará contactando con un ministro de Dios.

—¿Y si sonrío solo cuando la mire a usted?

—¿No piensa tomarse esto en serio? Le ha costado mucho lograr que le ofrezca mis indicaciones,

haga el favor de aprovechar las lecciones que le doy —lo reprobó.

—Responda a la pregunta de todos modos, se lo ruego.

—Si me sonríe, lo consideraré como una insolencia. Y será verdad.

El silencio que siguió fue extraño. Ewan dejó la taza, se inclinó apenas hacia delante y apoyó los antebrazos en los muslos. Era la postura de un hombre que escuchaba de verdad. Constance comprendió que él exudaba una franqueza inaudita en Mayfair. Aquella musculatura seguramente trabajada en los campos, el cuello ancho capaz de soportar pesadas cargas, no solo las físicas, y las manos de un hombre acostumbrado a trabajar con ellas. No era el bruto del que Lydia hablaba con un poco de travesura; era otra cosa: una fuerza bajo disciplina propia, que la ponía en guardia y la atraía al mismo tiempo. No podía negarlo. Desde que lo vio en aquella fiesta, después de romper el cristal y no avergonzarse por el traspiés, le causó curiosidad. Y luego, en el momento en el que se presentó en Hyde Park su atrevimiento la desarmó. Para cuando salvó a Lydia, ya estaba perdida. Ese hombre era como un soplo de aire fresco y no debería dejar que la alterase. Era más, debería haber puesto mucha distancia entre ambos, pero por algún motivo que Connie no deseaba pararse a pensar, no lograba hacerlo.

—Siguiente lección —prosiguió ella al tiempo que trataba de recuperarse de su reflexión

interior—: palabras que conviene no usar con ligereza. «Siempre», «nunca», «prometo». En Londres atan y ahogan.

—En mi tierra, cuando se promete, dicha promesa se sostiene con una espada en caso de ser necesario. —Se le oscureció la voz sin brusquedad—. No la usaré en vano con usted. Eso puedo prometérselo.

—Esto no va sobre mí. No lo olvide.

—¿No?

—No, señor MacCrae. Me pidió ayuda y se la estoy ofreciendo. No vea más de lo que en verdad es.

Volvió a sonreírle. Incluso con esa barba espesa que lo hacía parecer más un guerrero que un apuesto caballero, se le veía franco y pícaro.

—Me hiere, señorita Ainsworth.

—Lo dudo mucho —desechó ella de inmediato—. Última lección por hoy —dijo, y dejó la taza—: saber despedirse a tiempo. No alargue las visitas que ya han cumplido su objetivo.

—Mi objetivo está lejos de terminar, señorita Ainsworth.

—Le pediría que no dijese nada inapropiado, pero sé que lo hará de todos modos.

Dígalo de una vez. ¿Qué es lo que quiere? —lo retó con seriedad.

—Asegurarme de que Lydia está bien. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Muy bien. Eso le honra. —No quiso hacerle caso al leve tirón de decepción que se instauró en ella. ¿Por qué diantres le resultaba tan entretenido estar sorteando las lanzas de él? Porque hacía demasiado tiempo que un hombre interesante no le prestaba ninguna atención. No era que no hubiese tenido algún que otro admirador, pero Constance siempre los cortaba de raíz y ellos no solían insistir. Quedaba más que claro que el escocés estaba hecho de otra pasta muy diferente.

—No lo crea. Debo admitir que hay algo más.

—¿Qué más? —Con toda su gran disciplina y no había logrado contener la cuestión. ¡Dios! La volvería loca si se lo permitía.

Ewan respiró despacio. No le tembló la voz al decir:

—Asegurarme de que usted quiere que vuelva.

Aquello quedó a medio camino entre pregunta y afirmación. Constance soportó sin pestañear la franqueza del enunciado. Si lo

despachaba, ganaría una seguridad inmediata; si lo admitía, correría un riesgo extremo.

—¿Está jugando conmigo?

—No —negó de inmediato él.

—¿Qué espera conseguir de todo esto?

—Soy un escocés de quien muchos dirán que no vale nada. No es así. Tengo determinación, soy franco y me considero inteligente. ¿Está de acuerdo con la descripción que le he dado sobre mí?

—Sí. Su procedencia lo limitará en Londres. Su honestidad a veces parece un insulto y no creo que sea estúpido y estoy convencida de que cuando toma una decisión no retrocede —le explicó con sinceridad.

—Bien. Entonces dígame si quiere que vuelva. Daré por supuesto que será sincera conmigo.

—Lo que yo desee o deje de querer no es relevante.

—Lo es para mí. No trataré de conocerla si usted no me lo permite. Bruto sí, pero un caballero al fin y al cabo. Deme su respuesta porque, como bien ha dicho, no retrocedo jamás.

—Le he aconsejado que no use esas palabras a la ligera.

—No lo estoy haciendo. Quiero una respuesta, señorita Ainsworth. Usted no es una doncella recién presentada en un salón de baile. Es una mujer inteligente y quiero suponer que se conoce bien a sí misma.

—¿No tenían fama sus antepasados de secuestrar a sus mujeres?

—¿Eso es lo que le gustaría que hiciese, Constance? —Se permitió usar su nombre, no su apelativo porque era una conversación sincera y quería tener un poco de familiaridad.

—Sinceramente, me gustaría mucho haber padecido un gran dolor de cabeza que me hubiera impedido acudir a una fiesta nocturna hace dos días.

—¿Me teme?

—No.

—¿Entonces?

—Mi vida es plena. Hay orden, disciplina y una muchacha que depende de mí.

—¿La secuestro o me marcho para siempre, Constance? —Le encantaba usar su nombre completo.

—Ni lo uno ni lo otro. Debe saber de mí que no he dado pie jamás, y tenga en cuenta que

tampoco uso la palabra sin la debida atención, a ningún tipo de coqueteo.

—¿Es lo que estamos haciendo? ¿Coquetear?

—Usted no coquetea, señor MacCrae. Su modo de actuar es directo.

—Soy escocés —apuntó, como si eso fuese toda una gran explicación.

—Sí, ya suponía que haría alguna alusión a su procedencia.

—¿Le disgusta que sea escocés?

—Su barba me disgusta.

—¿Por qué?

—Una mujer sensata no le dirá *jamás* —incidió bien en la palabra— sus verdaderos motivos. —No debía confesarle bajo ningún concepto que en caso de compartir un beso todo ese vello le molestaría y le dejaría roja su blanca piel. ¡Cielos! No debería estar pensando en besarlo.

—Uhm… la reto a que lo haga.

—No.

—Entonces le exijo, aunque no tenga derecho, que me diga si quiere que regrese o no.

Ella suspiró. Lo miraba con la misma atención que él a ella.

—Quiero que vuelva —reconoció por fin—. Como alumno. A la hora adecuada. Con una tarjeta y que se olvide de este tipo de conversaciones. —Optó por la sensatez antes que por otra cosa que sería del todo inadecuada e inmoral.

La montañesa paciencia de Ewan aceptó el borde afilado del reconocimiento. Hubo un destello de satisfacción honrada en su mirada, el tipo de satisfacción que se sentía al clavar una pica en terreno duro e impracticable. Una dama como esa no daría su brazo a torcer con facilidad. Él comprendía que una mujer así no podía decir abiertamente lo que sentía.

—Volveré esta tarde —concretó.

—Esta tarde estaré en casa.

No sonó como una sencilla invitación, sino a un acuerdo. Tanto Ewan como ella sabían que algo se estaba gestando entre ambos.

Se levantó el primero, no se acercó más de lo necesario. Constance también se puso en pie. La distancia entre ambos, medida en palmos, se mantenía correcta. Y, sin embargo, había algo que no lo era del todo.

—Señorita Ainsworth —dijo Ewan, con un respeto que no borraba el atisbo de deseo de sus ojos. Porque, oh sí. Ewan MacCrae, *laird* de Dunrath, la deseaba con intensidad y cuanto más difícil se lo ponía, más insistía él. Además, estaba completamente seguro de que ella lo sabía bien.

—¿Sí?

—Antes de despedirme, quisiera remarcar un par de cosas.

—Confío en que no sean demasiado inapropiadas —alegó con sobriedad.

—Eso lo juzgará usted. Verá, tenía razón.

—Siempre la tengo.

—¿Está usando esa palabra a la ligera? —indagó él.

La dama alzó una ceja.

—¿A usted qué le parece?

—No. No lo hace. Bien. Los escoceses somos temperamentales por nacimiento. No solo parezco un bárbaro, lo soy en algunas cuestiones. No tiene la menor idea de cuánto me estoy controlando para no hacer lo que hacían mis antepasados.

—¿Y qué hacían? —preguntó desapasionadamente.

—Ya lo sabe. No pedían permiso, solo se cargaban al hombro a la mujer que elegían y buscaban un cura para que bendijese la unión.

—Confío en que la dama a la que tiene en mente no le haga pasar un mal rato frente a un altar cristiano. Ella podría negarse a aceptarlo como esposo, pues hasta donde yo sé, un cura, como usted lo llama, no puede casar a dos personas si una de ellas se opone. ¿O es su religión diferente a la que se practica en Londres, señor MacCrae?

Él soltó una sonora carcajada. Un escocés valiente era capaz incluso de mover una montaña.

—¿Siempre es tan correcta?

—Siempre.

—Tiene suerte, señorita Ainsworth.

—No estoy segura todavía de eso, *laird* de Dunrath.

—Antes de despedirme, permítame una pregunta de alumno.

—Pregunte.

—Ha hablado de palmos antes. ¿Dónde quiere que esté yo cuando la mire? ¿A tres, a dos… o a medio palmo?

Constance le sostuvo la mirada. Lo mismo que hacía él. Ewan se dio cuenta de que en los ojos de la dama no había falsa ignorancia. Era una mujer que sabía exactamente de lo que hablaba y ambos lo habían dejado entrever desde que él llegó a su casa.

—La sensatez me dice que debería estar a diez como mínimo.

—¿Y la locura que le dicta?

—A uno —respondió con honestidad.

Ewan dio un paso corto, despacio, suficiente para comenzar la conquista. Se detuvo a la distancia precisa a la que un beso podría ser pedido sin palabras.

—Los escoceses rara vez pedimos. Tomamos —recordó de nuevo.

—¿Y qué espera que haga yo ante tal revelación? —dijo Constance en un hilo que no tembló.

—Deme una indicación.

—Entonces, como su instructora le aconsejaría pedir más que imponer. La dama lo agradecerá.

Él asintió.

—¿Puedo besarte, Constance? —preguntó dejando a un lado la formalidad.

—Sí. —No quería ni podía resistirse a lo que él le ofrecía. ¿Qué había de malo en sentir unos labios sobre los suyos? ¿En sentirse como una poderosa mujer de nuevo? Hacía tantos años que había dejado de soñar, que le costaba mucho volver a permitírselo. De todos modos, hubiese sido imposible darle otra respuesta.

Ewan se inclinó. No tenía prisa. El gesto fue certero. El escocés le sujetó los brazos por debajo de los hombros, con decisión pero sin forzar el agarre, con un cuidado que Connie ya le había visto dedicar a la propia porcelana. Ella alzó la barbilla y apoyó una mano abierta en su pecho, por si tuviera que contenerlo; aunque dudaba de que tuviese que usarla. El primer contacto fue cálido, sutil, sin tanteo inútil. Un beso verdadero, de un hombre que sabía lo que quería y una mujer que aceptaba lo que deseaba. El aire de la estancia se cargaba de un toque de aroma a té y carbón, la sangre marcaba el compás y los cuerpos comenzaban a sentirse más vivos que nunca. Ewan empezaba a sentir, mientras la besaba, cómo la rigidez de ella cedía bajo sus dedos, y él mismo se daba cuenta de que una fiereza dulce lo recorría por dentro, esa que no empujaba ni avasallaba, sino que prometía. Porque por más que su sangre escocesa le gritase que debía saquear y conquistar, su mente le recordaba que ella era una dama inglesa, criada para ser impecable. No quería asustarla con su ímpetu.

Se separaron sin sobresalto, con la respiración alterada y los ojos muy abiertos. Constance no se apartó. Tardó un segundo en encontrar su voz.

—Ese beso no cuenta como una lección. —El brillo de sus pupilas desmentía la severidad de la frase.

—Cuenta como una cuestión resuelta —repuso él—. Y como una promesa que no he pronunciado.

—Cuida tu lengua, *laird* —murmuró sin darse cuenta de que no lo trataba con formalidad—. Las promesas se pagan.

—Yo pago mis deudas, sin embargo, las promesas… esas las sostengo en el tiempo.

La forma en que lo dijo la atravesó con una claridad que, lejos de inquietarla, la asentó. Él dio un paso atrás y regresó a la distancia de los dos palmos. Volvió a inclinar la cabeza.

—Agradezco sus lecciones —dijo él, ya volviendo a recuperar la decencia.

—Y yo su disciplina. —No sabía si estaba contenta en verdad porque él hubiese sido capaz de contenerse o disgustada porque lo hubiera hecho. En esos momentos toda Connie era una gran contradicción en sí misma.

—No ha sido fácil mantenerla, se lo juro. Tenga en cuenta que no he usado ese juramento a la ligera tampoco. Merece mi respeto y lo tiene. Lo tendrá siempre aunque me cueste la vida cumplir con la promesa. Por usted olvidaré mi linaje escocés y me comportaré. Espero que sepa el gran sacrificio que ello implica.

—Entonces se lo agradezco —apuntó sin saber qué más debería decir. Su orgullo femenino estaba en pleno auge.

—¿Sigue queriendo que venga esta tarde?

—Sí —afirmó ella sin dudar.

—Bien.

El sonido del exterior, con un murmullo lejano: un lacayo moviendo una mesa, la pala de la chimenea de la habitación contigua…, les hizo darse cuenta de que el mundo continuaba girando.

—Me gustaría dar un paseo —dijo ella.

—Iremos donde desee.

—Lydia nos acompañará.

—Contaba con ello.

—Lo admira. Debe saberlo.

—Siempre es grato que una dama lo admire a uno, pero ambos sabemos que no es esa la admiración con la que me contentaré.

—No, ya sé que no.

—Si no me voy… —La mirada de él era la de un hombre hambriento.

—Lo sé —lo interrumpió Constance.

—No quisiera marcharme, pero es necesario que lo haga. La disciplina mengua.

—No pienso retenerlo, si es lo que espera que haga.

La respuesta de él fue darle un ligero beso en los labios, que ella aceptó, y luego encaminarse hasta la puerta. Cuando llegó al umbral no pudo resistirse a darse la vuelta y contemplarla. Connie también lo observaba.

—¿No me detendrá?

—No, no debo hacerlo.

—Ciertamente, siempre hace lo correcto. Eso está bien. Uno de los dos tiene que ser sensato. —A continuación se marchó de una vez por todas.

Cuando se fue, Constance permaneció un momento donde estaba; tenía los labios aún calientes y el pulso alterado. Había aceptado correr un riesgo

muy peligroso. Y, por primera vez en mucho tiempo, la idea de dejarse llevar no le parecía una locura.

Mientras, fuera, el aire le cortó el rostro a Ewan con la familiaridad de un viejo enemigo. Sonrió para sí. No sabía qué nombre darle a lo que había empezado, pero eso no lo desasosegó. En su mundo, las cosas recibían nombre después de demostrar que merecían uno.

Capítulo 5
Una cercanía esperada

Durante los días siguientes, Ewan descubrió que la ciudad podía amansarse si uno madrugaba lo suficiente. A primera hora, cuando el carbón todavía no había ensuciado del todo el aire exterior, cruzaba el umbral de la casa de Constance con una tarjeta inmaculada y la determinación de aprender lo que fuese necesario para seguir entrando en su mundo. Ella lo recibía con una compostura que no se quebraba ni un milímetro: puntualidad inglesa, té servido sin exceso, lecciones con límites visibles como estacas y un largo etcétera. Y, sin embargo, en algún punto entre la bandeja de plata y la despedida, le dejaba la certeza de haber avanzado una pulgada que valía más que haber recorrido un campo entero. No quería apresurarse con ella, deseaba ver si en verdad la dama lo aceptaría después de conocerlo. Era por ese motivo por el que las conversaciones fueron más sosegadas y naturales después de aquel inicio tan prometedor.

Aprendió a medir las distancias como si fuesen cuerdas tensadas: tres palmos para conversar ante terceros, dos cuando el salón se quedaba solo el tiempo que tardaba el mayordomo en cerrar una puerta, uno apenas —el exacto— cuando ella inclinaba la cabeza para corregirle la postura de un hombro, el ángulo de un saludo o la manera de ofrecer el brazo. Esa cercanía que compartían era un privilegio concedido con una naturalidad mortal; si lo tomaba por costumbre, ella lo convertía de inmediato en tres palmos. Era correcta y perfecta. Nunca un paso de más, nunca un segundo perdido en la proximidad. El premio era el olor —lilas— que la seguía como un hilo invisible, y la conciencia de estar pisando un terreno alto donde un descuido equivaldría, con esa mujer, a caer de espaldas.

Conoció la rutina de sus mañanas: dos tazas de té, un ejercicio de conversación amortiguada —como, por ejemplo, cómo decir que no sin ser grosero, cómo parecer interesado sin ofrecer demasiado—, un paseo con Lydia —siempre Lydia, convertida en alegre custodia— y un repaso final en el vestíbulo, ya con los guantes medio puestos, en el que Constance soltaba una consigna breve que ordenaba toda la jornada: «sonría poco, no provoque y no olvide que su honestidad debe ser contenida en Londres». Cumplía las directrices —la mayor parte de las veces— como si fueran dictados, cada frase, un hito; cada recomendación, una cuerda de salvación. Le gustaba complacerla con esas pequeñeces.

También estaba aprendiendo a mirar la ciudad con otros ojos menos severos. En Hyde Park, la primera tarde, caminó al paso de las dos damas,

protegiendo la reputación de ambas. Había una coreografía nueva en la que la bota debía esquivar el borde del vestido de muselina y el hombro ancho tenía la obligación de parecer menos ancho. Descubrió que el silencio bien dispuesto podía hacerle ganar media sonrisa que ella le dedicaba. Cuando Lydia, entusiasmada, aceleraba la marcha, Constance apretaba su brazo, y Ewan veía en el gesto —en ese leve hundimiento de los dedos— un acercamiento tácito. A veces, en un recodo del paseo, se permitía mirarla de medio lado y encontraba el perfil maravilloso de una mujer que se había hecho a sí misma: la línea del cuello sin joyas, el recogido sin caprichos y la barbilla que nunca retrocedía. Aquello le calentaba la sangre de tal modo que su determinación amenazaba con romperse con facilidad. Deseaba demostrarle que no le había mentido cuando le dijo que la respetaría siempre, pero, en honor a la verdad, cada día le costaba más mantenerse cuerdo. Cuanto más lo mantenía a raya, más lo encendía. Era un diamante de valor incalculable y él se había propuesto darle su tiempo, porque de ese modo disfrutaría más cuando al final la consiguiera. Oh, sí. Lo que había empezado con una simple curiosidad se estaba convirtiendo en una apuesta de futuro que él no estaba dispuesto a perder.

Era buena tutora, pues las lecciones se volvían un juego, aunque severo. Ella lo hacía subir y bajar del carruaje midiendo cada paso; le corregía la postura de la mano con la que le ofrecía apoyo y, cuando su palma grande rozaba apenas el guante liso de ella, ese contacto mínimo se convertía para él en un día entero de buen humor o de hambre, según

tocase. Entendió la tiranía exquisita del guante: barrera, promesa, expectación. Ewan empezó a soñar con un lugar sin servicio ni pasillos, donde nadie interrumpiera esos deliciosos encuentros y pudiesen ser más cercanos.

En casa, por la noche, el sueño le traía a Constance sin necesidad de invocarla. No era un sueño turbio… la mayoría de las veces. Solían ser obstinadamente claros, salvo alguna pequeña excepción. La veía colocándole un alfiler en la solapa porque la etiqueta lo exigía, y en el sueño su dedo no temblaba, pero dejaba una estela que a él le bastaba para despertarse con la mandíbula tensa. La imaginaba apoyando los nudillos en la mesa para explicarle cómo se sostenían los silencios, y él acercándose lo imprescindible hasta que el mundo se reducía a una respiración medida. Se dormía otra vez y regresaba a la única escena que importaba: aquella en la que no existía distancia entre ambos, porque él se había ganado ese derecho. Al amanecer, esa claridad lo volvía más parco, más correcto, más paciente; paradójicamente, más peligroso.

La ciudad también tomaba nota. Una viuda con olfato —de esas que escuchaban por las cerraduras— empezó a cortarles el paso con amabilidad estudiada cuando se cruzaban con ella en sus entretenidos paseos. Constance la desarmaba con una pregunta inocua, una inclinación precisa y una despedida cortés que no admitía réplica. Ewan percibía la maniobra como una corriente traicionera bajo el agua en calma.

De Lydia le encantaba su frescura y alegría, propias de una joven entusiasta. La muchacha lo celebraba todo con desparpajo, inventándole heroicidades cotidianas que Constance toleraba. Si la conversación traspasaba el decoro, la tutela caía en forma de mirada, y Lydia, dócil por cariño, retrocedía medio paso. Ewan agradecía sin palabras ese gobierno dulce, y al mismo tiempo maldecía la presencia indispensable de la joven chaperona. En esa danza, el escocés descubrió la desesperación propia del hombre que ya había probado el agua y tenía que volver a la fuente con un cántaro pequeño y lleno de agujeros. No era rabia; era un hambre que crecía cada día de modo ansioso.

También hubo ensayos de salón. En el cuarto privado, con la puerta entreabierta para que el mundo lo aprobara, Constance le marcó el compás de un vals que no llegaron a bailar como a él le hubiese gustado hacerlo. Existía entre ambos demasiada distancia y, como siempre, no se atrevió a ir un paso más allá. Todavía no era el momento. Las batallas las ganaban los hombres pacientes.

Cuando él cometía una insolencia calculada —una broma o le ofrecía una sonrisa demasiado franca que decía mucho más que las palabras—, Constance lo devolvía a la buena educación con una elegancia que dolía más que un reproche. Bastaba un «señor MacCrae» muy natural para que él sintiera el golpe seco en la nuca. Esa disciplina ajena lo volvía más suyo. Empezó a medir el progreso no por lo que arrancaba, sino por lo que ella no le quitaba: una tarde más en la agenda, un paseo con un minuto extra junto al lago, una corrección que terminaba en

un «bien» casi inaudible. Esas migas, dadas por una mano firme, lo sostenían mejor que un banquete.

Sospechaba que no había tenido una vida fácil. Siendo, como lo había sido, una especie de protegida de un duque, ella no lo habría tenido fácil para desviarse del camino. Ewan comprendía que no tenía derecho a despojarla de todo aquello que había aprendido hasta el momento. No quería cambiarla, solo necesitaba que ella lo aceptase, que entendiese que juntos podrían ser grandiosos. No era tarea fácil, pero todo lo que merecía la pena en la vida tenía un coste. Él, por Constance, lo pagaría sin regatear.

Eso sí. Cada día tenía que recordarse que ella merecía su respeto y cuidado. Y costaba. Le costaba mucho no agarrarla para presionarla contra su pecho y besarla como hubiese querido hacer aquella primera vez: sin contención y con gran placer. Se maldecía por haber sido demasiado delicado cuando la saboreó.

Del duque, Ewan recibió señales fragmentadas: alguna mirada fría, una coincidencia sin accidentes o la sensación de que había ojos evaluando su corrección. Entendió que la verdadera batalla no era contra ese hombre, sino contra la impaciencia de desearla cada día y no poder tenerla todavía. Descubrió que podía perder una noche entera pensando en no fallar, en no exhibirse, en merecerla. Y que, en medio de esa determinación, el recuerdo de un beso muy sencillo —solo suyo y de ella— funcionaba como una brasa discreta: no hacía humo, pero calentaba el acero.

Ewan MacCrae llegó a conocer el nivel de su desesperación una mañana, cuando ya tenía los guantes puestos y el sombrero en la mano, porque Constance, sin que él lo hubiera esperado, salió al umbral para mirarlo y despedirlo una segunda vez. Fue un triunfo por el que había estado esperando durante muchas jornadas, pero como buen jugador sabía que no debía mover baza todavía. La despidió y salió a la calle con la sangre hirviéndole en todo el cuerpo y se juró que al día siguiente mantendría el tipo con más entereza, porque después de esa flaqueza por parte de ella, lo que Ewan se había propuesto era que Connie diese ese segundo paso por el que ambos estaban tan desesperados. Aquella noche, los sueños con esa dama no fueron los de un caballero. Se había despertado entre sudores y con una erección insoportable. Al amanecer un rudo y orgulloso escocés tuvo que aceptar sin vergüenza que estaba ansioso por poseerla.

Y así, entre tarjetas de visita, palmos contados y paseos a tres, la relación avanzaba a su modo: invisible para el mundo, evidente para los dos. Si alguien hubiese preguntado, él habría dicho que estaba estudiando modales. Pero, de puertas adentro, sabía que estaba aprendiendo algo más difícil: el idioma en el que una mujer enseñaba a un hombre a desearla con fuerza. En esa lengua, cada día nuevo era una promesa silenciosa, y cada noche, un sueño más nítido y libidinoso. Y se despertaba con el mismo pensamiento sencillo, humilde y feroz: seguir hasta desfallecer. Porque la montaña era ella, y él había descubierto que no quería vivir sin ascender.

Y en esos momentos, en los que estaba en una fiesta multitudinaria, Ewan se volvía loco.

El salón estaba atestado, lleno de luz y susurros, pero Ewan solo veía la claridad sobria del vestido de Constance —muselina azul celeste— y comprendió, con una certeza que le cruzaba el pecho como una lanza perpetua, que ninguna piedra preciosa podía competir con semejante pureza. Constance estaba de pie junto al duque de Wynthorpe y una dama que debía ser la duquesa porque iba aferrada al brazo de él. Sí, por descontado que había averiguado que el duque era un hombre casado, pero por lo que sabía, un matrimonio no era sinónimo de fidelidad, y mucho menos en Londres.

—No parpadeas —murmuró el vizconde Trowbridge a su lado, divertido y alerta—. Debe ser una mujer fascinante.

Ewan no apartó la vista de su dama.

—*Aye*, lo es.

—Dios nos ampare —dijo Simon con una sonrisa torcida—. Vas a buscarte la ruina… Habrá problemas, Ewan. Deberías apartarte de ella.

—Demasiado tarde.

—No, amigo mío, tienes que escucharme porque ella es…

No le prestó atención, Ewan ya se estaba alejando de Simon. Era como si fuese la reina de Elphame, capaz de darle poderes sobrehumanos a cualquiera que la admirase.

Si no cruzaba la sala y la invitaba a bailar el vals que se tocaría a continuación, se moriría. Eso lo sabía con la claridad de un hombre que reconocía la hora exacta de la batalla. Era esa noche o nunca. Iba a dar el paso definitivo. Atravesó el salón con un dominio que no pedía permiso. Wynthorpe lo vio llegar; el duque alzó la barbilla y lo miró con desagrado. La duquesa, con un interés audaz, se llevó el abanico a los labios. Constance lo recibió sin sorpresa, con un leve brillo en los ojos y esa respiración suya que parecía gobernar el mundo.

—Señorita Ainsworth —le dijo Ewan. Y su voz ya no era la de un hombre que bromeaba, era seria.

Extendió la mano. No hubo más discurso; tampoco subterfugios. Ella apoyó los dedos en su palma, guante contra guante, y la piel de ambos ardió a pesar de las capas de seda. Él no inclinó la cabeza, la sostenía sobre sus hombros con una rectitud principesca, y la condujo al centro con una ceremonia impecable.

El vals tomó cuerpo alrededor de ellos y se hizo pequeño, íntimo. La primera vuelta fue de manual: una mano masculina en su cintura, la de ella ligera sobre su hombro, la otra unión —guante contra guante— marcando el compás. Ewan descubrió que el baile vienés podía ser una gozada si el cuerpo al

que se acompañaba era el correcto. Ella olía a lilas y desprendía calidez.

En el segundo giro, hubo una presión mínima de sus dedos en la cintura de ella, y aquello ya no fue instrucción, sino una caricia en toda regla. Un roce tan certero que sería inconfundible no deducir lo que significaba. Constance no lo regañó. No lo corrigió. Le concedió la hendidura exacta donde apoyar la yema del pulgar, justo donde el corsé se abatía contra la tela, y el mundo se estrechó hasta caber en ese centímetro.

—¿Por qué ahora? —preguntó. No hizo falta dar mayor explicación. Ambos sabían que la dama se refería a esa muestra de intimidad que secretamente le había otorgado. Esa caricia que venía a expresar que era el momento de decir sin palabras lo que ambos debían saber.

—Porque la ocasión lo amerita, Constance. —A Ewan le agradaba llamarla Connie, pero prefería que fuese Constance para él, pues estaba seguro de que poca gente usaría su nombre completo y él no deseaba ser uno más. Quería serlo todo para ella.

En el tercer giro, Ewan se arriesgó. Condujo la figura hacia un recodo de la pista donde el oleaje de faldas hacía una cortina. Ladeó la mano que sostenía la suya hasta que el guante, por un instante, no fue una barrera, sino que se convirtió en una promesa debido al toque que hubo en la base de los dedos de Constance. Sugerente y clara. El escocés sintió el leve cierre de su mano en respuesta —

discreto—, el gesto más delicado que podían permitirse en una sala abarrotada.

El pecho le golpeó el esternón.

Al cuarto giro, la aproximó mucho más de lo permitido a su duro torso durante la diagonal; un riesgo medido. Si alguien miraba, habría visto seducción convertida en perfección. Si alguien escuchaba, habría oído un compás excitante. Nadie percibiría que, bajo la seda, dos respiraciones habían decidido por fin acompasarse. Constance inclinó un poco la cabeza, una oferta muda de su cuello, y Ewan entendió que podía acercar su boca lo suficiente como para que el aliento le acariciase la piel. No la besó; la siguió con el aliento, y ese *casi* beso fue una llama a punto de iniciar un incendio.

Para el quinto giro, el salón ya había desaparecido. Solo quedaba la textura de la tela en su palma, el hueso fino bajo la mano, la curva que el corsé dibujaba de una silueta femenina que él se moría por contemplar sin una puntada de hilo. Se permitió una caricia franca —lenta, vertical, medida— desde la mitad de la espalda hasta el límite donde la etiqueta se retiraba. La hizo con la devoción de un creyente que tocaba una reliquia amada por primera vez y con la seguridad tranquila de quien ya no pensaba huir. Constance no fingió ignorarla, aunque tembló y le ofreció el peso de su cuerpo durante un compás entero. No podían estar más compenetrados, unidos y fundidos el uno en el otro. Ewan estuvo a punto de darle las gracias por otorgarle tanta confianza.

Al sexto giro, ella, que tantas veces lo había devuelto al decoro con un parco «señor MacCrae», le entregó algo más peligroso que su aceptación, pues con su silencio le estaba otorgando total libertad para actuar como desease. Cuando la condujo al lugar más oscuro, entre una columna y la fila de sillas, Constance dejó caer con deliberación sus senos contra su pecho. Un contacto breve pero muy directo. Ewan sintió que su hombría estaba a punto de colapsar.

—Eres peligrosa, mujer —le dijo con voz ronca. Después de semejante movimiento no cabía entre ambos, al menos en privado, la formalidad en su trato.

¡Lo iba a volver loco!

—Tú me estás incitando, *laird* de Dunrath.

—Sabes que te deseo desde hace incontables semanas.

—¿Sí? No me lo ha parecido.

—La disciplina es mi mejor compañera, eso y que me marchaba de tu lado cuando comenzaba a abandonarme.

—Creía que habías perdido todo el interés en mí.

—Jamás. —El peso de dicha palabra estuvo marcado por la esperanza.

—Debería regañarte, *laird* de Dunrath.

—Ewan. Usa mi nombre —le pidió.

—Debería regañarte, Ewan —lo complació.

—Llevaba mucho tiempo esperando este momento. Cierta dama me dijo que una mujer solo utilizaba el nombre de pila de un caballero cuando se siente segura y familiar con él. Ahora, dime, ¿por qué querrías llamarme al orden, *mo ghràdh*?

—¿*Mo ghràdh*? —Ella no sabía lo que significaba eso.

—Es un apodo gaélico que he decidido que te queda bien. —No le diría lo que significaba todavía, porque si supiera que la traducción al idioma del rey era: «mi amor»… No. Ella no estaba preparada aún para saber que él la había elegido y que iba a ser suya.

—Suena como algo bonito.

—Tú eres preciosa.

Ella le sonrió.

—Mentiroso —lo acusó.

—No he visto jamás —usó deliberadamente esa palabra de nuevo— nada tan hermoso como tú, *mo ghràdh*.

La convicción con la que él lo afirmó hizo que soltase una risa franca.

—Debo regañarte, Ewan, por hacer esto precisamente a la vista de todos.

—Me equivocaba, lo más hermoso de ti es tu risa, Constance. Te lo ruego, que no desaparezca ahora, porque no podría vivir sin ella.

—Por ti, así lo haré.

En el séptimo giro, la volvió a pegar contra él. La sujetó con firmeza por la cintura y la obligó a mirarlo a los ojos. Ambos estaban completamente fuera de sí.

—Necesito besarte. Si no nos vamos lo haré delante de todos, y entonces sí que tendrás motivos para regañarme.

Ella le sonrió.

—Necesito que me beses —le confesó.

—Bien.

No tardaron ni medio segundo en escabullirse del salón. Si hubiese sido un hombre de iglesia, habría pedido perdón; si hubiese sido un ladrón, habría prometido no volver a robar. Puesto que era Ewan MacCrae, decidió que aquello no sería una excepción, sería la norma de su nueva vida: vivir para ella sin arrepentimiento.

En el borde del salón, Simon se pasó una mano por la cara, atónito y asustado a la vez. Nada bueno podría salir de aquello. Cuando su mejor amigo se interesó por ella debió haberle contado la verdad. El vizconde Trowbridge se dio cuenta de que era demasiado tarde para destapar el asunto. Suspiró y aceptó con resignación lo que el futuro deparase.

Mientras un buen amigo se lamentaba por su silencio, una pareja buscaba cobijarse en un lugar que invitase a la intimidad. Un escocés salvaje y una inglesa perfecta acababan de quemar un compás entero sin que ardiera Londres… todavía.

La puerta del pequeño gabinete cedió sin resistencia. Había dentro una penumbra honrada por el resplandor de la calle, una butaca junto a una mesa con libros y una ventana que pronto estaría empañada por el vaho de otro baile. Ewan echó el cerrojo con un giro decidido. No habló. La miraba. Constance trataba de sostenerse porque la mirada de él era muy clara. Los dos sabían lo que iba a suceder esa noche. En aquella sala sin testigos.

—Si quieres que me detenga, dímelo —murmuró—. Lo haré.

Ella inclinó la cabeza. No hubo palabras. Dio un paso y se puso a un palmo de su pecho, el palmo que llevaba semanas pidiéndole con la respiración. Ewan la cogió por la cintura y la acercó con un solo movimiento, limpio e inevitable. Un reclamo. El primer beso fue profundo, sin tanteos. La boca de él se posó con una reverencia que en un latido se convirtió en hambre. Constance respondió con una

torpeza que a él le encendió la sangre todavía más. Ella era absolutamente inexperta. No había nada más complaciente para un hombre que descubrir que la mujer a la que planeaba encadenar a él no tenía la menor idea del acto íntimo. El escocés sonrió contra sus labios.

—*Mo ghràdh* —susurró entre beso y beso—. Dime si voy demasiado lejos.

—No te detengas —contestó ella, y la voz le tembló por primera vez. No tenía miedo, estaba ansiosa.

Ewan la condujo hacia la butaca, pero no la dejó caer, la mantuvo de pie, contra la madera del respaldo, para saborear y acariciar sobre la tela su cuerpo entero. La besó en la comisura del labio, en la línea exacta donde el aliento se hacía promesa, y ella soltó un sonido breve que lo atravesó de pecho a espalda. Bajó hasta la curva de la mandíbula para deslizar la lengua caliente por su cuello; siguió el hilo de su perfume hasta encontrar la zona donde la piel latía con claridad. Allí descansó la boca, y con la yema del pulgar trazó una línea lenta por la columna, desde la nuca hasta ese pliegue secreto que el corsé le cedía a la tela. Constance arqueó la espalda, sorprendida de sí misma por la necesidad con la que deseaba reclamarlo también.

—Ewan… —dijo su nombre como si por fin le perteneciera.

—Aquí —susurró él, guiándola—. Respira conmigo.

La mano grande se hundió en la cintura femenina. Con delicadeza, con ferocidad contenida, buscó el calor bajo la muselina, siempre pidiendo permiso con la mirada, y siempre obteniendo un sí en el modo en que ella lo aceptaba, quedándose más blanda, más suya, más viva. Cuando el talle crujió apenas entre sus dedos, Constance ahogó un gemido contra su boca; él lo bebió con gratitud.

—No sé qué hacer —confesó, ruborizada, apoyando la frente en la de él.

—Lo estás haciendo todo ya —dijo Ewan con una ternura que le quebró la voz—. Quédate conmigo. Respira. Deja que me ocupe del resto.

La llevó despacio al asiento y se arrodilló frente a ella, sin quitarle los ojos de encima. Ewan alzó la muselina lo preciso para darle espacio a sus manos. El roce empezó en la rodilla, muy casto, y subió con una paciencia atroz, como quien ascendía por una ladera que llevaba años queriendo conquistar. Cada centímetro fue una pregunta sin voz; cada estremecimiento, una respuesta. Su boca regresó a la piel de su garganta, a ese lugar donde la voluntad se rendía. El ritmo que marcó fue un vals nuevo: tres caricias lentas, una pausa, otro suspiro, muchos besos; tres caricias lentas, otra pausa, un suspiro, más besos… Una plegaria al cielo.

Constance, que solo conocía el pudor de un roce leve en los labios dado por un hombre al que nunca podría tener, se abrió a esa música escocesa como si su cuerpo ya la hubiese bailado antes.

El aire se volvió denso, cargado de lascivia. Una de sus grandes manos la palpaba allí donde ni tan siquiera ella se había atrevido a tocar. La acariciaba con una paciencia devastadora, rodeando su nudo de nervios, ese lugar del que nacía su excitación, dibujando círculos lentos que iban y venían como la marea. Constance, sorprendida por las increíbles sensaciones de su propio cuerpo, abrió los muslos más por inercia, lo necesario para dejarlo entrar en esa música muda que él marcaba con la yema de los dedos. El escocés la escuchaba gemir, susurrar e incluso le pareció que ella rogaba por su toque, para que se lo diese todo. Estuvo perdido cuando Constance arqueó la espalda en busca de más. Fue imposible contentarse con explorar su feminidad solo con los dedos.

Cuando la respiración de su dama se volvió fina como un hilo, Ewan se inclinó. Necesitaba conocerla de verdad, con todos los sentidos, y lo hizo con devoción sin olvidar la pasión. La besó y lamió allí donde nacía su luz, probándola como un fruto que había esperado degustar durante toda la vida. Fue lento, cuidadoso y también descaradamente lascivo. Alternó caricias y besos en su sexo, pausas y embestidas de dulzura, guiándose por cada suspiro, por cada susurro que ella le regalaba con el cuerpo entero. Nada existía que no fueran las sugerentes indicaciones de una mujer que por fin decidía abrirse al placer.

No tardó en lograr que ella culminase. Situado entre sus piernas, con su lengua lamiendo sin descanso y un dedo hurgando en su canal secreto, la vio romperse sin fingir. Primero un estremecimiento,

luego una sacudida completa, después la entrega absoluta. Ewan no se apartó; la sostenía mientras la oleada la cruzaba y siguió dándole calma cuando el temblor se convirtió en risa entrecortada. Al alzar la cabeza, apoyó la frente en su vientre y respiró con ella, satisfecho, encendido aún, agradecido por la confianza. Constance le sostuvo el rostro entre las manos, bajó para besarlo y, sin vergüenza alguna, saboreó en su boca el rastro de su propia dicha. Y en el silencio inflamado del gabinete, los dos supieron que no habría marcha atrás.

—¿Estás bien? —preguntó él, aún arrodillado.

—Sí. No sabía que podía…

—Podías —sonrió, orgulloso de ella—. Y puedes más todavía. —Se había contenido porque no quería precipitar por completo las cosas.

Se sentó a su lado, todavía encendido. El deseo lo desbordaba con una sinceridad peligrosa. Ella lo vio, lo supo, lo deseaba más por ello. Volvió a sostener su rostro entre las manos.

—Enséñame a cuidarte —pidió, sorprendida de su propia audacia, aunque ya sin timidez.

—Mírame —dijo él—. Quédate conmigo.

—Ya lo estoy. Quiero darte placer.

—Me lo has dado con creces.

—Quiero escucharte, volverte tan loco como tú has hecho conmigo.

Ante esa súplica no pudo negarse.

La mano de Constance, vacilante al principio, aprendió deprisa el idioma que un hombre necesitaba hablar para ser complacido. Él se descubrió la hombría y ella le agarró aquel tallo grande que era de seda y duro a la vez. Ewan apoyó la nuca en el respaldo; tenía los dientes apretados, su cuerpo entero estaba a disposición de las caricias de ella. Torpes, pero ardientes. La dejó tantearlo, mover aquella pieza única como se le antojase. Cuando sintió la boca sobre su glande supo que podría morirse lleno de placer. ¡Qué muerte tan dulce sería aquella!

La lengua femenina lo lamía. Su tesón lo encendía todavía más. No le parecía correcto que ella…

—No uses la boca, solo las manos. —Aunque deseaba hacerla suya de esa manera, marcarla a hierro vivo con su semilla, no consideraba que fuese algo que un caballero decente le haría a la dama que admiraba. Ninguna mujer le había consentido nunca algo semejante.

—Tú lo has hecho. Ambas cosas —resolvió ella.

—No quiero que hagas nada que te incomode.

—¿No te doy placer? —preguntó insegura.

—Más del que puedo soportar —confesó.

—Entonces, quiero esto, Ewan.

Se rindió. Si ella lo quería así, él se acortaría la vida diez años con tal de que lo hiciese tocar el cielo de ese modo. Le colocó una mano sobre la suya y le indicó el ritmo que debía darle. Ella obedeció, siempre sin dejar de lamer su dureza. No costó demasiado llevarlo al clímax. El escocés se entregó con un gemido que habría derribado una puerta si no hubiese sido de madera noble.

Constance no entendía lo que había ocurrido, solo sentía un gusto nuevo en la lengua. Una sacudida que la había hecho tragar a toda prisa. Se sentía tan ignorante que la vergüenza comenzó a hacerle mella. ¿Lo había hecho bien? ¿Mal?

Ewan le dio un tirón y la colocó sobre su regazo. La abrazó con fuerza.

Permanecieron así, respirando el mismo aire, con la ventana empañada y el mundo al otro lado de la pared. Ewan le dio un beso en la sien y la dama lo sintió como si acabasen de firmar un pacto eterno.

—Me has condenado, *mo ghràdh*… y no quiero salvación. No me arrepiento de nada. Cuando salgamos por esa puerta volveré a ser decente.

Londres lo exigirá. Pero aquí dentro… —apoyó la frente en la de ella— …aquí dentro siempre seré tuyo.

—¡Oh, Dios, Ewan! Tengo que volver de inmediato —apuntó exaltada al darse cuenta de que pudiesen descubrirla.

Se puso de pie de un salto y comenzó a arreglar su atuendo. Confiaba en que el peinado hubiese resistido la pasión del momento.

—¿Eso es todo? —inquirió, pues sentía como si le hubiesen echado un cubo de agua hirviendo encima. No, no era fría, porque la caliente dolía más.

—Tengo que irme. —Y, tras decir eso, corrió a toda prisa hacia la puerta. No estaba huyendo, solo era preciso regresar con naturalidad al salón para que su prístina reputación no sufriese. Lydia dependía de ella por completo. El duque mismo podría impugnar el testamento de su padre por su mala conducta. Todo eso y que se sentía vergonzosa, incómoda e insegura después de lo que acababa de compartir con un hombre soltero. ¡Ella misma era toda una solterona!

Ewan se quedó solo en aquella estancia sin comprender qué acababa de suceder. Se puso en pie y se adecentó. Tenía la sensación de que ambos acababan de compartir un secreto único, apasionado y fascinante. Lo malo era que sospechaba que Constance iba a arrepentirse de lo que acababan de hacer y él no lograría sobreponerse si ella lo apartase o lo negase de algún modo.

El *laird* de Dunrath comprendió que no debió haber utilizado su cuerpo sin que hubiese habido una boda previa. ¿Cómo lograría atarla si ella decidía huir?

Maldijo en gaélico sin contemplaciones. Tan mal comenzó a sentirse que se lamentó de no haberla poseído por completo, pues de ese modo ella no hubiese tenido otra opción más que acabar casada con él.

¡Dios santo y todopoderoso! Tenía que haberse declarado antes de probar su néctar.

Capítulo 6
Una visita incómoda

El primer golpe del llamador vibró en la casa de Brook Street como si alguien hubiese soltado una maldición. El segundo no fue un golpe más, fue un aviso de que llegaban problemas.

Ewan estaba de pie junto al aparador, alisando con los dedos un mapa de rutas que tenía demasiadas arrugas para su gusto. No esperaba visitas. La casa que había alquilado en Mayfair contaba con lo básico: un comedor con mesa maciza, un salón con chimenea, dos alfombras nuevas que todavía soltaban pelusa, paredes empapeladas sin adornos suntuosos y un silencio que se podía partir con un cuchillo. Había traído poco: una caja con muestras de lana peinada, un cuaderno de cuentas, un vaso para el *whisky* que no le gustaba usar tan temprano y la presencia de un hombre que se sabía más grande que los muebles. Era un escocés de gustos y placeres sencillos.

—Abra —le ordenó, sin alzar la voz, al mayordomo que había contratado.

Hal obedeció y el frío entró con una sombra alta, recta, que al cruzar pareció enderezar la estancia. El duque de Wynthorpe no pidió permiso para acceder. Se sacudió una gota del ala del sombrero y dejó que la puerta se cerrase a su espalda con ese clic suave. Tras darle sus enseres al mayordomo, y puesto que Ewan había salido a ver el motivo de tales golpes, ambos figuraban frente a frente en el recibidor.

Los dos se miraban con un desafío abierto que no admitía errores sobre lo que iba a ocurrir.

Una guerra.

—Señor MacCrae —dijo el duque, seco.

—Excelencia —respondió Ewan—, pasemos a mi despacho.

No hubo más saludos, solo una seriedad cargada de masculinidad. El criado, con buen instinto, desapareció del zaguán mientras ambos iban hacia el lugar. Se quedaron de pie. El carbón chisporroteó en la chimenea como una bestia malhumorada. Otro preludio de la batalla que se avecinaba.

—Evitaré la cortesía —prosiguió Wynthorpe —. Estoy aquí porque la ciudad hablará. Y porque anoche, usted y la señorita Ainsworth desaparecieron

más tiempo del que permite la decencia… y la imaginación de los demás.

—La dama en cuestión tiene sus propias ideas sobre lo que debe o no hacer. En cuanto a mí, como buen bruto escocés que soy, siempre hago mi santa voluntad.

—¿Esa es su respuesta?

—¿Acaso había alguna pregunta en su exposición, excelencia?

—Usted no me gusta.

—Sí, eso quedó muy claro la primera vez que nos vimos. Si le sirve de algo, el sentimiento es mutuo.

—¿Comprende que soy un par del reino?

—¿Y cree que a un escocés como yo eso le importe algo?

—Por amor de Dios… ¡está poniendo en peligro la reputación de una dama! —exclamó sin contención.

Ewan le sostuvo la mirada, sin pestañear.

—La ciudad habla siempre. Y miente la mitad de las veces.

—La señorita Ainsworth es impecable —replicó el duque—. Lleva años siéndolo. No permitiré que nadie mancille su buen nombre por capricho, descuido o… por la arrogancia de un hombre que cree estar por encima de todo y todos.

—Connie es asunto mío tanto como suyo, Wynthorpe. —Dejó el apelativo en el aire, con intención—. Y si una lengua llega a nombrarla en vano cerca de mí, juro que el dueño no verá un nuevo amanecer.

Un músculo latió en la mandíbula del inglés. La lluvia repiqueteó en los cristales con ganas.

—Un caballero no se refiere de ese modo a una dama. Llámela «señorita Ainsworth» cuando esté en mi presencia —exigió el duque, sin elevar la voz.

—Me referiré a ella del modo en que estime oportuno —lo desafió. Vio al noble apretar los puños.

—¿Acaso tiene su permiso para tratarla con tal familiaridad?

—Si no fuese así, no me permitiría ese lujo, excelencia. —Apareció en la comisura de su boca una media sonrisa tan arrogante como él mismo.

—La dama a la que llevará a la ruina está bajo mi protección. ¡Qué me aspen si me quedo quieto viendo cómo un tipo como usted la arrastra por el fango!

—En mi casa no negaré el nombre de la mujer que me importa. —Ewan, que se había movido hasta quedarse tras su pulida mesa de escritorio, apoyó los dedos en el borde y se inclinó lo justo para que su sombra cubriese una esquina del mapa—. Voy a preguntarle algo y no voy a repetirlo: ¿qué hay entre usted y Constance?

El silencio fue como un cordel tirante al que alguien seguía haciendo nudos. Afuera se oyó el resoplido de un caballo. Adentro, el carbón cayó en un costado de la chimenea y un chispazo pintó, durante un segundo, de naranja la pared.

—Lo retaría a duelo si usted tuviese el estatus exigido para tal honor.

—Es una suerte para usted que no sea de su rango, pues.

—Usted puede ganar cualquier batalla con violencia, eso es indiscutible, pero las que yo declaro se libran sin emplear los puños y pueden terminar peor que la muerte.

—Me arriesgaré de todos modos. No pienso retirar la pregunta. He dejado más que patente mi interés en la dama y me niego a renunciar a lo que deseo.

—¿Y qué es lo que desea de ella?

—¿Y usted? —lo retó de nuevo.

—Sus cuestiones no solo me ofenden a mí, señor MacCrae, están poniendo en el punto de mira a la dama que dice desear.

—La convertiré en mi esposa si me acepta. No es solo deseo. ¿Le vale con mi respuesta para que me diga si debo preocuparme por usted?

—¿Me ve como una amenaza? —preguntó el duque sorprendido.

—De igual modo que usted debió sospechar de mis intenciones con ella, aquella primera vez que nos encontramos en casa de la dama, yo vi el modo en que la miraba, como si ella fuese suya y nadie más tuviese derecho a acaparar su atención.

—Amo a mi esposa.

—No es eso lo que le estoy preguntando.

—Soy yo quien formula las preguntas y usted las responde.

—Ha venido a mi casa porque es su obligación saber qué intenciones tengo con la dama. Ya he respondido a dicha cuestión. Ahora me toca a mí saber qué relación tiene con la mujer que pretendo convertir en mi esposa.

—¿Tan seguro está de que ella lo aceptará?

—Si no fuese de ese modo, usted no me hubiese visto jamás en casa de Connie.

—¿Son todos los escoceses tan patanes y orgullosos como usted?

Ewan cruzó los brazos sobre su pecho y le ofreció una sonrisa torcida.

—La mayoría, sí.

El duque se pasó una mano por el pelo mientras parecía debatir consigo mismo. Segundos después alzó la vista y miró al escocés con tranquilidad.

—Respeto y valoro a la señorita Ainsworth.

—Sí, eso también lo vi en sus ojos cuando me encontró con ella tomando té, excelencia.

—No hay nada indecoroso entre ambos.

—Lo sé. —No mentía. Una mujer tan impecable como ella no se metería en la cama de un hombre casado. Era demasiado leal y honesta como para cometer tal pecado.

—¿Entonces qué quiere saber? —preguntó confundido el duque.

—Quiero saber qué ocurrió entre ella y usted.

—Eso no le incumbe.

—Yo creo que sí. Si debo protegerla de usted, necesito saber…

—¡No tiene que protegerla de mí! Por amor de Dios… ¡Estoy aquí porque soy yo quien tiene el deber de protegerla de usted! —le gritó.

—Entonces puede marcharse por donde ha venido. No estará más segura que a mi lado.

—Su insolencia debería ser juzgada y condenada en un tribunal, señor MacCrae.

—¿Uno inglés o escocés? En mi tierra sería inocente. Me vitorearían por enfrentarme a un par del reino.

—¡Maldita sea! —explotó por completo—. ¿No comprende lo que hay aquí en juego?

—Ningún juego. Un matrimonio si ella lo consiente. —Evitó decirle que si no consentía, tampoco importaría demasiado.

—Me ha puesto en una posición muy difícil, señor MacCrae. No debió haber desaparecido con ella durante la fiesta anoche. Lydia depende de las acciones de Constance.

—Bailamos, me retiré a una salita para jugar las cartas y luego regresé al salón. Hasta donde yo sé, la señorita Ainsworth —le pareció oportuno nombrarla con pompa— pudo haber estado en la

salita de retiro de las damas o hablando con alguna buena amiga.

—Subterfugios que no ayudarán en nada. Me marcho con la duquesa. Nos ausentaremos un tiempo. Lydia vendrá con nosotros.

—¿Mientras yo le propongo matrimonio y nos casamos?

—Confío en que todo esté resuelto a nuestra vuelta.

—Constance y *lady* Lydia están muy unidas. No debería separarlas. Arrancar a la joven de la casa de su tutora… no tendrá buena lectura.

—Eso debió haberlo pensado antes, señor MacCrae. ¿Qué creía que sucedería después de dar ese espectáculo durante el vals y luego desaparecer? No sé cómo son las cosas en Escocia, pero aquí hay unas normas que la buena sociedad debe seguir. Eso sin olvidar que todo el mundo observa incluso cuando uno cree que no lo está haciendo.

—No las separe.

—Tengo que hacerlo por el bien de mi hermana. Una peor lectura, como usted ha dicho, sería dejarla aquí mientras Londres fabrica escenas con la señorita Ainsworth en el papel central. —El duque se encaminó hacia la ventana más próxima y acercó dos dedos a la repisa, sin tocarla—. Mi

decisión está tomada. Y sé que la señorita Ainsworth no estará complacida.

—Nos culpará a ambos. A usted y a mí —precisó—. ¿Es eso lo que pretende? ¿Hacer que se enfade conmigo?

—Ya le he confirmado que lo único que me une a Connie, como usted tan alegremente la llama, es la protección. Ella ha tomado la decisión de ponerse en el foco de un gran huracán. Lydia es mi máxima prioridad.

—¿Rechazó usted a Connie o lo hizo ella, excelencia?

La cuestión hizo que el duque se girase de inmediato.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una honesta que tengo el derecho a conocer.

—¿Teme que ella pueda estar enamorada de mí? —indagó.

—Temo que ella lo hubiese estado de usted y pueda pensar que otro hombre le vaya a fallar de nuevo.

—No sabe lo que dice. No alardee de su familiaridad con la dama, porque no la tiene si ella ni

siquiera le ha contado lo que ocurrió —decidió advertirle.

—Así que algo hubo. Mis sospechas no eran infundadas.

—Eso es el pasado. Usted ha llegado como un gigante pisoteándolo todo a su paso. Ha creado un estropicio que ha puesto en tela de juicio a una mujer que no merece más escarnio público y, por asociación, a mi hermana. Arregle las cosas antes de que sea demasiado tarde. Ahora bien, le reconoceré que estoy cansado de equivocarme con Constance. Me voy para que solucione el problema, señor MacCrae, ya se lo he dicho, pero también me marcho porque quiero tener unos momentos privados con mi esposa.

—Entonces deje a Lydia aquí. No se la quite a Connie.

—Usted lo ve como un castigo, una penalización que quiero imponer. No lo es. La protejo y por eso vendrá con nosotros.

Ewan apretó la mesa con la palma abierta, como si así se apaciguase la sangre que pedía pelea. En esos instantes el gris de su iris estaba más vivo que nunca, como cuando el mar decidía que iba a tragarse otro barco, pero debía contenerse.

—Bien —dijo—. Yo no he venido a Londres a hacer sangrar a nadie. Quiero a Constance viva, brava y más fuerte que nunca. Y si eso significa

escuchar sus reglas, las escucho. —Se enderezó—. Pero tenga esto claro: no pienso ceder. No sé fingir. Si cruzo un salón, lo cruzo. Si la miro, la miro. Si la protejo, lo hago visible.

—Tuvo que haber sido más prudente. ¿No le valieron todas esas semanas en las que la visitó y paseó con ella del brazo por Hyde Park con Lydia haciendo de escudo entre ambos?

—Cuando me case con ella, dejará de espiarla —avisó al duque.

—No la espiaré, pero no dejaré de brindarle mi protección. ¿Usará la prudencia a partir de ahora, señor MacCrae?

—Puedo ser prudente —concedió—. No puedo ser tibio, ya sabe, escocés y todo eso. Entre una cosa y otra hay una frontera. No obstante, me las apañaré.

—Quédese en el lado correcto —concedió el duque—. No necesito que me guste. Necesito que no la pierda.

—¿Tiene miedo de sí mismo? ¿De lo que ella le provoca?

—No. He descubierto que el orgullo es perjudicial y que hay heridas que tienen que cerrarse de una vez por todas. El pasado es mejor enterrarlo siempre. Lo he estado considerando desde que un bruto escocés irrumpió para ponerlo todo patas

arriba… Se lo diré, tiene que saber que ella no ha mirado a otro hombre hasta que usted llegó.

—Querrá decir además de usted… —sugirió con cierta suavidad.

—Constance y yo somos como hermanos. Eso es lo que debe importarle y no poner nunca en duda. Yo soy feliz con mi esposa, es la realidad, y lo que es de justicia es que Constance no se quede sola. Y ya puestos a confesar cuestiones que no deberían ni ser pensadas, le diré que tiene un serio problema.

—¿Con usted?

—No. No soy yo. Parece ser que un hombre no debería subestimar a una solterona. Con el paso de la edad, Constance se ha vuelto más madura, más mujer, más… No se confíe.

—¿Qué demonios significa eso, Wynthorpe? —se atrevió a llamarlo por su título.

—¿De verdad no lo sabe?

—¿Qué debería saber?

—Oh, casi me siento tentado a quedarme en la ciudad para ver su reacción cuando descubra… —El duque dejó la frase en suspenso.

—¿El qué? —lo azuzó con gran inquietud el escocés.

—No quiero arruinarle la sorpresa.

—¿Por qué simplemente no lo lanza? Puedo ver en sus ojos que le causa gran jolgorio saber eso que yo desconozco y que supongo que no es ninguna ventaja para mí.

—Se hace tarde. He dicho ya lo suficiente.

El escocés no iba a rogarle. Así que decidió abordar otro asunto más preocupante.

—En honor a esta pequeña tregua que se ha instaurado entre ambos, ¿puedo pedirle un favor?

—Está tentando la suerte, MacCrae. —El duque también decidió usar solo su apellido.

—Es lo que hacemos los de mi especie.

—¿Qué más quiere? Debería estar satisfecho por haber salido airoso de este combate. Me he tragado mi orgullo desde que crucé la puerta de su casa.

—Plantéese dejar a Lydia con Constance.

—Eso está descartado.

—¿No se ha parado a pensar que tal vez solo usted se diese cuenta de nuestra huida después de aquel vals?

—Así que lo admite.

—En absoluto. Ha sido usted quien juzgó y nos encontró culpables. Ya le dije que estuve jugando a las cartas con los caballeros. Pero como se empeña en cuestionar el honor de la dama, es necesario hacerle comprender que tal vez no haya ningún murmullo que pueda enturbiar la reputación de nadie fuera de estas cuatro paredes.

—Es evidente que no ha aprovechado las improvisadas clases que ha recibido de Constance. Londres no necesita pruebas. Un susurro basta para condenar a cualquiera al ostracismo.

—Si se lleva a Lydia —retomó Ewan—, explíqueselo bien a ambas. Deje a un lado las excusas. Dígales que la duquesa quiere cerca a la muchacha; haga que comprendan que la salud de su esposa pide aires distintos. Que sea cierto a medias, como todo lo que se dice en Londres.

—¿Tanto miedo tiene de perderla?

—¿Yo? —preguntó con una sonrisa socarrona.

—No le veo muy seguro. Admita que tiene miedo de enfurecerla. Teme que Constance lo haga responsable de que ella esté lejos de mi hermana.

—¿Sabe cómo conquistaban los escoceses a las damas reticentes, Wynthorpe?

—Me hago una idea.

—Multiplíquela por diez y estará lejos de ser una actitud civilizada. Cuando decido algo, ni una montaña me impide lograr mis objetivos.

El duque, que no era dado a reírse, rio en voz baja.

—No conoce en absoluto a la mujer que pretende hacer suya. Le deseo suerte por el bien de Constance, y eso que usted me agrada mucho menos que el otro.

—¿Disculpe? —La última frase hizo que el estómago se le revolviese.

—Ya se lo he dicho.

—¿El qué? —Ewan no entendía nada. Era más, le estaba molestando ver al duque tan divertido.

—Ya lo descubrirá.

—¿No hay alguna regla que decrete que un duque debería decir siempre la verdad, no andarse por las ramas y no reírse nunca?

—Lo que debería ser una norma es que no hay que subestimar a una solterona. Y no le diré más.

—Desgraciado… —musitó el escocés.

—¿Qué ha dicho?

—Lo he dicho en su idioma, cuando lo podría haber dicho en el mío. ¿Tiene problemas de audición, Wynthorpe?

Henry se acercó un paso, lo suficiente como para percibir el olor de la lana y el humo, ese rastro áspero de un hombre procedente de otra tierra más salvaje. Lo estudió sin máscaras, con esa franqueza que los ingleses solo se permitían cuando no había nadie mirando.

—Váyase al infierno, MacCrae —le dijo, para luego darse media vuelta y dejarlo ahí plantado.

La puerta se cerró con un sonoro portazo. El rumor de Brook Street regresó a sus oídos como una marea cansada. Ewan permaneció un rato sin moverse, con la sensación de haber participado en una pelea que no había estallado. Luego caminó hasta la chimenea, atizó el carbón y dejó que la llama prendiera del todo.

Él tenía una promesa que cumplir, un nombre que custodiar como si fuese el suyo propio. Cuando al fin se apartó del fuego y volvió al mapa, alisó cada arruga con los nudillos, como si domar aquellos pliegues fuese la forma más honesta de prepararse para lo que de verdad importaba.

En esos instantes supo que Londres no lograría domesticarlo. No podría contenerse si alguien

dijese una mala palabra sobre Constance en su presencia.

***

El carruaje de la duquesa de Wynthorpe se detuvo frente a la casa de Constance. No había sol; una claridad lechosa bañaba Mayfair, preludio de que se acercaba una conversación gris. Connie bajó a recibirla. Ava la esperaba con un abrigo claro, el rostro sereno y esa sonrisa dulce que había desarmado a media ciudad desde su primera temporada.

—Sal conmigo, Constance —pidió, sin ceremonia—. Daremos un paseo.

Connie aceptó. Caminaron hacia los jardines. Entraron en un sendero de gravilla que crujía bajo los pasos y tomaron el borde exterior de Grosvenor Square, por donde los carruajes pasaban más despacio.

—Hace días que quería verte así —dijo Ava —. Sin ojos alrededor.

—Estoy aquí —respondió Connie, con un intento de broma suave—. Y con mis dos orejas bien abiertas.

La duquesa la miró de soslayo, cómplice.

—Pensé en decorar la conversación con rodeos. No es lo mío. —Hizo una breve pausa y, casi enseguida le preguntó—: ¿Te agrada ese escocés que te marcó durante el vals?

—¿Cómo has dicho? —La pregunta la pilló completamente desprevenida. Hasta el punto de detener el paso.

—Tú no sueles bailar; no es ilógico que me fijase en ti mientras él te devoraba con los ojos —le explicó con suavidad.

Ella se sonrojó y a continuación siguió andando, con la nuca un poco más erguida.

—Sí —contestó—. Me agrada.

Ava inclinó la cabeza, satisfecha.

—Bien. Quería oírlo de tu boca. No para juzgarte, Constance. Para decirte que tienes mi bendición. —Sonrió con ese calor que no pedía nada a cambio—. Confío en tu criterio más que en el mío cuando se trata de ver claro a las personas. Y, aun así, lo vi yo también; cómo te miró. Y cómo lo miraste tú. ¿Cómo se llama él?

—Ewan. Ewan MacCrae, *laird* de Dunrath.

—¿*Laird*?

—Es una especie de gran señor escocés. Dunrath debe ser su castillo —clarificó—. Creía que nadie me prestaría atención, por eso bailé con él.

—Bailaste con él solo porque deseabas hacerlo. No olvides que al igual que tú, soy mujer. Así que no acepto lo contrario.

—¿Te ha dicho algo Wynthorpe? Debe estar enfadado si fui tan evidente.

—Olvídate del duque un momento. Dime lo que sucede con ese *laird*.

—Me complica la vida —admitió Connie—. Y me la ordena extrañamente.

—Los buenos amores hacen ambas cosas —sentenció Ava, sin risa—. Te obligan a respirar y luego te dejan sin respiración. Todo a la vez.

Caminaron un trecho en silencio. Un perro pasó con el pelo chorreando y el mozo que lo llevaba pidió disculpas a las damas con una inclinación torpe. La duquesa se detuvo un instante junto a un banco verde, dejó caer los hombros un poco y reanudó la marcha.

—Voy a decirte algo que no le he contado a nadie —anunció, al tiempo que miraba al frente—. Me siento miserable porque no puedo darle hijos.

—Ava…

—No, escúchame —la frenó para luego seguir explicando que—: Amo a mi marido. Lo amé desde el primer día y no renunciaré a él. Fui una jovencita tonta pero supe, al poner los ojos en él, que era sensato, apuesto, inteligente y… correcto. Todo lo que yo necesitaba. Confié en eso como quien confía en un puente sobre un río. Con el tiempo confirmé que el puente aguantaba. —Respiró hondo—. Pero también supe, poco después de conocerlo, que huía. Huía de una mujer que le había roto el corazón.

Constance sintió el tirón en las costillas, ese gesto conocido de su cuerpo cuando la memoria buscaba un sitio donde esconderse. Levantó la mano, quizá para frenarla, quizá para pedir una misericordia que no sabía formular.

—Ava…

—Déjame terminar —rogó la duquesa, sin dureza—. He postergado esta conversación durante demasiado tiempo. Necesito poner la verdad en el centro, entre tú y yo, sin nadie más que nos escuche. Una noche, al poco de casarnos. Entré en su alcoba; Henry se había quedado dormido en un sillón. Él soñaba, hablaba en sueños… y me besó medio dormido. Dijo un nombre. —Hubo una pausa que pareció durar una eternidad. Connie contenía el aliento. Ava se veía desgarrada—. Tu nombre, Constance. Te llamó a ti. Es un secreto que pensaba llevarme a la tumba, pero hay cosas que es necesario poner sobre la mesa. Fue en aquel momento que comprendí que sería mejor que tú y Lydia tuvieseis vuestro propio hogar. Cuando accediste, sin poner ni un solo reparo, quise abrazarte.

—¿Por qué? ¿Por qué hablamos de esto ahora?

—Porque aunque sé que Henry me ama, supongo que me gustaría que tú te enamorases de otro.

—Tu duque no te haría tal deshonor y yo no sucumbiría a un hombre que le perteneciese a otra mujer.

—Lo sé. Estos años… —Se quedó callada.

El banco más cercano pareció avanzar hacia ellas en silencio. Constance lo señaló con un leve gesto.

—Sentémonos, Ava.

Se sentaron. La tela del abrigo de la duquesa rozó la suya. Constance no se atrevía a mirarla, tampoco sabía qué decir al respecto.

—Me dolió saber que eras tú, Constance —continuó la duquesa—. No porque me quisiera menos, sino porque comprendí que alguien lo había tocado antes donde yo aún no llegaba. No le hice preguntas. No era el momento. Con los años, he conocido sus lealtades y sus remordimientos. Sé cuándo se pelea consigo mismo. Y sé que contigo… —no buscó una palabra brillante— que contigo hay una afinidad complicada que ambos enterráis bajo la cortesía pomposa y el deber.

Constance unió las manos sobre el regazo. Se había pasado media vida gobernándolas para que no delatasen lo que la boca callaba. En esos momentos le temblaban.

—Lo que hay entre Henry y yo no es lo que crees, Ava.

—¿Lo amas?

—Lo amo igual que a ti y a Lydia.

—Sabes lo que te estoy preguntando, Constance.

—Nunca quise que nadie sufriese. Te lo juro. Y menos que nadie, tú. Eres una buena mujer, Ava. La mejor esposa que Wynthorpe podía haber encontrado. Has sido valiente al confesarme un gran secreto que sé que te habrá roído todos estos años.

—No tenía derecho a acusarlo de nada, ni a ti. Nunca me habéis dado motivos para sospechar. Pero él… Henry anoche… Lo siento, Constance. Anoche se encerró en su despacho con varias botellas dela bodega, y no se me ocurre otro motivo más que…

—He callado porque se lo juré —la interrumpió cuando la vio al borde de las lágrimas—. ¿Crees que un juramento se puede romper si hay un buen motivo? No lo sé —se respondió ella misma—. De lo que sí soy consciente es de que Lydia, tú y él sois mi familia.

—¿Es solo eso? ¿Le ves como a un hermano, Constance? —preguntó con suavidad.

—Así es.

—¿Y piensas que él siente eso mismo por ti? —trató de averiguar, llena de esperanza.

—También yo voy a decirte algo que no le he contado a nadie —dijo—. Si te lo digo, es porque confío en que sabrás guardarlo mejor que yo. Y porque te lo debo. Esta familia no se romperá si yo puedo evitarlo.

Ava asintió, paciente.

—Si puedes aliviar esta carga que se ha vuelto insoportable, te lo agradeceré siempre.

—Cuando llegué a Wynthorpe Manor era una muchacha con demasiados secretos y muy ingenua —empezó Connie, sin adornos—. Mi tía le habló de mí al viejo duque en una carta. Dijo que podía llevarme si pagaba bien las molestias. El padre de Henry me recibió con una mezcla de severidad y misericordia. Me puso reglas, me dio un techo y una educación envidiable. También me miró con… ternura. Nunca en términos indecorosos. Él no era esa clase de hombre por más que hubiese susurros al respecto. Nadie sabía cómo llegué allí. Muchos dijeron que el anterior duque se sentía solo y que yo era una joven que podría… ya te lo imaginarás. Pero me quiso como a una hija. Me enseñó a existir sin pedir perdón por cada paso. —Alzó un poco la vista

—. Con el tiempo, Henry y yo nos fuimos encontrando en corredores y estancias como se encuentran dos personas que, sin querer, andan a la misma velocidad. Él era todo lo que una joven sensata querría. Yo era una muchacha que empezaba a ser mujer. Le quise. Creí estar enamorada de él.

—¿Lo estuviste?

—No, Ava. Ewan MacCrae me ha hecho ver la verdad. De todos modos, en aquellos años en que la soledad era insoportable para él y para mí, los dos pensamos que podríamos ser felices juntos. Fui a decirle al duque que amaba a su hijo pese a que Henry me ordenó mantenerlo en secreto. Yo confiaba muchísimo en su padre y sabía que no había nada que temer. Quería su bendición.

—¿Qué sucedió cuando hablaste con el padre de mi esposo, Constance?

—El duque me escuchó y luego me pidió que cerrase la puerta —prosiguió Constance—. Me dijo que lo nuestro no podía ser. No por títulos. No por dinero. Sino por sangre. Me enseñó la carta de mi tía. En ella le confesaba que sabía que mi madre había sido su amante, y que existía la posibilidad muy real de que yo fuese su hija. Mi madre aseguraba ser viuda; Londres no debía saber nada. El anterior duque me hizo jurar que guardaría silencio hasta el último día. Callar me salvaba a mí, y salvaba su conciencia. Ocurrió cuando la madre de Henry y Lydia estaba enferma. El duque me contó que la conoció en una fiesta y que… Bueno, mi madre no le explicó nunca nada sobre mí, pero las fechas coincidían.

Cabía la posibilidad de que yo fuese hermana de Henry y Lydia, Ava. Di un paso atrás de inmediato. Le juré no hablar sobre mi procedencia, no me convenía ser considerada ilegítima. Era un juramento que nos protegía a todos. Era demasiado joven como para saber cómo actuar. Así que me aparté de Henry de inmediato sin darle ninguna explicación. Puede que te estés preguntando si dudé de la palabra del anterior duque. No, Ava. Ese hombre siempre fue sincero conmigo. Brutalmente sincero. No creo que me mintiese para apartarme de él; creo que comparto la sangre de quienes siempre he considerado mis hermanos.

Ava parpadeó despacio. La mano derecha enguantada de Constance se había quedado inmóvil sobre la falda. La duquesa, con un gesto sincero, la cubrió con la suya.

—Has cargado con un gran peso, Constance. Gracias por decírmelo —murmuró—. Gracias por confiarme algo tan íntimo.

—Nunca se lo dije a Henry —continuó Connie—. No tenía sentido explicarle que su padre traicionó a su madre cuando ella estaba al borde de la muerte. Me limité a ser fría y a alegrarme por no estar sola. Cuando Henry te conoció, me sentí aliviada y feliz. Me alegré por él. Te juro que me alegré. —Se le quebró un poco la voz—. No me quitó el cariño que yo sentía; me dio paz. Por eso no puedo decirte que no lo ame. Creo que es mi hermano, Ava, y no puedo decírselo ni a él ni a Lydia. Nos distanciamos entonces porque era lo correcto. Él te encontró a ti. Yo tengo a Lydia. Mi hermana tenía

cuatro años cuando el duque me dijo que quería que fuese su sombra, su compañera, una hermana mayor para ella. No fue hasta que me contó la verdad sobre sus sospechas que comprendí el motivo por el que le pagó a mi tía por llevarme a él.

—Y, aun así, cuando sueña, dice tu nombre —dijo Ava sin dolor—. No me asusta. Me explica cosas. Tal vez él sienta esa conexión contigo. Hay amores que no tienen que ser lascivos; se quedan en el sitio exacto donde nacieron. Lo que me importa es lo que hace despierto. Y despierto sé que me ama con su alma y su cuerpo. No he venido a reclamar un lugar que ya tengo. He venido a confirmarte que siempre serás también mi hermana, y a pedirte… —la sonrisa regresó a sus labios— a pedirte que te des permiso para ser feliz tú también. Con MacCrae si crees que lo merece o con quien sea digno.

Constance dejó escapar una risa tan breve como un suspiro.

—Es salvaje —admitió—. Pero aprende rápido. Y no finge. Su sinceridad es su mejor virtud.

—Ay, Constance, pero esa barba… Esa barba lo asemeja a un bandolero o a un pirata de los siete mares. Cuando lo vi dirigirse con esa vehemencia a ti anoche creía que iba a… No sé a qué, pero me dio un miedo espantoso.

—Es muy tierno, Ava.

—¿Estás enamorada de él?

—No lo creo. Mi lugar está aquí, en Londres, guiando a Lydia. Sé que él ama Escocia y que lo nuestro… No sé ni lo que tenemos, pero comprendo que somos de mundos muy diferentes.

—¿Te ha pedido que te cases con él?

—Dudo mucho que se lo haya planteado.

—¿Qué me estás diciendo, Constance?

—Que él seguirá con su vida y yo con la mía.

—¿Por qué?

—Porque es lo mejor.

—¿Para quién?

—Para todo el mundo soy legítima, Ava. No puedo dejar entrar a nadie. Si llegase a saberse la verdad… Para Londres soy la hija de una viuda; mi padre era el capitán de un barco. Ya me he arriesgado mucho al confiarte un secreto que nadie más debía saber. Además, Wynthorpe no aprobaría a MacCrae ni aunque fuese un príncipe prusiano.

—Siento escucharte. Había previsto que… Eres la persona más juiciosa que conozco. Siempre te he admirado por tu determinación.

—Ya está todo decidido. Lydia es mi prioridad.

—¿Temes que Henry os separe si lo desafías y aceptas al escocés?

—Es algo que no pienso poner a prueba. Conoces bien a tu esposo. La rectitud con la que anda por la vida es más severa que la mía propia. El duque nos enseñó a ambos lo mismo, pero él era su heredero, tenía mayor motivo para ser impecable.

—Sentí envidia anoche.

—¿Envidia, Ava?

—Fue por el modo en que te miraba, el modo en que… —La duquesa suspiró.

—No fue para tanto —trató de convencerse a sí misma.

—Hubiese hecho suspirar a cualquier mujer. Más allá de su aspecto violento, se ve una determinación en él que…

—Olvidemos a los caballeros. —No quería pararse a sentir cómo su corazón se rompía—. Hablemos de cosas más productivas.

—Quiero que sepas que yo estaré de tu parte en lo que pueda. Y si alguna vez dudas de si hablar o callar, ven a verme. No soy tan sensata como parezco; también sé romper una regla cuando la felicidad lo exige.

Se quedaron un rato observando la lámina parda del cielo sobre la plaza. Un coche de punto giró la esquina con un chasquido de látigo; dos niños cruzaron como flechas, perseguidos por una niñera con la paciencia hecha jirones. Ava apretó un poco la mano de Constance y se puso en pie.

—Eso que dices nunca lo he puesto en duda. Sé que puedo confiar en ti.

—Te haré una última pregunta, y no tienes por qué responder —dijo, ya en marcha—. Si algún día averiguases que todo fue una mentira, que no eres su hermana, ¿lo querrías de otro modo?

—No —dijo al fin—. No había pasión y creo que era por lo que subyacía entre ambos. Ya puestos a sacar a relucir toda la verdad, debes saber que solo compartimos un beso muy casto. Siempre lo querré donde está: contigo. Y me quiero a mí donde estoy: aquí. Feliz con Lydia. —Se volvió y sonrió con esa naturalidad que tanto le costaba concederse.

—¿Y qué hay de ese otro caballero que pretende cortejarte?

Constance negó con la cabeza.

—¿No hemos decidido que íbamos a dejar a los hombres apartados de la conversación para tratar temas más…?

—No —la frenó—. Eso lo has decidido tú. El perfecto nieto de un duque que ha buscado la

aprobación de Henry podría ser un buen candidato.

—¿La aprobación de Henry?

—Sabía que había otra cuestión que olvidaba. Sí. Verás, según tengo entendido, ese otro pretendiente que bebe los vientos por ti…

—Nadie bebe los vientos por mí —desechó Constance.

—… ha llegado esta mañana a Londres.

—No me importa lo que ese caballero haga. Hijo de Creso o del rey de Inglaterra puede olvidarse de mí. Ya se lo insinué.

—Tienes que saber también que antes de marcharse para atender un compromiso, él estuvo en casa. Le solicitó a Henry una entrevista.

—Tendrán negocios juntos.

—Yo creo que fue para pedir sus bendiciones.

—Estoy segura de que te equivocas. Cuando ese pícaro descarado insinuó su interés, fui muy clara. Fría, distante y muy cortante. Repetidas veces —apostilló—. Un hombre no debería perdonar tales agresiones.

—Ajá… ya veremos.

Cuando llegaron a la puerta de la casa de Constance, se abrazaron con la complicidad de dos mujeres que siempre se habían apreciado, pero que al fin llegaban a ser verdaderas hermanas.

El carruaje se alejó con un traqueteo suave. Constance se quedó ante la puerta principal un instante. Se sentía más ligera con respecto a Ava y Henry.

Luego entró, pidió té para compartirlo con Lydia… y el infierno se desató. Henry le había mandado una nota a su hermana para indicarle que iban a partir en breve. Contuvo su desesperación, pues la joven se veía pletórica porque su hermano la había invitado a conocer Francia.

Sus peores temores se confirmaron. No solo Ava había sabido lo que se cocía con el escocés. El duque lo había visto e iba a castigarla arrebatándole lo que más amaba.

Capítulo 7
Imprevistos increíbles

El club olía como la última vez que estuvo allí dentro, a carbón, cuero viejo y a una soberbia indiferencia por lo que sucedía fuera de sus paredes. Ewan MacCrae tenía que admitir que los clubes para caballeros de la ciudad eran un lugar bastante entretenido.

—He convocado este consejo de fraternidad porque es urgente —anunció lord Rafe Deverell, plantándose junto a la mesa donde estaba el resto de sus amigos con una botella bajo el brazo—. Tema único: mi futuro.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Azrael sin levantar la mirada del periódico que sostenía en las manos—. ¿Tu reputación, por fin?

—Peor —dijo Rafe, muy serio, mientras servía—. Mi abuela.

—Tu abuela está viva —apuntó Simon.

—Precisamente por eso. Ha decidido ejercer de verdugo. O me caso antes de que acabe la temporada o mi abuelo me corta la asignación. —Bebió un trago—. Me dijo textualmente: «no pienso seguir mirando hacia otro lado mientras mi esposo financia tus serenatas a señoras imposibles ni tus caballos con más crines que seso». Por descontado que mi abuelo no la corrigió mientras la miraba asombrado desde su sillón tras el escritorio. ¿Pueden dos ancianos seguir enamorados después de tanto tiempo? Fue bastante extraño descubrir que mi abuela es la que en verdad maneja los hilos. Me pregunto cómo no lo vi antes.

—No lo viste porque la duquesa de Greymere ha sido muy hábil para que nadie lo note —sostuvo Simon—. Deberías sentirte halagado de que la vieja dama haya mostrado ante ti su verdadero temperamento a causa de tus fechorías. Debiste acabar con toda su paciencia para que se diese a conocer al fin. Eso implica que has sido magistral cometiendo imprudencias.

—Oh, cállate, Simon. Mi abuelo ni se compadeció de mí. Solo dijo que era hora de que sentase la cabeza. ¡Como si no lo estuviese intentando! —se quejó Rafe.

Azrael soltó una carcajada.

—Tiene razón el viejo duque. Tus caballos son unos perfectos idiotas. No sabes elegirlos.

—Mis caballos son atletas incomprendidos —replicó Rafe—. Y mi abuela una santa con bayoneta. Necesito que me ayudéis. El objetivo que tengo en mente se me resiste.

—Por fin —dijo Ewan, cruzando las piernas con paciencia—. El tercer hijo de un marqués, el gran lord Rafe, domador de abanicos y quebrantador de corsés, reconoce que necesita ayuda con las mujeres. Brindemos: hoy he visto un unicornio.

—¡Vete al infierno, MacCrae! —Rafe le lanzó el cojín más cercano y falló por un palmo—. Esto es serio. Es una mujer formidable. Rica como Creso. Con conexiones excelentes. Y me ha mandado al cuerno tres veces. No necesito más pruebas de que ella es la indicada.

Azrael dejó caer el periódico como si acabaran de anunciar un eclipse.

—¿Tres?

—Tres —confirmó Rafe—. Con elegancia, eso sí. Es una dama de las que te ofende sin que te des cuenta y antes de marcharte de su lado le agradeces sus observaciones.

—Una dama inteligente, si ha decidido que no eres lo que busca. Tu ego debería estar hecho añicos. Es extraño que lo celebres —gruñó Ewan.

—En absoluto —rebatió Rafe—. No me he sentido más vivo y tentado en toda mi existencia. La

primera vez que me negó, sentí la excitación de la caza. Para la segunda, bien pude haberle rogado piedad, y, oh, la tercera… ¡Me faltó un instante para caer sobre mi rodilla derecha!

—¿Y cuál es el plan? —continuó el escocés —. ¿Llevarle una comitiva de violinistas y pedirle el honor de arruinarle la paz?

—El plan… —Rafe apoyó las manos en el respaldo del sillón que tenía enfrente y luego siguió hablando—: es que seáis útiles por una vez y le mostréis las ventajas de aceptarme. Necesito… estrategia. Y testigos que certifiquen que he dejado de hacer tonterías.

—No puedo testificar eso —dijo Azrael—. Perdería mi credencial de primo indigno con Simon.

El aludido, que había estado dedicándose a la copa con una afición inusual, lo miró con verdadera seriedad.

—Juegas con fuego, Azrael.

—Se me considera el ángel de la muerte; no sería digno de tal consideración si no te desafiase, primo.

La tensión entre Simon y Azrael era más que palpable.

—¿Quieres volver a probar mis puños? Tal vez en esta ocasión la muerte misma se presente

para llevarte al lugar al que te mereces —dijo Simon, como quien hablaba del clima inglés.

—¡Haya paz! —intervino Ewan—. Estamos aquí para librarnos de Rafe. ¿Has dicho que te rechazó tres veces? —preguntó para asegurarse de que lo había escuchado bien.

—La primera con una sonrisa. La segunda con una carcajada ahogada. La tercera… con silencio. —Rafe hizo una mueca.

—¿Y sigues teniendo esperanza? —Ewan no lo entendía, por eso lo preguntaba.

—La motivación real es quedarse con la asignación y el generoso regalo de bodas que recibirá de sus abuelos cuando se case —le pinchó Azrael.

—La asignación es el látigo —admitió Rafe —. Pero la verdad es otra: no puedo dejar de pensar en ella. Me mira como si yo fuese una mota de polvo y, al mismo tiempo, se le tensa todo el cuerpo cuando me ve aparecer.

—Es desdén —apuntó Simon.

—No es desdén. Me desea, pero teme que le rompa el corazón. Es fácil de leer. Bajo todas esas capas de frialdad late una verdadera mujer atrapada que precisa que el hombre indicado le muestre lo que es la pasión, el amor, el despertar a la vida.

—Poesía barata… —desdeñó Azrael.

—Se ha puesto romántico —opinó Ewan—. Que alguien llame a un médico. No lo reconozco.

—No hace falta. Estoy como un gran roble, listo para enfrentarme al paso de una década sin despeinarme —apostilló Rafe.

Ewan se rascó la barba. La mujer que había encandilado a su amigo debía ser impresionante. Rafe era de los que consideraba que era mejor usar a una mujer y pasar a la siguiente. Desde que sus padres fallecieron en un accidente porque una discusión hizo huir a su madre de casa y el esposo fue tras sus pasos, Rafe había despreciado el matrimonio con todas sus fuerzas.

—¿Es viuda?

—No.

—¿Una debutante?

—No. —Rafe sonrió de medio lado—. Mucho peor: es sensata.

—Pues sí que estás mal —Azrael le dio un golpecito con el vaso—. No hay cura para eso. Me temo que no podrás conseguirla. Las sensatas te repelen como una virgen a un curtido varón. ¿Vas a decirnos ya su nombre?

En ese momento Simon miró al fuego. Ewan se fijó en el gesto; era ese modo de apartar la vista

cuando algo le preocupaba y, dado que no se había peleado con Azrael todavía, le hacía sentirse extraño.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó el escocés al vizconde Trowbridge.

—Londres es pequeño —respondió Simon, neutro—. Lo siento, Ewan.

—¿Por qué? —se interesó el escocés al ver que su amigo estaba mortalmente serio. Tan serio como para rehuirle la mirada.

—Más enigmas, no —intervino Azrael—. Si seguimos así, Rafe se nos morirá de amor. Hay que intervenir. A ver, requisitos del objetivo: formidable, rica, conexiones, sensata, te da calabazas con elegancia… ¿Habla inglés? ¿O te ha rechazado en sánscrito?

—Habla en un perfecto inglés. No verás a mujer más curtida en sociedad. Mi abuela la amará —dijo Rafe, sincerándose—. Y cuando se ríe, lo hace solo con los ojos. Es la elegancia y la sobriedad personificadas. Es lo que necesito.

—Te seguiremos el juego, ya que no nos quieres desvelar su identidad —dictaminó Azrael—. Siempre te ha gustado ser el centro de atención. ¿Qué edad tiene?

—Los años justos para saber que no necesita a un hombre… y, quizá, los adecuados para sentirse tentada a aceptar a uno.

—¿Sus padres te aprueban? —Ewan bebió despacio—. Dímelo para ir practicando mi mejor sonrisa cuando mienta sobre lo buen partido que resultarías.

—Los habría conquistado si existieran. Al igual que ella a los míos, si todavía estuviesen a mi lado —apuntó convencido Rafe.

—¿Cuál es el problema además de que ella no te tenga el afecto esperado? —inquirió Azrael.

—Tiene a… —Rafe dudó un instante al elegir el calificativo— a un guardián que es duro de roer. Más condenadamente sensato que ella misma.

—Ah —Azrael chasqueó la lengua—. Un guardián dispuesto a cortarte las alas y otra cosa de la que presumes que te cuelga con gracia. ¿Un hermano? ¿Un tutor celoso?

Simon dejó la copa de la que acababa de beber sobre la mesita más próxima.

—Se trata de una especie de hermano —desveló el vizconde.

—¿Cómo lo sabes tú? —se molestó Azrael. Todo el grupo sabía que las afinidades entre los cuatro se repartían del siguiente modo: Ewan era el aliado de Simon y Rafe era el de él.

—Llegué primero a Londres y comencé a ayudarlo en la búsqueda —apuntó Simon.

—Entonces es del todo natural que la dama haya aborrecido a Rafe si tú fuiste su compatriota. —Azrael lo miró con burla.

—Si te murieses, nadie lamentaría tu partida, primo.

Azrael soltó una carcajada tranquila.

—Si sigues buscándome, me vas a encontrar, Simon.

—¿Podemos seguir hablando sobre mi problema?

—¿Qué problema? —intervino Ewan—. Si la dama no te quiere, las soluciones son pocas.

Rafe se pasó la mano por el pelo, era un signo de nerviosismo.

—Le pedí audiencia a ese guardián —confesó—. Quería hacer las cosas como Dios y la infame sociedad mandan. Me recibió. Me oyó. No me echó.

—¿No conoce tu reputación? —se interesó el escocés.

—Me dijo que si ella me aceptaba él no se opondría —desveló Rafe.

—Eso suena a que tienes la partida ganada —razonó Ewan.

—No. Él me ha tenido que investigar cuando comencé a pedirle bailar a la dama en todos los encuentros en los que coincidíamos.

—¿Te tolera o no? Entendí que sí lo hacía él —Ewan se perdía con el relato.

—Precisamente. Ella no me concedió ni un solo baile, es por eso por lo que sé que su guardián tiene que haber hecho los deberes sobre mí. El tipo está tan convencido de que no la tendré que me ha dado esperanzas a sabiendas de que fracasaré. Es retorcido.

—Ya estamos… —susurró Azrael—. Esto suena a una cuestión de orgullo más que de otra cosa.

—Eso suena a que el hombre que la protege se fía del criterio de la dama —apuntó Ewan.

—Eres diplomático a pesar de ser un escocés bruto —intervino Azrael—. Yo hubiese aludido a que lo considera inútil e inofensivo.

—¿Y tú te consideras mi mejor amigo? —inquirió irritado Rafe.

—Pudo haber sido peor, amigo mío. Pregúntaselo a Simon, pude haber sido tu terrible primo.

—Una condena eterna —expuso abiertamente el aludido.

—¿Vais a ayudarme a demostrarle a la dama que soy el indicado y a cerrarle la boca a ese presuntuoso que considera que no lograré mi objetivo?

—Por supuesto —Azrael se frotó las manos —. Propongo un secuestro: la subimos a un coche de punto y…

—No —cortó Simon.

—Era broma, primo —sonrió Azrael—. ¿Qué te pasa? Llevas toda la tarde con la cara de un mayordomo en el entierro de su empleador. ¿Estás a punto de quedarte sin fondos?

—Me gustaría tanto cortarte la lengua — sostuvo Simon.

—¿Por qué no lo intentas? —lo desafió su primo.

—A ti te detesto, pero tu madre no merece el dolor que le causaría verte enterrado —rebatió el otro de inmediato.

Ewan suspiró. Esos dos siempre estaban así. Rafe y él mismo discutían pero no de ese modo tan abierto.

—A ver, Rafe —tomó la palabra el escocés —. Dado que te empeñas en seguir ocultando la identidad… ¿Qué sabemos de su vida? ¿Familia? ¿Casa? ¿Aficiones indecorosas? ¿O lee libros serios?

—Libros serios sí —admitió Rafe—. Y listas. Hace listas. Y reglas. Y las cumple. Y hace que las cumplan los demás.

Ewan tuvo que contener una sonrisa tonta que no sabía que llevaba puesta. Él también conocía a una mujer así.

—¿Es… alta? —preguntó Azrael—. ¿Baja? ¿Quién hay detrás? ¿Un conde, vizconde, mercader rico?

—Tiene detrás a la ciudad entera, si quiere —Rafe se alzó orgulloso—. Y delante, a mí. Que no es poca cosa.

—Modesto no te has vuelto con los años —murmuró Simon.

—La modestia es para los santos —replicó Rafe—. Yo me apaño con lo que tengo: mi encanto. La dama me gusta, me desconcierta, me pone en mi sitio… y voy a por ella hasta la muerte.

—Hasta aquí, normal —Ewan puso los codos en las rodillas—. Lo que no entiendo es por qué nos necesitas. Eres el maldito hijo de un marqués. Pestañeas y te mandan flores a ti las mujeres.

—Me dan mucho más que flores, pero soy el tercer hijo. Mi título de cortesía no la impresiona. Porque esta mujer es única. He probado todos mis trucos con ella y sois mi última esperanza. Simon es el tipo serio, el autoritario al que con solo escucharlo

hablar uno ya cree su palabra. Se lo presenté de inmediato para ver si su seriedad me contagiaba un poco a sus ojos. No funcionó. De Azrael espero que con su buen humor la haga sonreír cuando le cuente lo formidable que soy. Y de ti, Ewan —miró en esos instantes al escocés—, tu sinceridad y sonrisa podrían rendir a todo un gran ejército. Si eso no funciona no sé qué más podré hacer. —Sonrió—. ¿Sabéis lo que me dijo la segunda vez que la abordé?

—Fue épico —comentó Simon, porque él había estado a unos pocos pasos cuando la escuchó.

—«Lord Rafe: su interés no me halaga, me parece ofensivo». —Se llevó la mano al pecho—. Me dejó sin aire.

Azrael silbó, con admiración.

—De acuerdo, sin conocerla puedo decir que ya me agrada.

—La tercera fue la peor. Fui… directo: «La deseo y pretendo cortejarla». Y me soltó: «No lo censuro por desearme, pero sí por atreverse a considerar que podría usted ser una opción para mí. No se atreva a cortejarme, podría acabar llorando como una niña». —Rafe emitió una risa baja—. Me mandó al infierno con una seriedad que… ¡Qué mujer! Solo pensé que quería merecer su admiración, saborear esa lengua y hacerla gemir hasta que confesase, entre las sábanas de seda, que se moría por mí y que solo tenía miedo de sufrir.

El silencio se quedó sentado con ellos un segundo. En la repisa, el reloj seguía contando las horas.

—¿Y estás seguro de querer casarte? —preguntó Ewan—. No por tu abuela, sino por ti.

—Estoy seguro de que, si no lo intento con ella, me aburrirán todas. —Rafe se dejó caer sobre una butaca—. Y que, si me equivoco, me curaré. Pero si acierto… —se encogió de hombros—. Me convertiré en un hombre mejor si logro hacer que ella crea en mí. Eso busco.

Azrael le dio un par de golpecitos en el hombro.

—Qué dramático. Te estás volviendo simple.

Ewan, que había escuchado con mucha atención todos los datos aportados, sentía verdadera curiosidad por esa mujer que había logrado impresionar a un hombre como Rafe. Ella debía ser excepcional.

—Me muero por conocer a la única mujer que te ha despachado tres veces —dijo—, solo para darle la mano y felicitarla por su buen juicio. ¿Nos dices ya quién es?

Rafe giró la copa que sostenía en esos momentos en la mano. El vino dibujó un círculo perfecto.

Simon ladeó el rostro y se quedó mirando al escocés con una seriedad feroz. Entonces suspiró y a continuación dijo:

—Se trata de la señorita Constance Ainsworth, protegida del anterior duque de Wynthorpe y custodiada en la actualidad por el heredero de este.

El mundo de Ewan se inclinó sobre su eje. Su corazón latía a un ritmo imposible. El pensamiento no dejaba de analizar cada palabra de Rafe, cada acción de Simon desde que comenzó la conversación. Ordenó las ideas y el primer zarpazo le llegó al estómago. Luego se encontró apretando los puños porque la ira lo consumía. Simon no había apartado la vista de la suya. Veía la culpa y una disculpa muda en sus ojos, que a Ewan no le satisfacía.

Azrael tardó tres golpes de reloj en reaccionar.

—¿Quién es ella? No la conozco.

—No sabes quién es porque tú no te involucras con damas como esa —puntualizó Simon.

—¿Y tú sí? Vamos, primo, no se te conoce ninguna amante, ¿eres de esos raritos que…?

—Cállate, Azrael —le ordenó el escocés. Si los dos primos se enzarzaban en una pelea, él les mostraría los puños a los tres; a Simon por ocultarle la verdad; a Rafe por poner sus ojos sobre una mujer

que consideraba que era suya.; y al último de sus amigos para que no se sintiese excluido.

—¿Qué te pasa, bruto escocés? —inquirió Rafe.

—Nada —resolvió, al tiempo que trataba de serenarse. Abrió los puños y vio que Simon también se relajaba un poco—. Es tarde, tengo que irme a casa.

—¿Y qué hay sobre el plan que estableceremos para encantar a mi díscola pero futura prometida? —Rafe se sentía desilusionado.

Ewan lo miró durante un largo tiempo. Sabía que Simon estaba muy pendiente de su reacción.

—Deberías olvidarla; si ella te ha dicho que no, no creo que cambie de opinión. Dijiste que era sensata. Busca a otra, Rafe. —Los ojos del gigante escocés se posaron en los de su supuesto mejor amigo, ese que se acababa de convertir en un traidor —. Tú y yo hablaremos pronto.

El aludido afirmó con la cabeza. Un segundo después, Ewan MacCrae salió de escena. Simon no tardó más de cinco minutos en seguir los pasos de su amigo. Se excusó advirtiendo que no veía la hora de perder de vista a su primo.

Azrael se pasó una mano por la cara.

—Como siempre, nos quedamos tú y yo solos, amigo mío.

—¿Crees que el bruto y el tirano —dijo en alusión a Ewan y Simon— se han peleado? El escocés parecía estar perdonándole la vida cuando se fue.

—Son muy extraños. Olvídate de ellos. Yo te ayudaré.

—¿Tienes consejos que ofrecer?

—Bueno —intentó recomponer la conversación inicial—. Rafe, tu misión es no ser tú durante un mes como mínimo.

—Gracias —ironizó el otro.

—Me explicaré: creo que la dama es muy consciente de lo que hacen los tipos como nosotros.

—Yo soy más encantador que tú —se aventuró a recordarle Rafe.

—Eso te crees tú. En fin, deberías usar su propia táctica. No le hagas cumplidos. No la persigas.

—Eso podría hacer que se alegrase, Azrael.

—Ármate de paciencia. Estás acostumbrado a someter a las damas con facilidad, creo que ese es el motivo por el que te has obcecado con la señorita Lowinsky.

—Ainsworth —lo corrigió.

—Como sea. Lo que es necesario es que no te desesperes.

—¿Azrael?

—¿Qué?

—Creo que estoy enamorado de ella —le confesó.

—Te he escuchado atentamente. Podrías estarlo. Nunca te había visto así con ninguna otra. ¿Es hermosa?

—Es formidable.

—Voy a por más vino —le informó el primo de Simon—. Si vas a vomitar lo dulce, maravillosa y formidable que es, además de que te tiene duro como una piedra cuando está cerca… Es preciso que haya licor.

Rafe se recostó y, por primera vez en mucho tiempo, sintió miedo de fracasar en un empeño.

La lluvia continuaba detrás de los cristales. La chimenea escupió una chispa. Dentro de aquella habitación privada que habían reservado en el club, solo dos de los cuatro amigos ideaban un plan para impresionar a la señorita Constance Ainsworth.

***

La ciudad llevaba cuatro días con el mismo clima decepcionante, lo cual le venía bastante bien al *laird* de Dunrath. Ewan sentía como si tuviese alojada en el pecho una gran bestia que lo devoraba por dentro. Al fin comprendió el motivo por el que el duque de Wynthorpe había tenido razón cuando le dijo que no subestimase a una solterona…

El maldito Rafe iba detrás de las faldas de ella. Y Simon lo había sabido desde el principio.

¡Infierno!

Con amigos como esos, un hombre no necesitaba enemigos.

Era sabido que él provenía de una familia cuyos hombres carecían de paciencia. La suya no existía ya. Constance lo tenía al borde de un gran precipicio. Había dejado tarjetas, había enviado recados correctos, le había pedido verse a plena luz del día, o en su casa con las puertas abiertas, y Constance no había respondido a ninguna de sus peticiones. Ni una línea. Ni una excusa. Silencio. No le permitía ni verla.

¡Condenación!

Se obligó a darle tiempo. Sabía que el duque se había marchado de la ciudad con Lydia y que ella no estaría contenta. No quería forzar nada, por eso reprimía sus intenciones de abordar su casa como si fuese un pirata furioso. Caminaba por Brook Street como un perro al que le habían ordenado estar quieto mientras babeaba por lo que más deseaba. El recuerdo de su increíble momento de pasión no salía de su mente. Por la noche, en sus sueños, volvía a tenerla cerca, a recordar el borde de sus labios cediendo bajo los suyos, el gusto dulce de su boca, la frescura de su feminidad, la forma en que el aire se le había detenido en la garganta cuando él la llevó al paraíso. Ah, y esos gemidos, apenas correctos y extremadamente deliciosos, lo encendían como las brasas. Se despertaba con un hambre que su mano no lograba apaciguar.

Y luego estaba lo de Rafe.

No eran solo celos, pues su amigo había dejado claro que ella no lo aprobaba, pero estaba ahí, ese miedo por haber llegado tarde a la vida de una mujer que le importaba. El terror de que lo estuviera echando a un lado sin darle una explicación. Ewan se debatía entre lo que ella le había provocado, porque estaba rendido, y la lealtad hacia un amigo que le había citado para obtener su ayuda. Rafe era caprichoso, siempre lo había sido, pero sus palabras de aquella noche, en el club, sonaron sinceras. ¿Cuánto habría de amor y cuánto de orgullo herido en las aseveraciones dichas por su amigo sobre Constance? Poco importaba. Ewan no la había hecho suya por mantener cierta decencia mientras la decadencia los consumía, pero ella estaba marcada.

Él la había marcado a fuego. ¿Estaría asustada? ¿Se habría dado cuenta de que él no valía la pena y por eso no osaba ni verlo? ¿O tal vez tendría miedo de su propio deseo? Estaba más que claro que la vida de ambos iba a cambiar pronto. Podría ser que Constance estuviese obrando con prudencia. Ideando esas famosas listas que había comentado Rafe sobre la conveniencia de aceptarlo o mandarlo al cuerno tal y como había hecho con su amigo.

No le agradaba sentirse inseguro. Por eso, cuando Simon entró en el despacho donde él estaba trabajando, se levantó y, sin mediar palabra, le dio un puñetazo al vizconde como señal de bienvenida.

Su amigo no se quejó, se llevó una mano a la mandíbula y lo miró.

—¿Estamos en paz, bruto?

—¿Sangras? —preguntó, sabiendo la respuesta.

—Dímelo tú. Pero creo que no. Supongo que te has contenido. —Simon era consciente de la fuerza de Ewan porque ya en Eton lo había visto luchar contra un grupo de chicos mayores que lo incordiaron sin venir a cuento. Salió ileso en una pelea de cuatro a uno.

Ambos amigos se mantenían de pie en el despacho.

—¿Lo sabías cuando te pedí que me dieses información sobre ella?

—¿Que era la mujer a la que Rafe trataba de impresionar?

—Eso mismo.

—Sí.

—¿Por qué no me advertiste?

—¿Habría cambiado algo, Ewan? ¿Habrías actuado de modo diferente con ella?

—No, pero al menos hubiese estado mejor preparado para la revelación —admitió.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿A ti qué te parece? —Para Ewan la pregunta sobraba.

—No sé el motivo por el que no te lo advertí. Lo siento.

—No me mientas, Simon. Lo hiciste porque siempre has querido que haya una gran brecha entre los dos bandos que conformamos Rafe, Azrael, tú y yo. Viste una buena ocasión para sacudir los cimientos. No entiendo el motivo por el que seguimos siendo amigos —se quejó.

El aludido sonrió de lado.

—¿Es un buen momento para comentarte que le di un pequeño empujón a la muchacha para que te convirtieses en un héroe?

La respuesta del escocés no se hizo esperar. Sabía que se refería al asunto de Lydia en el Serpentine. Le atizó un puñetazo en la nariz. Ahí sí que sangró. El vizconde se sacó un pañuelo de la chaqueta y se cubrió la nariz.

—¡Maldito infierno! Creí que me darías las gracias. Sé que eso te ayudó a ganarte su favor rápido. Después de la catástrofe con las copas, estuviste toda la maldita mañana siguiente quejándote del modo en que la dama te había mirado. Lo dabas todo por perdido. Debería recibir una palmada en la espalda, y no tu ira.

—Si tenía alguna duda de lo que pretendías, ya me ha quedado claro. Me ayudaste a ayudarte porque quieres que nos peleemos todos. No me gusta que me utilicen. Pusiste en peligro a una muchacha, Simon. Debería matarte por ello. —Si Constance llegase a enterarse de que Simon había estado detrás del accidente de Lydia…

—La chica no corrió ningún peligro. Yo estuve todo el tiempo alerta, listo para salir en su ayuda, te cedí el honor a ti. La compensaré de algún modo, tienes mi solemne juramento. —Ya se le ocurriría algo para resarcirla y que el escocés se olvidase del asunto.

—No sabe nadar, maldita sea. Y pudo haber cogido un resfriado que la llevase a la tumba. ¿En qué diantres estabas pensando?

—En que Rafe podía conseguirla y no la merecía —se confesó—. Cree que se ha enamorado, pero le gusta su firmeza y su fortuna. Nada más. Ella está mejor contigo. ¿Me he equivocado en mi suposición?

El escocés gruñó.

—Las cosas no se hacen así, Simon.

—Rafe no hubiese tenido ningún problema en buscar ventaja si hubiese sabido que tú eras su rival. Tienes suerte de que ella no lo favorezca. Si la dama hubiera mostrado cierto interés, estarías llorando. Rafe no había perdido nunca hasta ahora.

Ewan le sostuvo la mirada un segundo. Luego se acercó a la chimenea para no tener que volver a darle otra muestra de violencia.

—Yo no lloro.

—Es cierto. Tú actúas. ¿Tienes un plan?

—La cosa se está complicando por momentos.

—¿Vas a ayudar a Rafe a conquistarla? —indagó muy bajo.

—Mataré a quien sea, amigo o enemigo, si alguien la toca.

—Sí. Eso me pareció. ¿Qué vamos a hacer?

—Me has metido en medio de una guerra que no era mía, Simon.

—¿Te llevé yo de la mano hasta aquel pequeño gabinete en el que la encerraste en la última fiesta a la que acudiste?

—No quiere verme. Desde que ocurrió aquello no me ha permitido ni siquiera intercambiar una sencilla misiva.

—No importa.

—¿Ah, no?

—No, Ewan. Ella es tuya ya.

—Yo… no…

No terminó la frase. Se llevó la mano a la nuca, como si con esa acción pudiera sujetar su temperamento.

—No. No me digas que fuiste un maldito caballero que la llevó a un lugar apartado solo para recitarle un poema de Byron.

—No te daré los detalles, Simon.

—No lo hagas; solo dime que te has asegurado de que ella no pueda ser de nadie más. Conoces a Rafe. Perderás si no…

—Es mía —ladró el escocés—. Solo que no me pareció bien adelantar por completo nuestros votos. Eso es todo lo que te diré y, si abres la boca, te juro por Dios que perderás todos los dientes.

Se instaló entre ambos un silencio corto. Afuera, seguía lloviendo con ganas. Simon avanzó un paso.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Ella me ha echado a un lado y cuando Rafe se entere de que la mujer que pretende convertir en su esposa será la mía… Habrá guerra entre ambos bandos y eso te llenará de satisfacción. Has sido un desgraciado, Simon.

—Ewan, escúchame. Si Rafe cree estar enamorado, es solo porque le gusta la idea de considerarse digno de alguien como ella.

—Esa mujer es una emperatriz. Una legión de hombres debería estar luchando por una sola de sus miradas.

—¿Me guardarás rencor durante mucho tiempo, bruto? —preguntó Simon, sin apartar los ojos del fuego.

—Esta rivalidad entre tu primo y tú no traerá nada bueno.

—¿Y la que hay entre Rafe y tú?

—Nunca hemos llegado a los puños como vosotros dos. Sospecho que eso cambiará en cuanto sepa que yo… ¡Maldita sea, Simon! Lo que has hecho es…

—No demos más vueltas sobre el mismo círculo. Está hecho. Yo no te dije que te enamorases de ella. Eso lo hiciste tú solito. Solo me limité a indicarte quién era la mujer por la que preguntaste.

—Debiste decirme que era la que quería Rafe.

Simon apretó la mandíbula.

—Otra vez con eso… ¿No ves que no habría cambiado nada en caso de que hubieses sabido lo de Rafe?

—¿Y qué hago ahora? Nuestro amigo no sabe lo que hay entre ella y yo. No quiero decírselo. Y luego está el otro asunto: la dama no quiere verme.

—¿Cuánto has dicho que hace que no la ves?

—Los mismos días que tú has necesitado para reunir valentía y venir a explicarte ante mí.

—Pensé que me sacarías un par de dientes. Supongo que debería darte las gracias.

—Ayúdame. Ve a su casa; a ti te recibirá.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Si a ti no quiere verte, ¿cómo sabes que recibirá al amigo del hombre del que se esconde?

—Tal vez no sepa quién eres.

—Debes estar ciego si dices eso. ¿Te parece que ella sea una mujer que pase por alto cualquier detalle?

—No. No lo es.

—¿Qué le has hecho? ¿La disgustaste cuando… cuando la tuviste entre las manos…?

—No vamos a hablar de eso. Pero no. No tuvo motivos para estar enfadada conmigo. —Su orgullo varonil se infló. Él había estado a punto de jurarle amor eterno y estaba seguro de que ella habría llorado de pura dicha si hubiese sido una mujer más blanda.

El escocés se volvió por fin. Ewan sabía que tenía el mar embravecido en los ojos, ese gris anunciaba tormenta y, aunque respetaba el barco que

tenía enfrente, deseaba verlo encallado. Simon era un estúpido por provocar una guerra.

—El duque de Wynthorpe se ha llevado a Lydia de viaje. Temía que todo Londres pusiera en el ojo del huracán a Constance por habérmela llevado a un lugar apartado.

—Ah. Constance… Sí que han avanzado las cosas, pues. Usas su nombre con absoluta libertad.

—Déjate de tonterías. Creo que ella está enfadada conmigo porque me ha hecho responsable de la marcha de su pupila.

—Es un punto de partida. Míralo por el lado bueno.

—Esto no tiene ningún lado bueno.

—Claro que lo tiene. Ella podría haberte cerrado la puerta porque eras un amante pésimo.

—No me aproveché tanto de ella —reconoció con un bufido.

—Si hubieses sido un hombre más inteligente, lo habrías hecho. Te la hubieses asegurado. No hay nada más fácil para agenciarse a una mujer que dejar la semilla en su interior.

—No quiero conseguirla de ese modo.

—¿Eres el mismo que alardeaba de que sus antepasados robaban a sus esposas?

—Todavía no estoy tan desesperado —se vio en la obligación de admitir.

—Bruto pero honorable. Eres una extraña combinación, Ewan.

El *laird* de Dunrath se pasó la mano por la barba.

—Dime algo que pueda usar para atravesar la puerta de su casa. ¿Qué hago, Simon?

—Te diré que no estás perdido. —Su amigo escogió las palabras con cuidado—. Constance, como tú la llamas —se apresuró a decir porque veía que su amigo iba a reprobarlo por mostrarse familiar al hablar de ella—, no es una mujer simple. La prueba es que ha rechazado a Rafe sin despeinarse siquiera. ¿Conoces a alguna que lo haya mandado al cuerno?

Ewan sonrió de lado.

—No. ¿Soy mala persona por estar satisfecho porque donde él fracasó yo he tenido éxito?

—Debiste completar la tarea —insistió Simon—. Ella estaría rogándote a ti ahora para que no la dejases desamparada.

—Te equivocas. No creo que hiciese algo así ni aunque estuviese a punto de morir por la desesperación.

—Debe tener sangre escocesa… —supuso Simon—. Bien. Propongo que montemos guardia en la puerta de su casa.

—¿Qué?

—Ella tiene que salir en algún momento. Esperaremos y la abordaremos.

—Una vez me diste un consejo similar. Aquello no salió bien.

—No habrá copas de cristal en plena calle. No puedes estropearlo.

Ewan cerró los ojos un instante. La vio de modo nítido: su cuello, su boca, el rubor en sus mejillas provocado por la liberación… ¡Cuánto la echaba de menos!

—Bien —dijo, al tiempo que abría los ojos—. Lo haré a tu manera.

—No te queda otra.

Ewan caminó hasta la ventana. La luz hacía que Londres se viese como una ciudad en pausa. A su espalda, la chimenea seguía ardiendo, del mismo modo que el recuerdo de ella en su corazón.

—Una última cosa, Simon.

—Dime.

—Cuando esto termine, no me la vuelvas a jugar. Puedo perdonarte el error porque no sabías cómo acabaría todo, pero no te daré una segunda oportunidad.

—No volverá a pasar.

—Bien. ¿Iniciamos la guardia ya?

Ewan se quedó mirando la calle, como si de pronto la ciudad hubiese aprendido a callarse.

La rabia seguía rugiendo en su interior, sí; los celos mordían, sí; la memoria le traía el sabor de Constance como si fuese el alimento para sobrevivir. Pero por primera vez en cuatro días tenía un plan de acción que le había tejido el traidor de su amigo. Había aprendido en las montañas que a veces la caza se conseguía siendo paciente, que había presas que necesitaban estar seguras antes de caer en la trampa.

Evidentemente, Constance no era un animal salvaje. Era una mujer, pero como se había vuelto difícil, él se veía forzado a tener que idear una estrategia.

—De acuerdo. Vayamos a ver qué diablos le sucede para que no pueda verme.

—¿Seguro que esas cosas que le hiciste… las hiciste bien, bruto?

—Vas a perder más que los dientes, Simon, si no te callas.

Su amigo soltó una carcajada.

—Seré tu compañero mientras dure la guardia, pero no podré presentarme ante ella. Si me ve con la nariz tal y como me la has dejado, creo que huirá.

Ewan sonrió de lado.

—Puede intentarlo, pero no llegará lejos. Cuando tomo una decisión, no hay vuelta de hoja. Y hace tiempo que esa la tomé.

Simon le palmeó la espalda.

—¿Cómo vas a decirle a Rafe que se ha quedado sin novia?

—Tal vez te mande a ti para avisarlo.

Simon volvió a reírse.

—Lo haría encantado si fuese Azrael. Admite que te mueres por verle la cara a Rafe. Cuando sepa que donde él ha fracasado, tú has triunfado…

Ewan sonrió sin ser consciente de que lo hacía. Había algo encantador en ganar a un tipo como Rafe en su terreno. Era un adonis capaz de encantar a la mujer más improbable. Su Constance había permanecido inmune a la tentación que Rafe suponía. En cambio, lo había elegido a él. Eso tenía que significar algo.

Capítulo 8
Lo que la obligación impone

La señorita Constance Ainsworth se amparaba siempre en la fría lógica para organizar sus ideas. Incluso su propia vida. Habían pasado cuatro días bastante extraños. Se le hicieron más largos que cualquier cuaresma. La primera mañana —después de que su cuerpo hubiese conocido el auténtico placer— intentó convencerse de que conservar la calma bastaría; ordenó papeles, revisó cuentas, corrigió a la doncella por un detalle mínimo en el doblado de unas sábanas. Nada la mantenía cuerda. Los siguientes días fueron muchísimo peores. Lydia se había marchado.

El hueco que había dejado su pupila —esa voz alegre que llenaba una habitación, esa necesidad de aprobación que la obligaba a sonreír— no se llenaba. Todo era insoportable sin ella.

Y luego estaba él. No había previsto llegar tan lejos con Ewan MacCrae. Se había creído preparada para jugar a su juego, seguir el tanteo, una imprudencia controlada que se detendría a tiempo como siempre había hecho con cualquier atrevimiento del mundo. Se equivocó por completo. Con otro hombre hubiese sido fácil seguir anclada en sus reglas, en su severidad. No con ese escocés que la desarmaba con su honestidad y su sonrisa. Cada vez que recordaba la forma en que se habían besado, acariciado y… lamido… Estaba avergonzada por haberse comportado de aquel modo. No sabía exactamente en lo que había estado pensando cuando salió de aquel salón de baile. Mentira. Sí que lo sabía. Había previsto permitir que le robase un beso, experimentar un poco de emoción y luego mandarlo lejos. El placer no se podía controlar. Cuando la embargó la lujuria, no vio nada más. No existía nada más que la necesidad de la satisfacción. No estaba en su naturaleza bajar la guardia, pero las semanas que habían compartido juntos habían logrado un imposible. Él era su talón de Aquiles.

La carta de Henry fue una sentencia pulcra. El aviso del viaje la hundió mientras que a su pupila la hizo iluminarse. Lydia acompañaría a los duques. Wynthorpe no le hizo ninguna acusación explícita; tampoco hubo palabras hirientes sobre su comportamiento con el escocés. Henry era más sutil. La mano del duque sabía castigar con un gesto impecable. Constance quiso protestar, pero la vio a ella, a la joven, brincando alrededor del papel con los ojos encendidos por la promesa de paisajes y puentes y ciudades donde todavía no la conocía nadie. No era su derecho apagar aquella chispa.

Asintió, organizó baúles, dio instrucciones y la abrazó sin hacer una tragedia en el zaguán cuando se marchó. Y en el momento en el que el carruaje dobló la calle, la casa se le volvió un lugar lúgubre.

No se encontraba bien. Achacó su fragilidad a la tristeza de estar sola. Sin Lydia, su luz, su maravillosa compañera de vida. El padre de Henry se la había entregado y él estaba decidido a arrebatársela.

La tristeza la consumía. Ni el recuerdo de una noche perversa la hacía sentirse bien. Se encerró. Ordenó que no anunciaran a nadie. Llegaron tarjetas y recados sociales. Los dejó todos a un lado. No se veía capaz de seguir con su vida. No contestó. A ratos había sentido náuseas, un malestar frío en el estómago que consideraba que se debía al desaliento y que, en realidad, era algo más.

La vergüenza fue más cruel por lo rara que se antojaba. No había hecho nada irreparable, pero sí muy indecente. Había cruzado su propia frontera moral. Y la suya siempre había sido más estricta que la del resto. El anterior duque la había enseñado bien a hacerlo. Ewan MacCrae la había hecho flaquear. No se reconocía. Le parecía que el espejo la miraba con una curiosidad incómoda: ¿quién era esa mujer que había cerrado los ojos y se había entregado a la pasión con tal desvergüenza? Repasó en silencio cada gesto, cada respiración, la obediencia de su cuerpo, el calor abrasador que la había tomado por sorpresa cuando él la llevó al cielo. El rubor le volvió a subir a la cara, tardío y honesto.

Se sentía arder. Durante todos esos días se había sentido diferente. Extraña. Ardiendo por dentro y por fuera.

Por las noches soñaba con él. No de la manera decorosa en que debían hacerlo las damas. Estaba furiosa porque no podía controlarse. Veía su boca, sentía la suavidad que la había sorprendido en un hombre al que todos consideraban un bruto.

No deseaba ver a nadie, no quería salir al mundo. Sabía que Ewan había tratado de ser recibido. Ella no se sentía preparada para enfrentarse a él. Y luego estaba el asunto del otro caballero que no entendía la negativa de una mujer. Lord Rafe Deverell. También le había enviado flores y notas que no había leído durante su encierro.

No podía seguir con Ewan. Tenía que terminar con él para que Lydia volviera. Iba a hacerlo, se repitió, porque a veces amar —si aquello podía llamarse así— consistía en apartarse.

Un día, encontró en su cama una nota. En ella solo había una acusación: «Cobarde». Eso fue lo que leyó. Él debía haberse gastado una fortuna para implicar a alguien de su servicio. Estaba devastada, pero tenía que reconocer que el escocés sabía tocar las teclas adecuadas. Dio órdenes de que la avisaran cuando él se presentase en casa. Se sentía mal, estaba destrozada por todas las pruebas que la vida había decidido enviarle, pero se vistió con modestia y esperó para demostrarle a ese *laird* que podía ser una desvergonzada, pero jamás una cobarde.

La jaqueca le taladraba detrás de los ojos como un clavo maldito. Constance había intentado infusiones de menta, paños fríos, oscuridad, incluso contar uno por uno los adornos de la moldura del techo para engañar al dolor. Nada la había rescatado. La habitación olía a vinagre y a lavanda, y la luz tamizada por las cortinas caía en franjas sobre la colcha. Cuando la doncella asomó la cara, asustada, Constance supo que algo se torcía.

—Señorita… —tragó saliva con nerviosismo —. El señor MacCrae ha llegado.

El nombre la encendió como una brasa. Se incorporó sin pedir ayuda. La partida de Lydia la estaba afectando más de lo que había supuesto. No se cambiaría el sencillo vestido con el que se había recostado en la cama por si él aparecía. Cada paso que daba la hacía tambalearse un poco; lo achacó a su pena y vergüenza, y, como la costumbre de estar erguida siempre vencía a la debilidad, cuando salió de la habitación y avanzó hacia la escalera lo hizo como una reina.

Se detuvo en el rellano alto. Abajo, en el zaguán, Ewan estaba entregándole el sombrero, los guantes y el bastón al lacayo. Lo contempló y se quedó sin aliento. Era un hombre tan fornido y apuesto que haría que las rodillas de cualquier mujer temblasen. No las de ella. Ya no podía darse el capricho. Con un error imperdonable ya era suficiente para pagar con la culpa. Iba impecablemente vestido. Las botas de él, recién cepilladas, brillaban aunque no podían disimular su condición de hombre de tierras ásperas.

Connie no debería lamentar no haberse arreglado más. Era mejor así. Él tenía que ver que ella no valía tanto. Eso contribuiría a alejarlo con más rapidez.

Ewan sintió que alguien lo estaba examinando desde las alturas. Al alzar la vista, la vio. Y se quedó inmóvil, como si lo hubiesen clavado al mármol del suelo. Constance estaba preciosa incluso con un vestido sencillo de color gris. Se veía un poco pálida y su mirada era dura. Se preparó para lidiar con una dama que no estaba contenta de verlo. Eso saltaba a la vista por la mirada fría con la que lo obsequiaba.

Ewan probó a sonreírle. Ella alzó una ceja a modo de respuesta. No. Sus encantos no iban a suavizar el encuentro. La vio levantar una mano y los sirvientes se retiraron sin pestañear y a toda prisa.

—Señor MacCrae —lo saludó sin emoción. La mano con la que había ordenado la retirada de sus tropas ya estaba en la barandilla—. ¿No le da vergüenza haber implicado a mi servicio en sus intrigas?

La voz descendió por la escalera como una campanada. Él se cuadró, con cierta humildad, con la gravedad de quien entendía la acusación pero no estaba dispuesto a cargar con ella. Su dama no le había dado más opción.

—¿Formalidad, Constance?

—El decoro nunca está de más.

—Las buenas formas sobran cuando hay la suficiente confianza entre dos personas. ¿Quieres que te recuerde los motivos que existen para que hablemos sin la debida etiqueta? —la desafió.

Le pareció que ella apretaba los dientes.

—¿Qué es lo que quieres, Ewan?

—Para empezar, ese trato me agrada más.

—Lo que has hecho no ha estado bien. Me obligarás a buscar al culpable de tu atrevimiento y tendré que prescindir de sus servicios.

—Yo lo emplearé por entregarte mi nota —la volvió a desafiar—. Además, todo lo que he hecho es culpa tuya.

—¿Mía? —Ella no podía creer lo que escuchaba.

—Pasé toda la mañana frente a tu puerta, esperando a que salieras —respondió—. No pude interceptarte. No se me ocurrió nada mejor que ofenderte para que por fin dieses la cara. Ya ves, soy, después de todo, un rufián que no creía llegar a tales extremos. ¿Por qué no he sabido nada de ti durante estos días?

La verdadera razón pugnaba por descubrirse. Tenía que decirle que nada bueno saldría

de sus encuentros furtivos, que Henry nunca lo aprobaría. Era momento de despacharlo, de explicarle que no se verían más. El dolor en su pecho se hizo más fuerte al pensar en que su alegría, el tesón que él le traía pudiese extinguirse tan pronto.

—Lydia se ha marchado.

—Algo he escuchado.

—No me he sentido bien.

—Reconoce que te escondías de mí.

—Estoy enferma. —La tristeza la tenía en un estado de abatimiento continuo.

—No se te ve enferma. No me obligues a acusarte de ser una mentirosa además de una cobarde. —Era mejor enfurecerla y que ella mostrase de una vez por todas todo su enfado. Oh, sí, Ewan era consciente de que ella quería desembarazarse de él porque estaba aterrada. Una mujer de treinta y dos años que acababa de sentir el placer más crudo de un modo poco habitual… ¿cómo no iba a estar llena de culpa y dudas? No podía dejar que se retrajese. La conocía bien. Lo que Constance necesitaba era sacar todo lo que le preocupaba para poder seguir hacia adelante. No era que él estuviese demasiado familiarizado con el carácter de las mujeres, no era un seductor como Rafe ni un truhan inteligente como Azrael, pero sí que leía a las personas. Constance sufría por la pérdida de Lydia y además no sabía cómo lidiar con lo que él le hacía sentir.

Era una mujer asustada por los nuevos acontecimientos que estaba viviendo.

Se tragó una sonrisa cuando la escuchó gruñir.

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que soy? ¿Una mentirosa cobarde? —Constance dejó escapar una risa breve—. ¿Y tú? ¿Qué eres tú en verdad? Un tramposo que se alía con lord Rafe para embaucarme. Tu honestidad no ha podido camuflar eso.

Ewan subió dos peldaños, solo dos, hasta ponerse a una distancia que la haría sentir todavía segura. Se moría por abrazarla y besarla, pero primero Connie tenía que presentar la batalla que él sabía que se moría por luchar.

La acusación lo pilló un poco desprevenido.

—Veo que sabías quién era yo cuando me acerqué a ti y no tuviste la decencia de comentármelo.

—Me limité a seguirte el juego.

—¿No creíste que merecía saber que uno de mis mejores amigos había puesto los ojos en ti?

—Es un hombre que no se da por vencido con facilidad. Supuse que cuando le contases que yo te veía con mejores ojos que a él, dejaría de insistir.

Le tocó al escocés soltar un gruñido nada amable.

—Así que sí que fue un juego para ti. —No se lo estaba preguntando.

—No lo empecé yo —se defendió de lo que sabía que era una acusación. Veía la seriedad en sus ojos. Tenía la mirada más turbia que la de ella.

—No formo parte de ningún plan de Rafe. Y no sabía que él te pretendía.

—¡Oh, vamos! No creerás, *laird* de Dunrath, que no reconocería al compinche que usaba lord Rafe para acercarse a mí. Tú mismo mencionaste a un vizconde durante una de nuestras primeras conversaciones y te vi con él cuando tropezaste con la cristalería… Tu amigo usó al denominado Simon y, al ver que no le servía, te mandó a ti —le lanzó, con un brillo dolido en los ojos—. ¿O he de pensar que todo entre nosotros fue obra de la Providencia y que no soy una tonta útil en tu entretenimiento?

—Te digo la verdad. —Le sostuvo la mirada —. Nunca he jugado contigo. No vine a Londres a hacer de títere de nadie. Admito que me pidió ayuda porque quería encontrar esposa.

—¡Lo reconoces! —lo acusó, enferma.

—No. Mi abuela fue quien me habló de ti. Simon no me dijo que Rafe te había elegido. Insisto en que no estoy jugando contigo.

—Claro que juegas —lo acusó ella, tras bajar un escalón con una elegancia que se vio obligada a sostener con las uñas. Se sentía muy débil —. Es lo que has estado haciendo desde el primer minuto. Lo que te enfada es que yo descubrí vuestro juego y lo usé en vuestra contra.

—Te he buscado desde la primera vez que te vi porque estaba interesado en saber tu relación con mi abuela, cosa que no me has explicado —le recordó—. Y luego te he seguido como si fuese un perro faldero porque me importas. Te has metido bajo mi piel, estás en mi sangre desde que me confesaste que me necesitabas tanto como yo a ti. Eres buena actuando, Constance, pero lo que sucedió entre ambos no puedes borrarlo, negarlo o llamarlo por otro nombre que no sea uno relacionado con la pasión. Te besé en lo más profundo de tu ser. Me alimentaste y yo a ti. Sé que necesitabas tu espacio y te he dado varios días para que tu severidad comprendiese lo que tenemos. Me deseas incluso más que yo a ti. Si eso es un juego, no conozco las reglas.

—Debería abofetearte por tu atrevimiento.

—Hazlo. Eso no haría que me convirtiese en un mentiroso. Estás enfadada porque el hermano de tu protegida ha decidido que quería pasar tiempo con ella. Esto es por Lydia. No por mí. Me culpas por lo que ha pasado.

La réplica la alcanzó donde no tenía armadura. Constance apretó los labios, consciente de que la casa entera podría estar escuchando su

conversación detrás de puertas entornadas. La vergüenza y la rabia se cruzaron como dos espadas dentro de su pecho.

—No uses a Lydia —dijo en voz baja—. No conviertas su nombre en tu coartada.

—No lo necesito. —El timbre de Ewan bajó un grado, más profundo, más cierto—. Mi coartada es que eres mía y que me niego a dejar que Trowbridge o lord Rafe marquen el paso de lo que hay entre nosotros. Siempre consigo lo que quiero y desde que me abriste las puertas de tu casa has estado condenada. Pienso sacarte la cobardía a golpe de beso, la terquedad con caricias y la severidad con lametones si es lo que me obligas a hacer. —Lo miró con horror y eso no lo amedrentó—: Ve acostumbrándote a mis maneras rudas porque tendrás que convivir con ellas el resto de nuestra vida.

Ella iba a responder —tenía preparada una frase impecable, filosa, capaz de poner a un *laird* de rodillas—, pero el dolor, traidor, se cerró de golpe como una coraza de hierro alrededor de la cabeza. La barandilla se volvió lejana y la luz del vestíbulo se extendió en una claridad líquida. Se llevó la mano a la sien, otro paso, un susurro de tela… y el mundo se inclinó. Comenzó a tambalearse y antes de que pudiese caer sobre su costado derecho, unas fuertes manos ya la estaban sujetando.

—¡Connie! —La voz de Ewan reventó la inmovilidad de la casa.

Había subido los pocos peldaños que los separaban de tres en tres. El escocés se dio cuenta de que la fiebre le lamía la piel. Constance abrió los ojos un instante; el dolor, terco, le nubló el borde de las cosas.

—Lo nuestro no puede ser —alcanzó a decir antes de que la oscuridad se cerniese sobre ella.

—¡Un médico! —ordenó Ewan, sin mirar a nadie—. Ya.

El lacayo salió disparado como una flecha. El *laird* la sostenía en sus fuertes brazos. Se inclinó, muy cerca de su oreja y con una dulzura que no reconocía como suya, con un hilo de gaélico que parecía hecho de promesas le dijo:

—*Mo chridhe*… Tranquila, estoy aquí. Yo te protegeré.

La casa, disciplinada, se puso en marcha. Una doncella echó a correr en busca de vinagre y paños, el ama de llaves abrió paso y el mayordomo franqueó puertas con la digna eficiencia de su patrona.

Ewan la depositó en la cama como si ella fuese un tesoro precioso. Esas manos grandes y callosas que le habían dado placer también la cuidarían. Le acomodó el cuello, le apartó un mechón de la sien, empapó un paño y se lo colocó en la frente. Ella respiró hondo, como si por fin encontrara un motivo para hacerlo.

—No me dejes —se le escapó mientras se sentía morir.

—No pienso dejarte. —Él se sentó junto a la cama—. Jamás. Y esa palabra, *mo ghràidh*, me enseñaste a no usarla a la ligera.

Siguió murmurando en gaélico, frases cortas, que parecían darle paz a Constance.

Cuando el médico llegó, jadeante por la premura con la que lo habían convocado, encontró al *laird* a un lado de la cama, firme como un centinela. Ewan no discutió ni ordenó más de lo necesario. Tampoco se apartó de su lado, tanto fue así que desafió al propio galeno. La diagnosticó con él a su lado. Estaba enferma. La fiebre la perseguía.

Comenzaron el tratamiento: tisanas y cataplasmas. Él era su enfermero. No permitía a nadie estar cerca.

De vez en cuando, inclinaba la cabeza y, sin importarle quién escuchase, volvía a susurrarle en su lengua palabras llenas de amor. Palabras de abrigo contra la fiebre, palabras que no pedían nada a cambio. Y Constance, aun perdida en los bordes del malestar, parecía entenderlas porque se apaciguaba.

—Me he enamorado de ti —le confesó en un momento de debilidad que la hizo abrir los ojos.

—Lo sé —repuso, satisfecho con la confesión.

—Estoy perdida. Iré al infierno por flaquear. Lo que hicimos estuvo mal.

—Tú eres un ángel, Constance. Estarás en el cielo, aunque para ir allí te garantizo que pasarán muchos años.

—No lo entiendes. Le juré a Wynthorpe que jamás me torcería. Le he fallado.

—¿Amas a Wynthorpe? —le preguntó. Lo que Ewan no sabía era que ella no se refería a Henry. Los celos amenazaban con hacerlo perder la poca cordura que le quedaba.

—Es el único hombre que siempre me ayudó. No estoy casada, arderé en las fauces del infierno. Vete. ¡Vete de aquí! Perderé la cabeza si estás cerca y volveré a pecar —dijo, al tiempo que se contorsionaba y trataba de apartar al escocés de su lado.

Ewan la inmovilizó. Estaba empapada en un sudor frío.

—Puede que a él también lo ames, pero a mí me deseas además de amarme. Repetiremos lo que hicimos aquella noche tantas veces como me lo permitas. No hay nada malo en amarse con el cuerpo, muchacha.

Ella estalló en un llanto que a él le partió el alma. Se tapó el rostro.

—Me avergüenzo. Me avergüenzo de mí misma por mi debilidad ante ti. No debía dejar que nadie me pusiera la mano encima sin estar casada. Me lo juré a mí misma y he fracasado. Pagaré por mi error. Mi alma está condenada. Dios y Wynthorpe me juzgarán. Me la ha quitado —le dijo. Lo miraba a los ojos, pero él dudaba de que fuese consciente de la realidad. La fiebre la hacía pensar de modo poco claro—. Se la ha llevado porque sabe que la corromperé. No puedo vivir sin Lydia. Es todo lo que tengo.

—No, *mo ghràidh*. No vas a perderla y tampoco Lydia es todo lo que tienes. —Ella pronto se daría cuenta de que no eran palabras vacías. Era una realidad.

—Estoy condenada. También he perdido mi alma, no sé quién soy sin mi rectitud moral. He pecado.

—¿Tanto te preocupa tu alma, *mo ghràidh*? —le preguntó conmovido y sintiéndose responsable de su angustia. No tenía que haberla tocado sin haber dicho los votos. Fue imposible refrenarse, pero se daba perfecta cuenta de que había cometido un terrible error. Ella sufría porque él no se privó del capricho.

—Vete, no me hagas sufrir más. No quiero pecar y si estás conmigo flaquearé. No deseo soñar contigo. Eres malvado, me haces ser malvada. Me despertaré y no estarás. Lo lograré.

Entonces, en vez de despertarse por completo y vencer los delirios de la fiebre, ella se quedó profundamente dormida.

A Ewan le dolía el corazón. Tenía que hacer algo al respecto, pero ¿qué? ¿Qué, en nombre de Dios, podía hacer un hombre para aliviar la pesada carga que ella se había impuesto?

Ewan le cogió la muñeca a Constance y contó, en silencio, sus latidos. Su corazón iba demasiado rápido. La fiebre le perlaba la sien y era obvio que la preocupación no la dejaba descansar bien. Cambió el paño de su frente de modo primoroso y luego tomó la decisión. Hizo que un lacayo convocase a Simon en la habitación de Constance. Si ella se enterase le arrancaría la piel a tiras, pero el decoro estaba de más cuando él no pensaba separarse de su lado si no era por causa mayor.

Su mejor y cuestionable amigo apareció despeinado, con el chaleco mal abrochado y cara de susto.

—¿Qué ocurre? —susurró el recién llegado al ver la estampa que se presentaba ante sus ojos.

El *laird* no se giró para mirarlo.

—Necesito un sacerdote —sentenció.

Simon palideció.

—Dios mío… —tomó una bocanada de aire —. ¿Se muere?

—No va a morirse. Yo jamás lo permitiría.

—¿Qué le has hecho, Ewan?

Fue en ese momento cuando él se giró para otorgarle una mirada que congelaría todo el maldito infierno.

—Está sufriendo porque no fui un hombre honorable, Simon.

—Pero me dijiste que tú no…

—Sé lo que te dije, pero debí haber previsto que su educación no le permitiría ser libre ni para disfrutar sin perder lo que no debe hasta que se case.

—¿A qué te refieres?

—Se ha desmayado mientras discutíamos en la escalera. Al dejarla en la cama, vi que tenía el equipaje listo para partir.

—¿Iba a abandonarte?

—Huía de mí, y de ella misma. Entre delirios causados por la fiebre me ha confesado que teme ir al infierno porque yo…

—Porque la corrompiste, aunque no terminaste de hacerlo del todo.

Él suspiró.

—Sí. No está bien. Sufre no solo por la enfermedad. Está atormentada y tengo que aliviarla.

—Entonces no necesitas a un cura, precisas de un médico.

—Ya ha estado uno aquí. Es necesario que hagas esto por mí, Simon, y que lo hagas bien.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—Un sacerdote. Ya te lo he dicho.

—¿De verdad crees que se le deben administrar los últimos sacramentos?

—Deja de insinuar que va a morirse. No le permitiré ir a ningún lugar si no es conmigo de la mano —alegó con terquedad. A Simon se le partió el corazón. Ese bruto insensible tenía tiernos sentimientos después de todo. Estaba fascinado con el descubrimiento.

—Amigo mío —le puso una mano en el hombro—, ni tú mismo puedes obrar en contra de los designios del destino.

—Cállate y haz lo que te digo. Tráeme a uno de los míos.

—¿Católico? —Simon subió ambas cejas cuando su amigo afirmó con la cabeza—. Londres no tiene curas en cada esquina, bruto, y menos para… —se tragó el final.

Ewan inspiró despacio, y por un segundo se le encendió en la mirada una ternura feroz.

—Mi abuela me dejó instrucciones.

—¿Por si una dama de la que te has enamorado se moría?

—Por amor de Dios, Simon. Si vuelves a decir que ella morirá te rompo el cuello con una mano.

—Pero has dicho que tu abuela…

—Mi abuela sabe más de lo que siempre dice. Tiene el don de ver a través de la simple realidad. Me avisó de que si en algún momento mi alma pecaminosa necesitaba hacer lo correcto, debía ir a la capilla de Warwick Street, cerca de Saint James. Y que lo hiciese sin dudar. Me dio un paquete y me hizo jurar que no lo abriría hasta que mi corazón me avisase.

—¿Qué? —Simon no entendía nada.

—Solo debes saber que le pediré explicaciones a Morna cuando regrese a casa. Busca al padre Gregory, y si no estuviese, preséntate aquí

con cualquier otro. Ve por la puerta lateral y usa la campana de hierro.

—¿Todo eso te dijo tu abuela?

—Ve, Simon —le pidió.

—¿Y… y qué les digo? —farfulló Simon—. ¿Que traigan el óleo?

—Diles que vengan deprisa. —Ewan resopló —. Y que habrá un buen donativo. —Hizo una pausa —. No quiero separarme de ella, así que acércame esas dos velas nuevas del aparador y… sí, ese lazo del *plaid* de mi séptimo abuelo. Lo quiero todo dispuesto para cuando regreses con lo que te he pedido.

—¿Velas? ¿La tela de tu familia? —Simon lo miró con alarma renovada—. Ewan, esto suena a…

—Suena a que no quiero sermones —zanjó él.

El vizconde se pasó la mano por el pelo, estaba tomando en cuenta las consideraciones de su amigo. Simon, que se había quedado con la boca abierta, tardó un segundo en atar cabos.

—No puedes hacer lo que te ronda por la cabeza.

La mirada que le ofreció el escocés fue clara. Nadie en esa vida podría impedírselo.

—¿Quieres apostar algo?

—No mentías.

—No suelo hacerlo.

—Dijiste que cuando se trataba de matrimonio en tu familia no se pedía permiso. Ella no te lo perdonará.

—Ella ya es mi mujer. Solo que necesita que todo sea legal. Le dará paz comprender que todo está bien entre los dos.

—Yo opino que el que busca la paz con rapidez eres tú. No creo que debas aprovechar esta oportunidad.

—Quiero al sacerdote ya aquí. Y dos testigos discretos. Llama al mayordomo, si no te prestas a la acción, y al ama de llaves.

—Espera. Espera… —le tembló el dedo acusador—. Tienes que comprender lo que vas a hacer.

Ewan le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Ya lo he decidido. No le des más vueltas. Dile que es una urgencia, que un alma se está perdiendo.

—¡Estás loco! —explotó en un murmullo—. ¡Ella tiene fiebre! ¡El cura creerá que lo llamas para la

extremaunción y vas a salirle con una boda!

—Si el cura cree que se le requiere para una despedida, vendrá más deprisa —replicó Ewan con una lógica cortante—. Y cuando llegue, le haré comprender que tiene que casarnos.

Simon se llevó la mano al corazón, teatral y horrorizado.

—¡No puedes casarte con ella así! —exclamó.

—¿Quién va a impedírmelo? ¿Tú? —lo desafió.

Simon se puso serio.

—Ewan, te lo ruego, haz las cosas bien.

—Las estoy haciendo bien. Me ama y yo a ella. Es nuestro derecho estar bien con Dios y ofrecerle mi apellido, mi protección, mi cuerpo y mi alma.

—¡No puedes casarte así! —Simon tragó saliva con gran dificultad—. ¡Esto… esto no está bien!

—Ya. Hablemos de las cosas que no están bien. ¿Cómo de santo fue tu empujón al Serpentine para forzar un rescate? —replicó el *laird*, seco—. Si no te tembló el pulso para tirar a una niña al agua, no me vengas con escrúpulos porque yo pretenda

darle tranquilidad y seguridad a su tutora con la intervención de un sacerdote.

El vizconde cerró los ojos un segundo, derrotado por su propia memoria.

—En primer lugar, no era una niña pequeña y aquello fue una táctica en la que nadie resultó gravemente herido —masculló—. Esto es… —miró las velas, miró la tela escocesa y miró a Constance para luego decir—: matrimonio.

—Exacto.

—Para toda la vida, Ewan.

—Lo sé.

—¿Cómo vas a hacer eso? El sacerdote no te lo permitirá. Recupera la sensatez y dime que…

—Vuela. No me hagas enfadar. Y si el padre vacila, dile que una abuela en Inverness está contando los segundos. Dile que el antiguo clan MacCrae recompensa a sus amigos. Haz lo que haga falta, Simon. No me decepciones.

—Por todos los demonios —maldijo su mejor amigo—. Si me encierran por raptar a un cura y termino en Bridewell, no te lo perdonaré.

—Te llevaré *whisky* a la celda. Y al sacerdote para que te perdone el pecado. Date prisa.

Simon desapareció por el pasillo con la gravedad absurda de las misiones imposibles. Ewan, de pie junto a la cama, humedeció el paño y se quedó velando la salud de la mujer que pronto sería su esposa.

En su mente, la voz de su abuela se escuchó nítida como un rezo: «Recuerda siempre, *a rùin,* cuando un MacCrae encuentra a su mujer, no discute ni con ella ni con Dios. Tampoco pierde el tiempo porque otro puede robársela. Actúa. Siempre habrá un sacerdote cerca al que se le pueda convencer».

¿Cuántas veces le había dicho eso mismo desde que él tuvo uso de razón?

Los ojos del escocés estaban fijos en ella y sus dedos le acariciaban la mejilla derecha. Había tanto amor y ternura en su mirada que habría hecho que la propia Constance se hubiese echado a llorar en caso de haber podido ser testigo.

—*Aye, mo ghràdh*. Morna sabía que llegaría hasta ti y fue paciente conmigo a la hora de esperar a que te viese. Confío en que mi abuela me ayude a hacerte entrar en razón cuando descubras que me perteneces.

***

El timbre de la puerta sonó en la casa como una campanada de domingo. El mayordomo abría paso a un sacerdote de sotana gastada y maletín oscuro, con un paraguas que chorreaba silenciosamente y que dejó en la entrada. Traía el aliento acelerado y el rubor digno de quien lo había dejado todo por causa mayor. Simon lo seguía de cerca.

—Padre —lo saludó Ewan con el debido respeto—, gracias por venir con tanta premura.

El sacerdote miró la cama, vio a la mujer delirando, un paño húmedo, al ama de llaves con los ojos llorosos… Suspiró.

—Traigo el óleo y el ritual no se hará de esperar —dijo, prudente—. Los siervos de Dios somos rápidos cuando la necesidad apremia. Una joven tan bonita no tendrá mucho por lo que pedir perdón.

—No está usted aquí para perdonar pecados —replicó Ewan, sin rodeos—, sino para bendecir un matrimonio.

El buen hombre parpadeó como si le hubiesen echado vinagre en los ojos.

—¿¡Matrimonio!? —se le agudizó la voz, producto del terror y una tos extraña.

—Eso es.

—La dama se ve muy enferma. No es momento de contratos, sino de consuelo.

—Créame, padre, ella no va a marcharse a ningún lado porque no le he dado permiso para hacerlo.

—Los años pasan y la arrogancia de los grandes señores escoceses no merma —se lamentó el cura—. No puedo hacer lo que me pides, hijo mío.

—Puede y lo hará —expuso con seguridad.

—He gastado el aliento en decirle exactamente eso, padre —comentó Simon, al tiempo que asomaba la cabeza por la puerta—. He intentado hacer entrar en razón a un bruto escocés y ha sido imposible. Dudo mucho que usted tenga más suerte que yo.

Ewan no se molestó en mirar a Simon. Dio un paso hacia el sacerdote, dejando atrás la ferocidad para dar paso a una claridad incómoda de oír.

—La fiebre se la he causado yo, padre. —Se señaló el pecho con dos dedos—. Su alma arde porque yo encendí la llama. Un beso torpe debió bastar y no bastó; solo precipitó que la seducción, que era desconocida para ella, se volviera más apremiante para mí. Yo provoqué el combate que su conciencia está librando.

—¡Santo cielo!, ¿insinúas que…?

—Sí. Ella tiene un alma y un corazón puros que yo he corrompido. Esto es obra mía. Sufre porque no pude controlarme. Es necesario que expíe mi pecado haciendo lo correcto con ella. Estoy convencido de que solo así sanará. Es la voluntad de Dios, que se enmiende la situación; lo siento en mi corazón. —Se llevó una mano al pecho para dar mayor solemnidad. Sabía que iba a costar mucho que el hombre de Dios colaborase en su petición.

El sacerdote abrió el maletín, lo cerró, volvió a abrirlo y lo cerró al final.

—Mucho me temo, hijo mío —dijo—, que, además de médico y confesor, me quieres convertir en cómplice.

—No, padre. —Ewan bajó la voz—. Usted es el único instrumento que yo conozco para remediar el mal que he causado.

Simon bufó con discreción, al borde de una risa nerviosa. Su amigo era bueno usando su persuasión.

—Tengo que abogar por mi querido amigo. Lo conozco desde hace tiempo. Nunca lo he visto perder el norte con una mujer inocente. Si lo ha hecho es porque la ama. Y si la mujer se lo consintió es porque también lo ama. Ella no está en paz ni con Dios ni consigo misma. Hay que reparar el daño como bien dice el escocés. Le juro por mi título que, si este salvaje dice que la paz de la dama pasa por el sacramento, es porque se le ha metido en la cabeza

que solo lo santo enderezará lo que su terquedad ha desbaratado.

El sacerdote volvió a mirar a Constance. Prestó oído a su respiración, tocó con la yema de los dedos el pulso de la muñeca, y por fin posó los ojos en Ewan. Sopesó todos los argumentos dados con gran atención y minuciosidad.

—¿Por qué no pusiste a Dios por delante de la prisa, muchacho? —preguntó con brusquedad amable.

—El destino no lo quiso —dijo Ewan—. Mi abuela, una católica muy temerosa de Dios, me envió a Londres con la sospecha de que armaría un estropicio. Me conoce bien la santa mujer. La instrucción, cuando cometiese la temeridad, era muy concreta: si necesitaba el amparo del Altísimo, tenía que ir a buscar a un buen cura que remediase lo que el hombre, por su condición de macho, no podía controlar.

El cura asintió despacio, con una sombra de sonrisa. Algo en el modo de nombrar a la abuela le quitó hierro a la locura.

—Las abuelas que rezan no suelen equivocarse. Conocen bien la vida y los errores que los jóvenes cometen —murmuró—. Y, sin embargo, no puedo llevar a cabo esta ceremonia y hacer de ella una mujer honrada si no sé la verdad por sus propios labios.

—¿Me acusa de mentir? —preguntó, iracundo.

—¿Qué clase de servidor de Dios sería yo si la atase a ti y todo esto fuese una gran equivocación?

El *laird* apretó los puños. El cura se preocupó y Simon, a pesar de saber que ofrecería al clero poco escudo, se preparó para interceder. Ewan se movió hasta la cama y le acarició la mejilla a la mujer a quien amaba

En ese instante, como si la frase del sacerdote hubiese tocado una campanilla invisible, Constance abrió los ojos. La fiebre le había bajado un punto; las pupilas, sin embargo, seguían brillantes de dolor y cierta lucidez.

—*Mo ghràdh*, sé que sufres por mi causa. Sé que eres consciente de que te amo con todo mi corazón. Necesito que seas fuerte, que seas valiente y le expliques al buen sacerdote que me amas sobre todas las cosas. Hazme el favor, Connie.

Simon tragó saliva. Tuvo que darse la vuelta a mitad del discurso de su amigo porque entendía que estaba siendo testigo de un momento muy íntimo. El alivio que le embargó al comprender que no se había equivocado cuando no le habló a Ewan sobre la pretendida a la que Rafe deseaba conquistar, fue brutal.

A diferencia de Simon, el cura se había acercado a la paciente.

—Una señal, hija mía. Solo necesito una señal y te casaré para que tu alma se purifique y tu pecado se extinga.

Los ojos de la dama volvieron a cerrarse.

—Constance… Mi Connie… por favor —le susurró de nuevo.

Ella encontró la fuerza para atender al pedido de esa voz que la llamaba en sus sueños. Sabía que era su gran y formidable escocés. Despegó los párpados con gran incomodidad.

—Ewan… —lo buscó con la mirada y lo encontró. Alzó la mano y trató de sonreírle—. Te amo. —Las palabras salieron concisas, sin ornamento —. Te amo… y te maldigo por hacer que te desee tanto.

El milagro estaba hecho. Fue una sentencia y una rendición en la misma línea.

Ewan se tranquilizó. El sacerdote hizo la señal de la cruz con una especie de resignación benévola. Y Simon supo que sería uno de los testigos de la ceremonia. Tomó buena nota de recordarle el favor tan grande que acababa de hacerle, porque no sabía cuándo, cómo o dónde, pero el gigante patoso escocés iba a devolvérselo con usura.

—Bien —dijo el cura—. Dios ha hablado por boca de la enferma y a mí me toca obedecerlo.

Preparad lo necesario. Es menester que se oficie aquí y ahora una boda.

Capítulo 9

Una trampa perfecta

Constance se despertó con la boca seca y un latido sordo en las sienes. La fiebre había pasado dejando una clara evidencia en su cuerpo. Notó entonces un peso tibio en la cadera. No era la colcha. Era un brazo. Grande. Pesado. Inaceptable.

Ladeó el rostro muy despacio. Ewan MacCrae dormía a su espalda, tendido de medio lado, y parecía estar en el paraíso. Su respiración era profunda, la barba rozaba la almohada. Ah. Su expresión era la de un ángel, pero él era un pecador que se había atrevido a meterse en su cama sin una invitación. De acuerdo, sí. Estaba vestido con los pantalones y una fina camisa, y figuraba sobre la colcha también, pero demasiado cerca como para admitir excusas.

En el infierno no tendrían dudas sobre si ella debería ir allí o no.

Constance encontró un vaso de agua en la mesilla. Lo alzó con pulso aún débil y, sin meditarlo demasiado, volcó el agua sobre el rostro del escocés.

El sobresalto fue perfecto. Ewan inspiró con violencia, se incorporó a medias, lanzó una exclamación en gaélico que sonó remotamente a blasfemia y parpadeó mientras su rostro goteaba.

—¿Acaso le he despertado, señor MacCrae? ¡Qué torpeza la mía! —ironizó Constance, con frialdad.

—Eres todo dulzura cuando despiertas, *mo ghràdh* —le tocó a él punzar.

—Las lecciones que tanto insistió en que le diese no han servido de nada.

El escocés levantó una mano y le tocó la frente. Ella le dio un manotazo.

—Ya no tienes fiebre. Bien. Eso explica tu humor.

—Va a levantarse enseguida de mi cama. O buscaré otra cosa más pesada para despertarlo por completo —lo amenazó, al tiempo que miraba de soslayo el candelabro que había junto al vaso que ella había devuelto a su lugar.

Ewan se pasó el dorso de la mano por la cara, valoró la situación y esbozó una media sonrisa.

Ella era una fiera. A su hermana le agradaría cuando la conociese.

—En las tierras altas de Escocia —murmuró —, se despierta a los hombres con gaitas. Admito que el agua es más eficaz, pero también te hubiese servido un beso. Yo lo hubiese apreciado más.

—Debería haberle despertado con un garrote. —Se incorporó hasta posarse contra el cabecero. El camisón limpio que llevaba puesto crujió un poco—. Explíqueme qué hace en mi cama.

—Sobre tu cama —corrigió, señalando la colcha—. No debajo. —Se enderezó y retrocedió un palmo, manos en alto—. El médico dijo que había que vigilar las crisis nocturnas. Me senté a tu lado, me venció el sueño y… —miró su propio brazo y observó, para su sorpresa, que la tenía bien sujeta de nuevo —… ha sido el brazo el que decide por mí. Soy inocente. Además, no me gusta seducir a las damas que no mantienen la consciencia.

—¿Seduce usted a muchas damas, señor MacCrae?

—No estés celosa. No he sido un santo, pero te aseguro que la lista que elaboró mi picardía fue corta.

—¿Celosa? —le salió un graznido.

—Lo estás.

—¡Será posible! —exclamó enfadada.

—Estás maravillosa cuando muestras tu ira. Definitivamente estás recuperada.

—Eso parece. Ordénele a su brazo que vuelva a ocupar su sitio. —Constance apretó los labios—. Retírelo, pues, y márchese.

Ewan obedeció lo primero: apartó el brazo con una diligencia intachable y se puso en pie. El chaleco tenía una arruga muy marcada y la camisa no estaba mucho mejor. Aún chorreando, mantenía una dignidad insoportable.

—Has dormido dos días —le informó, más serio—. Tomaste caldo anoche de mi mano.

—¿Espera que se lo agradezca?

—Dudo que lo hagas. Eres una mujer muy dura, Constance. Tienes suerte de que yo lo sea más que tú y jamás me rinda ante un reto.

—Está bien. Le agradezco que se haya convertido en mi héroe a pesar de que yo no se lo pedí.

—Supongo que ese es todo el agradecimiento que obtendré. *Boireannach ceann-laidir*… —masculló por lo bajo.

—¿Así que soy una mujer terca? —razonó ella. Ewan la miró con sorpresa.

—¿Hablas gaélico?

—No hace falta conocerlo para determinar lo que piensa de mí. Lo tomaré como un cumplido, por cierto.

Él gruñó. Luego dio un par de pasos, aunque se detuvo cuando ella le lanzó una mirada que habría detenido a todo un regimiento.

—Un sencillo gesto y me anclas en mi sitio. No es bueno que te permita algo así —apuntó más para sí mismo que para la dama.

—Quieta me quedaré yo a partir de ahora. —Se dejó caer de nuevo en la almohada, con la dignidad rescatada a tiempo—. No habrá regresado Lydia, ¿verdad? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Por lo que sé, sigue disfrutando de la compañía de su hermano y del viaje.

—¿Tiene el don de la Providencia, *laird* de Dunrath?

—Simon ha hecho averiguaciones discretas. —Ewan se aclaró la voz—. ¿Por qué estás tan irritada conmigo? Necesitabas que alguien te cuidase y yo lo he hecho muy bien, Constance.

—Se ha metido en mi cama a traición.

—¿Me crees tan canalla como para aprovecharme de ti? —Compuso una mueca cuando

terminó de hacer la pregunta.

Había hecho eso y mucho más, pero nada que ver con lo que ella podría suponer que había ocurrido relacionado con la carnalidad. Oh, sí. Por el momento él no tenía intención de explicarle que se había convertido en *lady* Dunrath. Era un título obsoleto que habían utilizado sus antepasados, pero a él le sonaba glorioso y así la llamaría. Ser la señora de un gran castillo próspero no era poca cosa.

Constance cerró los ojos un instante. Estaba siendo injusta con él y lo sabía, pero no se le ocurría otro modo de poner distancia. Si al menos él fuese un hombre común y la mandase al cuerno por ser tan grosera… Pero no. Si Ewan MacCrae hubiese sido como el resto ella no hubiese sentido fascinación por él.

Abrió de nuevo los párpados y le dijo con suavidad:

—Debería irse.

Le mostró todos y cada uno de sus preciosos dientes en una sonrisa que la deslumbró. Incluso sus rodillas temblaron sobre la cama.

—No puedo hacer eso, *mo ghràdh*.

—¿Qué significan esas palabras?

—¿*Mo ghràdh*? —La interpelada afirmó con la cabeza—. Es otra forma de llamarte «mujer

testaruda».

—¿Ese es el apodo que sonaba tan dulce?

—Pareces decepcionada. Si quieres te lo puedo cambiar. ¿Algo un poco más romántico? ¿Mi amor? ¿Mi tesoro?

—No sea usted ridículo, por amor de Dios.

—No te enfurruñes, Constance. Te juro por la sagrada tumba de mi padre que he sido un mueble más de esta habitación. Me he comportado como un caballero, solo me preocupaba tu bienestar.

—Un mueble no le respira en la nuca a una mujer —replicó, seca.

—¿Me creerías si te dijese que tú misma me pediste, en tu delirio febril, que me tendiese a tu lado? —La respuesta fue alzar una ceja de un modo muy severo—. Ya lo suponía… ¿Qué tal si ordeno el desayuno? Hay asuntos que tenemos que tratar. —No. El del matrimonio no sería uno de ellos.

—¿Qué tal si regresa a su casa y yo sigo con mi vida?

—No me hagas recordarte lo que compartimos, Constance. Hay mucho entre nosotros dos. No permitiré que olvides ni un solo detalle. Si me obligas a recitarte, punto por punto, todo lo que hicimos…

—El desayuno estará bien, señor MacCrae…

—Chica lista. Ahora prueba a olvidar la informalidad.

—No.

—Verás… Entramos en una salita de lo más acogedora. Te di el primer beso y respondiste como una leona. Noté un gusto muy dulce en tu lengua, pero no tan delicioso como cuando…

—Eres un canalla, Ewan —siseó.

—Hemos avanzado un paso. Eso está mejor. Le pediré a tu doncella que te suba un té y pan tostado. Estoy instalado en la habitación contigua. Necesito un baño y adecentarme. Espero que no te importe que haya traído a tu casa algunas de mis pertenencias.

—Arderé en el infierno, solo después de que Mayfair entero prepare una hoguera para quemarme. ¿No entiendes lo que me estás haciendo?

—No seas tan trágica. Shakespeare no te elogiará. Haré también que te preparen un baño para cuando termines de comer. Si cuando te levantes de la cama te mareas, avísame. Estaré al otro lado de la puerta. —Señaló la pared contigua.

—No pienso llamarte.

—Muy bien.

—Me estás haciendo todo esto muy complicado. ¿Qué tengo que hacer para que te olvides de mí?

—Dejar de amarme.

—¡Por Dios! —escupió.

—Lo sé. No podrás conseguirlo ni aunque vivas toda una eternidad.

Connie agarró una de las almohadas y se la lanzó. Él la esquivó. Luego se encaminó hacia la puerta. En el umbral se detuvo para observarla. Todavía tenía las patillas húmedas.

—Me alegro de que te hayas despertado. No vuelvas a asustarme de ese modo.

—Cierra al salir —le ordenó.

Él regresó a su lado y le sostuvo el rostro entre sus dos grandes manos.

—Te lo digo de verdad. Me has asustado mucho. —Entonces bajó la cabeza y le dio un beso suave. Pretendía ser gentil pero ella le respondía con tal fervor, que a punto estuvo de mandarlo todo al cuerno y consumar su matrimonio.

Acabó sentado a su lado. Cortó el beso y la abrazó. Necesitaba sentirla. Se dio cuenta de que ella se relajaba.

—Me vuelves loca. Vamos a sufrir mucho si no hacemos lo que debemos.

—¿Y qué es lo que debemos? ¿Privarnos el uno del otro, *mo ghràdh*? ¿Qué clase de hombre sería si no luchase por lo que de verdad vale la pena? Mis antepasados vendrían a por mí y me darían una buena tunda.

—¿Es ahora cuando me volverás a llamar cobarde, Ewan?

—Lo haré siempre que crea que lo mereces.

—No entiendo qué puedes querer de mí. —No era una mujer bonita, tenía demasiados años y su actitud era tan despiadada y fría que solía ahuyentar a los caballeros con una sola respiración.

—Vamos, muchacha…

—Hace tiempo que dejé de ser una joven tonta —lo cortó.

Él suspiró.

—Lydia sigue de viaje con su hermano; seguro que está feliz. Ya te lo he dicho. Tú estás aquí conmigo. Mientras me aseguraba de que no te fueses a ninguna parte sin mí, abriste los ojos y me confesaste que me amabas.

—¿Qué? —No, seguro que él le estaba mintiendo. Aunque era la segunda vez que sacaba a

colación dicha cuestión.

—No te disgustes tanto. Yo también me acerqué para susurrarte que te amaba tanto o más que tú a mí.

—Qué oportuno que no recuerde nada de lo que dices.

—Siempre poniéndome a prueba… No debo quejarme —se recordó a sí mismo—. Si fueses de otro modo no estaríamos aquí. ¿Me deseas?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿No prestó atención a todo lo que le indiqué cuando yo ejercía como su institutriz?

—Y de regreso a la formalidad… —se quejó él. La dama suspiró. No se había dado cuenta de que volvía a poner distancia verbal.

—Es así como soy. No me he permitido nunca fallar.

—Y me parece bien. No eres una mujer que fallaría ni aunque se lo propusiese, Constance.

—Eso no es correcto. Si te quedas, caeré. No estoy en disposición de convertirme en una casquivana. Con una vez fue suficiente.

—No te tocaré de nuevo, tienes mi juramento de caballero escocés. Te aseguro que vale más que el que te pueda hacer un inglés.

—¿Me juras que vas a desaparecer? —probó suerte.

—No. Eso no puedo hacerlo. Lo que está en juego es demasiado, Constance. Verás, he pensado que necesitamos un poco de tiempo.

—Yo no necesito tiempo. Necesito recuperar mi vida.

—Bien. Entonces soy yo el que precisa compartir tiempo contigo. Simon tiene una finca a las afueras de la ciudad, un lugar tranquilo en el que…

—Sigue con esa oferta y buscaré una pistola para pegarte un tiro.

—¿Tienes pistolas en casa? —indagó sorprendido.

—No. Un cuchillo servirá.

—¿No puedes poner un poco de tu parte? ¿Cuánto hace que no piensas en ti? Desde que te conozco, siempre has estado pendiente de Lydia, de Wynthorpe, de la duquesa, de esas grandes damas que piden tu consejo para organizar fiestas; de todo el mundo menos de tus propias necesidades.

—¿Y qué sabes tú sobre mis necesidades?

—Sé que una mujer tan llena de pasión como tú no debe estar sola. Me necesitas, Constance. Solo tienes que darte permiso para vivir. El tiempo

que tenemos no es infinito. La muerte nos acecha desde el mismo momento en el que respiramos por primera vez. Llegará un momento en el que lamentes no haber cometido errores.

—¿Eso es lo que eres tú? ¿Un error?

—Seré lo que quieras que sea, *mo ghràdh*.

—Yo… —Se le estaba rompiendo el corazón. Él la miraba sin máscaras con una ternura infinita—. No me hagas esto, Ewan —suplicó.

—No te lo hagas tú misma. Te he jurado que no te pondré un dedo encima. Solo… vayámonos lejos de la ciudad, dejemos atrás todo lo correcto, lo que conocemos. Vivamos una pequeña aventura. ¿Quién iba a enterarse?

—Ah, Ewan. En cuanto Wynthorpe ponga un pie en Londres le lloverán los informes sobre lo que ha pasado en esta casa. Tú no lo conoces como yo.

—No te angusties por él. Sé cómo manejarlo.

—No. No sabes.

—Ten un poco de fe en el hombre que solo quiere tu felicidad, Constance. No tengo intenciones ocultas contigo. Necesito que me conozcas. Conóceme.

—Esto será otro error… —se lamentó.

A él no le importó. Lo más complicado ya estaba hecho. Ella había accedido a tener una luna de miel. La colmaría de tanto amor que no se enfadaría cuando descubriese la verdad.

¡Dios! Se moría por tenerla en la cama bien dispuesta. Lo malo de hacerle una promesa a la mujer que más amaba en el mundo, era que tocaba cumplirla. ¿Cómo se las arreglaría para que su terca inglesa le suplicase que le hiciera el amor?

Suspiró. Se plantearía dicha cuestión cuando fuese el momento oportuno.

—Bien. Otro paso más en nuestro largo camino. Avanzamos lentamente pero avanzamos. Te daría un beso, uno pequeño, pero he prometido no hacer nada que no quieras. —Se puso en pie y comenzó a caminar.

—¿Ewan?

—¿Sí, *mo ghràdh*? —Se detuvo.

—Estoy arriesgándolo todo por concederte lo que pides.

—Te aseguro que valdrá la pena.

—¿Y qué garantía tengo de que tú seas el hombre que consideras que necesito?

—¿Qué quieres decir? Porque si estás pensando en Rafe, ya puedes olvidarte de que…

—No. Él no me importa. Hablo de compromiso. De sacrificio. Yo estoy corriendo todo el riesgo.

—No te comprendo.

—Si Wynthorpe se entera de que he accedido a la obscenidad que has propuesto, me quedaré sin nada.

—Lydia… —Él sabía que se refería a ella—. Sigues sin confiar en que puedo darte todo aquello que necesites.

—Es un duque. No puedes medirte con él.

Ewan le sonrió de lado.

—¿Es una apuesta, *mo ghràdh*?

—Hacer lo que me pides… No estamos en igualdad de condiciones y tú lo sabes.

—¿Qué quieres como garantía de que mis intenciones son honestas?

—¿Me darás lo que te pida? —preguntó asombrada.

—Todo —respondió sin dudar.

—Entonces quiero… —se silenció para darle mayor emoción.

—¿Qué deseas? Dilo por esa preciosa boca que tanto me gusta besar y lo tendrás. —No mostraría dudas.

La vio sonreír de un modo casi diabólico. Se temió lo peor. ¿Qué malvado plan podría estar ella ideando? Seguro que no sería nada que él no pudiese ofrecerle acompañado de una bonita sonrisa.

—Tu barba.

—¿Disculpa? —El pánico lo embargó.

Constance ladeó entonces el rostro sin alegar nada más. Estaba muy satisfecha de sí misma. Por fin. Al fin había encontrado la treta perfecta para que él dejase de molestarla.

Ewan MacCrae jamás se afeitaría la barba, y menos por la petición de una mujer que no tenía nada de especial.

Si hubiesen estado disputando una partida de ajedrez, ella hubiese volcado su rey sobre el tablero. Lo malo de ganar era que no siempre traía alegría. ¿Cómo lograría superar a un hombre así? Su corazón no se recompondría nunca.

Lydia. Se concentraría en ella. En las cosas buenas y alegres que todavía le quedarían cuando no volviese a verlo.

Cuando escuchó la puerta cerrarse, le faltó muy poco para gritar su nombre y retirar sus últimas

palabras.

Las lágrimas no tardaron en salir a flote. Pues a pesar de que sabía que ella misma se había clavado una daga en el pecho, no quería perderlo.

Ya se lo advirtió el anterior duque. No se podía tener todo. El sacrificio era una condición propia de la vida.

Sacrificar al amor de su vida le parecía un precio pequeño para mantener a Lydia a su lado. El pensamiento no la consolaba. Trató de ahogar los sollozos sobre la almohada. No quería que la escuchase, porque si él regresaba para abrazarla se echaría a sus brazos y le pediría que no la abandonase jamás.

***

El carruaje avanzaba con un traqueteo suave que hacía tintinear los herrajes como campanillas discretas. Constance se había sentado en el lugar más alejado del escocés; tenía la mirada fija en el vidrio empañado, fingía interés por un paisaje que apenas se adivinaba entre las nubes bajas. El nudo en la garganta no se le deshacía. Incluso media hora después de que él hubiese subido al vehículo sin decir palabra, envuelto en un olor limpio a jabón de

bergamota, ella no era capaz de respirar con normalidad.

¿Quién iba a pensar que su tonto desafío sería atendido? No se lo podía creer. Y estaba enfadada. No porque él se hubiese rasurado la barba. Tampoco porque se viese todavía más apuesto. Sí. De acuerdo. Ese era el problema. No le gustaba con el rostro tan limpio. Echaba de menos todo ese vello revoltoso que lo hacía formidable, impresionante y devastador. No era que estuviese feo sin ella. Solo… No parecía él. Sentía la pérdida de esa barba escocesa que tan bien le quedaba. En especial porque verlo salvaje le hacía más fácil mantenerlo a raya. Mentira. Le había encantado con la barba y le apasionaba sin ella.

Tardó en atreverse a mirarlo una segunda vez. Cuando por fin giró la cabeza, el aire se le detuvo en mitad del pecho. ¿Se acostumbraría alguna vez a ese nuevo Ewan?

No. No parecía el mismo. O, peor aún, parecía un hombre desnudo al que le habían quitado su escudo. Sin barba, la piel le quedaba más clara donde antes la sombra oscura dibujaba territorio feroz; se adivinaba el trazo de la mandíbula, firme como una línea cortada a plomo, y la boca, sin refugio, resultaba intolerablemente franca. Demasiado tentadora. Quería comprobar la suavidad de su tacto con su propia lengua.

¡Cielos!

El pensamiento era tan inapropiado como abrumador. Había dos o tres señales minúsculas, puntitos rosados en la comisura de sus labios. El cuello de la camisa, impecable, enmarcaba un rostro que, sin la barba, parecía más joven y a la vez más serio, como si la liberación de todo ese vello lo hubiera empujado de golpe hacia una adultez distinta.

Constance no se había preparado para ese vacío. El señor de Dunrath se había cortado un poco el labio superior, ese arco apenas irónico de lo que era una sonrisa que antes no se apreciaba con tanta claridad. Se veía más tierno. Y sintió una sacudida en el interior de su pecho que la desarmó con más eficacia que cualquier arrebato.

Le dolió la lealtad de aquel acto. Recordó la seguridad con que había pronunciado su petición para que se afeitase la barba. No creía que fuese a concederle semejante sacrificio. Él había recogido el guante, sin reproche, y le había dado una lección. El gesto de afeitarse iba más allá de una nimiedad. Ella lo sabía. Fue una renuncia que hablaba de pertenencia, pues sospechaba que los hombres de las *Highlands* guardaban la barba como un pendón, y él había bajado ese estandarte por ella. No por capricho. Una muestra de fe.

Notó el arañazo de su propio orgullo, impaciente por recuperar una voz fría que dudaba que pudiese volver a utilizar con él. Una punzada de vergüenza la mantenía en silencio. Había querido perderlo tendiéndole una trampa elegante y él había respondido con un ofrecimiento desinteresado. No

sabía cómo debía valorar esa generosidad sin romperse. Bueno. Sí que lo sabía, pero estaba aterrada con solo pensarlo.

Ese gran hombre generoso, tierno y leal se había ganado el derecho de que ella comenzase a derribar sus defensas. Era muy consciente de lo que esa barba significaba para él. Y la había sacrificado por ella. Sin discutir, sin pedir nada a cambio.

—No deberías mirarme como si hubiera cometido un crimen —dijo él, con calma—. Te prometí que te daría lo que pidieras.

La voz, libre de la cueva de la barba, sonaba más clara, más cercana. Constance desvió la vista un segundo hacia la ventanilla. Estaba muerta de miedo. No porque temiese lo que pudiese ocurrir, sino porque sospechaba que entre delirios sí le habría confesado que lo amaba. ¿Qué otra prueba, además de la ausencia de la barba, podría necesitar?

—No te miro de ningún modo —contestó, y se sorprendió de la suavidad con que le hablaba.

—Me miras todo el rato. Y te has quedado muda desde que me viste aparecer después de asearme.

—Estoy sorprendida —le confesó.

—¿Para bien o para mal?

Ella se permitió examinarlo de frente, esta vez con valentía. El mentón estaba tan liso que le gustaría sentirlo pasear sobre su propia mejilla. Había un hoyuelo discreto que no había visto y estaba también esa línea limpia de la garganta que invitaba a saborearla…

Carraspeó. El rumbo de sus pensamientos no era nada adecuado. Pensó, con un sobresalto secreto, que le gustaba demasiado con o sin la barba.

—Para verte civilizado —dijo al fin, buscando refugio en el adjetivo—. Se te ve distinto.

—Me siento el mismo —replicó él—. Solo que sin barba. —Una sombra de humor le cruzó la mirada—. No te preocupes: volverá a crecer.

—¿Y si quisiera que no volviese a estar en tu rostro? —se aventuró a preguntar.

—Tendrás lo que pides.

—¿De verdad? —Cada vez la impresionaba más.

—Siempre.

—Me siento tentada a poner a prueba tu voluntad.

—Sé que lo harás.

—No, no lo haré. Lo creas o no, no soy tan retorcida.

—Eres dura. No te avergüences de ello.

—Que no haya tanto pelo… —Levantó la mano y lo acarició—. Es algo positivo.

—¿Por qué?

—Eres suave.

—Lo sé. Me siento como un muchacho de trece años. No me agrada.

—Has dicho hace un momento que te sentías el mismo.

—El mismo que cuando tenía trece años —precisó.

—Lo odias.

—No. Si hubiese sabido que con solo despejar el vello me acariciarías, lo hubiese hecho nada más conocerte.

—Haces que quiera ser malvada.

—¿Y qué hay de malo en ello cuando yo adoro que lo seas?

—No es correcto, Ewan. —Constance retiró la mano y él le agarró la muñeca.

—Me gusta sentir tu tacto sobre mí.

—Me juraste que no me pondrías un dedo encima —le recordó con suavidad.

—Lo sé. Pero se me olvidó decirte que tú puedes hacer conmigo lo que desees.

—Deberías tener cuidado con lo que dices, Ewan. —No le había soltado la mano. Ella no trataba de liberarse. Seguía acariciándole la mejilla. La suavidad la tenía presa.

—Estaba pensando en que así sería mucho más cómodo para ti.

—¿El qué, Ewan?

—Hacer lo que nos permitimos en aquella fiesta. Sin la barba, no arañaría ni un poco tu lustrosa piel, tampoco tu feminidad. Lo disfrutarías todo muchísimo más.

—Todavía no hemos abandonado Londres y ya me estás incitando a pecar.

—No puedo evitarlo, Constance. Te deseo con demasiada intensidad.

—Bésame.

—¿Qué?

—No te pediré que te rasures de nuevo, pero sería una necia si no aprovechase lo que ofrece tanta suavidad.

El carruaje no logró esquivar un bache y los acercó un palmo. Constance lo veía debatirse entre lo correcto y lo incorrecto y, antes de que el pudor se hiciese más fuerte, ella misma le rozó la comisura de la boca con la punta de su lengua. Era muy consciente de que era un gesto demasiado audaz, pero ¿quién iba a enterarse? El anterior duque le enseñó a no perderse, a seguir la senda correcta, aunque también le recomendó luchar por lo que deseaba. No había nada que desease más que sentir la boca de él por todo su cuerpo. Lo escuchó gemir y estuvo tan perdida como él.

El primer beso fue un tanteo; el segundo, una certeza. Sin la barba, la caricia era pura seda. Lo sentía con una exactitud peligrosa, sin filtro, como si la piel de él se hubiese quedado sin su coraza.

Ewan la besó despacio, profundamente, hasta el punto de que no era capaz ni de respirar con normalidad. Ella respondía sin contención, se abría a él, peleaba con su lengua, lo acogía mientras suspiraba de un modo que no permitía ocultar su deseo.

Ewan sonrió contra su boca y descendió por su cuello; lo recorrió con besos breves, casi devotos, y se detuvo en el hueco bajo la oreja. Constance tembló. Alzó los brazos, lo rodeó, y notó cómo la

boca de él seguía el collar invisible de su pulso, bajando por la clavícula hasta el borde del escote. El carruaje crujió, cómplice. Ewan apartó un pliegue de tela con una delicadeza insolente y besó el nacimiento de su pecho. Ella dejó escapar un gemido más sincero, una rendición indiscutible. La boca de él llegó más lejos, pues ya había logrado sacar de sus confines el primer seno. Se metió en la boca aquel manjar y jugueteó con su hermano con los dedos, pellizcándolo para darle aún más placer.

Constance arqueó la espalda, perdida. Lo necesitaba como el aire para respirar. Había sido una ingenua al pensar que los dos se conformarían con un beso.

—Ewan… —susurró, mitad súplica, mitad advertencia.

Él se detuvo. La sostuvo un segundo por los hombros. Le faltaba el aliento. Acercó su frente a la de ella. Se notaba la lucha en su pecho, el hombre y el animal desafiándose en silencio.

—Podría disfrutar lo que ofreces aquí y ahora —murmuró, con la voz ronca.

—Hazlo —suplicó ella. No podía más. No quería seguir luchando. Su cuerpo lloraba por su toque, por su lengua, por ser amada y reclamada.

—No lo quiero así. No en un carruaje. En el momento en el que te entregues a mí, no habrá fuerza en Londres capaz de separarnos. No me

apresuraré. Cuando te vuelvas a ofrecer a mí, lo harás porque comprendas que eres mía.

—¿Quieres castigarme? ¿Es eso? ¿Me niegas el placer porque he sido despiadada contigo, Ewan?

—No. —Le agarró la mano y se la colocó sobre su hombría—. Estoy así porque te deseo. Pero, a partir de ahora, no te tendré a cualquier precio. Me confesaste que me amabas en sueños y no te poseeré hasta que me lo confieses con lucidez.

—Ahora mismo podría decirte lo que sea para lograr lo que quiero.

—¿Me amas?

—Sí —confesó.

—¿No me mientes?

—No.

—¿Te casarías conmigo?

—¿Por qué lo haces todo tan complicado?

—Porque lo quiero todo, Constance.

Connie cerró los ojos. Lo deseaba. Lo deseaba con una claridad que la asustaba y la hacía feliz al mismo tiempo. ¿Casarse con él? Wynthorpe no

lo aprobaría. Las consecuencias de desafiar a un hombre como Henry causarían mucho dolor.

Ewan la besó en la frente, se apartó con un esfuerzo hercúleo y dio un par de toques en el techo para que el cochero se detuviese.

Ella lo miró, desconcertada, con la piel aún encendida.

—¿Qué haces?

—Ser el hombre que te mereces —respondió, sin aire.

Abrió la portezuela, bajó al camino y, tras intercambiar dos palabras con el cochero, se encaramó al pescante y tomó asiento a su lado. El golpe de aire frío le vino bien al escocés, pues se llevó con él la brasa más urgente.

El carruaje reanudó la marcha. Constance comenzó a colocarse el vestido en su sitio, al tiempo que intentaba recuperar la respiración. La decepción le pinchaba el orgullo con una aguja fina; por una vez, anhelaba su falta de prudencia.

—¿Qué clase de bruto es tan disciplinado? Desde luego que eres único, *laird* de Dunrath. Inteligente también. Me haces desearte aún más con la privación y crees que para conseguirte tendré que darte todo lo que me pidas. Has lanzado un bonito desafío. —Sonrió—. Te seduciré cueste lo que cueste —terminó de sentenciar, sin decidir si quería

abofetearlo por dejarla con tanta necesidad o besarlo para agradecerle el reto.

La emoción era increíble. Su alma ya estaba condenada, así que no pasaría nada más grave por ser completamente traviesa.

Constance apoyó la cabeza en el respaldo. Seguía ardiendo por haber sentido la suavidad de esos labios sobre su cuerpo. Comenzó a pensar en qué podría hacer para volverlo tan loco como él lo hacía con ella.

Capítulo 10

Una guerra deliciosa

El *cottage* de la finca de Simon se abría a un prado corto, aún húmedo por el rocío mañanero. El campo olía a hierba cortada, a manzanos y a menta. Constance había pedido que le prepararan una cesta para tomar el aire junto al lago porque le parecía que sería un poco más fácil tentarlo si no había nadie cerca.

Llevaba un vestido de muselina color crema, ligero, con un escote que no era audaz pero sí atraía la mirada hasta su cuello. Las horquillas estaban más sueltas de lo debido. La doncella que la atendía no le preguntó nada cuando le pidió que lo hiciese de ese modo.

Así que allí estaba la solterona más fría y severa de todo Londres, a punto de ir de pícnic con un soltero fascinante y sin la debida vigilancia. Nunca en su vida se había sentido más libre. Iba a echar

mucho de menos esos momentos tan despreocupados cuando esa pequeña aventura finalizase. Ah, pero ya se preocuparía de eso cuando llegase el caso. Pensaba disfrutar de todo lo que Ewan MacCrae le estaba brindando. Y aunque era complicado dejar atrás las normas que siempre habían regido su comportamiento, estaba decidida a lograrlo.

—¿No te atas el sombrero? —preguntó Ewan, que la esperaba en la terraza con las manos a la espalda y la cara recién afeitada convertida en una nueva tentación.

Ella le sonrió al darse cuenta de que no había ni una sombra en su rostro. Él se había vuelto a pasar la navaja. Suspiró llena de felicidad. Otra muestra más de que tenía en cuenta sus deseos.

—Esperaba que me ayudases tú —dijo ella, y le tendió el lazo—. ¿Sabes atar cintas sin convertirlas en un nudo marinero?

—He amarrado bueyes en ventiscas —replicó con gravedad—. Sobreviviré a la cinta.

Mientras trabajaba cerca del rostro femenino, no pudo evitar mirar sus labios. Ella se dio cuenta y se los humedeció. No fue un gesto libidinoso, solo algo involuntario de lo que no fue ni consciente. Él gruñó y ella no entendió el motivo.

—¿Ocurre algo, Ewan?

—Me tientas, muchacha.

—¿Con las cintas de un sombrero de paja? —coqueteó al tiempo que le ofrecía una sonrisa.

—Es demasiado pronto para que quieras probar la suavidad de mi rostro. No pienso besarte —la avisó.

—¿Te he pedido que me beses? —inquirió con falsa sorpresa.

No dijo nada más. Se limitó a mirarla a los ojos. Al ver que él no iba a moverse, ella avanzó un poco como para ofrecerse. Ewan gimió y se dio la vuelta. Se había propuesto no seducirla hasta que estuviesen en buenos términos; eso sería hasta que ella admitiese que lo amaba y que deseaba pasar el resto de su vida con él. No había contado con que la muy pícara pudiese manipularlo a su voluntad. Estaba irritado porque no debería sentir el cosquilleo de la anticipación.

Caminaron hasta el lago. Era pequeño, de agua oscura, estaba bordeado por algunos juncos y tenía un sauce que inclinaba la cabellera sobre la orilla. Constance extendió la manta sobre la hierba y sacó fresas, pan tierno y un tarro de miel. Se sentaron frente a frente. Ella no probó bocado al principio, pero luego, una voz malévola le susurró algo a su conciencia. Nunca había hecho caso a ese tipo de susurros. Seleccionó la fresa más bonita, la alzó con dos dedos y se la llevó a los labios con una lentitud muy medida, como si estuviese estudiando el efecto del color sobre la paciencia de un *laird*

escocés. La mordió de un modo muy poco apropiado y luego se pasó la lengua sobre los labios.

—Uhm… deliciosa —Cerró los ojos y suspiró mientras se la tragaba—. Está muy dulce. —Cuando dejó de interpretar aquel papel con el que confiaba no haberse ruborizado hasta las puntas del cabello, buscó la mirada del escocés. Se le veía a punto de… de… ¿de qué? Parecía que no respiraba—. ¿Estás bien? —se preocupó.

—Sé lo que estás haciendo.

—¿Comer una fresa? —inquirió tratando de parecer lo más natural posible.

Ewan negó con la cabeza y sonrió.

—Parece que hoy no lloverá —advirtió el caballero.

Ella se tragó una sonrisa. Constance cogió entonces el tarro de miel.

—¿Podrías abrirlo? —preguntó.

Él lo hizo con facilidad. Ella mojó la punta de un dedo en la miel y se lo llevó a la boca. Murmuró que estaba delicioso y emitió un gemido de placer. A continuación cogió una fresa y la sumergió en la sustancia pegajosa y, al retirarla, un hilo dorado se estiró y le manchó la yema del otro dedo. Se comió la fresa y volvió a emitir esos pequeños gemidos con los que confiaba que él comenzase a

perder la compostura. El pegote de miel seguía en su otro dedo. Constance lo observaba con interés, como si tal accidente fuese un problema doméstico de gran calibre.

—Oh. —Levantó la mano y le mostró la línea de miel—. ¿Tienes un pañuelo? Me he dado cuenta de que he sido muy grosera al… al chuparme los dedos de ese modo.

—Sí —afirmó de modo estrangulado.

—No lo uses. —Sonrió con esa cortesía que ya no era fría—. Resuélvelo como haría un hombre de campo.

Ewan tragó saliva. Ella le estaba ofreciendo el dedo con tal sensualidad… Hubo un minúsculo titubeo, ese instante en que el honor discutía con el hambre. Después, con una seriedad que ocultaba la impaciencia, le cogió la mano por la muñeca y le limpió la gota de miel con los labios, sin dejar de mirarla a los ojos. Fue incendiario para ambos. Constance contenía el aliento. La ausencia de barba volvía el contacto insoportable de tan íntimo que era.

—Solventado —dijo él, ronco.

—Gracias por la… eficacia —aprobó ella, y apartó la cesta como si acabara de concluir una lección. Estaba ardiendo. Si no iba con cuidado terminaría abalanzándose sobre él y eso no lo podía consentir. Una cosa era jugar con fuego y otra muy diferente quemarse viva.

Se fijó en él con disimulo. Ya no parecía estar afectado en absoluto. Contemplaba las nubes.

—Hemos tenido suerte de que esté tan despejado.

Constance no le hizo caso. Se quitó entonces los zapatos de raso. Era poco productivo ponerse ese tipo de calzado para ir por el campo, pero ella tenía planes. Se levantó la falda lo justo para desvelar un detalle que esperaba que él apreciase.

—¿No llevas medias? —Ahí su voz salió estrangulada de nuevo.

—Como bien has observado, el tiempo es maravilloso. Supuse que no las necesitaría. Iré a mojarme un poco los pies en la orilla. —Se levantó más de lo debido la falda para que él pudiese ver un trozo de su muslo.

Cuando comenzó a caminar emitió un quejido.

—¿Qué te ocurre? —Ewan ya estaba sosteniéndola por la cintura.

—El pie. He pisado una piedra. No me atrevo a mirar por si ya se está hinchando.

Oh. Sí. Por descontado que Ewan no había nacido el día anterior. Sabía muy bien que ella estaba jugando con él. El bulto de sus pantalones podría dar

buena cuenta de lo bien que lo estaba haciendo la dama. ¿Desde cuándo sabía ser una desvergonzada de tal envergadura?

Él obedeció la orden implícita. Se arrodilló ante ella y el mundo se encogió al tamaño de un nudo. El perfume de la hierba mojada, la piel clara del tobillo, la curva de la pantorrilla insinuada bajo la muselina… Ewan comenzó a tocar el pie y con la otra mano le acariciaba la pantorrilla.

—Tienes las manos ásperas.

—Eso no me lo podré afeitar —observó él.

Ella le sonrió desde su posición.

—No era una queja, solo una observación.

—No soy un hombre tranquilo que se sienta en un despacho todo el día. Disfruto trabajando con las manos.

—Yo también disfruto del trabajo que haces con las manos, Ewan.

—Santa madre de Dios… —masculló él, pues ella había sido muy clara usando esa afirmación que no era para nada inocente—. Bien, parece que está todo en su lugar. Nada roto.

Se puso de pie y se apartó de ella.

—El agua fresca podría ir bien —supuso Constance, y poco después hundió ambos pies en el agua hasta el tobillo—. ¡Está deliciosa!

La muselina se oscureció donde el borde del vestido rozaba el agua. Se alzó más la tela, así que el escocés podía tener una buena vista de sus blancas pantorrillas. Ella reprimió una risa al verlo observándola de ese modo. Estaba inmóvil y su mirada era inconfundible.

Deseo.

Subió la tela hasta que se quedó varios centímetros por encima de la rodilla. No llevaba tampoco enaguas. Supuso que él ya lo habría notado también.

—Constance… —Usó su nombre como una advertencia.

—¿Por qué no me llamas Connie? Te he escuchado usar ese apelativo pocas veces cuando te diriges a mí.

Ewan se aclaró la garganta mientras se obligaba a subir la vista y concentrarse en sus ojos.

—Dudo que haya muchas personas que te llamen Constance.

—Es cierto. O bien soy la señorita Ainsworth o Connie. Hace mucho calor… ¿no crees? —En ese momento se quitó el sombrero y, tal y como previó, la

hermosa mata de cabello caoba comenzó a caer en cascada.

—No sobreviviré a esta tortura… —masculló el escocés.

Ella salió del lago y se acercó a él. Lo veía tan quieto, con la mandíbula tan apretada que a punto estuvo de echarse a reír. Cuando trazó el pequeño plan para seducirlo se había sentido torpe y tonta. Al parecer ella sí que tenía cierto atractivo que Ewan apreciaba. ¡Qué interesante! Hasta ese momento no había sido consciente de que tenía armas femeninas.

—No sé qué ha sucedido. Arréglalo, por favor.

Era una emboscada y los dos lo sabían. Ewan se colocó detrás de ella. Deshizo con cuidado la única peineta que sujetaba aquel caos calculado. Constance cerró los ojos mientras él la peinaba con los dedos, de la raíz a las puntas, una y otra vez, siguiendo un ritmo que a ella le pareció música. Cuando apartó los mechones del cuello para acomodarlos, sus nudillos rozaron la piel sensible.

—*Mo chridhe*… —se le escapó. Ella lo tenía preso de un hechizo del que no creía poder despertar nunca.

—Sé que esas palabras no hacen referencia a nada malo. ¿Qué significan, Ewan? No me hagas

buscar a otro escocés para que me lo traduzca —preguntó, sin volverse.

—Algo que no debería decirte todavía.

—Dímelo.

—No.

Ella se dejó caer sobre su pecho. Él le apartó el pelo, se lo colocó sobre el lado izquierdo del cuello. Se moría por besarla ahí. Esa piel perfecta lo llamaba a gritos. No pudo ni quiso privarse de su deseo y bajó la boca para dejar caer un tibio beso sobre un lunar de lo más pintoresco.

Constance salió de sus redes y se dirigió hacia el lago de nuevo.

—Bruja… —le dijo en voz muy baja.

—¿Has dicho algo?

—Vuelve aquí. Tú ganas.

—¿Qué?

—Ya me has escuchado. Has ganado, pequeña actriz.

—¿Estábamos jugando? —La inocencia con la que hablaba seguía siendo simulada.

—Tú lo hacías. Ahora ven —le ordenó.

Constance le sonrió. Caminó un par de pasos por la orilla y se levantó un poco más el borde del vestido. Escuchó un gruñido. Era muy consciente de que lo estaba alterando y no le importaba ser malvada.

—Ewan —dijo, suavemente—. Sé que quieres que salga del agua…

—No tienes ni idea de lo que quiero — susurró por lo bajo. Ella no lo escuchó.

—… Pero tendrás que pedírmelo muy bien.

—Sal del agua —solicitó, tratando de controlar su angustia. ¡Sus pantalones iban a reventar!

—¿Así? Qué rudo.

—Por favor, ven.

Hubo una nota que Constance no le había oído antes. Desesperación mezclada con anticipación. Obedeció. Se colocó frente a él.

—¿Deseabas algo, querido? —Aquel nuevo apelativo lo hizo gemir.

—Maldita seas, mujer. Harías pecar a un eunuco. —El que se alejó de ella esta vez fue él.

Constance regresó a la manta con pasos ligeros. Se sentó de lado, exprimió con discreción el borde del vestido y alzó la vista. Ewan seguía de pie, a dos metros. Veía que le costaba respirar. La camisa se le pegaba un poco a los hombros; las mangas remangadas, la garganta limpia, la mandíbula sin barba… una estatua a punto de desmoronarse y, aun así, tan perfecta que ella sabía que se había enamorado de él por completo.

—¿Ewan?

No se giró para preguntar:

—¿Qué?

—¿Por qué no te sientas a mi lado y me das de comer de tu mano un poco de miel y algunas fresas?

—No —dijo él, y alzó la vista hacia el espejo oscuro del lago. Ella sería su muerte—. Creo que voy a… —No terminó la frase.

Se desabrochó el chaleco, lo echó a un lado de la hierba. A continuación se sacó la camisa por la cabeza y la colocó sobre la primera prenda. Se giró para mirarla. Bien. Ella también se había quedado sin respiración al ver su cuerpo. Se llevó una mano a la presilla del pantalón y juraría que ella acababa de emitir un pequeño grito.

—¿Estás bien, *mo ghràdh*?

Constance no había visto nada tan perfecto en toda su vida. No tenía palabras. Sabía que se lo estaba comiendo con los ojos, y pese a ello no podía apartar la vista de tal maravilla. El pecho se descubría ante ella limpio y ancho, con el brillo del sol resbalando por toda esa superficie; un rastro oscuro de vello seguía la línea del centro y desaparecía bajo la cinturilla, insolente en su discreción. La clavícula dibujaba un arco perfecto, la piel recién afeitada del rostro hacía aún más brutal la pulcritud de aquel torso, y cada respiración le marcaba los músculos como si la propia voluntad los cincelase. No había ostentación en él, solo una gran fuerza visible y contenida, calor, y una promesa muda que desarmaba más que cualquier insinuación directa. Constance sintió el impulso de levantarse y pasar la palma por ese mapa único para comprobar que no era mármol sino piel y hueso. Se dio cuenta, con un rubor que no pudo dominar, de que tenía la boca entreabierta. Y no la cerró.

—Dios del cielo… —murmuró para luego morderse el labio inferior. Él podría posar para un artista y sería una obra de arte reproducida.

—¿Constance?

—¿Sí? —No podía pensar.

—¿Estás bien?

—No, no tengo hambre —dijo sin saber cuál había sido la pregunta.

—¿Ya no quieres que te dé miel con los dedos?

—Por amor de Dios… —Apretó los muslos debido al calor que sentía. Él notó el gesto y estuvo satisfecho.

Dejó de observarla y se lanzó al agua sin más ceremonia que un suspiro. Ella estaba ardiendo. Misión cumplida. Pero también él bien podría prenderse fuego. El lago lo recibió con un golpe sordo y una lluvia de gotas que alcanzó las hojas bajas del sauce. Nadó un largo en silencio, salió a la superficie, echó la cabeza atrás y rio, bajito. Sabía que las templadas aguas no le bajarían la temperatura, pero al menos había logrado controlarse y no acercarse a ella para… ¡Dios! Deseaba tanto descansar entre sus muslos…

Constance lo observaba, apoyada en los codos, con una ternura que comenzaba a ser habitual. Estaba confirmado. Se había enamorado de él por completo. Le agradaba que nunca se diese por vencido, que la hubiese conquistado con honestidad, con paciencia. Y luego estaba ese cuerpo que se moría por acariciar.

Cuando Ewan volvió a la orilla, empapado, con el cabello peinado por el agua y una sonrisa devastadora, ella ya tenía un paño de lino dispuesto para que él se secase.

—Ven —dijo, y alzó el lienzo con el que le gustaría inmortalizar su perfecto cuerpo—. Te vas a resfriar.

—Está demasiado caliente para mí —respondió, al tiempo que aceptaba la prenda—. Mi abuela apuntaría a que no hay bastante frialdad en las aguas de Inglaterra para un MacCrae.

—¿Sigues ardiendo? —inquirió coqueta.

—¿Cómo sabes que así era como estaba?

—¿Preferirías que siguiese jugando con inocencia, *laird* de Dunrath?

—En absoluto, *lady* Dunrath —respondió él con naturalidad—. Aunque preferiría que dejases de jugar.

—¿*Lady* Dunrath? —inquirió, olvidándose de la segunda parte.

—¿Te he asustado?

—No. No sabía que todavía se utilizaban esos títulos.

—Te queda bien. ¿Te interesa el puesto? —tanteó.

Ella miró hacia otro lado.

—¿De verdad no tienes frío? —preguntó.

Él se tragó la decepción de su respuesta.

—No. Sigo bastante… caliente. Por lo visto, la miel y una sencilla fresa bastan para que un hombre necesite un baño para recuperar la compostura.

—¿Habías perdido la compostura? —volvió a coquetear.

—Sí, pero tengo mucha disciplina, Constance. No deberías olvidarlo.

—Ya veremos… —contestó la dama.

Él la miró como si acabara de escuchar una promesa. Se sentó, por fin, a una distancia prudente. El sauce dejó caer una sombra amable sobre la manta.

La primera tentación había pasado. Nadie resultó ileso. Y, sin embargo, lo que latía en el aire no era una derrota para ninguno de los dos, sino una complicidad nueva, peligrosa y hermosa, que invitaba a seguir jugando con fuego.

No pensaba desanimarse porque él no la hubiese ni besado. Pronto pasaría a un reto mayor. Ewan no iba a poder resistirse a ella durante mucho tiempo.

***

El resto del día la había estado evitando. Ella lo sabía bien. No comieron juntos. Ewan había mandado a un lacayo para informarle de que tenía un fuerte dolor de cabeza. Mentiroso. Tuvo la tentación de enviarle una nota en la que lo acusase de ser un cobarde. Se resistió.

A la hora de la cena fue ella la que se negó a bajar. Pidió que le subieran una bandeja y había estado esperando pacientemente a que llamase a su puerta. Las horas pasaban y parecía que no iba a perseguirla. Había sido una mujer correcta, recta, toda su vida. ¿Por qué tenía que negarse lo único que había querido de verdad? Lo deseaba con todas sus fuerzas. Él era sublime. Con su atención a Lydia, su santa paciencia a la hora de tratarla a ella… Por amor de Dios, ¡se había quitado su preciada barba! Así que, ¿cómo no iba a caer rendida a sus pies? Ewan MacCrae se había ganado el derecho a que fuese ella quien entrase en su habitación esa noche.

Se armó de valor. Revisó la bata de seda blanca anudada que llevaba. Nada debajo cubría su cuerpo. La noche había caído con una mansedumbre de terciopelo. Era la hora de los amantes.

Volvió a ajustarse el nudo de la bata de seda blanca y cruzó el pasillo en silencio. Llamó una vez. La puerta se abrió al instante.

Ewan estaba sin chaqueta, con la camisa abierta en el cuello.

—¿Ocurre algo?

—Yo… —No era así como había previsto que sucediese. Pensó que él se echaría a un lado y que le permitiría la entrada—. No. No ha ocurrido nada. Solo quería que supieras que también tenía dolor de cabeza esta noche y que estoy mejor. Buenas noches —se despidió y dio media vuelta.

Antes de dar un paso, la mano de Ewan ya estaba en su muñeca. Ella detuvo el paso pero no se ladeó para mirarlo.

—Si me permites hacerte el amor —murmuró, grave—, será para siempre. Pase lo que pase.

Ella alzó la mirada.

—Llevo toda la vida esperándote, Ewan MacCrae.

—Constance, serás mía. ¿Puedes aceptar eso?

—Ya soy tuya —respondió ella, sin vacilar.

Fue entonces cuando la soltó y abrió la puerta para que ella pudiese entrar. Constance alzó el mentón y accedió al interior de la alcoba como si fuese una gran reina. Él cerró la puerta con cuidado. No la tocó de inmediato. La miró. Constance sintió que esa mirada la desvestía mejor que cualquier mano. Avanzó y enroscó los dedos con los suyos. El *laird* se los besó, uno por uno, como si sellase un contrato para toda la vida.

—Dímelo otra vez —pidió él, casi en un susurro.

Ella no necesitó preguntarle a qué se refería.

—Soy tuya.

—¿Para siempre?

—Siempre tendrás mi corazón.

La besó entonces con paciencia, conteniéndose. Primero la comisura, luego el labio inferior, a continuación recorrió el superior con la lengua y después le besó la boca entera, lenta, profundamente, hasta que el aire comenzó a faltarles a los dos. Las manos de Ewan no tuvieron prisa; siguieron el dibujo de la seda, y desanudaron el lazo con un respeto que dolía. La bata se abrió como una confidencia, y Constance no se tapó. Alzó la mirada y pudo ver el modo en que él la devoraba. El temblor la sorprendió a mitad del cuello; él lo sintió y le acunó el rostro con ambas manos.

—Eres el deseo hecho carne. Tan formidable que podría morir lleno de placer con tan solo admirarte.

—No soy joven, Ewan.

—Yo tampoco.

—No entiendo lo que viste en mí.

El escocés le sonrió.

—Creo que será mejor demostrártelo que decírtelo, amor mío. Eso es lo que eres para mí. Mi amor, *mo ghràdh*.

Ella lo entendió. Eso era lo que significaban las palabras que él le recitaba en gaélico.

No le dio opción de responder nada. La besó de nuevo. En esa ocasión tuvo la paciencia de un hombre que entendía el valor de cada segundo. La degustó a sorbos, primero suaves, después más profundos, hasta que el temblor les subió a ambos a la garganta. Constance respondía con un coraje que no sabía que sería capaz de volver a exhibir. Lo atrajo por la nuca y abrió los labios para él, recibiéndolo por completo, invitándolo, marcando su propio compás.

Los dedos de Ewan recorrieron la línea de su clavícula, luego el arco suave del hombro. La acariciaba con las yemas como si estuviese leyendo algo sagrado a través del tacto. Cuando la seda cayó al fin, su piel se erizó bajo el aire tibio de la habitación. Él siguió el camino con besos lentos, muy lentos, que la volvían cálida desde dentro; descendió en espiral, regresó por el centro, ascendió de nuevo para robarle otro beso en la boca, y bajó otra vez, cada vez más seguro del mapa que estaba descubriendo.

Constance ahogó un suspiro cuando él le enmarcó los pechos con las manos, sin prisas, y los acarició de tal forma que no pudo contener un gran gemido. Chupó ambos pezones y tironeó de ellos con

verdadera delicia. Llegó a su feminidad. Estaba resbaladiza. El escocés emitió un gemido de placer. Uno de sus pulgares trazó círculos lentos, deliciosamente tercos, allí donde ella más lo necesitaba. Mientras, la otra mano le sostenía la espalda para que no se perdiese en el camino de la lujuria. Constance arqueó el cuerpo. Un dedo estaba en su canal mientras el otro palpaba un nudo de nervios que la estaba volviendo loca. Se movía al compás de esos dedos revoltosos que estaban a punto de poner patas arriba todo su mundo otra vez. Se ofrecía a él sin pudor. Reclamaba el placer que Ewan le brindaba.

—¿Has estado jugando aquí después de que yo te mostrase el placer, Constance? ¿Uhm?

—Ewan… —susurró su nombre.

—Dímelo. No te juzgaré por ello. Sé honesta.

—Sí. Sí.

—¿Sí, te tocaste, o sí, quieres más?

—Me toqué.

—¿Cuántas veces?

—Una… —confesó, para después emitir un largo suspiro.

—Dime que te imaginabas que era yo hurgando en tu cuerpo, que también gemiste por mí.

—Eras tú… Sí. Tuve que buscar la paz en el carruaje mientras veníamos, porque me encendiste, Ewan. No vuelvas a privarme de… ¡Oh, cielos! —se interrumpió cuando la boca de él se posó en su sexo mientras un segundo dedo iba abriéndola.

Pocos segundos después ella estaba cantando su éxtasis mientras él se embebía de su placer. Y solo podía dar gracias a que su rostro estuviese tan suave. ¡Le prohibiría tener barba para siempre!

—Deliciosa —observó mientras se relamía los labios.

Fueron retrocediendo hasta la cama. El colchón de plumas cedió bajo el peso de dos cuerpos que seguían necesitándose. Ewan la cubrió de besos tranquilos: la sien, el hueco de la oreja, la curva de la clavícula, el centro del pecho…

Cuando el vértigo quiso apurarles el paso, Ewan se detuvo. La frente contra la de ella, las manos entrelazadas.

—Si algo te incomoda, me lo dices y paro —prometió—. Voy a reclamarte, Constance. Eres mi mujer.

—No pares —susurró—. Enséñame a no tener miedo.

Apoyó la punta del tallo en su vaina y comenzó a abrirse paso en aquella estrechez que lo hacía apretar los dientes mientras el sudor se perlaba en su frente. ¡Era el paraíso! Quería ir muy poco a poco y la tortura era brutal.

Llegó al final. Entonces ella sintió una punzada breve pero dolorosa, un borde desconocido. Constance se tensó; él la sostuvo con caricias, con palabras en gaélico dichas muy bajo —las mismas que la habían velado durante la fiebre— y la dejó acomodarse a la intrusión. Ella tenía que comenzar a reconocer su cuerpo. El dolor se volvió calor, el recelo se transformó en una ola que subía desde el vientre hasta la garganta. Ewan aguardó ese momento con la paciencia de una montaña. Solo entonces comenzó a balancear las caderas con más ímpetu, pero siempre sin olvidar una ternura que la hacía sentirse única. Especial.

El mundo se quedó reducido a su respiración acompasada, al crujido leve de la madera, a la seda resbalando por el borde de la cama. Constance lo abrazó con fuerza, como si lo guardase dentro de sí contra todas las inclemencias; él la siguió sin perderla, atento a cada gesto, a cada suspiro, a cada murmullo de placer que nacía de su boca entreabierta. Cuando la ola llegó, los encontró juntos, con los ojos cerrados y la frente pegada. Como dos peregrinos al pie del mismo altar subieron al cielo gritando el uno el nombre del otro.

Después, el silencio fue maravilloso. Ewan le apartó un mechón de la frente y apoyó la mejilla en su cabello.

—Eres todo lo que siempre deseé y pensé que serías —dijo él, con la voz ronca.

—Dios mío… Ha sido… Yo no creía que esto pudiese ser así. Ha sido mucho mejor que la otra vez —alegó Constance, asombrada por la plenitud que la poseía.

El escocés sonrió con suficiencia.

Se quedaron un rato sin hablar. Afuera, el viento movía las hojas del manzano como si contase una historia que solo entendían los que habían elegido escucharla. Ewan, obediente a su promesa de siempre, preguntó con la yema de los dedos y con la boca si todo estaba bien. Constance sonrió contra su hombro. No recordaba cuándo había sonreído así, sin defensa alguna.

—Hay algo que tengo que decirte, Constance. Es importante. —Era el momento de explicarle que estaban casados.

—Yo también tengo que hacerte una confesión urgente.

—Tienes mi atención.

—¿Cuándo nos conocimos escuchaste algo sobre mí? —tanteó.

—Solo cosas buenas.

—No hay una forma fácil de decirlo. Así que escúchame. Es un peso que necesito compartir contigo.

—¿Es sobre Wynthorpe? —supuso él.

La vio afirmar con la cabeza. Estaban en esos momentos abrazados, él con la espalda pegada al colchón y ella con la mitad de su cuerpo sobre el masculino. Ewan le acariciaba el brazo.

—Dijeron que yo era la amante de Wynthorpe. Y no es verdad.

—Oh, *mo ghràdh*. No había oído nada de eso. Lo que sí sé es que eras virgen hasta esta noche.

—¿Cómo puedes saberlo? —No lo entendía.

—Porque sentí tu barrera romperse cuando entré en ti. Espero que estés bien. —Tan dura para unas cosas y tan inocente para otras. ¿Cómo no iba a amarla?

Ella se sonrojó. No se había dado cuenta de esa eventualidad. Tenía mucho que aprender sobre la carnalidad.

—Estoy bien.

—Lo que a mí me interesa es saber si lo amas.

—¿A quién? —Se había perdido algo.

—Al hermano de Lydia.

—¿Qué?

—Sé que hubo algo entre vosotros, Constance.

—Eso es otro vil rumor.

—No. No es ningún rumor porque yo sé lo que vi cuando nos sorprendió en tu casa estando a solas. Me consideró como a un rival y yo también lo reconocí como tal.

—Eso no es así. Es como un hermano para mí.

—No es lo que vi, Constance —le dijo con suavidad.

—No me hagas contártelo, te lo suplico.

—Es importante que confíes en mí. Sé que no eres su amante porque soy el primer y único hombre al que vas a conocer íntimamente, pero…

—¿Amante de Henry? —graznó—. ¿Creías que cuando nombré el título de Wynthorpe me refería a él?

—Sé lo que vi —insistió.

—No. El rumor del que te hablaba no lo involucraba a él, sino a su padre. Todo el mundo puso en tela de juicio el motivo por el que yo… Oh, cielos. No hay solo uno, son varios secretos que…

—Tranquilízate, Constance. Está hecho. Eres mi mujer. Sea lo que sea, lo vamos a superar juntos.

—Todo esto no. —Ella se separó de él y Ewan la agarró y le dio un tirón.

—Nunca te apartes de mí cuando estés nerviosa. Yo te tranquilizaré. Mi fuerza es la tuya; no huyas. Pase lo que pase, no te alejes de mí. Ahora organiza tus pensamientos y háblame de Wynthorpe. De Henry.

—Por amor de Dios, acabo de hacer el amor contigo. ¿Cómo puedes estar celoso de otro hombre del que te he dicho que es como mi hermano?

—Porque quiero saber si puedo confiar en él.

—¿Y en mí? ¿Confías en mí?

—De otro modo no te hubiese perseguido durante tanto tiempo.

—Oh, Ewan, no quiero desvelarte mis secretos. No me mirarás del mismo modo cuando los sepas. No me gustaría perder esto que tenemos.

—Eso no va a pasar. ¿Hiciste algo indebido con Henry como lo que hicimos tú y yo antes de que te poseyera esta noche?

—¡Estás celoso! ¡No confías en mí! Y me estás faltando al respeto, pero claro, solo yo tengo la culpa por haberme comportado contigo como una falda ligera —le arrojó a la cara.

—No eres nada como lo que has dicho. Me siento posesivo contigo, Constance. Cuando descubrí que Rafe había intentado que lo aceptases… Me faltó poco para darle una paliza de muerte.

—Hablemos de eso. ¿Por qué tu amigo te involucró en…?

—No me involucró en nada —la interrumpió —. Eso ya te lo expliqué. Cuéntame lo que deba saber sobre Henry.

—Eso no es lo que podría separarnos. Es otra cosa —dijo en un murmullo.

—Sigues sin entenderlo, Constance. Está hecho. Estamos unidos para siempre. Nada ni nadie va a separarnos.

—No. En cuanto sepas que yo soy…

—Que eres ¿qué? —la presionó cuando se quedó callada.

—Mi madre no era viuda como todo el mundo creía, Ewan.

—¿Qué?

—Soy una bastarda.

—No uses esa palabra, Constance —la amonestó—. Tú eres luz, eres hermosa, pura y buena.

—Pero nací fuera del matrimonio. Es por eso por lo que siempre he apartado a todo el mundo de mi lado.

—No, a todo el mundo no. A mí me acogiste bajo tu ala y no me he despegado de ahí.

—¡Para lo que te han servido las lecciones que te di! —lo acusó.

—Constance.

—¿Sí?

—No me importa lo que hiciese tu madre.

—A mí sí. A la buena sociedad le importaría si lo supiera.

—Olvídate de eso. Háblame de Henry. Dime lo que hubo entre vosotros dos.

—No.

—Sí. Dilo, no puede ser peor que ser una hija ilegítima.

—¿Así que me censuras?

—No cambies el rumbo de la conversación.

—Es mi hermano.

—Pero algo ocurrió. Lo sé.

—No, Ewan. Escúchame bien. Henry *es* —arrastró la palabra— mi hermano.

El silencio fue ensordecedor. En esos instantes Ewan no comprendía nada. Si en verdad ellos eran hermanos, no tenía ningún sentido aquella reacción del duque cuando lo pescó en una habitación con ella. Y luego estaba aquella visita que le hizo cuando fue a interrogarlo sobre lo sucedido en aquel baile.

—No lo entiendo… —musitó.

—¿El qué?

—Todo. Él no se comportó como un amoroso hermano, a no ser que… ¿Se enamoró de ti a pesar de que fueses su hermana?

—¡No! —Suspiró—. Él no sabe que los tres compartimos la misma sangre. Es un secreto que no debía decirle a nadie y ahora ya lo saben dos personas. El anterior duque debe estar muy decepcionado conmigo.

—¿Quién más lo sabe?

—¿Podemos dejar el asunto? Estoy cansada.

—No. Necesito saber lo que hay entre vosotros para establecer el mejor modo de protegerte.

—¡No tienes que protegerme de él!

—Vamos, Constance, termina la historia para que la entienda mejor —la animó.

Ella suspiró otra vez, resignada.

—Los dos comenzamos a encariñarnos…

—Lo sabía —expuso triunfante.

—El anterior Wynthorpe me dijo que esa relación no podía ser porque sospechaba que era también mi padre.

—Y mandaste a Henry el esnob al infierno.

—¿Es necesario utilizar esas palabras?

—Me disculpo. ¿Qué sucedió?

—El anterior duque era maravilloso. Me quería muchísimo aunque sentía predilección por Lydia. Me dio un hogar y me convirtió en la compañera inseparable de su hija pequeña. Conoció a mi madre en Londres. Su duquesa estaba enferma y él necesitaba consuelo. Eso es lo que me dijo. Se avergonzaba de sus acciones, pero no de mí.

—¿Y si te mintió porque no quería que su heredero acabase casado contigo, Constance?

—No. ¿De quién crees que aprendí a ser tan severa, correcta y sincera? Ese hombre no habrá contado ni una sola mentira en su vida. Cometió un único desliz con mi madre. Su único pecado, estoy segura. Además, tengo recuerdos confusos de cuando era más joven. Vivía con mi madre en una preciosa casa en el campo, pero a veces me llevaba a Londres y visitaba a un viejo amigo al que tenía cariño. Me explicó que él la ayudó cuando llegó a la ciudad, hasta que se casó y la dejó atrás. Roseline, así se llamaba mi madre, era la hija de un caballero sin fortuna que tuvo que aprender a valerse por sí misma.

—¿Qué estás pensando?

—Creo que antes del duque, ella era una cortesana, Ewan —le explicó, preparada para que le dijese que no quería volver a verla después de esa pequeña aventura.

Constance agachó la cabeza y el escocés le colocó un dedo en el mentón para que lo mirase a los ojos.

—No me importa lo que hiciese tu madre —le repitió.

—¿Cómo no puede importarte?

—Porque me he enamorado de ti. No hay nada en esta vida que pudieses hacer para que me apartase de tu lado.

—Estás loco —susurró.

—Muchísimo. Ahora… ¿Cuánto se enfadó Henry cuando lo abandonaste?

—¿Tan importante es todo eso para ti?

—Curiosidad que necesito satisfacer.

Ella resopló.

—Se fue un día de casa y poco después anunció su compromiso. Me quité un gran peso de encima cuando conocí a Ava. Sabía que ella lo haría feliz.

—Debiste haberle explicado a…

—¿De qué hubiese servido? —lo cortó, anticipándose a la cuestión—. No quería que padre e

hijo se peleasen y él iba a casarse. El duque me pidió que no lo contase y no quise traicionar su confianza.

—Se lo dijiste a la esposa de tu hermano —supuso él—. ¿Me equivoco, Constance?

—He descubierto hace poco que el orgullo de un hombre puede ser muy frágil. No te lleves a engaño. Mi hermano está enamorado de su duquesa. Yo los he visto. Lo que tú presenciaste fue el orgullo de Henry convertido en ira. No me había interesado antes ningún caballero. Tenía demasiados secretos que proteger. Lo que no previ fue que un poderoso *laird* consiguiese derribar todas mis defensas. Supongo que al verte, al verme a mí, él…

—Se puso celoso.

—No. No me estás escuchando. Fue el orgullo. Y luego en la fiesta… Verás, Ava habló conmigo hace unos días. Me preguntó lo que nunca se había atrevido a saber. Notó que Henry estaba intranquilo porque tú estabas cerca de mí. Y… —Suspiró. La conversación era terriblemente incómoda.

—Y se lo confesaste para que no sufriese.

—Se lo dije para que comprendiese que él todavía estaba resentido conmigo. No porque me ame como a algo más que a una especie de hermana.

El silencio se prolongó. Ewan estaba dándole forma a todo ese gran rompecabezas.

Londres y sus grandes intrigas y secretos… Entendió que era el momento de compartir la noticia de que habían consumado su matrimonio.

—¿Constance? —preguntó en un susurro.

—¿Uhm? —Tenía los ojos cerrados y su respiración era irregular.

—Eres mi mujer.

—Sí, ya lo sé… —murmuró entre la consciencia y el sueño.

—Estamos casados —musitó. La reacción de ella a su confesión fue emitir un ligero ronquido—. Bueno. Yo ya te lo he dicho.

—¿Ewan? —preguntó cuando él la abrazó con más fuerza.

—Duérmete —le aconsejó—. Estoy aquí.

—No te vayas.

—Nunca. —Y la palabra se empleó con toda su fuerza.

Aquella noche hicieron el amor varias veces. Parecían no saciarse el uno del otro.

Capítulo 11
El sueño más dulce

Durante los días en la finca, la vida se les volvió un rito sencillo y lleno de alegría. Ella se levantaba antes que él, no porque tuviese prisa sino por costumbre. Era una casa pequeña, muy discreta, con poco personal, así que ellos contribuían también a su funcionamiento. Constance abría la ventana del dormitorio y dejaba entrar el olor a manzano. Escuchaba luego los pasos de Ewan mientras se arreglaba en el vestidor, el roce de su camisa contra la pared, el carraspeo que anunciaba que ya estaba listo para hacer alguna actividad juntos, como caminar o leer.

Había descubierto que prefería el café por la mañana y que el té de la tarde se lo podía saltar con facilidad. Le gustaba el café fuerte, aunque se ponía una buena cucharada de azúcar en la taza. Ella notaba que se lo bebía con gusto. Aprendieron a desayunar sin premura: pan tierno, fruta, mantequilla

que el ama de llaves dejaba envuelta en lino. Él le pedía que se llevase una fresa a la boca cada vez que tenía ocasión; ella fingía no recordar por qué dicho manjar mezclado con miel era peligroso.

A media mañana se les veía pasear por el prado, sin hablar demasiado, como si confiaran la conversación al aire y se limitasen a disfrutar de la compañía del otro. Ewan se detenía junto a las cercas y examinaba tablones y bisagras, tal y como solía hacer en su castillo de Dunrath. Llevaba siempre una navaja en el bolsillo y decía que nada afligía tanto a un *laird* como una tabla floja. Ella asentía y disfrutaba de verlo arrodillado, con las manos llenas de trabajo. Pensaba que aquel gesto de arreglar una cerca era otra forma de arreglarle la vida a alguien. Era un hombre que no necesitaba a nadie para hacer ningún trabajo. Tan competente que la abrumaba. No había conocido nunca a nadie así. Se enorgullecía de arreglar cosas con sus propias manos.

Había tardes de lectura en el salón pequeño, con la luz cayendo en diagonal sobre la alfombra. Constance le leía en voz alta ensayos que le gustaban desde siempre, dado que la biblioteca de Simon era bastante completa, y él, que no había nacido para descansar en un sillón, escuchaba pacientemente solo porque ella era la que lo entretenía. Para Ewan, ella ya no era la misma que conoció en Londres. Se veía más tranquila, más relajada y dispuesta a no juzgarlo todo con tanta severidad. Aunque a veces ella interrumpía el párrafo de la lectura para apuntar una corrección de estilo y él asentía con media sonrisa. Le gustaba de ambas

maneras: relajada o severa, porque, en definitiva, era perfecta. Perfecta para él.

En el jardín acabaron inventando una rutina: ella recogía flores con mimo y él las colocaba en jarras con una torpeza que la hacía reír. Era tan metódica en todo que no podía dejar de observarla. Constance decidía el sitio exacto de cada ramo; Ewan siempre preguntaba si esa jarra no quedaría mejor junto al piano, y ella —que llevaba años sin tocar— iba, se sentaba un minuto y tocaba una breve melodía porque sabía que a él le gustaba la música.

Se estaban conociendo, sobre todo, por los detalles pequeños. Ella aprendió que él se cortaba la mejilla si ella se quedaba observando cómo completaba la tarea de afeitarse. Él descubrió que a ella le dolían las sienes justo antes de que la lluvia se anunciase y que el paño frío que la aliviaba debía cambiarse sin hacer ruido para que el dolor quedase atrás. Había noches de tormenta en que ella fingía dormir y él se quedaba a su lado, por si el trueno la obligaba a buscarle la mano. Se demostraban sin palabras que la fortaleza también consistía en vigilar el sueño del ser amado.

Alrededor del mediodía, cuando la casa se quedaba vacía, él solía marcharse al cobertizo. Tallaba madera con paciencia, y de esas tardes fue saliendo una caja con tapa donde guardar enseres valiosos.

Algunas tardes, cuando el clima lo permitía, iban al lago. Él nadaba como si el agua, más que un alivio, fuese un entrenamiento antes de hacerle el

amor; ella se quedaba en la orilla con un libro que no avanzaba porque no podía dejar de admirarlo. Algunas veces él regresaba con el pelo pegado a la frente y la camisa colgando del brazo. Ella utilizaba el paño para secarlo porque eso le daba placer. Hacía tiempo que la disciplina no era necesaria, dado que hacían el amor cuando se les antojaba.

La noche trajo sus propios hábitos. Eran un par de amantes que iban descubriendo el mejor modo de satisfacerse, de llegar al clímax sin vergüenza alguna, disfrutando y explorándose el uno al otro. Él sostenía siempre la promesa que le había hecho —la de parar si algo la incomodaba—, y ella se descubrió pidiéndole mayor creatividad porque deseaba aprenderlo todo.

Con cada nuevo día, Constance iba quitándose armaduras que ni sabía que llevaba. Dejó de corregir el pliegue del mantel cuando él lo colocaba torcido; dejó de llamarlo señor MacCrae incluso cuando deseaba reprobarlo, porque él ya era siempre Ewan. Se permitía, a veces, dejar un mechón fuera del moño solo porque a su escocés se le iba la mirada ahí y disfrutaba cuando se lo colocaba tras la oreja. Él, por su parte, entendió que había estado esperando, desde hacía años, esa complicidad cómoda que compartían. Constance era la mujer que el destino le tenía reservada. Mantenía el secreto de la boda con la firmeza de un muro. Escribió una lista de necesidades para el regreso de Lydia y se afeitaba la barba puntualmente, sin quejarse, pese a que ella no se lo había pedido.

Se enamoraban cada día más y más. Ella encontró abrigo en el modo en que él abría una puerta y se colocaba delante para que el viento no la perturbase. Él se reconoció conquistado en el gesto con que ella le servía el café, exactamente como le gustaba. Ella empezó a medir el tiempo por el sonido de su risa; él comenzó a llamarla *mo chridhe* en su fuero interno, incluso cuando se enfurruñaban por alguna tontería como el nombre de una flor.

También hubo discusiones un poco más serias. Se toparon con el carácter de ambos como quien chocaba con una esquina que ya estaba ahí: ella quiso organizarle la pequeña maleta de herramientas, él dijo que todo no necesitaba estar siempre ordenado; él insistió en arreglar una teja en plena llovizna, ella le recordó que no era invencible. Aprendieron a ceder y a reconciliarse con besos y caricias que terminaban en arrebatos de grandes amantes.

En el fondo, cada día era una carta de recomendación escrita de uno para el otro. No hablaban de Londres. Tampoco hacían planes grandilocuentes. El futuro quedaba lejos todavía. Ewan sabía que las cosas ya estaban en su lugar. Constance se limitaba a vivir y a disfrutar del presente.

Se fueron haciendo pareja por la acumulación de detalles: el vaso siempre puesto a su izquierda —como lo prefería él—, la manta doblada al pie de la cama —como quería ella—, la risa que aparecía exactamente cuando uno de los dos la necesitaba. Al cabo de las semanas, la gracia del

comienzo dejó paso a algo más profundo: la tranquilidad de elegir estar juntos cada mañana. Él pensó que aquello era el verdadero significado de hogar. Ella, que había vivido al pie de normas desde que llegó a casa de Wynthorpe, lo nombró en su corazón de otra forma: descanso y amor.

Pero nada duraba eternamente y, menos que nada, la felicidad. La carta llegó a media mañana, con el lacre del vizconde Trowbridge y ese doble subrayado que Simon reservaba para lo urgente en las frases más importantes. Ewan la leyó de pie, apoyado en el quicio de la puerta, y el gesto se le endureció lo justo: Wynthorpe había regresado a Londres. Su mejor amigo le aconsejaba volver lo antes posible y apagar los incendios. No solo había uno con el duque, sino que también comenzaría otro con Rafe cuando se enterase de que Constance se había convertido en *lady* Dunrath.

Cuando compartió la noticia del regreso de Lydia, Connie se alegró, pero sintió cómo el prado, el lago y la paz recién descubierta se le encogían en el pecho. Se obligó a respirar despacio. Londres significaba cautela, invitaciones, ojos que juzgaban desde detrás de un abanico. Significaba volver a tener a Henry de visita en su casa con la mandíbula apretada. Significaba también tomar una decisión sobre Ewan.

—Hay que volver a la realidad —dijo él. Era una gran verdad que ambos sabían.

La dama asintió.

—Lo sé —apuntó con una tranquilidad que no sentía.

—¿Confías en mí, Constance?

—Sí.

—Entonces no tengas miedo de nada, ¿de acuerdo? —Y ella supo que él ya la conocía bien.

—De acuerdo —le dijo, sin saber del todo qué era lo que estaba admitiendo.

No preguntó cuándo partirían, pues sabía que sería esa misma tarde. Comenzó a preparar su baúl. Mientras doblaba la bata blanca —esa que tenía todavía en su memoria las promesas iniciales—, un pensamiento se le clavó como la punzada de un alfiler: no quería dejar de ser su amante. No sabría vivir ya sin él, a salvo de la necesidad de su propio cuerpo. En Londres no habría lago, ni *cottage*, ni amaneceres sin testigos. Había sido correcta toda una vida. En esos momentos estaba segura de que no podría volver a ser la mujer que no pedía más, que no se atrevía a buscar su felicidad.

Ewan la encontró revisando la maleta por tercera vez. No la tocó; dejó la mano sobre el respaldo de la silla y se limitó a admirarla en todo su esplendor. No quería decirle la verdad sobre su matrimonio porque no deseaba provocar una pelea. Su abuela siempre le recomendaba aguardar al momento oportuno para desvelar una verdad o tomar una decisión. El escocés estaba convencido de que

cuando llegase dicho momento él lo sabría sin ninguna duda. Todavía no.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No lo parece. Te estás preocupando y ya te he dicho que eso me toca a mí a partir de ahora. Confía, Constance —le recordó.

—No estoy preparada para regresar.

—Lo sé.

—En Londres… ¿Qué vamos a ser?

Él respiró por la nariz conteniéndose, como haría un experto domador que sujetaba un caballo encabritado para no provocarlo.

—Seré lo que ya soy: el hombre que está a tu lado.

Constance le sostuvo la mirada.

—Bien —aceptó.

No había promesas grandes, no había palabras que mencionaran un altar; había solo una certeza que le rozaba el orgullo y la dejaba sin escudo. Era consciente de que no podía vivir sin él, que no quería volver a su cama fría ni a la corrección

pura, que quizá lo único decente que había hecho en su vida era reclamar al *laird* de Dunrath para sí. Desde que lo vio por primera vez supo que él no era una posibilidad; ningún caballero lo sería debido a su condición de hija ilegítima, hija de una cortesana. Y, sin embargo, se sentía devastada porque no hubiese habido entre ambos ni una sola mención al matrimonio.

¡Dios!

Deseaba que él se lo pidiera. Que se declarase preso de un amor incondicional que lo conminase a sellar la eternidad de su destino. No estaba sobre la mesa dicha cuestión. No era labor de una mujer proponer algo así. Ella no podía hacerlo, no por falta de iniciativa, sino porque podría rechazarla y no se recuperaría de algo así. ¿Y si él, después de haberle contado la verdad sobre sus orígenes, se estaba replanteando su relación? ¿Le bastaría a ella convertirse solo en su amante hasta que él encontrase a una mujer digna para casarse?

Una lágrima se le escapó del ojo derecho. Se la limpió de inmediato, pero el *laird* de las *Highlands* ya la había visto. Se apresuró a abrazarla.

—Me mata verte así. No quiero que estés triste, Constance.

La voz le salió menos severa de lo previsto.

—Y yo, no quiero perderte —admitió, con la dignidad que se empleaba para una confesión de tal

magnitud—. No quiero dejar de ser… tuya. —Que el Creador se apiadase de su alma porque lo amaría de la forma en la que él se lo permitiese: a plena luz o durante las noches cuando nadie pudiese verlos.

El escocés se separó de ella y le cogió la mano para luego besarle los nudillos.

—¿No lo sabes aún, Constance?

—¿El qué? —le preguntó con los ojos todavía húmedos.

—No vas a perderme —dijo—. Ni en Londres ni en la luna. Soy tuyo desde que tiré todas aquellas copas y me miraste con horror. —Ella se rio —. Eso es, por fin ríes. ¿Qué otra prueba necesitaría para saber que eres la mujer perfecta para mí? Somos el uno para el otro. Tú me necesitabas para comenzar a reír y yo a ti para tomarme más en serio la vida.

—Tengo miedo.

—Yo también estoy aterrado —le confesó. Aunque no iba a decirle que temía su reacción cuando supiera que se había casado con ella sin que le diese su aprobación previamente. Los antepasados de Ewan estarían satisfechos con su decisión de reclamarla antes de perderla, porque eso era lo que se hacía en Escocia cuando un guerrero sabía que había encontrado a su compañera. Dudaba que ella diese saltos de alegría cuando se enterase de la

situación. No. Mejor continuar en silencio y esperar a estar seguro de soltar la noticia.

—Ewan… —Comenzó la frase diciendo su nombre pero no supo cómo continuar.

—No más preocupaciones por el momento. Eres mi mujer y yo soy tu hombre.

—Sí.

Quiso creerle. Pero otra inquietud tiró por dentro. Seguía sin hablar de una unión más permanente.

No lo presionó. Prefirió aceptar que haría frente a lo que viniera, que confiaría en su paciencia. Guardó el último pañuelo, cerró la maleta y le pidió un minuto más para arreglarse el pelo. En el espejo vio a una mujer distinta: el peinado un poco menos severo, la boca más dada a la sonrisa y los ojos con mayor ilusión.

El carruaje los esperaba en la arboleda de la entrada. El cochero ya había colocado dos mantas y una botellita de agua de lavanda por si el camino levantaba polvo. Ewan le ofreció la mano para subir; ella la aceptó y reconoció el calor de esos dedos que ya conocía mejor que el ritmo de su propio pulso.

Mientras las ruedas giraban sobre la gravilla, Constance se permitió un pensamiento prohibido: aunque Londres les quitase la ilusión, no permitiría que se llevase los recuerdos. Si el precio de tenerlo

era aprender a vivir evitando las miradas, aprendería. Si el precio era ocultar su propio deseo entre las sombras, lo ocultaría. Se sentó erguida, con el mentón alto, y se dijo que la rectitud también consistía en defender la felicidad elegida.

Ewan, a su lado, no hablaba de planes ni de papeles. Citaba cosas pequeñas: el café de la mañana, una reparación en la verja de la casa de Connie o colocar un ramo para el salón. Estaba distrayéndola para que no se pusiera más triste. En cada detalle había un mensaje claro, y ese era el de la promesa de seguir a su lado, pero ¿hasta cuándo?

En el momento en el que el *cottage* quedó atrás y el lago fue ya solo un espejismo en el recuerdo, Constance posó la mano sobre el asiento, cerca de la de él. No se la tocó. Él giró apenas la muñeca y la cubrió con la suya. No hizo falta decir nada más. Londres los esperaba. Y, aunque no hubiesen decidido aún qué nombre llevaría lo suyo ante el mundo, los dos sabían lo esencial. Y eso, por el momento, tendría que bastar. Al menos eso era lo que ella sentía.

En lo que pareció un parpadeo, llegaron a su destino. Antes de despedirse, Ewan le dio una orden. Sí. Una orden. Le dijo que la noche siguiente habría un baile en casa del vizconde Trowbridge y que debía acudir.

No le permitió alegar nada. Ewan le dio un ligero beso en los labios después de emitir aquel decreto y luego se marchó.

¿Una fiesta?

Constance no entendió nada.

***

El salón estaba ya en plena ebullición y, aun así, Trowbridge había conseguido que los criados se moviesen como una coreografía silenciosa. En un rincón estratégico —desde el que se veía la puerta, la orquesta y, por desgracia, a media docena de matronas con los ojos de águila— Ewan y Simon hacían guardia.

—Dilo de una maldita vez —lo azuzó el escocés.

—Quiero dejar constancia —murmuró Simon, con una copa intacta en la mano— de que esto es un ultraje a la soltería. Un soltero no organiza una velada de este tamaño sin poner en peligro su reputación, su bolsillo y su paciencia. Me ha tenido que ayudar mi anciana tía, quien está convencida de que busco esposa. Cuando mi compinche me mandó una carta ordenándome tenerlo todo listo para una noche de música, conversación y otras sorpresas; lo mandé a paseo por escrito. En latín. Dos veces.

—Y, sin embargo, aquí estás, al lado de tu compinche, quien sabía que seguirías sus órdenes porque se lo debías —replicó Ewan, divertido, hablando de sí mismo en tercera persona.

—Te detesto más que a Azrael.

—No lo haces. Eso es imposible. Ahora di lo que tienes que decir y avancemos, Simon. Y trata de no ser demasiado ofensivo —le advirtió.

Intercambiaron una mirada cómplice. Ambos sabían a qué se estaban refiriendo.

—¿Qué apuesta perdiste para permitir que te limpiasen todos esos rastrojos del rostro? —preguntó en alusión a su barba. Ciertamente no lo había reconocido cuando lo vio, pero como el escocés no mencionó nada al respecto, Simon no quiso sacar el asunto a colación. Pero el rudo de su amigo tenía que haber notado que él no dejaba de mirarlo todo el rato.

—Voy a decírtelo, y como hagas alguna broma indecente, te daré un puñetazo que te dejará en la cama dos días, ¿comprendes?

—Mantendré la boca cerrada —prometió, solemne.

—Ella me prefiere así —desveló con sencillez.

Las carcajadas no tardaron en llegar. Ewan lo miró con furia.

—No mencionaste nada sobre reírme, y de las mil cosas indecentes que podría decir sobre la motivación de la dama para que te rasures, no he mencionado ninguna.

—¿Mil?

—Sí, porque está el asunto de que te ha castrado, de que la dama prefiere que su piel no se enrojezca cuando tú la lames y…

—No digas nada más o de verdad cumpliré mi amenaza y Azrael me recompensará por darte tu merecido. Por cierto, ¿los has invitado?

—Sí, pero ya los conoces. Rafe y mi *querido* —arrastró la palabra— primo deben haber parado en algún burdel antes de venir.

—¿Por qué siempre piensas mal de ellos?

—¿Alguna vez hacen algo que sea decente?

Ewan no pudo rebatir la cuestión.

—Esta noche será bastante intensa.

—De ahí que accediese a tus deseos sobre organizar una fiesta.

—Solo quieres que me pelee con Rafe.

—Cosa que ocurrirá cuando sepa lo que has hecho. Azrael te atacará y yo me pondré de tu parte. Será equilibrado —le garantizó.

—No me pelearé con Rafe si él se comporta.

—No lo hará.

—Tendrá que seguir buscando esposa. Rafe no se convertirá en un escándalo esta noche, por su propio bien. No le conviene.

—Crees que lo tienes todo bien planeado, ¿eh? Déjalo, no respondas. Inventario rápido, para que no te sobresaltes: Wynthorpe y su preciosa duquesa llegaron hace un cuarto de hora.

—Sé que están aquí, Simon.

—Él aprieta la mandíbula cada vez que te ve, como si fuese a morder un diamante y no le importase quedarse sin dientes; ella sonríe como si fuese la noche de bodas.

—Una mujer inocente no sonríe durante su noche de bodas. Está atemorizada.

—¿Lo sabes por propia experiencia? —inquirió con humor su mejor amigo.

—¿Quieres ver lo que opina mi puño de tu cuestión?

—Sigamos pues con la lista de nuestros invitados, porque Rafe acaba de llegar, seguido de mi primo.

—¿Dónde está?

—Allí —señaló a la derecha—, poniendo los ojos en una condesa que ha acabado el periodo de luto. Por cierto, te rogaría que esta noche te andes con más cuidado, no quisiera tener que reponer toda la cristalería.

—Fue una vez —gruñó Ewan.

—Puedes romperla entera si provocas una guerra con Rafe y Azrael. —Ewan volvió a emitir un sonido poco delicado—. Bien, vayamos a lo serio… ¿Cómo se tomó ella la noticia? No demasiado mal si estás vivo… Aunque no la estás custodiando en mi fiesta y eso puede significar que…

Ewan parpadeó.

—No se lo he dicho —lo frenó.

Simon lo miró como si acabara de confesar que pensaba bailar una *giga* encima del piano.

—Perdona, ¿cómo que no se lo has dicho?

—Aún no —repitió Ewan, encogiéndose de hombros—. No era el momento.

—¿No era el momento… después de casarte con ella y disfrutar de una luna de miel en mi *cottage*? —bajó la voz hasta convertirla en un susurro indignado—. MacCrae, si llegas a ser más escocés, te habrían nombrado rey de las *Highlands*.

—Era mi luna de miel, como tú bien has recordado. No quería tener ninguna distracción.

—Dirás discusión.

—Lo mismo es.

—¿Y crees que ella sabrá que está casada contigo antes de que el cabello se le vuelva plateado?

—Esta noche lo sabrá.

—Perfecto. No solo perderé la cristalería; la dama arrasará la casa entera y Wynthorpe quemará lo que quede. Elegí mal a mi enemigo; Azrael no me traería tantos problemas como tú. ¿Y cuál es el plan maquinado por tu ilustre cabeza?

—El plan es simple: decirle la verdad. Con testigos. Con música. Se alegrará de ser mi esposa.

—Sí, por eso no se lo has dicho antes —ironizó—. Mira, si sobrevives, te invitaré a un trago de mi mejor *whisky*.

—Yo te suministro dicho licor.

—Y por eso lo compartiremos si sobrevives.

—Sobreviviré —aseguró Ewan, observando de reojo la puerta—. Y, por cierto, gracias por prestarme tu casa de campo. Es habitual que planees y lleves a cabo maldades, fue un detalle sugerir que me refugiase allí con Constance.

Simon suspiró.

—Pues ya que hablamos de fechorías… He reconsiderado lo que le hice a la chica.

—¿Qué chica?

—*Lady* Lydia.

Ewan dejó de sonreír.

—Eso ya me lo dijiste.

—Pero esta vez es verdad —confesó.

—¿Sí?

—Sí —asintió Simon, al tiempo que lo miraba de frente—. Fui un necio. Nunca debí empujarla al Serpentine. Me lo he propuesto: voy a brindarle mi protección hasta que sienta que ya he pagado por mi deuda.

—¿Cómo planeas hacerlo?

—Eso es lo malo. Todavía no lo he decidido, pero seré una especie de ángel de la guarda. Cuando

tenga un problema, Dios no lo quiera, estaré allí para ella.

Ewan asintió despacio.

—Eso te honra.

—No me honra; me absuelve —bufó Simon —. Y ahora, volviendo a tu suicidio matrimonial…

—Constance… Juro por Dios que esa mujer se convirtió en una solterona por voluntad propia… —murmuró Ewan, y por primera vez la frase le salió como una oración.

Simon siguió su mirada hacia la puerta y silbó muy bajo.

—Vaya mujer.

—Y es mía. Toda, entera, completamente mía —se reafirmó Ewan.

Le robaría el aliento a cualquiera. Era hermosa más allá de la simple apariencia. Llevaba un vestido de seda verde oscuro, con talle ceñido, un escote increíble que dejaba limpia la línea de la clavícula y una falda que respiraba con cada paso que daba como si tuviera vida propia. Iba ataviada con unos guantes de color marfil hasta el codo, con una pulsera finísima en la muñeca y el cabello lo llevaba recogido sobre la coronilla, con un mechón deliberadamente indócil rozándole la sien. Ewan la vio y el mundo enmudeció. Le faltaba el aire, tanto como

en la primera brazada al nadar en un lago helado. Lo cual no tenía ningún sentido porque su sangre se había encendido más que las mismas llamas del infierno. No pensaba en escapar ni en pelear; sabía que tenía que informarla de la verdad y luego pedirle perdón, prometerle con calma que había tomado la decisión por su bien. Aunque, por primera vez en mucho tiempo, el fornido *laird* de Dunrath tuvo miedo de no ser suficiente para esa mujer que convertía la luz en pasión.

—Intenta no parecer un carnero a punto de embestir. Sonríe como un caballero, no la devores con tanta intensidad.

—Es imposible permanecer impasible cuando ella es… es… —Suspiró—. No soy un carnero a punto de embestir, Simon. Estoy enamorado.

—Dios nos ampare. ¡Claro que estás enamorado, bruto! Te afeitaste tu preciada barba porque ella lo prefiere así. Deja de decir obviedades y dime cuál es el siguiente paso.

—Ir a ella y dejar claro que es mía.

—Santo Dios, ¿no estarás pensando en cargártela al hombro?

—Depende de cómo vaya la cosa.

Entonces Ewan, con la mirada fija en su esposa pero viendo por el rabillo que Rafe la

observaba y también Wynthorpe, se encaminó hacia ella.

Cuando llegó, la besó en los labios delante de todos los invitados. A continuación le puso, con cierta dificultad, un anillo en el dedo enguantado y se dio la vuelta. No eran pocos los que lo miraban con reprobación. No le importó lo más mínimo, porque lo que hizo después fue pegarla a su costado y sostenerla por la cintura.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó cuando salió de su estupefacción.

—Explicándole a Londres que eres mi mujer.

La mirada de Constance fue la misma que cuando tiró todas aquellas copas. Él se limitó a sonreírle al público.

Capítulo 12
La ferocidad del *highlander*

En el pasillo apenas quedaba un eco de la orquesta. Constance avanzaba sin mirar atrás, con Ewan sujeto por la mano como si arrastrara a un culpable hacia el estrado del juez. Y él debía serlo porque no opuso resistencia cuando le agarró la mano para sacarlo del salón principal.

Abrió la primera puerta practicable —la de un salón menor con la chimenea apagada, varios candelabros encendidos, un biombo chino y una mesa de cartas— y trató de cerrarla con un tirón. No pudo. Fuera, estaban esperando para entrar: el duque de Wynthorpe, lord Rafe, el vizconde Trowbridge y otro caballero al que ella no recordaba haber visto antes, aunque por la sonrisa ladeada con la que miraba a Ewan, parecía que ambos se conocían.

—Esto es una reunión privada —dijo ella con la esperanza de que le diesen privacidad.

—¡Nada de eso! —saltó el duque.

—¡Ese maldito bruto arrogante pagará por su atrevimiento! —expuso lleno de ira lord Rafe.

—¡No me perdería una buena pelea por nada del mundo! —gritó el caballero que ella no conocía. Era el primo de Simon.

—¡Es mi casa; tengo derecho a saber lo que se cuece en ella! —consideró Simon.

—Déjalos que entren, *mo ghràdh*. Así solo tendré que dar una única explicación —le indicó el escocés.

—¿*Mo ghràdh*? —tomó la palabra Rafe, un momento antes de cerrar la puerta cuando ya habían entrado todos.

—Eso he dicho —dijo el escocés, dado que la pregunta se la había formulado a él.

—Te pedí que vinieses a ayudarme, no que le cantases mi amor en tu lengua. Eso, yo era más que capaz de hacerlo por mí mismo.

—Estoy impresionado, Rafe —comentó Ewan—. No sabía que conocieses tan bien el gaélico.

—Es una palabra que uso habitualmente para encantar a las damas —dijo sin darse cuenta de que acababa de hablar con sinceridad y en alto.

—Y por ese motivo ella es mi mujer y no la tuya —apuntó con claridad meridiana.

—¿Qué has hecho, escocés? Puedes haberte afeitado la barba, pero sigues siendo el mismo bruto de siempre. Una dama como ella no te permitiría ni hablarle.

Ewan le sonrió. Se acercó a Connie en dos pasos y la miró a los ojos.

—¿Confías en mí?

—Sí —le aseguró.

Él se dio la vuelta para encararse a todo el público que estaba participando en la gran función y le pasó un brazo por los hombros. Fue un gesto lleno de posesividad, en especial cuando le dio un pequeño tirón para que ella apoyase parte de su cuerpo en el de él. La mano femenina lo sujetó por la cintura. Ewan sacó pecho.

—Ya ves, Rafe, que ella no solo me ha hablado. Es mía. —Todos los allí presentes sabían lo que implicaba tal afirmación.

Los ojos del aludido buscaron los de la dama, quien, a pesar de tener las mejillas encendidas, no rebatió la afirmación.

—¡Te mataré, maldito hijo de una bruja sarnosa! —gritó Rafe, con todas sus fuerzas. Dio un paso listo para enzarzarse en una gran pelea.

Ewan soltó a Connie y la puso detrás de él. Se irguió cuan alto era y miró, con serenidad, al que posiblemente ya no volviese a ser su amigo nunca más.

—Puede que ya no tenga la barba, pero no soy Sansón, Rafe. No he perdido la fuerza que sabes bien que tengo. Da el primer golpe y prepárate para que te entierren.

Azrael se puso delante de su amigo y lo frenó. No sin esfuerzo. Lo abrazó con suma fuerza e hizo que dejase de avanzar. Luchaban ambos, pero el primo de Simon se las arregló para hablar con él:

—Así no puedes ganar. No con los puños, amigo mío. Serénate. Ella no lo repudia. No hay nada que puedas hacer… por el momento.

Las palabras bien dichas surtieron efecto. Lord Rafe se detuvo.

—Infierno… —susurró, para después alzar la mirada—. Puedes soltarme, amigo mío, no cometeré ninguna temeridad. —Azrael lo hizo. Los dos se quedaron frente al escocés, con Constance a su espalda tratando de ver lo que sucedía—. No sé cómo te las has arreglado para ganar el premio que yo había elegido para mí. Tampoco me interesa conocer la historia, pero te diré que esto no se quedará así.

—Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones, Rafe. La primera es aceptar que ella valía demasiado para ti y seguir siendo mi amigo…

—¿Y un bruto escocés como tú la merecía más? —lo interrumpió.

—No, estoy seguro de que no. Pero como soy un bruto escocés, y me enorgullece serlo, la elegí para mí y me la quedé.

—Te arrepentirás. Ella se levantará un día, tal vez no mañana ni pasado, pero se dará cuenta del terrible error que ha cometido y yo me regocijaré en tu dolor.

—Y ahí es donde reside la segunda cuestión. Puedes repudiarme y seguir tu propio camino lejos de mí. Está hecho, Rafe. Me ama y yo la amo. No hay nada que puedas hacer al respecto.

—¿Eso es así, señorita Ainsworth? —le preguntó directamente.

La aludida dio un paso para estar al lado de Ewan; él la agarró por la cintura a fin de volver a colocarla detrás y Connie le dio un manotazo para que la dejase estar. Logró ponerse junto al escocés y miró a los ojos a lord Rafe. En verdad se le veía tan furioso que estaba segura de que volvería a tratar de pelearse.

—Ewan MacCrae, *laird* de Dunrath, no ha mentido. Lo amo y soy suya. —Desvió un momento la

mirada hacia Wynthorpe para ver su reacción. Seguía impasible, viendo lo que allí dentro ocurría.

—Entonces váyase al infierno con él —le dijo con severidad.

Eso bastó para que Ewan diese un paso para ir a darle su merecido a uno de sus amigos. Constance lo agarró de la mano y negó con la cabeza.

—No lo harás.

—¿Ah, no? —Le pareció divertido que ella se mostrase más tirana que él mismo.

—Eso he dicho. —Parecía en esos momentos una escocesa comandando a su único militar.

—Puede insultarme a mí cuando quiera y como quiera, pero no a ti. Nadie te dirá ni una palabra malsonante mientras yo respire.

—Te pido que le permitas irse en paz, mi *laird*. —La dama había elegido con sumo cuidado cada palabra. Él lo sabía. Ah, esa mujer era peligrosa y acababa de descubrir cuánto.

—¡Se va, Ewan! —saltó Simon—. Si has de hacer algo que sea ahora.

Azrael, que estaba cruzando la puerta en ese momento tras los pasos de su mejor amigo, se

detuvo y miró a su primo.

—De alguna manera sé que estás detrás de todo esto —adivinó—. Pronto, Simon. Pronto tendrás lo que deseas. —La mirada de ese caballero se posó en Ewan—. ¿O será ahora, *laird* de Dunrath? —preguntó, y Connie supo que ese hombre también deseaba que hubiese una gran pelea inmediata.

—Hoy no, Azrael. No delante de mi mujer —le respondió el escocés.

—Lástima.

—Una pena, sí —coincidió Simon con su primo.

—Mi mujer no quiere que me pelee y he decidido complacerla. Vete, Azrael, y custodia bien a Rafe. No lo dejes hacer ninguna locura; ahora me odiará porque cree que lo he traicionado, pero a la larga verá que las cosas no ocurren sin un buen motivo.

—Te perdonará cuando encuentre a otra dama con la que ilusionarse. Dale tiempo.

Ewan asintió. No estaba muy seguro de dicha afirmación, aunque no pensaba discutir.

—Entonces ayúdalo en la gesta —le recomendó el escocés.

Le tocó el turno a Azrael de afirmar con la cabeza. Luego miró a Constance de arriba abajo.

—No hay duda del motivo por el que ha habido tanto alboroto. Si la hubiese conocido antes, es muy probable que Ewan y Rafe hubieran discutido conmigo por usted.

—No lo creo —dijo ella con el mentón en alto y la mirada llena de chispas.

—Ah. Ahí está —dijo Azrael—. El fuego que hay en ella es lo que te encendió. Te deseo lo mejor, Ewan. A ambos. —Metió en su felicitación a Connie.

En la habitación hubo dos caballeros menos. La puerta volvió a cerrarse. Constance se plantó en medio de la alfombra. No pensó en reverencias ni en protocolos. Tenía el anillo puesto sobre el guante y el pulso en la garganta.

—Bien —dijo con una calma que desmentía el temblor de sus dedos—. Explíquese, *laird* MacCrae. Y elija con cuidado sus primeras palabras. —Pensó que usar la formalidad era lo más adecuado.

Ewan le sostenía la mirada sin apartarse un milímetro. Simon, a su derecha, carraspeó. Estaba visiblemente molesto porque no había logrado sembrar la discordia. Odiaba tanto a su primo que no le importaba nada más que darle su merecido a costa de lo que fuese.

—Yo diría que está claro —intervino Simon —. Admitamos lo evidente: el beso en el salón ha sido… una declaración.

—¿Declaración de qué? —intervino Connie sin dejar de mirar a Ewan.

—La culpa de que haya hecho las cosas tal y como las he hecho allí fuera —señaló el escocés con el dedo el lugar tras la puerta y que se refería al salón de baile— ha sido tuya.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Por qué todo es siempre culpa mía, Ewan?

—Porque lo es.

—¿Yo te dije que tenías que venir a besarme frente a toda la alta sociedad y colocarme un anillo en el dedo? —Trató de quitárselo y él la frenó colocando su mano sobre las de ella.

—Deja eso donde está.

La dama no siguió tratando de quitárselo porque, debido al guante, lo tenía demasiado apretado y no lograría su cometido.

—Las cosas no se hacen como tú las has hecho, Ewan MacCrae.

—Soy escocés —dijo como si eso lo solucionase todo.

—¿Ha sido una prueba, Ewan? ¿Querías probar mi lealtad hacia ti?

—No. Ya te he dicho que actué de ese modo por tu culpa.

—¿Y qué hice yo para que proclamases tal declaración frente a la sociedad?

—Conté a ocho caballeros que te devoraban con la mirada. Y lo vi sin tener que concentrarme en todos los invitados. No deberías haberte puesto tan hermosa esta noche.

—¡Oh, por Dios! Solo tú harías de un cumplido un insulto tan terrible.

—Era mi obligación que todos supieran que no eras una mujer libre, Constance. Lo volvería a hacer.

—¡Maldito seas, Ewan! Acabas de conseguir que pierda mi reputación por un ataque de celos —le echó en cara.

—No.

—Sí.

En esa ocasión fue el duque de Wynthorpe quien carraspeó.

—Tengo que intervenir llegados a este punto, señor MacCrae. Me temo que lo que la señorita Ainsworth dice es cierto. De un plumazo usted ha acabado con la reputación que ella lleva cultivando desde los dieciocho años.

—No —negó Ewan de nuevo. Y repetiría esa palabra tantas veces como hiciese falta.

—No comprende Londres —replicó Wynthorpe, helado—. La señorita Ainsworth es una amiga a la que debo proteger. Ha sido besada en público y marcada con un anillo. Le exijo una respuesta coherente.

—No es su amiga —apuntó Ewan.

—¿No?

—*Nay*. Se lo he dicho en gaélico para ver si lo comprende mejor.

—Ewan… —murmuró ella con cierto temor.

—¿Y qué es según usted? —indagó el duque.

—Su hermana.

—¡Por amor de Dios! —saltó ella.

—Sí, está bien. La considero como mi hermana —apuntó de inmediato el duque—. Eso me da todavía más derecho a proteger su honor. Pasé

por alto sus faltas en aquella fiesta; ahora no puedo dejarlo correr.

—No lo ha entendido. Constance es su hermana.

—¡Ewan! —gritó ella desesperada—. Detén esto de una vez —le ordenó.

—Él necesita saber la verdad o nunca te perdonará. Tú no encontrarás la paz hasta que te acepte como lo que eres, su hermana de sangre —le explicó a ella.

La respuesta de la dama fue levantar la mano y darle una sonora bofetada, que él aceptó como una caricia. Esperaba que no se hubiese hecho daño en la mano. *Nay*, seguro que no. Le había dado muy flojo. Tendría que entrenarla un poco.

—Te he permitido demasiadas cosas, Ewan MacCrae. Me has colocado en el ojo del huracán desde que te cruzaste en mi camino, pero no, esto es demasiado. Acabas de traicionar mi confianza y no te perdonaré.

—¿Constance? —preguntó incrédulo Henry al ver que se había puesto lívida.

Ella dejó al escocés atrás y se colocó delante del duque.

—No debías saberlo de este modo. Esta culpa sí que debo atribuírmela porque cuando se

comparte un secreto deja de serlo. Lo siento, Henry, no es así como esperaba que fuesen las cosas —dijo, porque ya no tenía sentido callar.

—No… Él no puede estar dando a entender que tú… que tú y yo…

—Me temo que sí. Hermanos. Medio hermanos si atendemos bien al asunto. Compartimos el mismo padre.

—No. Hay un error… —El duque no se lo creía.

Le cogió ambas manos y lo miró con compasión.

—Fui a ver a tu padre para confesarle que te amaba. Sé que tú me dijiste que esperásemos, que te harías cargo de todo. No pude. Estaba muy segura del amor que sentía por mí, así que lo puse a prueba. No salió como esperaba. No me dio sus bendiciones. El anterior duque me confesó la verdad. Mientras tu madre se apagaba, estuvo en Londres y… ya te imaginarás el resto. Vio a mi madre y la deseó. Cuando mi tía le escribió para decirle que mi madre había fallecido, él me llevó a su casa porque las sospechas que mi tía le transmitió en aquella misiva podían ser ciertas.

—Santo Dios, Constance… tiene que haber un error. No puedes… es incomprensible. ¿Hermanos? No. Él no te aprobaba y no quiso herir tus sentimientos.

—¿Por qué todo el mundo tiene que pensar así? ¡No, Wynthorpe! Tu padre era uno de los mejores hombres que he conocido. No había mentiras entre nosotros dos. Si no me hubiese aceptado, no habría inventado una historia así. No mancharía su reputación para separarnos. Él estaba convencido de que yo era hija suya y yo no lo pongo en duda. Así que ya ves, Henry. No solo soy la hija ilegítima de un duque, sino que además mi madre era cortesana.

—¿Una cortesana? —graznó Simon. Todos los de la sala lo miraron—. Lo siento. Ah… Esto… yo no pienso decir ni una palabra de lo que aquí se hable, así que no dejéis que eso os preocupe.

—Y tanto que no dirás nada, Simon —terció el escocés—. No querrás correr el riesgo de que tu primo me felicite.

—¿Qué?

—A Azrael le gustaría que te quedases ciego, mudo y sordo. Y eso te sucederá si…

—¡Escocés del demonio! Me guardaré toda esta historia por lealtad, no por tus estúpidas amenazas —farfulló el otro.

—¿Habéis acabado ya? —intervino Connie sin mucha paciencia.

—Constance… —El duque buscó su atención —. No puedo creer lo que dices.

—No te miento. ¿Por qué si no iba a dejarme en herencia esa fortuna? ¿Por qué se ocupó de que Lydia, de que mi hermana —puntualizó— estuviese a mi lado? Yo lo creí y lo sigo creyendo. Tu padre no me mintió.

—Está bien. Dices que no dudas de él. Lo daré por bueno un momento. Es un disparate pero lo haré. Ahora, ¿por qué, en nombre de Dios, no me lo dijiste cuando lo supiste? ¡Sabías que te amaba y que estaba enfadado cuando me dejaste atrás!

—Oh, cielos… ¿Estaba enamorado de ella, excelencia? ¿De su hermana? —intervino Simon sin poder contenerse. Todos volvieron a mirarlo para censurarlo—. Lo siento… Es que esto es demasiado para asimilar.

—¿Usted cree, lord Trowbridge? —ironizó el duque.

—Henry —habló ella—, tu padre estaba avergonzado por lo que sucedió. Se desvió una única vez del recto camino. No quería que nadie lo supiera, menos que nadie su hijo, porque te admiraba y no quería herirte. Además, como he dicho antes, los secretos dejan de serlo cuando uno los comparte, aunque se tenga la mejor de las intenciones. —Miró a Ewan de soslayo. El escocés no se movió.

—Pero dijiste que tu madre era una respetable viuda… Y mi padre lo aseguraba también.

—Eso es lo que ella le dijo a todo el mundo cuando yo nací. El anterior duque no quería mancillar mi nombre y siguió con la mentira. Sabes lo que supone ser considerado un bastardo; es peor que la muerte. No estoy segura de que ella fuese una cortesana como tal, pero creo que tuvo otro protector años antes que nuestro padre. Lo sospecho, pero no estoy segura del todo —repitió—. Nunca nos faltó de nada. Wynthorpe, para aliviar su conciencia, le dejó una pequeña fortuna con la que compró una casa en el campo y con eso nos fuimos apañando. Así me lo explicó él mismo.

—Cielo santo… podrías ser mi hermana —le decía mientras iba comprendiendo que todo lo que le contaba era imposible que fuese una invención.

—Lo soy, Henry. En mi corazón lo sé. Lydia y tú sois mi familia de sangre.

—Yo… no sé cómo lidiar con todo esto, Constance.

—Te daré el tiempo que necesites para que puedas aceptarlo.

—Te lo agradeceré. Esto ha sido un mazazo. ¿De verdad no me lo hubieses confesado nunca?

—Era el deseo de tu padre y no lo hubiese desvelado si no fuese importante.

—Se lo dijiste a él… —aludió a Ewan—. ¿Por qué?

—Porque necesitaba que él comprendiese que tú y Lydia sois muy importantes para mí.

—Lo hizo porque no quería que estuviese celoso de ti —intervino Ewan.

—¡Por amor de Dios! ¿No puedes mantener la boca cerrada? —se quejó Connie.

—Yo lo abofetearía de nuevo —sugirió Simon.

Ewan gruñó; Connie barajó la posibilidad; y el duque comprendió que tenía un deber con Constance, más fuerte en esos momentos en los que existía la posibilidad real de que fuese su hermana.

—Dejemos a un lado las sutiles muestras de violencia y pasemos a mayores —sugirió Henry—. Exijo satisfacción.

—¿En qué has pensado, Henry? —preguntó curioso Ewan. Divertido también.

—Para empezar, tiene que tratarme con el respeto que exige mi rango. —No le había pasado por alto la gran informalidad que el bruto escocés se acababa de tomar con él.

—Le deseo buena suerte con eso —murmuró Simon.

—Un duelo con pistolas. Confío en que sabrá disparar, señor MacCrae.

—Tengo entendido que el que lanza el reto pierde la oportunidad de seleccionar las armas, Henry.

—Constance, ¿qué viste en él? No sabrá manejarse en sociedad. Ni tú misma has podido hacer de él un hombre adecuado —apuntó Wynthorpe.

—Esto es una locura… —La dama no se podía creer que estuviesen hablando de un duelo.

—Si no son pistolas, entonces, ¿qué será? —preguntó con arrogancia el duque.

—Ewan, deja de jugar con él y dile la verdad de una vez —sugirió Simon.

—¿Y acabar con la diversión? Hace mucho que no tengo un buen reto violento.

—Es un maldito duque, el hermano de tu mujer, no puedes ni hacerle un rasguño a no ser que quieras que ella de verdad te mande al infierno. Si querías pelea, tenías a Rafe y a Azrael para eso. —Simon miró a Henry y no hizo caso al exabrupto que soltó Ewan—. No se ofenda, pero dudo que haya alguien en este mundo capaz de ganar a Ewan en cualquier área. Es un guerrero. En su clan no olvidan; siguen entrenándose como si fuesen a ir a la guerra contra nuestro rey, esperando poder demostrar que la batalla de Culloden fue pura suerte para nosotros.

—Yo no lo habría dicho mejor —estuvo de acuerdo el escocés.

—Cuéntaselo, amigo mío —lo apremió Simon.

—¿Qué hay que saber? ¿Qué significa todo esto? —indagó Henry.

—Significa —dijo Ewan, grave— que Constance es mi mujer.

—Sí, eso ya le ha quedado muy claro a la buena sociedad que se congregaba en el salón esta noche —replicó el duque.

—No lo estás diciendo bien, Ewan. ¿Tienes miedo de la reacción de ella? —se burló Simon.

—¿Por qué no vuelves a la fiesta, canalla?

—Esto es más interesante.

—¿Alguien me explica lo que sucede? —A Henry no se le escapaba que había algo más.

Ewan suspiró. No podía postergar más el asunto. Había llegado el momento, lo sentía en su corazón.

—Constance es mi esposa —le dijo al duque con total seriedad.

—¿Qué? —La primera en preguntar fue la dama.

—Estamos casados, *mo ghràdh*.

Ella soltó una risa nerviosa.

—Te agradezco el intento para salvaguardar mi reputación, pero estoy harta de las mentiras.

—No es ninguna invención. Estás casada conmigo para toda la eternidad.

—Es cierto, el cura no se opuso a variar esa parte durante el oficio cuando Ewan sugirió dicha cuestión. El maldito bruto siempre se sale con la suya —le comentó Simon.

—Creo que lo sabría si estuviese casada, *laird* de Dunrath.

—Tengo los papeles que lo demuestran, Constance. Está hecho y cuanto antes lo aceptes, antes podremos salir ahí fuera y hablar de lo enamorados y felices que somos.

Constance lo veía tan serio, tan seguro de sí mismo… Buscó al denominado Simon con la mirada y lo vio afirmar con la cabeza. Ella negó. El otro cabeceó con más vehemencia.

—Fui uno de los testigos de la ceremonia. Cuando contéis la historia tendréis que inventar algo

más apropiado, más ensoñador y muy alejado de la realidad.

Ella comenzó a darse un masaje en las sienes.

—¿Constance?

—¿Sí, Henry?

—¿Estás casada con él?

Buscó a Ewan con la mirada y le preguntó:

—¿Lo estoy?

—Eres *lady* Dunrath; la señora MacCrae si quieres algo menos antiguo.

—¿Y por qué no recuerdo esa supuesta boda?

—Porque estaba ardiendo en fiebre —apuntó Simon.

—¿Qué? —graznó ella.

—Dejadnos solos —ordenó el escocés.

—No creo que sea… —comenzó a decir el duque.

—Henry, por favor…

—Un momento —pidió el escocés. Miró al duque y luego le dijo—: Tu hermana no ha hecho nada malo. Se casó conmigo y consumamos nuestro matrimonio. Si estás pensando que se puede anular, pierde esa esperanza, Wynthorpe. Teme que puedas utilizar a Lydia contra ella, para castigarla y no pienso permitírtelo.

El duque negó con la cabeza.

—Cuando fui a verte, antes de partir de Londres, fui claro. Te dije que hicieses algo al respecto y lo has hecho. Por lo que a mí respecta —miró a Constance—, mi hermana es una mujer decente, sin mácula. Mi otra hermana estará bien cuidada bajo su ala.

—Bien. Ahora… ¿Simon?

—¿Qué voy a tener que hacer ahora por ti, Ewan? Pides mucho y das poco.

—Lo que tú querías era una guerra con ellos, y no me pelearé si la seguridad de mi mujer está en peligro.

—¿Qué quieres, pues, bruto escocés?

—Ayuda al duque a explicar que somos dos recién casados muy enamorados que se escaparon a las afueras de Londres para sellar sus votos de inmediato, porque el amor no tiene contención. —Miró a Connie y le preguntó—: ¿Quieres añadir algo más?

—¿Sobre mi boda, dices?

—Sí.

—¿Una que no recuerdo en absoluto?

—Uhm… será una discusión épica —apuntó Simon, quien ya iba saliendo tras los pasos de un duque que había emitido una generosa risotada.

—Al final sí que vas a tener el duelo que mereces, Ewan MacCrae, pero no conmigo… —se burló Henry.

—¿Ahora eres su amigo? —le preguntó, enfadada, al duque.

—Es el esposo de mi hermana. Todo es diferente ya, Constance —expuso alegremente. A la dama le dieron ganas de abofetearlo también.

—Sí, ya veo. Te permites usar su nombre de pila y prescindes del trato formal justo cuando yo estoy a punto de asesinarlo. ¡Formidable! —bufó ella.

—Es mejor que salgamos, excelencia, antes de que la dama decida cambiar el objeto de su ira —le propuso Simon.

Así que Ewan y Constance se quedaron a solas. Se medían con la mirada.

—¿Cuánto me costará que dejes de estar enfadada?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De lo generoso que te muestres.

—¿Qué es lo que quieres?

—Residiremos en Londres durante la temporada.

—Hecho —dijo sin ponerlo en duda—. ¿Qué más?

—Lydia vivirá con nosotros.

—Eso estaba claro.

—Si Wynthorpe se pone difícil, harás lo que debas para que entre en razón.

—¿Eso incluye magullarlo? —inquirió con media sonrisa.

—No. Serás audaz y encontrarás el modo de lograr lo que tu esposa desea sin usar la violencia.

—Lo haré. ¿Algo más?

—Oh, sí… Quiero que mi fortuna esté depositada en un fideicomiso a mi nombre.

—¿Y si necesitase tus fondos? ¿Rafe te quería en parte por tu fortuna?

—¿Necesitas mis ingresos? ¿Te casaste conmigo por eso, Ewan? —preguntó con ferocidad.

—No. No los necesito, pero ¿qué pasaría si hiciesen falta para salvar mi hogar?

—He accedido a vivir en tu castillo, espero que también sea mi hogar. Si hay problemas me lo dirás y juntos haremos lo que haga falta para salir a flote.

—Es justo. ¿Qué más?

—Te he dicho lo más apremiante, pero tengo escrita una larga lista que aprobarás.

—La leeré con detenimiento.

—Y la aceptarás sin rechistar.

—Depende de…

—Me convertiste en tu esposa a traición, Ewan MacCrae. Harás lo que te pido porque me conoces y sabes que no pediría nada tan descabellado como lo que tú hiciste.

—No me arrepiento de lo que hice. ¿Eso supone algún problema para ti?

—No. Eso me da una clara ventaja sobre ti.

—¿Por qué?

—Porque buscarás mi perdón el resto de tus días. Vivirás para complacerme. ¿Tienes algún problema con eso?

Él le sonrió.

—Ahora hablas como una verdadera escocesa.

—Allí donde los escoceses eligen y luego no temen robar lo que desean, sus mujeres aprenden a usar la ventaja para manejarlos.

—Palabras de Morna. ¿Has hablado con mi abuela?

—Antes de que llegases, me advirtió sobre ti.

—Así que me engañaste cuando te abordé en Hyde Park —la acusó.

—Sabía que me traerías problemas y traté de librarme de ti.

—No tenías ninguna posibilidad de vencerme, ¿lo sabes?

—Tu abuela me dijo que debía estar preparada para todo en caso de que me quisieras. No tendrías compasión. Eso es lo que has hecho, ¿no?

La miró con atención. Ella no se veía tan alterada como antes. Había algo extraño. Una satisfacción especial, como si le hubiese ganado en su propio juego… ¿Por qué parecía que su esposa estaba ocultando una sonrisa tras su enfado?

—Un momento, Constance.

—¿Sí, Ewan?

—Antes has aludido a una lista.

—Una larga lista que apruebas a pesar de no haberla leído aún —le recordó.

—¿Cómo es posible que hayas hecho una lista antes de que llegase esta noche, esposa?

Entonces ella sonrió de lado. A él no le gustó que se viese como una gata que acababa de zamparse la crema.

—Me preguntaba si te darías cuenta de ese detalle.

—¿Te dijo mi abuela que me casaría contigo aunque tú no me aceptases? Porque Morna se equivoca; si no me hubieses querido no habría forzado tu mano.

—Lo sé, Ewan. Sé la clase de hombre que eres.

—¿Por qué tengo la sensación de que también me has tendido una trampa?

—Me enfurecí mucho cuando supe lo que habías hecho.

—¿Hablas de casarte conmigo?

—Sí.

—¿Lo sabías antes de venir esta noche?

—Sí —afirmó de nuevo.

—¿Quién te lo dijo?

—Ayer por la tarde, cuando me dejaste en casa, mi ama de llaves lloró de alegría cuando me vio tan radiante. Me dio la enhorabuena por la boda, me aseguró que había sido un placer ser uno de los testigos del enlace, y me preguntó si había disfrutado de mi luna de miel contigo. Confesó que tenía sus reservas hacia ti porque te veías muy fiero, pero que se le ablandó el corazón por el modo tan diligente con el que me cuidabas y velabas mi sueño. Consideró que la boda había sido la opción más correcta a pesar de las circunstancias, porque tú ya habías traspasado todas las normas de la decencia al ocuparte de vestirme, desvestirme, lavarme y… todo lo demás.

—Infierno… Tuve que haber hablado con ella antes de marcharnos. Culpa mía. Supongo que te lo relató todo de modo muy…

—Muy preciso. Con muchos detalles.

—Ya veo, ya… Así que ese bofetón que me has dado antes no solo fue por decirle la verdad a Wynthorpe —supuso.

—Yo ya había decidido dejar atrás las mentiras. No podía enfadarme porque tú me hubieses engañado y seguir ocultándole la verdad. No soy hipócrita. Pero quería decírselo en el momento adecuado. Te abofeteé porque me estropeaste el plan de esta noche.

—¿Un plan?

—Sí.

—¿Qué plan?

—Oh, ibas a sufrir mucho, esposo. Eso me recuerda que tendrás que reponer todas las bonitas figuras que lancé a la pared cuando llegué a mi casa. No queda ni un detalle de cristal o porcelana. Pagarás una fortuna que saldrá de tus bolsillos.

—Hecho. ¿Qué pensabas hacer esta noche?

—Me has hecho pasar un infierno, Ewan. Salí de la finca de tu amigo Simon creyendo que no te querías casar conmigo por mis orígenes.

—Ya te dije que eso no me importaba. Te aseguré que estaba hecho. Eras mía, Constance.

—Pero no me dijiste que me habías convertido en tu esposa.

—No quería empañar nuestra luna de miel.

—¡Claro que sí! Un detallito como casarme mientras estaba en una cama con fiebre te hubiese complicado las cosas… Eso me recuerda que habrá otra boda.

—¿Otra boda?

—Quiero flores, un baile, un almuerzo nupcial…

—Pero ya estás casada.

—Quiero un bonito recuerdo del maldito día de mi boda, bruto escocés. ¿Tienes algún problema con eso? —explotó.

—Hecho. Elige la fecha y los invitados. Lo pagaré de mi bolsillo también. —Era mejor no enfurecerla. Tomó nota de recompensar al ama de llaves. Estaba seguro de que el hecho de que aquella mujer se lo hubiese contado todo, le estaba facilitando mucho las cosas.

—Habrá dos bodas.

—¿Dos?

—Una en Londres y otra en Escocia. O tal vez solo una más, pero tu familia estará con nosotros al igual que la mía.

—Iremos todos a Escocia. Ahora… ¿cómo pensabas torturarme esta noche, Constance?

—Con Rafe —soltó con sinceridad.

Él negó con la cabeza.

—No uses esa baza nunca. Soy terriblemente posesivo. Rafe habría acabado muerto si te hubiese tocado más de la cuenta.

—Me casé con un camisón sudoroso en la cama. Dios sabe cómo embaucaste al cura que ofició el matrimonio…

—En realidad tú dijiste que me amabas justo cuando el buen hombre iba a negarse. Fue el designio de Dios y no me opuse.

—¿Me permites hablar? —Él asintió—. Bien, me casé contigo, yo estaba en una cama… No debería quejarme porque tu abuela me avisó de que incluso podría estar montada sobre un caballo como le ocurrió a ella.

—¿Te lo contó? Se casó con mi abuelo y ni siquiera sabía lo que estaba haciendo en medio de un bosque escocés.

—Silencio, *laird* de Dunrath.

—Eres muy mandona, Constance.

—¿Tienes algún problema con eso? —lo desafió—. Porque debiste haberte preocupado por mi verdadero carácter antes de obligarme a ser tu esposa.

—Yo ya sabía la clase de mujer que eras. No eres débil. Me gusta que seas fuerte.

—Bien, entonces… ¿Por dónde iba? Ah, sí. Esa boda tan espantosa, y luego me llevaste a un lugar para hacerme el amor y consumar así el matrimonio. Me enamoré de ti perdidamente y comencé a pensar que no me querrías.

—Siempre te he amado y siempre te amaré —le prometió.

—¡Me hiciste pasar un infierno! Yo quería devolverte la cortesía y solo pensé en que un hombre tan posesivo como tú se tomaría muy mal mi interés por tu amigo Rafe.

Ewan se acercó a ella. Al ver que no retrocedía, le colocó una mano en la cintura y la pegó a su cuerpo. La dama cruzó los brazos tras la nuca.

—Tú solo me quieres a mí. En cuanto hubieses intentado acercarte a Rafe, o él se hubiera acercado a ti y no lo hubieses mandado a paseo, yo habría sabido que estabas molesta por algo. Sé que tus sentimientos por mí son fuertes. No dudo de tu lealtad, ni de tu amor, *mo ghràdh*. Eres la mujer más

valiente, hermosa, justa y maravillosa que conozco, Constance MacCrae. Inteligente también. *Aye*, y muy astuta. Por eso eres mía.

—Eres un bárbaro.

—Soy tu guerrero escocés.

—No vuelvas a mantenerme con los ojos vendados nunca —lo avisó.

—No hará falta. Estaremos bien, lo sé. Lo supe desde que te vi. ¿Me contarás por fin cómo conociste a mi abuela? Parece que las dos sois muy íntimas. No veo la conexión. Es lo único que me queda por resolver.

—Tu abuela nos socorrió una vez. Mi madre estuvo enferma y ella la atendió.

—¿En Londres? —preguntó, incrédulo.

—No. Fuimos hacia el norte a visitar a mi tía. En la frontera con Escocia. Tu abuela estaba visitando a una prima que acababa de dar a luz. Se quedó con nosotras hasta que mi madre se puso bien. Forjaron una gran amistad. Se escribían puntualmente. Cuando falleció, descubrí la correspondencia y entonces empezamos a hablar Morna y yo. Me gusta muchísimo tu abuela aunque no la recuerdo demasiado.

Él se rio.

—¿Te ha dicho alguna vez Morna que tiene visiones?

—¿Visiones?

—El futuro. Algunas veces sueña con lo que pasará.

—¿Eso es posible?

—No lo sé. Pero mi abuela siempre parece que va un paso o dos por delante de mí. Creo que ella te esperaba, de algún modo supo algo cuando te conoció.

—Tonterías. Eso no es posible.

—No importa. Sé que cuando yo te vi supe que serías mía.

—Tuya para siempre, aunque te merezcas mayor castigo por tu infamia. ¿Ewan?

—¿Sí?

—¿Henry fue a visitarte antes de partir de Londres?

—Eso hizo. Tú misma lo has debido escuchar.

—¿Qué te dijo?

—Se enfadó mucho porque se imaginaba que te había corrompido en aquella fiesta y me instó a hacer lo correcto contigo.

Ella emitió un gemido ahogado.

—¿No se te ocurrió compartir esa noticia conmigo? —¡Había estado muerta de miedo por si Henry no lo aprobaba y el duque ya le había dado su bendición antes de marcharse!

—No. Él no tiene voz ni voto en lo que a nosotros respecta.

—Por supuesto. No como tú, que decidiste que tenía que ser tuya e hiciste lo que te pareció sin contar con mi consentimiento.

—Me enciendes cuando me desafías.

—Pues vas a pasarte el resto de la vida en llamas —le advirtió.

—Lo sé y no podría pedir nada mejor.

Ella iba a responderle que estaba loco, pero entonces la besó y la paz pareció volver a instaurarse. Oh, sí. No se limitaron a besarse. Hicieron el amor con tanta pasión, que Simon no se atrevió a interrumpirlos incluso cuando el último de los invitados se marchó de su casa, pues escuchó sus gemidos tras la puerta cuando lo intentó.

A la mañana siguiente, desayunaron con Simon, porque —por descontado— cuando el escocés terminó de amar a su esposa ordenó a los sirvientes del vizconde que le preparasen una habitación —para mortificación de Constance— y durmieron allí.

Así comenzaba a vivir una pareja que no veía nada más allá del amor que estaban construyendo.

Ewan MacCrae había ido a Londres a ayudar a un amigo a casarse y encontró a su esposa. Regresaría a Escocia sin los contratos de lana, pero la ganancia era muchísimo más grande.

La ya señora Constance MacCrae, *lady* Dunrath, nunca se imaginó que acabaría casada y, mucho menos, enamorada. Y no con un hombre cualquiera; uno muy censurable que la hacía tremendamente feliz.

Nada podía salir mal a partir de ese momento. Sabían que, juntos, serían invencibles.

Epílogo
La tierra prometida

Castillo de Dunrath, Escocia, poco después.

La lluvia había dado tregua y el aire en el castillo de Dunrath olía a brezo recién peinado por el viento. En el patio exterior colgaban cintas y flores para festejar la gran noticia, los mozos levantaban arcos de madera y las mujeres del clan preparaban canastos con pan y salmón ahumado. Constance contemplaba el ir y venir desde el umbral, con la mano apoyada en la piedra, y pensó que su nuevo hogar era formidable.

Llegaron los primeros carruajes, con los duques de Wynthorpe y su hermana. Henry bajó con ese aplomo que hacía enmudecer a los lacayos y ayudó a Ava a descender; tras ellos, Lydia, envuelta en una capa color ciruela, miraba el castillo con una mezcla de reverencia y curiosidad. Ewan salió a recibirlos. El duque le ofreció una sonrisa franca y un

apretón de manos que decía más que cualquier discurso pulido. Constance, al ver la estampa, sintió que una parte del pasado por fin se cerraba en paz.

No tardó en presentarse el resto de la tropa. Simon llegó con un comentario afilado a punto de escapársele de la boca, pero se lo guardó al ver a Morna plantada en lo alto de la escalinata con su bastón. Detrás apareció Azrael, impecable e indolente como un gato elegante que sabía el efecto que causaba; y, por último, Rafe, con la expresión de un canalla que había jurado portarse bien… al menos durante una noche.

Ella bajó del torreón con rapidez para recibirlos a todos. Ewan y Rafe se miraban cara a cara.

—He venido a sellar la paz, porque he comprendido al fin que no se puede luchar contra el amor —declaró Rafe, después de inclinarse ante Constance—. Y a honrar a los novios, claro está.

Ewan aceptó la mano que le tendía su antiguo rival, aunque, como lo conocía bien, sabía que el asunto no se había terminado del todo.

—Que sea una paz lo más duradera posible —dijo el escocés.

—Lo será —prometió Rafe, con una sonrisa que amagaba travesura y disciplina a partes iguales.

Fue entonces cuando Morna se acercó a Constance, la tomó por el mentón con ternura y, tras mirarla como solo miraban las mujeres que ya habían visto más de medio siglo de verdades, dejó caer su veredicto con la naturalidad de quien comentaba el tiempo.

—No me di cuenta antes… Estaba demasiado pletórica porque él te ha traído al fin a casa —musitó, al tiempo que bajaba la mirada hacia el vientre de Connie—. Es un niño.

El silencio fue inmediato. Ewan parpadeó, sorprendido y feliz a la vez. Henry hizo un gesto de bendición que a Constance le pareció casi solemne; Ava le sonrió con cariño y Lydia dio una palmada suave, como si hubiese adivinado un secreto antes de oírlo.

—¿Estás segura, abuela?

—Mmmm. ¿Cuándo me he equivocado yo, muchacho? —lo desafió.

El escocés soltó una carcajada por el arrebato de la anciana. La hermana de Ewan, Catriona, una beldad salpicada de pecas y un pelo amarillo con hebras del mismo color del fuego, le sostuvo las manos a Constance.

—No podría ser más feliz, hermana. —Ambas se abrazaron. Cuando se separaron Constance miró a Morna.

—¿Un niño? —La nueva *lady* Dunrath, ya sabía que ella era una mujer peculiar, no solo por sus sinceras cartas, sino porque Ewan estaba convencido de que la palabra de su abuela era divina.

—Eso he dicho —repuso Morna—. Será testarudo y bello, y te sacará de quicio a los seis meses. Ya puedes ir tejiendo paciencia, niña. Será más fuerte que su padre —vaticinó. Luego se giró hacia Catriona. La joven vio la mirada de su abuela y puso los ojos en blanco porque sabía que algo se avecinaba—: Tú fabricarás niñas. Tu esposo no sabrá engendrar ni un solo varón.

—*Nay*, abuela… No pienso casarme nunca.

—Lo harás. —Y más que un síntoma de clarividencia aquello pareció una promesa. Cuando la vista de la anciana se paseó por los tres amigos de Ewan, este los sintió temblar. Volvió a reírse.

—No, abuela. Ninguno de ellos sería rival para nuestra salvaje Catriona. Se los comería antes del almuerzo nupcial.

Como la anciana seguía mirando a Simon con fijación, él se vio en la obligación de emitir algún tipo de broma.

—¿Seré yo el elegido para su nieta, Morna?

—Tú serás el que más sufra por amor, Simon Beresford. Deja atrás el pasado y mira al futuro, si siguieses la recomendación de esta

escocesa que hoy te habla, tu sino sería más amable contigo. —La mirada de ella se posó entonces en Azrael—. Tu mano será la que guíe el cuchillo que te atravesará el corazón si no tomas la decisión adecuada cuando llegue el momento de la verdad. —Entonces se centró en lord Rafe.

—¿Alguna recomendación para mí? —indagó el tercer hijo de un difunto marqués.

—Tu abuela no está contenta contigo.

—No, no lo está —respondió Rafe—. Su nieto tiene la culpa de que no haya podido cumplir con su mandato de encontrar esposa. Tendré que volver a iniciar la búsqueda.

—Te enderezarás, Rafe Deverell, no sin sufrimiento.

Ewan suspiró. El ambiente de la reunión estaba adquiriendo un matiz sombrío.

—Abuela, creo que ya es…

—No he terminado, muchacho. No interrumpas a tus mayores; puede que seas el jefe del clan, pero yo soy más vieja y sabia que tú. —La anciana no había terminado aún de examinar a los invitados. Se centró en Ava y le dijo—: Te daré un remedio para el mal que te acecha.

—¿Un mal? —Morna asintió—. ¿Qué mal?

—Tu esposo está en paz al fin. Es hora de que le des hijos. Harás lo que te diga sin rechistar, el remedio huele y sabe a muerto, pero en nueve meses, si usas bien tus amplios encantos, le darás un heredero a tu duque.

—¡Oh, cielos! —exclamó la duquesa, mitad asombrada y escandalizada a partes iguales.

—Disculpe, señora, pero… —comenzó a hablar el duque con su habitual esnobismo.

—¿Acaso no quieres un hijo? —lo frenó.

Él apretó los labios. No dijo nada más.

La anciana buscó la mirada de Ewan.

—¿No vamos a celebrar una boda mañana? —preguntó impaciente.

Ewan sacudió la cabeza con humor.

—Por supuesto, abuela.

—Entonces vamos. Tus invitados se quejarán de tu hospitalidad si los mantienes aquí fuera durante más tiempo.

—Por supuesto, abuela —repitió.

Todos entraron en el castillo sin hablar.

Más tarde, en el salón grande, Lydia fue presentada formalmente a los amigos de Ewan, aunque con el ceremonial espontáneo de las *Highlands*. La joven escuchaba atenta, con los ojos muy abiertos y ese fervor curioso que solía encenderle las mejillas.

Primero, Rafe se inclinó con elegancia; dijo una frase amable en gaélico aprendida a fuerza de orgullo, y Lydia, con el corazón todavía sensible a los cuentos, decidió en su fuero interno que aquel hombre debía de ser su destino. El porte, la sonrisa, la promesa velada de aventuras… Sí, se casaría con Rafe cuando cumpliese los dieciocho.

Hasta que entró Azrael y, con una reverencia mínima, la miró como si a una dama se la juzgase por la fortaleza de su espíritu y no por la delicadeza de su fisionomía. El mundo se detuvo. Qué forma de ocupar el espacio, qué calma tan peligrosa… Se rectificó sin pudor: no, ese era el elegido. Azrael. Ese era el elegido a quien desposaría.

Unos pasos después se topó con Simon, que la saludó con una cortesía irreprochable y una sombra en la mirada. Había inteligencia allí, y una ironía que parecía proteger algo más hondo y más oscuro. Constance le había enseñado bien a leer a la gente. Lydia, muy seria, decidió que con ese no se casaría. Había algo en él que la inquietaba.

Lady Dunrath, que la veía desde la distancia, sonreía por dentro, porque conocía a su hermana y reconocía el modo en que los caballeros la

estaban deslumbrando. Se prometió acompañarla sin encadenarla cuando debutase en sociedad.

Al caer la tarde, encendieron antorchas alrededor del patio y los gaiteros tocaron una melodía que se coló por los corredores. Ewan buscó a Constance entre la gente. La encontró enseguida. La cogió de la mano y la llevó al centro.

—Falta un día —dijo él, con la voz baja—. Mañana bailaremos como marido y mujer ante todos.

—Ya estamos casados —le recordó.

—Tú querías una segunda boda mágica y, como cuando me casé contigo decidí ser un marido solícito, la tendrás.

—¿Entonces no bailaremos hoy, Ewan?

—Intenta impedírmelo.

Ella asintió. Mientras giraban despacio, Constance percibió la presencia de Henry mirándolos con una mezcla de ternura y asombro: También se percató de las figuras de Rafe, Azrael y Simon a cierta distancia, como tres estrellas que no sabían aún qué constelación dibujarían. Lydia se reía, saltando de uno a otro con la conversación, y Morna, desde su silla, movía los labios como si estuviese diciendo una oración. No veía por ningún lugar a Catriona.

La música era perfecta, celestial. Ewan acercó la frente a la de Constance.

—¿Eres feliz en nuestro hogar?

—Mucho —susurró ella, sin borrar la sonrisa.

—Te amaré siempre —prometió él.

—Lo sé. Fue uno de los puntos que escribí en la lista que accediste a cumplir.

Él soltó una carcajada limpia.

Cuando terminó la pieza, el patio estalló en vítores porque el *laird* estaba besando con fervor a su mujer. El viento trajo un perfume de lluvia lejana y a humo de las antorchas. La paz, esa paz imperfecta que también sabía guardar secretos, se instaló como una manta tibia en el castillo de Dunrath. Y, por un instante, todos creyeron que el mundo era un lugar mejor.

Más allá del ambiente festivo, Rafe apretaba la mandíbula porque seguía lidiando con su orgullo herido; Azrael exhibía una sonrisa casi perezosa; y Simon se guardaba un nuevo comentario que le habría costado una riña con su primo, pero no lo dijo por no aguarle la fiesta a su amigo Ewan.

Al amanecer siguiente, la niebla aún peinaba los brezos de Dunrath. En el patio interior seguía dispuesto un arco de abeto y dos antorchas

bajas que no competían con la luz lechosa del día. Los gaiteros aguardaban apartados; Morna, por dictamen propio, había ordenado que la música empezase solo después de las palabras sagradas. El clan rondaba a distancia; era una boda pública, sí, pero el primer tramo —el verdadero— sería solo de ellos dos.

Ewan la esperaba frente al arco, con el *kilt* de su casa, medias altas y el *fly plaid* prendido al hombro con un broche de plata. La cara afeitada lo volvía casi insolente por lo apuesto que se veía; el *sgian dubh* asomaba discreto en la liga de la pantorrilla. Constance cruzó el umbral de piedra con un vestido de muselina de color marfil y una cinta fina en el cabello; sobre el brazo llevaba doblado el tartán de los MacCrae.

—*Mo chridhe*… —musitó él cuando la vio—. Estás hecha para este lugar.

—Así me siento, en casa —apuntó ella con convicción.

El padre Seumas, de sotana negra y ojos claros, los saludó con una bendición breve en gaélico. No había cirios de catedral ni coros; había aire frío, olor a tierra mojada y el murmullo de las mujeres que, a lo lejos, preparaban pan y sal. Ewan le ofreció la mano. Constance la cogió sin dudar.

—Hoy venís a dar nombre público a lo que ya prometisteis —dijo el sacerdote, quien se había prestado a oficiar esa segunda boda a cambio de un

donativo generoso—. No haré largo lo que Dios hizo simple.

Morna se adelantó con solemnidad. Agarró el tartán que Constance traía sobre el brazo, lo abrió sobre sus hombros con gran ceremonia y, con un broche del nudo celta, se lo prendió en el hombro derecho. Era una señal de aceptación en el clan.

—Ahora llevas los colores de tu casa —sentenció—. Ya no eres huésped; eres raíz.

Ewan tragó saliva. Estaba visiblemente emocionado. El gesto, sencillo, le apretó el corazón más que cualquier marcha militar. El padre Seumas alzó una cinta azul.

—La vieja costumbre pide manos y lazo. No por necesidad, sino por memoria.

Ewan ofreció su mano izquierda, Constance la derecha; el sacerdote las unió y anudó la cinta con dos vueltas.

—Ewan MacCrae, ¿prometes guardar a esta mujer en la alegría y en la tormenta, en verano y en la nieve?

—Lo prometo —dijo él lleno de convicción.

—Constance Ainsworth, ¿prometes guardar a este hombre en la alegría y en la tormenta, en verano y en la nieve?

—Lo prometo —respondió, sin pestañear.

El padre soltó el lazo y les acercó el *quaich*, la copa baja del clan, con *whisky* ámbar al que Morna había echado una hebra de miel.

—Bebed de una misma fuente —indicó.

Ewan la probó primero y le sostuvo la copa para que ella bebiera después. El ardor les encendió la garganta. El sacerdote hizo la señal de la cruz.

—Delante de Dios y de vuestra gente, yo os declaro marido y mujer otra vez.

Ewan alzó la mano y le rozó la mejilla con los nudillos.

—*Mo ghràdh*… —la voz se le quebró apenas —. Segunda boda, mismo corazón.

—El mismo —susurró ella—. Solo que ahora podré recordarlo bien. —Y se posó la palma, ligera, sobre el tartán de su hombro.

Él se inclinó y la besó con delicadeza. Cuando se separaron, Ewan apoyó la frente en la de ella.

—Hoy te llevaré a través de nuestras puertas como mi señora —prometió en voz baja—. Te amaré cada estación. Cuando dudes, escucharás mis gaitas; cuando temas, escucharás mi oración y sabrás que no debes sentir miedo.

—Y cuando yo sea insoportable —replicó ella, sonriendo—, te recordaré que me quieres y que te afeitaste por mí.

—Y volveré a hacerlo cada mañana hasta que consideres que me quieres de nuevo lleno de pelo en el rostro —concedió él, rendido.

El padre Seumas carraspeó con alegría.

—Id en paz. La música os acompañará.

La lluvia no apareció. Morna la había prohibido. Entonces sonaron las gaitas. Una marcha alegre que parecía haber nacido de las colinas. Ewan entrelazó sus dedos con los de Constance y la condujo bajo el arco de abeto.

Y, mientras iban juntos, andando al mismo compás, él sonreía porque nunca más volvería a caminar en soledad.

La segunda boda había sido sencilla como un juramento y grande como la tierra misma que conformaba Dunrath.

Serían felices.

Fin.

No te pierdas la **siguiente** historia

«No tentarás a un seductor»

Link: https://mybook.to/gnOoA



Un seductor en apuros.

Una escocesa hecha de fuego.

Lord Rafe Deverell ha vivido de ingenio, encanto y una asignación económica que sus abuelos —los duques de Greymere— acaban de suspender. Si quiere recuperar su vida, deberá casarse. Y como la desesperación es mala compañera, acepta una invitación a una fiesta campestre repleta de damas casaderas, decidido a elegir una esposa que no le reclame absolutamente nada. Lo que no esperaba era que el destino fuese tan benévolo con él, pues surge la ocasión de ajustar cuentas con uno de sus mejores amigos que se ha ganado el título de enemigo.

Concretar un matrimonio y consumar su venganza es más que posible. Ambas cuestiones vienen de la mano de **Catriona MacCrae**. La escocesa, valiente, poco impresionable y leal a su clan, siempre se ha sentido impresionada por Rafe, pero también conoce su fama de seductor y sabe que no es una opción para ella. Pero cuando ese hombre tan apuesto comienza a verla con otros ojos, el temple de **Cat** se desvanece como la niebla en las Highlands tras la tormenta.

Entre juegos campestres, paseos y conversaciones, la tentación crece entre ambos. Así que Rafe y Cat tendrán que decidir cómo quieren afrontar el futuro, si juntos o por separado.

En la Regencia hay normas para todo, salvo para un corazón herido que aprende a protegerse sin tener en cuenta el de los demás. **Y cuando la verdad estalle, Rafe tendrá que elegir si es preferible perder su orgullo… o a la única mujer capaz de amarlo de veras.**

Aclaración sobre la historia

Mi queridísima bella y fiel lectora:

Si has llegado hasta aquí, gracias por quedarte. Este primer libro ha sido complejo en cuanto al trazo de la trama; había tantos caminos que me volvía loca. Tengo una libreta llena de flechas, fechas y tachones que pueden atestiguarlo. También debido al zumbido de 1816 metido en la cabeza, porque era una fecha muy particular. La erupción del volcán Tambora en 1815 veló el sol con cenizas y convirtió 1816 en un año sin verano, con un frío anómalo, lluvias interminables y cosechas arruinadas. Aunque en el Londres de mi imaginación la música de los grandes bailes de salón tapaba las preocupaciones. Esto es ficción. Y más allá de eso, veía a una mujer escondida y atrapada, que finalmente decidía no pedir permiso para saltarse las reglas sociales para lograr su propia felicidad.

Constance y Ewan no nacieron dóciles. Ella llegó con una lista de normas que, a medida que la conocía, solo servían para protegerse del mundo y, a veces, de sí misma. Él irrumpió con el ímpetu de una tormenta y la terquedad de un heredero de los grandes *highlanders* que imponían su voluntad

cuando creían que debían hacerlo. Juntos me han recordado algo que no debería olvidarse, y es que el amor no es una rendición, sino una alianza; que una caricia puede tener tanta fuerza como un juramento; que hay batallas que se ganan escuchando y otras que piden jugar un poco sucio. He disfrutado haciéndoles tropezar, dejarse llevar, pedir perdón y elegir(se) sin testigos y con toda la sala mirando. Sí, me he reído con sus cabezonerías y también he sufrido con ellos. No me pidas que elija a mi favorito: hoy sería Constance; mañana, Ewan; pasado, los dos. Y a medida que avance con la serie sé que serán los protagonistas que nacerán en breve a quienes más ame.

Escribir esta novela me ha exigido paciencia y documentación sobre los clanes escoceses en pleno 1816. El clan existía como identidad y red de parentesco y lealtad, con jefes reconocidos socialmente. Lo que ya no existía en esa época en la que se desarrolla la historia eran los poderes jurisdiccionales de los jefes (abolidos tras 1746 por el *Heritable Jurisdictions Act*). Tampoco la proscripción del tartán seguía vigente; se derogó en 1782.

En 1816 (época pos-Napoleón) los regimientos de las *Highlands* gozaban de prestigio, mientras que en el campo las *Clearances* (desalojos de los arrendatarios) estaban en marcha, pero sus problemas empezaron tras 1815 por la crisis de los cultivos. Un *laird* era, ante todo, un propietario; podía ser jefe de clan o no. Su poder era económico y social, no legal o militar como antes. El gaélico se hablaba todavía en muchas zonas; el código de honor

y las lealtades de clan pervivían en 1816 como cultura, patronazgo y apellido.

Sobre el romanticismo, la historia me pedía tiempo para mirar con lupa las acciones. Me he permitido escenas que se cocinan a fuego lento y decisiones que estallan sin aviso, como en la vida. Sabes que soy más bien de índole impetuosa, pero quería con esta novela ir de menos a más. Si en algún momento has sentido que el corazón te iba un poco más deprisa, ya ha merecido la pena. Y si te he hecho suspirar me doy por satisfecha.

Quiero agradecerte, además, algo que no suele decirse: tu tiempo. Podrías estar en mil sitios y estás aquí, leyendo conmigo. Gracias por cada recomendación a una amiga, por releer un párrafo que te ha hecho sonreír, por cada mensaje que me mandas en redes o por privado. Gracias también por la paciencia con mis manías de época, por dejarme colar detalles de la Regencia sin convertir esto en una clase, y por tolerar que de vez en cuando me ponga traviesa con un secreto o un giro inesperado.

¿Qué puedo prometerte sin traicionar la sorpresa de la próxima novela? Que seguiré cuidando el hilo y habrá consecuencias para quienes no amen con todo el corazón. Habrá humor, ternura, orgullo herido y reconciliaciones a la altura.

Llegados a este punto, solo queda recordarte, de nuevo, y no me canso de decírtelo, que te amo mucho, mucho, muchísimo.

Así que, por favor, y con mucha humildad, te pido que me sigas en mi próximo proyecto.

Quería ponerme con el hijo de York, Gabriel, pero estas historias me picaban demasiado. Lo tengo en cuenta; no me olvido de él.

Y ahora, por otro lado, quería recordarte que es muy importante para las escritoras que dejes una valoración, y si es con una pequeña reseña, sería fantástico. En fin, mil gracias por seguirme y apoyar mi locura *escritoril*.

Dejo de escribir esta madrugada para ponerme mañana a primera hora con más. Sé que me repito hasta la saciedad, pero es que así de contenta me tienes, escribiendo como una esclava para ti, porque te adoro.

Nos vemos en la próxima.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y que no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Las normas de la Regencia (en producción)

1) No subestimarás a una solterona

2) No tentarás a un seductor (próximamente)

Serie Hermanos Taverham

1) Casarse con un conde

2) Ligada a un granuja

3) Pactar con el diablo

Serie Corazones Rotos

1) Seduciendo a un caballero

2) Corrompiendo a un lord

3) Sanando a un canalla

4) No quiero, lord Harding

5) Enamorando a un disoluto

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti

2) A un beso de ti

3) A una caricia de ti

4) A un abrazo de ti

5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline

3) Una institutriz para el vizconde Portman

4) Una Navidad para los duques de York

5) Una prometida para el duque de Phenton

6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)

2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse

3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada

3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):

1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1